

Revista Temas Número 43 julio-septiembre 2005

Turismo, cultura y sociedad

Equipo de Turismo Cultural. [El turismo: espacio de diálogo intercultural.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Pedro Monreal González y Cristina Padilla Dieste. [¿Al demonio con el paraíso? Repensando la cultura y el turismo en el Caribe insular.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Gerardo González Núñez. [La evolución del turismo en el Caribe en los últimos veinte años.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Eduardo Salinas Chávez y José A. la O Osorio. [Turismo y sustentabilidad: de la teoría a la práctica en Cuba.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Alfredo García Jiménez. [Turismo y desarrollo económico. Un acercamiento al caso cubano.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Hernán Venegas Marcelo. [Un triángulo cubano: turismo, patrimonio, comunidad.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Pedro de la Hoz, Carolina de la Torre, Alberto Faya, Rafael Hernández. [¿El entretenimiento es cultura?.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Francisco López Sacha. [Cercanías, distancias, extrañezas: una valoración de Cuentos soñados.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Georgina Alfonso. [Los valores y el sentido de la vida. El debate filosófico de una época \(1940-1960\).](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Aminael Sánchez Rodríguez. [Arte, cultura y globalización posmoderna o cuarenta párrafos para una nueva utopía estética.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Mirta Suquet. [Travestismo barroco o barroco travestido: Sarduy y la reescritura del origen.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Roberto Zurbarano. [Rodar el coco: donde la luz brota desde adentro.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Marlene Azor Hernández. [El intelectual hereje. La recepción de la obra de Pierre Bourdieu en Cuba.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

Jorge I. Domínguez. [¿Quiénes somos?.](#) No. 43 julio-septiembre 2005

El turismo: espacio de diálogo intercultural

Equipo de Turismo Cultural

Noticias de Antropología y Arqueología (NAyA), Buenos Aires.

¿Qué está pasando con el turismo? ¿Qué impactos ocasiona en la sociedad receptora? ¿Qué pasa en las sociedades emisoras que generan las condiciones para que el turista frecuentemente se comporte como un predador cuando sale de su medio? ¿Existe intercambio cultural entre visitante y visitado? ¿Cuáles son los impactos de los residentes temporarios en el cotidiano de los residentes permanentes? ¿Cuáles han sido las contribuciones efectivas del turismo al enriquecimiento cultural de los turistas y de las poblaciones anfitrionas? ¿Cuáles son las semejanzas entre turismo y migraciones a la luz de los mecanismos de evasión? ¿Cómo reaccionan las poblaciones anfitrionas a los diferentes tipos de turistas? ¿Cuáles son los mitos construidos en torno al turismo? ¿Puede el turismo contribuir con la preservación del patrimonio? ¿Cuáles son los efectos del turismo en las identidades locales?

Versión sintética elaborada por Temas de la relatoría del III Encuentro de Turismo Cultural-NAyA; Museo José Hernández, Buenos Aires, 30-31 octubre y 1º noviembre de 2003. Esta relatoría apareció en Portal de Noticias de Antropología y Arqueología (NAyA), www.naya.org.ar, en octubre de 2003.

Investigar el turismo cultural desde un enfoque multidisciplinario nos debe acercar a investigaciones integrales y no segmentadas, dada la complejidad de este proceso sociocultural que conlleva implicancias económicas y políticas que afectan a toda la sociedad, no solo a los que trabajan en turismo.

Patrimonio y turismo

Algunos autores han apuntado que el concepto de «patrimonio» es parcialmente arbitrario, es decir, resultado de un proceso de construcción.¹ Si uno pregunta qué se entiende por «patrimonio», encontrará un conjunto de elementos que nadie pone en duda: vasijas y caminos del Inca, construcciones monumentales y relacionadas con los personajes de nuestra historia. Pero estamos menos acostumbrados a pensar que nuestro pasado inmediato pueda ser «patrimonio».

La pregunta clave es quién define el patrimonio. Lo lógico sería pensar que cada comunidad tiene el derecho de decidir qué constituye su patrimonio, pero en la

práctica lo que suele suceder es que los «expertos» decidan qué es patrimonio y qué no, sin preguntar a las partes involucradas. En verdad, el patrimonio tiene que ver con la «identidad» de un grupo (es decir cómo este se concibe a sí mismo) más que con una idea preestablecida de qué es o pueda ser «patrimoniable»; y también que esa definición debería partir de lo local, más que de imposiciones externas. Asimismo, nos recuerdan que el patrimonio no es algo dado, que preexiste o que está «simplemente ahí», sino que es resultado de un proceso que ellos llaman de «activación patrimonial».

Por otra parte, aunque el patrimonio de un país está en constante construcción y suele reflejar la sociedad que lo ampara, hay tendencias —como señalan algunos autores—² a desligarse del pasado.

En la última década hemos visto la radicalización de muchas sociedades que, al tomar senderos de nacionalismos y extremismos, se han visto incómodas con monumentos históricos que les rodean; monumentos considerados patrimonio por la UNESCO. Los talibanes eliminaron los monumentos budistas; los croatas trataron de eliminar las joyas de la arquitectura musulmana de Mostar; los serbios arrasaron con las mezquitas de Banja Luka. Si bien no es cómodo mencionar poblaciones y este tipo de crímenes, esto nos muestra que el patrimonio de una sociedad puede construirse muchas veces destruyendo el patrimonio del «otro». El patrimonio es un concepto ideológico que cambia constantemente, sobre todo en sociedades en ebullición. Estas sociedades, en busca de su identidad propia, pueden enfatizar un patrimonio nacional en detrimento de un patrimonio mundial. La dicotomía patrimonio nacionalista vs. patrimonio de la humanidad es un tema importante en el desarrollo del turismo cultural, y es esencial entender las políticas culturales monoétnicas de ciertos gobiernos.

El patrimonio cultural, por sí mismo, no tiene que ser un producto turístico. Necesita trabajarse para atender la demanda real y potencial de la actividad turística, dejando de ser un mero recurso para convertirse en un factor de atracción, por su autenticidad e importancia histórica, por su contexto y su propia valorización en una comunidad determinada. A falta de políticas integradas de preservación cultural y turística que prioricen el uso de los bienes y las manifestaciones culturales con finalidad turística, surge la preocupación con el riesgo de la degradación y desfiguración de las características socioculturales.

Según algunos autores,³ reconocer el patrimonio como construcción política y social permite reflexionar sobre la posición de las comunidades frente a estas relaciones, los costos y beneficios que acarrea, sin abandonar el nivel ideológico que se puede leer en la

construcción de la identidad de comunidades «receptoras» y «visitantes-turistas». ¿Quiénes somos para nosotros? ¿Cómo nos identificamos frente al turismo? ¿Qué pretenden hacer los políticos cuando quieren mostrar la cultura? ¿Un grupo musical?

Si no se garantiza el bienestar de las comunidades, el turismo es visto como un gran depredador. ¿Quién debería estar organizando espacios de participación para elaborar proyectos de desarrollo humano para el turismo desde los intereses de las comunidades? ¿El Estado o las organizaciones? Es necesario que haya dirigentes con cierta formación académica y conocimientos sustantivos y técnicos que les permitan analizar y entender adecuadamente la realidad y complejidad del proceso gubernamental en un contexto de valores y prácticas democráticas.

Turismo y comunidades

Uno de los puntos más controvertibles de la actividad turística es su enunciada capacidad de ser totalmente compatible y conciliable con los modos de vida, naturaleza, cultura y deseos de mejora económica de las comunidades.

En el caso de los países de América Latina, estas son las que albergan las más importantes manifestaciones del patrimonio cultural y natural. El interés de grupos económicos exógenos a la comunidad aprecia el patrimonio (convertido en atractivo y luego en recurso) como un producto a explotar que les generaría grandes beneficios para sus consorcios, dejando de lado, en la práctica aunque no en el discurso, la perspectiva social y ecológica que propone el turismo sostenible.

Al mismo tiempo, surgen algunas iniciativas de (o hacia) las propias comunidades, que, asociadas con empresas, profesionales u organismos no gubernamentales, pretenden desarrollar proyectos turísticos basados en modelos autogestionarios, participativos y ecológicamente sostenibles, donde los principios de equidad, conciliación y sustentabilidad en relación con los agentes externos y el patrimonio cultural y natural, son el pilar sobre el cual se pretende erigir la planificación. Pero también de manera recurrente, este tipo de proyectos está restringido a destinos turísticos de poca importancia o subsidiarios y anexos de los grandes destinos turísticos, que son los que generan ingentes beneficios económicos y que son controlados por las grandes transnacionales turísticas.

Sin embargo, cada vez mayor número de comunidades ven en el turismo una alternativa posible para salir de su postergación. Para que esta inserción se dé en condiciones favorables para las comunidades, los investigadores e instituciones especializadas nos

hablan de una serie de premisas o factores que se deben cumplir para un armonioso desarrollo turístico. Y dentro de esta diversidad de factores podemos asumir, como principal, el control del proceso por parte de las comunidades.

1. El respeto y pleno conocimiento de las comunidades sobre sus derechos humanos.
2. Un clima de convivencia intercultural dentro de los territorios de los Estados-nación.
3. Autodeterminación de las comunidades sobre sus recursos y su futuro.
4. Democracia política y económica.

Ahora bien, la situación de cumplimiento de esas precondiciones, en casi la totalidad de países del mundo subdesarrollado y aun en el desarrollado, son todavía lejanas. Entonces surge la siguiente pregunta: ¿Es posible desarrollar un turismo sostenible en sociedades o países en los que los procesos sociales están marcados por situaciones de inequidad, marginación, exclusión, opresión y deterioro ecológico, con todo lo que ello implica?

Otra serie de incógnitas se relacionan de manera directa con la propuesta de muchos movimientos sociales. ¿Es el camino crear espacios territoriales alternativos, autogestionarios y autónomos donde se pongan en práctica nuevos tipos de relaciones sociales? ¿Es posible lo anterior, y si la respuesta es afirmativa, en qué condiciones? ¿Necesitamos primero luchar por una sociedad sostenible y para ello relacionarnos con otros grupos que ejercen presión a nivel global para lograr reformas políticas que permitan las condiciones mínimas indispensables de un desarrollo turístico sostenible? ¿Desarrollamos nuestros proyectos en ese proceso de lucha?

La construcción de formas de turismo realmente sostenibles implica una sociedad diferente. Y es la que recorre de manera transversal las propuestas honestas de turismo comunitario sostenible.

En sitios como la provincia de Chimborazo, en Ecuador, hay una corriente de «turismo alternativo con gestión comunitaria», en el que varios grupos, a nivel rural, se han reunido a fin de fortalecer los proyectos de turismo que ya funcionan, apoyar los que están en proceso de consolidación, y las nuevas iniciativas. Los dirigentes de las comunidades son quienes gestaron la idea y lo que ahora se tiene, un proyecto para la creación de la Red de Turismo Comunitario, a nivel de cuatro provincias en el centro del país. En esa experiencia, los técnicos ahora solo son instrumentos de apoyo y no los actores mismos, que son las comunidades.

Los pueblos indígenas o comunidades nativas han buscado estrategias de sobrevivencia que les permitan insertarse en el mundo globalizado. Los Estados deben

procurar que tengan preparación, servicios de salud, educación, medios de comunicación, que contribuyan a mejorar su nivel de vida. Los proyectos en que esté involucrada la intención de mejorar la vida, deben basarse en soluciones surgidas de las mismas poblaciones. En lugar de «pensar por ellos», es necesario «pensar con ellos».

¿En que se diferencia el desarrollo humano del desarrollo a secas? Según Mahbub ul Hag, el foco central de este desarrollo son los seres humanos y su calidad de vida, estableciendo una importante diferencia entre medios (crecimiento económico) y fines del desarrollo (mejorar la calidad de vida de las personas). El desarrollo humano se interpreta como una meta cuyos resultados son el aumento de las capacidades y oportunidades de, desde y para la gente,

desde el cumplimiento de las aspiraciones de la gente, desde el progreso que buscan, desde lo que necesitan y quieren hacer, y consiste, a su vez, en determinar la interpelación que de ello demanda en cuanto podemos hacer nosotros para el desarrollo de sus capacidades, para abrirles un acceso amplio a todas las oportunidades y hacer que este acceso reciba un trato, nacional e internacional justo.⁴

¿A quiénes favorece este desarrollo, cómo se participa de él, cómo sus beneficios se traducen en calidad de vida para la gente? ¿Cómo participan las comunidades indígenas de los emprendimientos turísticos? ¿Cómo se logra cumplir con las aspiraciones de la gente? Se trata de desarrollar una «antropología de gestión» en la que, a través de metodologías de investigación participativa, se desarrolle un proceso de organización interna de la comunidad, provista de recursos y habilidades organizacionales, y no de transferirle a esta técnicas que deban ser imitadas. ¿Están los especialistas preparados para aplicar estas metodologías? ¿Se enseña en las universidades a llevar adelante proyectos de gestión con metodologías participativas, o cualquier otra? ¿Se puede trabajar de manera interdisciplinaria? ¿Se está en condiciones de escuchar las demandas de la gente, horizontalizar el conocimiento y tomar como válidas las conclusiones a las que arriban los miembros de las comunidades?

Las reflexiones que para llevar adelante una empresa turística autogestionada hace el propio grupo sobre su cultura, sobre lo que pueden y quieren mostrar de su presente y su pasado son, muchas veces, experiencias saludables que refuerzan la propia identidad.

Turismo y medio ambiente

El medio ambiente constituye el conjunto de factores, elementos, procesos y relaciones naturales,

sociales y culturales que componen y sostienen el desarrollo y reproducción de la vida. El turismo debería evaluarse por lo menos desde tres ejes de interés que necesitan concebirse y conciliarse interrelacionados, para que su desenvolvimiento sea ambientalmente sustentable:

1. La relación económica que planifican y llevan a cabo técnicos, operadores, prestadores, y la red de productos y servicios de su industria.
2. La relación recreativa y/o educativa que realiza la sociedad en su ejercicio de esparcimiento y distensión.
3. La relación de ambas con el aprovechamiento de recursos naturales y culturales, como materia prima y atractivos, tema de competencia de los administradores del patrimonio y de las comunidades donde los emprendimientos se radican.

Los tres ejes están comprendidos en el manejo del ambiente: rentabilidad, calidad y protección. La calidad y la protección de los atractivos pueden producir una mayor rentabilidad; la calidad y la rentabilidad inspiran y permiten una mejor protección; la protección y la rentabilidad representan condiciones para potenciar la calidad y la autenticidad de los recursos utilizados como atractivos turísticos.

¿Cuáles son las formas en que la actividad turística puede aportar, entonces, a una creciente sustentabilidad ambiental en todos los aspectos? La respuesta está en manejar dicha actividad como un elemento sobresaliente para articular la conservación con el desarrollo, en tanto la creciente tendencia del turismo de patrimonio es una oportunidad ideal para el fortalecimiento de las identidades.

Estos tipos de trabajos son emprendidos también desde la Administración de Parques Nacionales de Argentina y lo que se intenta es insertar la planificación de las Áreas Protegidas a otra regional donde se logre pautar objetivos de conservación y desarrollo de manera indisociable. De esta forma, se busca articular el patrimonio natural y el cultural con la vida cotidiana y el desarrollo socioeconómico de las comunidades (incluido el turismo) en una planificación a largo plazo.

En este proceso, se vuelve imprescindible abarcar la problemática desde una perspectiva holística y a largo plazo. Toda actividad turística debe ser sostenible. Se sostienen, en definitiva, tanto las comunidades, como los bienes culturales y naturales de sus ecosistemas, y las relaciones entre ellos. En este marco de la sustentabilidad, si muchas de las actividades estuvieran enmarcadas dentro de una planificación regional, avaladas por políticas integradas (como en determinadas experiencias en Brasil) y con una amplia participación comunitaria, podríamos acercarnos a responder la pregunta de por

qué las prácticas sustentables en el sector turístico no han sido incorporadas con más fuerza en muchos lugares.

Se identifican dos tendencias en el tratamiento del problema. La primera marca la necesidad de que haya técnicos que elaboren proyectos (objetivos, acciones y monitoreos), y que hagan participar a las comunidades para que ellas asuman un compromiso para su consecución. Esta posición destaca la necesidad de educar y concientizar a dichas comunidades. Si las comunidades no participan en la elaboración de proyectos, será necesario elaborar estrategias donde se les indique expresamente cuáles son las metas a alcanzar y las formas de lograrlo. Esto denota un proceso que implicaría la institucionalización del saber y la toma de decisión; e implica que la gente sea alejada de las decisiones que repercuten en su vida cotidiana y confinada a perpetuar una mecánica de no reflexión y evaluación de su calidad de vida, de qué es lo que constituye su patrimonio, su lugar y su pasado, que a su vez define su identidad. Este proceso, a su vez, perpetúa la disociación entre conservación y desarrollo e impide que estos objetivos se lleven a cabo.

La segunda tendencia considera que es necesario que las comunidades sean las que motoricen sus proyectos. Para esto se requiere un amplio compromiso institucional y de la comunidad, que solo podrá ser alcanzado si existe un consenso respecto a qué es lo que se quiere desarrollar. Es necesario crear espacios de reflexión y evaluación para la toma de decisión donde se defina de manera pluralista qué es el patrimonio (como construcción sociopolítica), en qué estado se encuentra, cuáles son las metas que se quieren alcanzar respecto a este, y las acciones que permiten lograr esos objetivos.

Museos y sus propuestas culturales para el turismo

Se entiende tradicionalmente por museos las instituciones sin finalidad de lucro, abiertas al público, cuyo objetivo sea la adquisición, conservación, restauración, estudio, exposición y divulgación de conjuntos o colecciones de bienes de valor histórico, artístico, científico, técnico, etnológico o de cualquier otra naturaleza cultural, con fines de investigación, disfrute y promoción científica y cultural.

¿Cuáles objetos pueden formar parte de las colecciones? Prácticamente todos los que tengan sentido «cultural» —palabra que indica un sentido de trascendencia compartida. Esa finalidad común justifica todo el proceso de las colecciones, reunidas, conservadas y estudiadas para ser compartidas,

mediante la investigación, el disfrute y la promoción científica y cultural, es decir, con un sentido educativo.

Los museos recuperan no poco de los rasgos tradicionales y compartidos por muchos: lugares donde se reúnen, conservan e investigan piezas, pero también espacios, a veces, demasiado sagrados, donde se contempla lo bello, que sirve además para aumentar la educación colectiva.

Sin embargo, hoy día ya existen museos de sitio, museos en pueblos o pueblos museos, ecomuseos y hasta museos virtuales. La idea primigenia de preservar objetos es rebasada por la búsqueda de crear un diálogo con su público, una interactividad que los haga entes vivos con varias funciones no solo recreativas, sino también formativas, de capacitación, de investigación y de crecimiento humano.

Durante mucho tiempo se consideró al museo como un espacio «pasivo», «receptivo» y con una orientación pedagógica anticuada (y peor aún, no explicitada) que era un espejo de la escuela: una pedagogía con fundamentos en el ejercicio unívoco de la autoridad, en una concepción religiosa del conocimiento como «verdad trascendente», en una idea de «solemnidad» y en el aprendizaje como experiencia de sacrificio. De este modo, los museos fueron, durante mucho tiempo, réplica de nuestras escuelas: lugares monumentales, solemnes, poco atractivos y vacíos.

Se está demasiado acostumbrado al discurso dominante de que los niños y adolescentes solo encuentran experiencias estimulantes en la TV o los videojuegos, pero lo cierto es que no siempre se hace lo suficiente para transformar las experiencias beneficiosas para ellos en experiencias estimulantes. Esto no implica la demagogia de trivializar el museo, transformándolo en una especie de «parque temático» (del mismo modo que no hay que reemplazar los libros de texto por videoclips). El museo, dentro del constructivismo o fuera de él, debe cumplir con la función didáctica.

El mundo del trabajo en el área de turismo

Mucho del aporte en investigación en turismo no se hace desde el punto de vista del profesional en turismo sino desde otras especialidades. Es así cómo se alzan las voces de los profesionales en contra de la acción de gente que no tiene nada que ver con el tema.⁵ Las personalidades, que no faltan en ninguna bibliografía en materia de turismo, no son profesionales en turismo, y se les considera como grandes eminencias.

Es fundamental para los especialistas y promotores del turismo el trabajo en conjunto con otras áreas de conocimiento; con antropólogos, arqueólogos,

biólogos, ecólogos, sociólogos, economistas, periodistas, historiadores, médicos, maestros, geógrafos, músicos, artistas, artesanos, miembros de comunidades aborígenes y cualquiera que quiera aportar sus conocimientos y experiencias. Según algunos estudios acerca de la preparación sobre el turismo cultural de los estudiantes de las carreras de turismo en la Argentina,⁶ esta por lo general, es mínima. Estos egresados quedan fuera del área de planificación, por insuficiente preparación «humanística» y de relación concreta con su comunidad. No saben acerca de la identidad de su comunidad y se pierden en abstracciones teóricas. Eso crea una diversidad de enfoques entre antropólogos, sociólogos, etc. y «turistólogos», que parecen estar dedicados solo a la promoción y planificación, desde lo «técnico». Esto se reduce a una categorización abstracta, vacía de contenido vital.

A menudo se considera que es mejor un licenciado en Economía, un ingeniero en Medio ambiente o tal vez un arquitecto, que un licenciado en Turismo para ocupar cargos mayores en una secretaría de turismo. El puesto de gerente de hotel se otorga más frecuentemente a un licenciado en Administración, mientras que el de recepcionista o camarero, a un licenciado en Turismo.

Por otra parte, según algunas investigaciones,⁷ muchos especialistas en turismo que ocupan cargos institucionales tienen una concepción del trabajo fuera de la realidad en que se desarrolla la industria. Algunos saben que necesitan de información actualizada para comprender cómo mostrar el patrimonio y entender cómo cuidarlo. Algunas instituciones del sector turístico también buscan promover la investigación social en el área y saben de su valor dentro de los proyectos. Fue muy interesante encontrarse con las personas que las dirigen, ya que comprenden el turismo como una actividad económico-social muy importante. Muchos especialistas jóvenes no se encuadran en el facilismo ni en el marketing de un turismo que lucre con la cultura, pero reclaman que su educación mejore para no tener que irse del país.⁸

Construir políticas para el turismo cultural

El turismo, como todo fenómeno social, se encuentra inserto en diversas circunstancias histórico-políticas, en relación con los contextos en los que se inserta (tanto locales como regionales, nacionales o supranacionales). El «turismo cultural» no se limita a agregar «experiencias culturales», «exotismo» o «indigenismo» a las habituales prácticas de turismo, sino más bien redefinir la práctica del turismo (y la calidad de la experiencia turística) para desplazarla desde una

El patrimonio cultural, por sí mismo, no tiene que ser un producto turístico. Necesita trabajarse para atender la demanda real y potencial de la actividad turística, dejando de ser un mero recurso para convertirse en un factor de atracción, por su autenticidad e importancia histórica, por su contexto y su propia valorización en una comunidad determinada.

relación de explotación y consumo superficial, a una experiencia «etnográfica» o, si se prefiere, de respetuosa relación interpersonal, de mutuo aprendizaje.

La idea consiste en deconstruir la noción de «turismo cultural» como una clase más de turismo entre otras, asumida usualmente como una especie de «turismo de la “autenticidad cultural” mal entendida», para proponer una nueva forma de hacer turismo que tuviera en cuenta su carácter de experiencia «cultural» compleja. Para esto, debemos preguntarnos no solo ¿qué significa hacer turismo?, sino ¿para quién se hace turismo? o, dicho de otro modo, ¿quiénes deberían ser los beneficiarios del turismo? y ¿bajo qué condiciones el turismo es una práctica legítima, esto es, éticamente sólida? Estas son preguntas que conciernen a todos los actores de la práctica turística, en todos los niveles: desde las políticas estatales hasta la «conciencia» de los turistas. Y las posibles respuestas han de tener en cuenta que las comunidades receptoras han de ser los primeros y principales actores, jueces y beneficiarios de cualquier práctica de «turismo cultural» rectamente entendida.

Ya que para que una actividad turística pueda desplegarse exitosamente —y extender sus beneficios a lo largo de un tiempo prolongado— ha de resultar «sostenible». Trabajamos desde la idea de una sustentabilidad «ampliada» que implica no solo un uso no depredatorio de los «recursos», sino también procesos de decisión abiertos y consensuados, que disminuyan los riesgos, las fricciones y los roces inherentes a las decisiones unilaterales, o impuestas de arriba-a-abajo, que suelen erosionar muchos proyectos, por más bienintencionados que estos sean. Los actores involucrados en la primera y la segunda de las redes deben entender que su actividad es solo posible a partir de la existencia de la tercera de ellas, y que es esta cuyos derechos (a su existencia y prosperidad en los términos por ella definidos) tienen prioridad ética y política sobre el derecho de la primera de hacer dinero, o de la segunda de consumir y divertirse. Este elemento debe ser parte de una sustentabilidad sanamente entendida.

Dado que los proyectos turísticos son dependientes de un gran número de políticas estatales, entrecruzadas a diversos niveles, todo análisis del turismo debe

comenzar por el análisis de las construcciones socioculturales que subyacen en y sustentan las políticas económicas, culturales, educativas y patrimoniales. Por consiguiente —y en vista de que este análisis no ha sido realizado aún con la suficiente extensión, generalidad o rigor— se vuelve imperativo desarrollar investigaciones críticas sobre esos y otros aspectos de las políticas para el turismo, de modo tal que pueda evaluarse el impacto que tienen sobre las actividades turísticas concretas, y de modo tal de que el proceso de diseño, evaluación, implementación, reevaluación continua, y continuo rediseño reemplace a la intuición, la improvisación, o las propuestas grandilocuentes con pobre rigor teórico y empírico.

El turismo —en cuanto fenómeno complejo con consecuencias sociopolíticas también complejas— no puede dejarse en las manos de «improvisados», «recomendados» o «condottieri» de los poderes de turno. El turismo requiere de profesionales preparados, de diversas áreas, con conocimientos teóricos sólidos, habilidades técnicas y prácticas empíricamente fundadas y validadas, y versados en los avatares de la gestión, si es que los múltiples y continuos desafíos del área han de ser manejados de manera adecuada y efectiva, en un perpetuo ciclo de aprendizaje. Pero esto no ocurrirá por sí solo: se requiere que todos los profesionales que trabajan en turismo —sea cual sea su extracción profesional— tomen conciencia de que es imperativo formarse en los tres ejes: teórico-epistemológico, práctico-técnico, y político-de gestión, para que el turismo esté en las manos de aquellos formados para ello, todo en un entorno de práctica ética que implica la idea de «democracia», no como fetiche de legitimación institucional, sino como sinónimo de consenso, apertura y participación. Pero al mismo tiempo debe entenderse que cuando se dice «participación», se dice «participación responsable» y que esta responsabilidad implica la formación, actualización e investigación constantes.

El «patrimonio» cultural es resultado de un proceso de construcción y demarcación social, que define ciertos bienes como patrimonio respecto de otros bienes. Este proceso no es, por supuesto neutro o aséptico, sino que está atravesado por relaciones de poder, en una

dinámica continua. De este modo, las «lecturas» y construcciones del patrimonio están insertas en procesos histórico-sociales, con consecuencias ético-políticas concretas. Para dar solo un ejemplo, muchas veces la definición de un grupo, estructura o práctica como «patrimonio» responde a un proyecto de construcción de un «turismo cultural» como «vidriera de mercancías culturales», estableciendo modelos hegemónicos de «identidad» y «autenticidad» que, a través de esas políticas para el turismo, uniforman, simplifican y congelan grupos y prácticas «culturales».

Una vez expuesto esto, y toda vez que entendemos que el patrimonio es (y depende de) un proceso de construcción, y que sus alcances y posibilidades exceden el servir de «cebo» a un «turismo cultural» mezquinamente entendido, se impone preguntarse: ¿Quién (o dónde) se establece el valor que se le da a las prácticas culturales del lugar (y que suelen materializarse en las frecuencias turísticas y las ganancias dejadas por él)? ¿Cuánto «vale» la cultura? ¿Qué precio ponerles (si es que cabe ponerles alguno) a los saberes de los pueblos? De acuerdo con lo expuesto en párrafos anteriores, debería quedar claro que las respuestas a estas preguntas (o aún más, su relevancia o incluso la posibilidad misma de plantear estas u otras preguntas) deben referirse a todos los sectores involucrados —y en primerísimo e irrecusable lugar, a las comunidades receptoras. Solo así podrá establecerse, de modo legítimo, cómo se definirá el patrimonio, qué se dispondrá sobre el patrimonio así definido, qué costos y beneficios implicará un turismo fundado sobre él, quién pagará los costos y quién cosechará los beneficios. Habitualmente se dice que ofrecer el patrimonio al turismo es una forma eficaz de estimular el desarrollo de las comunidades: pues bien, esto no será más que una frase hueca, una mera expresión de deseo, a menos que esas mismas comunidades definan qué desarrollo quieren y se les den los mecanismos para verificar y asegurar el cumplimiento de ese objetivo. Y resulta oportuno, una vez más, aclarar que si ese desarrollo ha de ser sustentable, esa sustentabilidad debe incluir la de las prácticas culturales de esas comunidades y garantías para la salvaguarda de sus ecosistemas (entendidos en sentido amplio, esto es, abarcando lo que habitualmente se distingue como los aspectos «natural», «cultural» y «social-interpersonal»). Por último, no debe olvidarse que el «patrimonio» de unos es la «identidad» de otros, esto es, que aquello que se defina como «patrimonio» para ofrecerlo al paladar de los turistas no lo sea al costo de expropiárselo a aquellos para quienes ese «patrimonio» es parte indisoluble del modo en que se definen y conciben. El «patrimonio» no debe ser declarado tal a expensas de sus presuntos beneficiarios.

A los museos, casas de cultura y otros espacios institucionales de similar naturaleza y con similares objetivos, les cabe un papel preponderante —para bien o para mal— en el proceso del turismo cultural, ya que tienen parte principal en la construcción histórico-social de las culturas de los pueblos, construcción sobre la cual el turismo, a su vez, edificará sus escenarios. Por tanto, la responsabilidad de estas instituciones no puede (ni debe) ser ignorada, y esto implica analizar cuidadosamente cómo se escenifican, construyen y exhiben las prácticas culturales locales. Es por esto que todo planteo de turismo cultural sanamente entendido, debe incluir y considerar las problemáticas específicas de estas instituciones, así como el papel que juegan, y no solo en el plano de construcción cultural que acabamos de mencionar, sino también a los fines de coordinar estrategias económicas conjuntas ya que el turismo cultural ofrece posibilidades concretas a museos e instituciones similares de entrar en un juego de suma positiva con los promotores del turismo cultural. De este modo, al estar firmemente imbricadas con las restantes prácticas del turismo cultural, museos, casas de cultura y demás instituciones similares deben ser incluidas en las planificaciones, presupuestos y estrategias de financiación y programas de turismo cultural. De idéntico modo, estas instituciones se beneficiarían grandemente si a la hora de definir criterios de presentación, muestras y programas incluyeran explícitamente su papel dentro de los programas de turismo cultural del área. Del mismo modo, si consideramos que la construcción de cultura e identidad son procesos dinámicos, los museos y demás instituciones deberán reflejar ese dinamismo, si es que pretenden ser intérpretes fidedignos.

Si entendemos el papel de estas instituciones como introductorias al diálogo entre comunidades, presentando de ellas imágenes que sean comprensibles, pero no triviales o mutiladoras, deberemos asegurarnos de que las comunidades tengan la última palabra respecto de las representaciones que de ellas se hacen. Solo así tendrá sentido hablar a la vez de «cultura democrática» y de «democratización de la cultura» y evitaremos la definición de patrimonios culturales, históricos e identitarios colectivos congelados en planos estáticos, contruidos para consumo de turistas sofisticados en busca de «exotismo» o «escapismo cultural».

El patrimonio colectivamente definido por todos los actores interesados debe ser así integrado a las políticas para el turismo. Pero para que no queden en un plano meramente declamatorio estas políticas deben tener una inserción concreta en las instituciones desde los planos económico-jurídico-administrativo y educativo, sin olvidar en ningún momento que este

patrimonio es una construcción ideológico-política, que refiere a identidades encontradas en un relato histórico-material y discursivo.

Si el turismo cultural habrá de contar con el patrimonio en cuanto «recurso» o «capital», el primer paso habrá de ser, lógicamente, el (re)conocimiento y registro de ese capital. Esto exige múltiples acciones coherentes que involucren y se desarrollen desde los ámbitos de cultura, legislación e implementación de su protección, además del establecimiento efectivo de programas educativos y de difusión. Estas políticas para el turismo deben apoyarse sobre y construirse sobre la base de visiones integrales donde el turismo en cuanto actividad económica y social involucre discusiones sobre el patrimonio desde una perspectiva de desarrollo sustentable como la que desarrollamos en párrafos anteriores (y que incluye desde lo estrictamente medioambiental, hasta la posibilidad de sostener el propio modo de vida sin ridiculizarlo o reconstruirlo «a gusto del consumidor»).

Pero esto no será posible sin un genuino compromiso de todos los sectores involucrados (y genuino implica sin chicanas, ni agendas secretas) y junto con esos sectores sus saberes, formas de reproducir, crear y comunicar información, sus cosmovisiones particulares, sus «estructuras de sentimiento» y sus universos morales, dentro de una perspectiva que considere su pluralidad un capital común de la humanidad, según la conocida definición de UNESCO: «El patrimonio cultural de un pueblo también comprende las obras de sus artistas, arquitectos, músicos, escritores y sabios, así como las creaciones anónimas, surgidas del alma popular, y el conjunto de valores que dan sentido a la vida, es decir, las obras materiales y no materiales que expresan la creatividad de ese pueblo; la lengua, los ritos, las creencias, los lugares y monumentos históricos, la literatura, las obras de arte y los archivos y bibliotecas».⁹

Cultura y poder en las políticas para el turismo

El turismo cultural debe evitar la persistente tentación de homogeneizar la diversidad en una «cultura» o «identidad» singulares. Así, el turismo puede pasar de ser una denigrante exhibición de exotismo construida para consumo de turistas pudientes, a ser un espacio de visibilidad política para comunidades otrora relegadas. En esto no puede dejarse de lado el papel crucial del Estado y los Estados: se debe pedir de los actores estatales definiciones claras —y donde fuera oportuno, redefiniciones—, de sus responsabilidades y compromisos, sobre todo a la luz del crecientes

reconocimiento del carácter plurinacional y multicultural de lo que antes se pensaba como una monolítica «nación», construida sobre un vacío o un exterminio perfecto de las naciones precedentes, que ya no puede pensarse como tal. Si no se parte de esta historia y esta nacionalidad complejas seguirán sin tener sentido (o peor aún, legitimidad) los debates respecto de qué «cultura» se quiere mostrar, y sobre el «valor» de nuestros saberes. Y el partir de esta complejidad implica nuestro derecho a exigir una participación plural y genuinamente democrática al momento de construir políticas para el turismo cultural. El Estado, sometido a las imposiciones dietarias del «Consenso de Washington» —que solo ejerce sus atribuciones a la hora de legitimar las acciones de empresas extranjeras o transnacionales que reconstruyen patrimonios ajenos, para usufructuarlos en beneficio propio— debe ser reemplazado por un Estado implicado, que plantee y asegure las condiciones que hacen el derecho al trabajo en el área del turismo, por parte de los miembros de las comunidades locales. Asimismo, como ya dijimos, el Estado debe ser el custodio de los derechos basados en la diversidad cultural, sobre todo cuando el ejercicio de estos derechos involucre conflictos de intereses, ya sea entre comunidades o entre comunidades y terceras partes. Pero mal puede esperarse un diálogo fructífero mientras persista el desconocimiento del «patrimonio» (es decir de su carácter de construcción y de su papel en cuanto constructores) por parte de la mayor parte de los actores individuales o colectivos del Estado-nación, desconocimiento funcional a los intereses de quienes consideran el patrimonio solo desde una mirada donde no es más que una mercancía, la posibilidad de cuyo acceso estará determinado por su valor de mercado. Por eso creemos oportuno y fructífero utilizar una definición amplia de «patrimonio», que supere la materialidad del artefacto o de lo arquitectónico. Es por esto que las declaraciones de «Patrimonio de la Humanidad» deben intentar superar la mera puesta en valor de un paisaje o de un artefacto material, para reconocer e incluir las construcciones simbólico-afectivas implicadas en su construcción o reconocimiento.

Si el turismo cultural se entiende como el poder de las metrópolis urbanas opulentas para «congelar» al resto de la humanidad en un pasado mítico inexistente, que les niegue el acceso a una o más de las condiciones de las que esas metrópolis disfrutaban cómodamente, nada queremos tener que ver en él. Ahora bien, si se trata de instalar un diálogo sobre qué diversidad y en qué condiciones estas comunidades quieren y cómo podemos salvaguardarla, de este debate queremos (y creemos poder) participar. Pero esto implica reconocer la diferencia entre diversidad y desigualdad, y lejos de naturalizar la desigualdad como diversidad, plantear en

qué medida son conciliables la diversidad y la igualdad. En América Latina algo de esto sabemos, en la medida en que durante décadas se enfatizó en nuestro carácter perennemente «subdesarrollado», como si ese «subdesarrollo» fuera parte de nuestra «naturaleza» (o nuestra «cultura»), y no de prácticas de dominación concretas y operativas. Del mismo modo, si hablamos de «patrimonio» en un mundo «globalizado» hay que entender que definir algo como «patrimonio global» implica una responsabilidad concreta, que involucra su defensa (sí, incluso por sobre la del petróleo) y la defensa de la posibilidad de acceso de aquellos de quienes se supone que el «patrimonio» es «patrimonio». De nada sirve un museo o un parque nacional declarados como «Patrimonio de la Humanidad», si la parte de la humanidad que vive cerca (y que se supone custodia ese patrimonio) debe pagar precios inaccesibles, o no sabe leer ni escribir.

El turismo cultural, en definitiva, es proceso complejo que hace a la vez posible y necesaria una interrogación sobre nuestra(s) historia(s) y nuestra(s) cultura(s), es decir, sobre nuestro(s) patrimonio(s), interrogación que está inserta en relaciones de poder que operan desde y sobre las formas de crear-comunicar de culturas desprotegidas hoy ante una nueva colonización montada sobre una idea de progreso sesgada e impuesta —como de costumbre— por la fuerza.

Notas

1. Véase Noel Gabriel, «Comentarios, reflexiones y preguntas en torno de “Rehabilitación y reutilización del patrimonio industrial del pueblo-fábrica Barker-Villa Cacique para el turismo cultural”,

de Guillermina Fernández y Aldo Guzmán Ramos», II Congreso Internacional de Turismo Cultural-NAYa, 2003, www.naya.org.ar/turismo/congreso2003.

2. Álvaro Higuera, «Sobre las cenizas de la guerra: reconstruyendo los paisajes turísticos en la ex Yugoslavia», Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Turismo Cultural-NAYa, 2003, www.naya.org.ar/turismo/congreso2003.

3. Noel Gabriel, ob. cit.

4. Mahbub ul Hag, «Reflections on Human Development», Oxford University Press, Nueva York, 1995.

5. Eduardo Biondi, «Turismo, profesionales en turismo y capacitación», Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Turismo Cultural-NAYa, 2003, www.naya.org.ar/turismo/congreso2003.

6. Amelia Ambrós, «El turismo cultural en las universidades argentinas», Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Turismo Cultural-NAYa, www.naya.org.ar/turismo/congreso2003.

7. Intervención de Claudia Cóceres en el debate sobre el tema, a partir de su trabajo de campo.

8. Las recomendaciones contenidas en los dos epígrafes siguientes fueron elaboradas por los investigadores del Área de Turismo Cultural del Equipo NayA y se basan en intercambios con especialistas y practicantes, realizados durante el II Congreso Virtual de Turismo Cultural y el Encuentro de Turismo cultural, Buenos Aires, 2003.

9. Definición elaborada por la Conferencia Mundial de la UNESCO sobre el Patrimonio Cultural, celebrada en México en el año 1982.

©  2005.

¿Al demonio con el paraíso? Repensando la cultura y el turismo en el Caribe insular

Pedro Monreal González

Economista. Universidad de La Habana.

Cristina Padilla Dieste

Socióloga. Consultora de la UNESCO.

El entusiasmo casi universal con que hoy parece celebrarse el auge del turismo en el Caribe contrasta con la suspicacia, a veces llevada hasta el extremo de la exasperación, con que se percibió hacia los años 70, cuando llegó a considerarse como una nueva forma de «plantación» que bloquearía el ascenso hacia el desarrollo.¹

El apogeo turístico caribeño de los últimos veinticinco años a veces hace olvidar que si bien el turismo es, en cierto sentido, tradicional del Caribe, hasta los años 80 —con muy pocas excepciones— constituyó una actividad relativamente menor en el contexto general de las economías regionales. El paso a una etapa de crecimiento importante del turismo en el área es un evento bastante reciente, que recibió un primer impulso significativo en los años 60, aunque en realidad su conversión generalizada en pilar principal de la estructura económica de un buen número de países y territorios del Caribe ocurrió dos décadas más tarde.

Desde antes de esa expansión, existió una perspectiva intelectual y política que previno sobre la excesiva dependencia respecto a ese sector emergente; consideraba que el turismo podría convertirse en una

versión actualizada del sistema de plantación, y que por sus características, en términos de la proporción de la riqueza generada que iría a parar fuera de la región, pudiera ser mucho más eficiente como mecanismo de explotación. En otras palabras, se advertía entonces el peligro de una suerte de neocolonialismo, centrado en la reinención del Caribe como paraíso turístico.² El rechazo encontró su síntesis en una expresión que muchos llegaron a compartir: «al diablo con el paraíso» (to hell with paradise).

Este punto de vista —que no ha desaparecido enteramente, pero hoy no muy popular— resulta de extrema importancia para comprender el fenómeno del turismo contemporáneo. Si bien los hechos posteriores condujeron a que el Caribe se transformara rápidamente en una de las regiones de mayor penetración y de más alta dependencia del turismo, sigue sin embargo en pie la pregunta acerca de lo que este representa para el desarrollo, concepto que, como se sabe, es bien distinto a la buena marcha de los negocios, el crecimiento económico o los ingresos.

El turismo ha desempeñado un papel importante en el Caribe insular —aunque no exclusivo y en muchos

casos no el de mayor importancia—, según las escalas basadas en el criterio del llamado Índice de Desarrollo Humano (IDH) del PNUD, donde el área se destaca por tener un nivel promedio de bienestar superior al de otras regiones en desarrollo.³ Se trata de una zona donde existen notables contrastes y paradojas, en términos de desarrollo económico y social. El país más pobre del Hemisferio occidental, Haití, cuenta entre sus vecinos con algunas de las sociedades de más elevados ingresos per cápita del continente americano, como son los casos de las Islas Caimán y Aruba. Entre ambos extremos se ubican más de veinte Estados y territorios, entre los que prevalecen varios clasificados por el Banco Mundial como de «ingresos altos» y de «ingresos medios altos».⁴

¿Significa esto que la «reinvención» del Caribe insular como paraíso turístico ha colocado a los países y territorios de la región —con pocas excepciones— en el mapa del desarrollo o en trayectorias que conducen a este? ¿O se trata, por el contrario, de los beneficios —quizás efímeros y reversibles— de la conversión circunstancial del Caribe en un polo de inversión internacional para la valorización del «capital cultural», bajo su modalidad de turismo? ¿Proporciona el turismo pilares sólidos para el desarrollo o, simplemente, garantiza una plataforma de ganancias sustanciales para las transnacionales y un derrame subsidiario para los actores locales?

¿Es el turismo un factor que ha relegado al Caribe a la función pasiva de espacio de ocio para una parte de la población de las naciones industrializadas? ¿O la expansión del turismo debe ser entendida como un éxito caribeño en el terreno de una activa competencia internacional por la localización de nuevos centros de consumo —material y simbólico— en el mundo, en uno de los segmentos de mayor escala y dinamismo de las industrias culturales? ¿Corona el turismo estrategias de desarrollo nacional o es un resultado residual de estrategias transnacionales de acumulación?

No tenemos respuestas acabadas para estas preguntas; sino apenas algunas hipótesis, pero nos parece que identificar las que pudieran ser las interrogantes correctas contribuye a esclarecer los problemas. Las preguntas anteriores solo tratan de llamar la atención respecto a cuestiones que van más allá de las perspectivas convencionales adoptadas en los estudios sobre el turismo. La mayoría circunscribe sus análisis al impacto del sector sobre la economía y la sociedad, y generalmente se reduce el papel de la cultura a ser una fuente de valor agregado al producto turístico o un elemento rectificador o compensador de las prácticas comerciales más abusivas de algunas modalidades del turismo.

Sin embargo, el desarrollo del turismo en el Caribe insular no se limita a su expansión como sector que ha modificado la estructura económica y social de la región, por muy importante que esto haya sido, ni tampoco se reduce a un caso de evidente subutilización del patrimonio cultural, como consecuencia de un desmedido énfasis en las modalidades de sol y playa.

El auge del turismo en el Caribe insular es, en lo fundamental, expresión de las indudables ventajas comparativas de la región —respecto a otras áreas del mundo— en la competencia que se produce en el terreno del turismo internacional, uno de los principales segmentos de las llamadas industrias culturales, porque la industria del viaje, del ocio, sin chimeneas, o como quiera llamársele, es —junto a los espectáculos deportivos, las actividades de recreación en espacios abiertos, la música, la gastronomía, el cine, los videos, los libros, las revistas, la televisión, el Internet, y otras muchas actividades de ocio—, un significativo campo de inversión y obtención de ganancias, alrededor del cual se articula un gigantesco complejo recreativo-cultural consistente en diversos clusters productivos y de servicios, con alcance y organización global. Una red global de producción que expresa procesos que apenas comenzamos a comprender.

El crecimiento del turismo caribeño, sus beneficios, limitaciones y desventajas giran en torno a la naturaleza y dinámica de las industrias culturales. Lo cultural no es, por tanto, un elemento yuxtapuesto al turismo sino una de sus dimensiones centrales. El tratamiento convencional de la cultura y el turismo como dos entes relacionados, pero intrínsecamente distintos, nos parece superficial, descolocado y alarmante. Precisamente por eso, nuestra hipótesis más importante subraya que el diseño de estrategias de desarrollo asentadas en el turismo, o donde este tiene un papel importante, debe partir de una especie de noción moderada de la visión de «al diablo con el paraíso», si bien la razón de esta actitud respondería a una determinada comprensión de cómo funciona, desde dentro, el turismo en su condición de industria cultural, y no tanto a una evaluación —en el fondo fatalista— como la de considerarlo un nuevo tipo de plantación.⁵

En consecuencia, nuestro rechazo no es hacia el turismo en general, demasiado grande y dinámico como para pretender ignorarlo en el Caribe, sino hacia ciertas maneras de entenderlo e insertarlo en las estrategias económicas y sociales. Lo que se encuentra en entredicho es el supuesto, a nuestro juicio utópico, de que la conversión del Caribe en un gran lago vacacional pueda equipararse con la antesala del desarrollo o se asuma como el pilar del desarrollo.⁶ Para que el turismo pueda proporcionar una contribución positiva al proceso de desarrollo (nuestro),

debe enfocarse de un modo tal que permita rebasar su función —predominante hasta ahora— de comercializador de espacios para el ocio (de otros).

La noción de «paraíso» —una codificación mercantil de nuestra región como «atracción turística»— debe superarse, si de lo que se trata es de promover el desarrollo. Las determinaciones de esa función mercantil son poderosas y complejas; pero mientras se acepte y se trabaje en función de ella, podrá haber de todo (inversión, crecimiento e ingresos), pero no desarrollo. El papel de las estrategias de desarrollo estriba, en lo fundamental, en desempeñar un cometido normativo, clave para poder articular una función radicalmente distinta para el turismo, es decir, la de actuar como sector líder (o acompañante en algunos casos) del desarrollo local, y no la de asegurar la mercantilización del ocio. Esta mercantilización debe y puede ser un instrumento en las estrategias del desarrollo; pero hasta ahí debe llegar su papel. Nunca puede asumirse como destino de trayectorias de transformación ni como el objetivo final de las estrategias.

El hecho de que el turismo sea una industria cultural crea oportunidades para el desarrollo nacional (y regional), a pesar de que su estructuración se deriva del funcionamiento de redes globales en las que el liderazgo recae sobre empresas transnacionales. Bajo determinadas condiciones, esa estructura, no diseñada para promover el desarrollo sino para asegurar la comercialización del ocio, puede ser aprovechada y activada en función del primero.

El diseño de estrategias de desarrollo asentadas o apoyadas en el turismo es un tema complejo que rebasa ampliamente los propósitos de este artículo, y la discusión más general respecto al problema del desarrollo en el Caribe desborda las posibilidades de este trabajo.

Nos limitaremos entonces a identificar algunos aspectos claves que pueden contribuir a pensar mejor en el tema. Abordaremos tres tópicos imprescindibles en cualquier aproximación: a) el turismo como industria cultural y la cultura como activo para el desarrollo; b) el turismo como cadena global de valor; y c) la geografía económica del turismo. Luego introduciremos nuestra propia representación acerca del turismo como una red global, para identificar algunas conclusiones acerca del papel de la cultura en la modificación de varios obstáculos para que el turismo pueda actuar a favor del desarrollo en el Caribe.

Turismo como industria cultural y cultura como activo para el desarrollo

La relación entre cultura y turismo ha sido abordada por un considerable número de estudios, y de hecho también forma parte de muchas de las políticas

adoptadas para fomentar la actividad turística. Incluso en una región como el Caribe, donde predomina el turismo de sol y playa, lo cultural ha ido ganando espacios —si bien todavía insuficientes— en el diseño y en la práctica del turismo.

Desde la perspectiva de los estudios sobre el desarrollo, la dimensión cultural del turismo puede valorarse en cinco grandes planos:

- La cultura como elemento fundacional del desarrollo que trata de promoverse utilizando la actividad turística.
- La cultura como elemento que permite incrementar el valor del producto turístico.
- La cultura como factor de difusión social y de dispersión espacial de los ingresos de la actividad turística.
- El turismo en su calidad de «industria cultural».
- La cultura como un importante activo que puede favorecer el ascenso de firmas, localidades, países y regiones a través de trayectorias de aprendizaje tecnológico y organizativo en el contexto de las redes globales del turismo, es decir, en los marcos de uno de los complejos económicos de mayor escala y dinamismo de la economía contemporánea.

La consideración de la cultura como elemento fundacional del desarrollo es una concepción que, de manera creciente, ha influido en la importancia concedida a los aspectos culturales de la actividad turística, sobre todo en aquellas sociedades que tratan de utilizar el turismo como vector del desarrollo. Por otra parte, también se reconoce que lo cultural puede ser muy importante para incrementar el valor del producto turístico.

En una economía global que tiende a recompensar relativamente mejor las actividades que generan productos y servicios diferenciados, el turismo cultural puede utilizarse como fundamento de una estrategia de nichos de mercado más redituables que los productos del turismo masivo de sol y playa.

Finalmente, en los últimos años ha ganado espacios el reconocimiento de que lo cultural puede desempeñar un importante papel en la difusión social de los ingresos del turismo y en su dispersión espacial. La artesanía es quizás el caso más evidente —pero no el único. Las redes productivas asociadas a la producción de artesanías no son tecnológicamente complejas. Su alta intensidad relativa en la utilización de fuerza de trabajo favorece que sectores sociales en cierto modo amplios y de bajos ingresos accedan —a través de las ventas a los turistas— a una parte del ingreso del turismo. Cada dólar gastado por el turista en artesanías contribuye a una distribución directa del ingreso, socialmente más equitativa que cada dólar gastado en los segmentos más

concentrados, como el alojamiento en hoteles o el transporte aéreo. Por otro lado, también la actividad cultural —las artesanías son, de nuevo, un caso muy evidente— puede contribuir a la dispersión espacial de los ingresos del turismo en beneficio de localidades que no son propiamente sitios turísticos. Las artesanías y el patrimonio cultural han convertido en atractivos turísticos determinadas localidades no concebidas inicialmente como áreas de actividad turística.⁷

Sin embargo, los dos últimos planos de la dimensión cultural del turismo han sido relativamente menos estudiados y mucho menos comprendidos, a pesar de su gran importancia para el diseño de políticas de desarrollo. Para decirlo con mayor claridad, el turismo como una industria cultural y la cultura como uno de los activos más importantes con los que puede contar un país para lograr avanzar a través de trayectorias de aprendizaje organizativo, que convierten al turismo en motor efectivo del desarrollo, son tan importantes para el diseño de una estrategia de desarrollo como los tres primeros planos mencionados.

No se trata de que pueda o deba minimizarse lo cultural como aspecto fundacional del desarrollo y su contribución a la agregación de valor al producto turístico, ni tampoco que no sea importante el efecto de la cultura en la distribución social y espacial de los ingresos turísticos. Para el desarrollo, todo lo anterior tiene una importancia fuera de discusión. El problema consiste en que, por sí mismos, los tres primeros planos de la dimensión cultural del turismo no garantizan el avance hacia el desarrollo. Es también muy importante para las estrategias de desarrollo ubicar con precisión la naturaleza de la actividad turística, lo que conlleva considerar el turismo como una «industria cultural», es decir, uno de los campos de acumulación de capital más vastos y dinámicos del capitalismo contemporáneo. Cualquier estrategia de desarrollo que trate de apoyarse en el turismo, debe partir de la premisa de que la inserción del país se producirá en uno de las redes globales de producción y servicios más importantes de la economía capitalista de nuestros días, con reglas de juego muy bien definidas.

Resulta crucial que toda estrategia de desarrollo apoyada en el turismo no se limite a ubicar con precisión la naturaleza y el lugar de esa actividad económica, sino también las posibilidades que ofrece para avanzar hacia el desarrollo. Esto implica el conocimiento de qué estructuras deciden la distribución del ingreso dentro de las redes globales del turismo, lo cual es imprescindible para diseñar políticas que permitan maximizar los beneficios que pudieran derivarse de la inserción en estas redes, en función de promover el desarrollo. Después de todo, a los efectos del desarrollo, lo importante no es tanto insertarse de cualquier modo

en las redes globales de producción y servicios, sino hacerlo de una manera muy específica, para aprovechar las posibilidades que ofrezcan a un país para ascender a través de trayectorias de aprendizaje tecnológico y organizativo. La importancia de la dimensión cultural del turismo consiste, precisamente, en que puede considerarse uno de los más valiosos activos para facilitar el ascenso de un país dentro de las redes globales del turismo.

La geografía económica del turismo

Nos parece relevante identificar tres aspectos teóricos relativos al turismo, desarrollados desde la perspectiva de la geografía económica: a) el turismo como factor de mercantilización del ocio, b) el turismo como factor de mercantilización del espacio, y c) el turismo y la acumulación de capital a nivel territorial.

a) Turismo, industrias culturales y mercantilización del ocio

En la llamada sociedad moderna, el ocio no equivale simplemente a tiempo libre. En el capitalismo, es tiempo libre con características muy bien definidas: está sujeto a reglas sociales, es parte de un sistema de legitimación social («ilusión de libertad y auto-determinación»), y se organiza como un negocio. En suma, el ocio ha sido «institucionalizado» y desempeña un papel importante como espacio de acumulación de capital y medio de legitimación social.⁸

La institucionalización del ocio se ha apoyado en su comercialización, es decir, en la transformación de sus actividades en mercancías de una cultura del consumo. La expansión de los mercados de productos está acompañada por una transferencia de la lógica de la producción hacia la del consumo y la cultura, lo cual da lugar a lo que algunos especialistas llaman industrias culturales, asociadas a la transformación de actividades culturales y de recreación en experiencias vendidas y compradas como mercancías.⁹ En el turismo contemporáneo, las relaciones capitalistas son un componente tan esencial del proceso, como lo es el llamado tiempo libre.

En el caso del turismo, esto significa un proceso que complementa y a la vez subvierte las tendencias hacia la individualización del ocio. El turismo se ha convertido en una gigantesca industria cultural, caracterizada por la producción masiva, pero en la que es posible vender experiencias que ofrecen una ilusión de individualidad gracias al empleo de técnicas comerciales de diferenciación de productos (mercados

de nicho), variaciones cosméticas en el diseño de estos y al efecto de la propaganda.

Una de las características centrales de las industrias culturales es que ofrecen entretenimiento, escape y ampliación de conocimientos, sin retar el orden social existente. Las industrias culturales se encuentran reguladas por una serie de instituciones y prácticas que facilitan el ajuste de los individuos al patrón antes descrito. El entretenimiento comercial, del cual forma parte el turismo, requiere una participación interesada, pero al mismo tiempo pasiva y acrítica, que trata de regularse a partir de ciertas normas y con la ayuda de una «pre-digestión cultural».¹⁰

Una industria cultural de esta naturaleza tiende a reproducir una interpretación dominante de la realidad, pero debe hacerlo de forma lo suficientemente amena y diversa como para capturar una «audiencia» (mercado), lo cual se obtiene mediante la clasificación y codificación de las amenidades del turismo y también logrando una predisposición del turista acerca de cómo interpretar la experiencia que se le vende, mediante la utilización de diversos canales culturales —comentarios, brochures, revistas, etc.— que contribuyen a lograr una respuesta determinada.¹¹

La mercantilización del turismo abarca una esfera de acción relativamente amplia, asociada a la producción de bienes tangibles —edificaciones, infraestructura, medios de transporte, bienes de consumo, souvenirs, entre otros—, así como a la provisión de servicios (reservaciones, alojamiento, gastronomía, etc.). Es decir, como esfera de acumulación del capital el turismo es una actividad que rebasa ampliamente la noción relativamente estrecha de los servicios.

Una de las características más importantes del turismo como esfera de acumulación es su condición de negocio que vende experiencias asociadas a una cultura de consumo en la que el logro de un cierto estilo de vida actúa como un poderoso determinante de la demanda. Su dinamismo y vastas escalas se explican, precisamente, por constituir un fenómeno de la cultura de consumo. La gran escala del turismo es un resultado directo del carácter masivo de la cultura de consumo, que incorpora a la práctica social de amplias capas de la población la noción de que viajar y conocer lugares distintos no solamente es posible, sino deseable y necesario para acceder a un mejor estilo de vida.

El alto dinamismo del turismo también se deriva de su relación con la cultura del consumo. Las industrias culturales no solamente estimulan la necesidad de «vivir la experiencia», sino sobre todo la de experimentarla a menudo. Lo que se estimula es la regularidad del turismo como aspecto del estilo de vida, algo reforzado no solamente por los que hacen directamente el negocio del turismo, sino también por toda una serie de

mediadores culturales —revistas, cine, videos, libros— que crean una imagen de inagotables posibilidades de hacer turismo.

La masividad y el dinamismo del turismo, derivados de su condición de industria cultural que funciona en el contexto de una cultura de consumo, implican la organización de la actividad como una empresa capitalista típica. Poco o nada debe dejarse al azar; ni la provisión de los servicios y productos, ni la construcción de las experiencias que se han de vender.

Como consumidor de una industria cultural, el turista es un cliente consciente del valor de lo que se le ha vendido, es decir, tiende a evaluar el paquete de productos y servicios que conforman la experiencia adquirida a partir de lo que la cantidad y calidad de estos representan en términos de satisfacer y simbolizar un estilo de vida al que se aspira. El turista de la cultura de consumo no busca tanto una experiencia auténtica al hacer turismo, sino la confirmación de la experiencia que se le vendió —mediante el paquete adquirido. Lo que persigue es, sobre todo, una colección de «marcas» que confirmen la experiencia que compró y no necesariamente la derivada del entorno real. Esto crea la posibilidad —crucial para la operación y el control de un negocio— de poder hacer, por una parte, que la experiencia relevante para el cliente sea la «pre-digerida» (no la real), y por la otra, que se desarrolle una serie de mecanismos tendientes a reforzar la impresión del cliente en el sentido de que sus expectativas están siendo satisfechas. Es decir, existe la posibilidad de convencer al turista de que el paquete comprado se ajusta a sus expectativas mediante la acción de mecanismos propios de entornos controlados tales como los guías de turismo, la «burbuja ambiental» que representan los hoteles, etcétera.

En suma, la mercantilización y codificación social del ocio propicia el establecimiento de industrias culturales que, como el turismo, se han convertido en campos de acumulación del capital no solamente amplios por su escala, sino también muy dinámicos gracias a su propia condición de ser componentes de la cultura de consumo contemporánea.

b) Turismo y mercantilización del espacio

La mercantilización del ocio ha estado asociada a la mercantilización de los espacios —localidades, países y regiones— donde este se produce. No todos los lugares son apropiados para la actividad turística. Se requiere que un sitio posea determinados atributos físicos, sociales, culturales y comerciales para que pueda ser convertido en espacio turístico, proceso que generalmente implica su mercantilización —cuando menos parcial—, mediante transferencias de propiedad

relacionadas con el sitio en sí mismo (compra y venta de edificaciones, tierras, playas).

También la mercantilización de los espacios turísticos se produce aun cuando la atracción turística en sí misma no es objeto de una transacción comercial, sino cuando sirve de base a tales transacciones. Ese sería el caso típico de un sitio cuyos atributos favorecen el diseño de un producto turístico —por ejemplo, determinadas localidades favorables para el establecimiento de hoteles y el desarrollo de tours. Lo importante en esos casos es la proximidad espacial del sitio a la actividad turística, en la medida en que le proporciona al producto que se vende un ambiente especial y autenticidad.

En ambas situaciones, el espacio ofrece posibilidades para la generación de rentas sobre la base de sus cualidades especiales y a partir de la viabilidad del establecimiento de mecanismos que permitan la apropiación de esas rentas.

El proceso de mercantilización de los sitios en los que se produce la actividad turística puede expresarse mediante dos mecanismos distintos: a) la creación de espacios de ocio y b) el surgimiento de atracciones turísticas.

La creación de los espacios de ocio está asociada a la posibilidad de comercializar una necesidad funcional de los individuos en el contexto de la sociedad en que viven. La reconstitución del capital humano requiere lo que algunos autores han denominado «períodos estructurados de recreación» que se producen en sitios específicos: los espacios de ocio. Estos pueden incluir desde el banco de un parque público hasta vacaciones en lugares exóticos.

Existe toda una jerarquía de espacios de ocio que, al tiempo que posibilita la reconstitución del capital humano, lo hace de acuerdo con una estructura social dada. La mercantilización de estos espacios adopta diversas formas: construcción de parques de diversiones, establecimiento de hoteles, tours especializados, villas exclusivas en paraísos tropicales, playas del Mediterráneo o estaciones de esquí, entre otras posibles.

Una tendencia de estos procesos ha sido el incremento de sus escalas, en particular a través de inversiones en la creación de espacios colectivos en los que se combinan los negocios propiamente turísticos con los no turísticos. Estos grandes espacios están, por lo general, asociados a una acumulación del capital en gran escala, favorecida por la acción del Estado. El crecimiento del número y el tamaño de complejos turísticos, parques temáticos, barrios renovados en las ciudades, complejos comerciales y plazas para ferias, confirma esta tendencia.

Por otra parte, el establecimiento de atracciones turísticas se corresponde con otro plano de análisis, relacionado no tanto con la comercialización de las necesidades

funcionales de los individuos, sino con el propio acto de comercialización. Pudiera existir un solapamiento de sitios en ambos conceptos: es decir, sitios que pueden ser simultáneamente un espacio de ocio y una atracción turística (por ejemplo, la Torre Eiffel, Río de Janeiro o el Vaticano). Por esa razón, las diferencias que establecen ambos conceptos no se sustentan en un criterio material: no se trata de distintos tipos de lugares. A diferencia de los espacios de ocio, las atracciones turísticas son básicamente el resultado de un proceso que trasciende el aprovechamiento de un sitio para recrearse. En lo fundamental, son una construcción social asociada al proceso de comercialización del ocio. En palabras de un destacado investigador del tema, son «espacios de representación y de imaginación».¹²

Las atracciones turísticas definen una relación (socialmente construida) entre el turista, el sitio y lo que los expertos denominan «marcadores», es decir, informaciones o representaciones que identifican con precisión un sitio específico como un espacio turístico. De hecho, el aspecto básico del proceso de creación de atractivos turísticos es la definición y difusión de «marcadores», un proceso que incluye mecanismos de comercialización típicos —brochures, revistas, anuncios comerciales, souvenirs, libros, etc.) pero que, en muchos casos, también aprovecha aspectos de la cultura universal.

El proceso de establecimiento de atracciones culturales es, en buena medida, el resultado de la sacralización de lugares que crean una actitud ritual en los turistas. Lo importante es que se trata de un proceso que permite adjudicar un significado social preciso a un espacio y, a su vez, una mejor utilización de este como fuente de rentas en el contexto de la actividad turística.

En unos casos, la atracción turística se construye a partir de atracciones culturales o curiosidades ya existentes —digamos, el museo del Louvre o el Gran Cañón del Colorado—; en otros, se organizan actividades turísticas alrededor de eventos históricos y procesos sociales (minorías étnicas o eventos deportivos); también pueden crearse o inventarse (complejos hoteleros, cruceros y parques temáticos).

La atracción turística es un espacio «marcado» para ser vendido mejor. Ciertamente, la visita a esos lugares puede tener un efecto cultural positivo en las personas, pero no ha sido ese el propósito por el cual la industria turística los «marcó». El turismo vende esas atracciones como medio para generar múltiples ventas de servicios y productos asociadas a la visita, a las atracciones. Se ha planteado que el turismo vende tanto los medios (una habitación de hotel, el asiento en un avión) como el fin (la experiencia turística). La creación de las atracciones turísticas contribuye a experiencias anticipadas —dada

la fuerza simbólica de la atracción— que tienden a reforzar el proceso de obtención de rentas turísticas.

c) Turismo y acumulación de capital a nivel territorial

Los efectos del turismo sobre los sitios geográficos no se limitan a su conversión en espacios de ocio y atracción. También es muy importante el papel que desempeña la actividad turística en la acumulación general de capital, especialmente por la manera en que aquella influye —en ocasiones de manera decisiva— sobre la competencia que sostienen entre sí los diferentes territorios por la atracción de capitales. Las industrias culturales en general, y el turismo en particular, constituyen hoy poderosos mecanismos en el establecimiento de patrones desiguales en términos de distribución espacial de la acumulación de capital.

Hay una amplia literatura acerca de la función que, históricamente, tuvieron los hoteles en el desarrollo de las ciudades y en la competencia existente entre estas por afirmarse como sitios propicios para la acumulación de capital.¹³ Más recientemente, desde la década de los 70, la reestructuración económica que tiene lugar a nivel mundial ha estado acompañada de la utilización de instrumentos para hacer más competitivos a los territorios —incentivos fiscales que elevan el atractivo de determinadas localidades—, y por el notable crecimiento de actividades de servicios, en particular del turismo.

El turismo ocupa primeros planos en cuanto a la reanimación de áreas afectadas por la crisis, pero sobre todo es un instrumento fundamental utilizado por el capital y las estructuras políticas para enfrentarse a la competencia territorial, especialmente en un período donde la administración pública asimila una ideología empresarial que considera esencial la creación de un entorno favorable para la atracción del capital.¹⁴ La mayoría de las veces, ello se refleja en la creación de condiciones propicias para favorecer la inversión en negocios inmobiliarios, servicios a la producción, e industrias culturales.

Uno de los aspectos más destacados de la competencia territorial en los últimos veinte años constituyen las llamadas ciudades mundiales (*world cities*), es decir, espacios urbanos que sirvan de sede a las casas centrales de las grandes empresas transnacionales o a sus principales oficinas regionales. Tal competencia fue favorecida por el proceso de globalización, que hizo necesaria la aparición de nuevas localidades para coordinar las vastas redes globales de producción y de servicios. A la lista de las pocas ciudades que tradicionalmente habían actuado como centros de coordinación del capital —Nueva York, Londres, París,

Tokio—, se han agregado nuevos centros urbanos —Los Ángeles, Singapur, Hong Kong, Dallas, Toronto, Frankfurt.

La competencia territorial en esos niveles secundarios —centros regionales de coordinación productiva, comercial y financiera— y periféricos (sitios de convenciones) ha sido muy notable en los últimos años. La irrupción de Shangai como un centro regional con pretensiones de ciudad mundial, el establecimiento de Miami como el centro de coordinación más importante de la actividad transnacional para el Caribe y buena parte de América Latina, las aspiraciones de Ciudad Ho Chi Minh (antiguo Saigón) de convertirse en un importante locus de actividad transnacional en el Sudeste asiático, el papel de Islas Caimán y de Bermudas como sitios de offshore banking, o el más modesto papel de La Habana como centro de convenciones y ferias comerciales, confirman, primero, la importancia que se le adjudica a la competencia territorial en materia de atracción de actividades transnacionales, y segundo, el destacado papel desempeñado por el turismo como instrumento para esa competencia.

Existen diversos esquemas teóricos —aportados por la geografía económica contemporánea— que han tratado de integrar el turismo en el análisis de la competencia territorial y la reestructuración económica. Las tres perspectivas teóricas más interesantes son las siguientes: a) papel del capital simbólico en la división espacial del consumo,¹⁵ b) el turismo en la valorización de la propiedad inmobiliaria a partir de la creación de entornos atractivos para la actividad de consumo,¹⁶ y c) las industrias culturales en la creación de nuevos polos regionales e internacionales de consumo.¹⁷

Aunque esas tres perspectivas teóricas colocan sus acentos sobre diferentes aspectos, pueden identificarse al menos dos características relevantes. La primera es que unas complementan a las otras; la segunda, el énfasis en el papel de las industrias culturales en los procesos de competencia territorial. Hemos considerado conveniente identificar de manera resumida los principales planteamientos de estas perspectivas teóricas:

1. El proceso de reestructuración económica que ha tenido lugar en los últimos veinte años ha conducido al establecimiento de mecanismos para compensar la declinación de los mercados y modalidades productivas relativamente maduras y poco dinámicas de la llamada «era fordista» (producción estandarizada para mercados masivos). Los nuevos mecanismos incluyen, de manera destacada, modalidades de acumulación flexibles que tratan de tomar ventaja de las nuevas tecnologías y del poder de compra de segmentos diferenciados de los consumidores. Por esa razón, se ha hecho un énfasis mayor en la diferenciación de los productos, sus

calidades estéticas, y la prestación de servicios que apelan a la exclusividad. Todo esto refuerza el papel del llamado capital simbólico, es decir, el relacionado con «el consumo y la colección de productos, la existencia de redes sociales y de valores culturales explícitamente dirigidos a demostrar gusto, estilo y estatus».¹⁸

2. La reestructuración económica a nivel internacional también refuerza la importancia de la propiedad inmobiliaria como un vasto y activo campo de inversión del capital, particularmente en un contexto en el que la globalización facilita el movimiento de los flujos de inversión en busca de oportunidades redituables por todo el planeta, y en el que también se flexibilizan las regulaciones nacionales para la inversión. Las edificaciones comerciales se han convertido en sí mismas en un importante vehículo para la inversión de capital, y dentro de ellas se destacan las instalaciones turísticas como uno de sus segmentos especializados. La formación de alianzas entre actores locales y transnacionales trata de favorecer el incremento del valor de la propiedad inmobiliaria para que esta permita un crecimiento de las rentas y del valor del capital. Sin embargo, para que ello sea posible, la propiedad inmobiliaria debe ser capaz de atraer la clase de consumo que pueda sostener las altas rentas que se esperan de esos bienes inmobiliarios.

3. La creación de complejos económicos organizados alrededor de las industrias culturales no solamente está teniendo efectos sobre los patrones de inversión y de consumo, sino también conduciendo a la formación de nuevos polos regionales e internacionales de inversión. Se ha producido una reorganización socio-espacial del consumo a partir de la articulación de complejas relaciones entre las industrias culturales, los servicios productivos, la producción estética y la propiedad inmobiliaria. Ello se refleja en sistemas económicos orientados hacia los servicios generadores de un crecimiento económico, cuya fuente no está tanto en la demanda, sino en el consumo; es decir, no se trata de un modelo tradicional de crecimiento halado por la demanda, sino más bien de un nuevo patrón de crecimiento «empujado» por el consumo y por su exacerbación. A ese proceso también se le ha denominado «desarrollo guiado por el capital cultural» (cultural-capital-driven-development). La transformación radical de distritos urbanos en franca decadencia en áreas renovadas para el consumo conspicuo, es un claro ejemplo del proceso anotado.

El turismo es una de las industrias culturales de mayor escala y dinamismo en la utilización intensiva del capital simbólico. En sí mismo es un destacado campo de acumulación posfordista, pero también desempeña un importante papel en la revalorización

de la propiedad inmobiliaria y con ello en la competencia desarrollada por los territorios para convertirse en nuevos polos de inversión sustentados en un modelo de crecimiento guiado por el consumo. Es un proceso que se ha manifestado de manera más pronunciada en la renovación de distritos de grandes centros urbanos y otras localidades (por ejemplo, nuevas áreas, como los parques temáticos) de los países desarrollados. No obstante, también se ha verificado en otras regiones del mundo, incluido el Caribe insular.

La proliferación de hoteles, complejos turísticos, marinas, distritos comerciales, casinos, villas y condominios residenciales —desde La Romana, en República Dominicana, hasta La Habana Vieja, en Cuba, pasando por el Viejo San Juan, en Puerto Rico y Freeport-Lucaya, en las Bahamas—, atestiguan la importancia del turismo en la competencia territorial dirigida al establecimiento de polos de acumulación asentados en un patrón de crecimiento guiado por el consumo, en estos casos por el de los turistas y otros visitantes de altos ingresos.

En su condición de espacio para la acumulación del capital, el Caribe insular está sujeto a un proceso de reestructuración mediante el cual muchas localidades se han incorporado —y otras se encuentran en ese proceso— al nuevo patrón de crecimiento. Las condiciones naturales del Caribe no son, como a veces se piensa, el factor clave para que el proceso tenga lugar, sino un factor más, entre muchos otros, que influyen en el establecimiento de los nuevos polos de acumulación regionales. Las condiciones naturales son, indudablemente, un activo que ha favorecido las ventajas comparativas de las localidades en la competencia con otros territorios; pero apenas constituyen la plataforma mínima de la competencia territorial, sobre la cual se agregan —de manera mucho más decisiva— otros factores, como la creación de una infraestructura material y regulatoria atractiva, el acceso a los circuitos del capital transnacional, la reconfiguración y la valorización de los espacios y las edificaciones, la especialización en actividades guiadas por el consumo, la capacidad para mantener la competitividad como activo atractivo para la inversión y la habilidad para manejar adecuadamente la volatilidad de los flujos de turistas en los que se asienta el modelo de crecimiento guiado por el consumo.

Por las condiciones específicas de muchas sociedades caribeñas, el turismo también influye en otros aspectos de la competencia territorial y en la reconfiguración espacial de la acumulación. En particular, tiene un notable impacto sobre las economías rurales de una región caracterizada por la existencia de muchas comunidades pequeñas, relativamente aisladas y dependientes de economías

¿Es el turismo un factor que ha relegado al Caribe a la función pasiva de espacio de ocio para una parte de la población de las naciones industrializadas? ¿O la expansión del turismo debe ser entendida como un éxito caribeño en el terreno de una activa competencia internacional por la localización de nuevos centros de consumo?

de base agrícola estrecha, en general afectadas por las condiciones deprimidas de los mercados para los cuales producen.

En ese contexto, el turismo también desempeña un importante papel que rebasa la creación de una nueva base económica. Además de representar una modificación en la estructura económica, que ofrece empleo en nuevas actividades, también desempeña una función de sobrevivencia para las comunidades locales, que siguen dependiendo de las actividades tradicionales.¹⁹ Esa sobrevivencia se produce a partir del establecimiento de pequeños negocios familiares —muchas veces como parte de la economía informal— que incluyen la producción y venta de artesanías, la gastronomía, el alojamiento y otras actividades. En algunos casos, además de constituir una fuente de ingresos suplementarios para familias todavía vinculadas a la economía rural tradicional, las actividades turísticas surgidas como respuesta a la adversidad económica, son complementarias de la economía agrícola tradicional porque los «picos» de ambas actividades se producen en distintas épocas del año.

En esas sociedades, el turismo representa un fenómeno más allá de la aparición de una nueva actividad que transforma la estructura económica del país y facilita la supervivencia de los segmentos poblacionales no modernizados. Esto se debe a que, en términos socioeconómicos, también tiende a producirse una transferencia relativa de las decisiones económicas y de cuotas de poder social desde el sector formal hacia el sector informal de la economía.

En cualquier caso, el turismo desempeña un papel crucial en la redefinición del Caribe insular como espacio de acumulación del capital, y convierte a la región en un nuevo polo de inversión asociado a un patrón de crecimiento guiado por el consumo. Inserta los sistemas productivos del área en una de las redes globales de producción y de servicios de mayor escala y dinamismo de la economía contemporánea, y aporta mecanismos de sobrevivencia para segmentos de la población formalmente no incorporados a esas redes.

Sistema productivo del turismo: jerarquías, retos y oportunidades

La llamada industria turística ha mercantilizado el ocio y los lugares donde este tiene lugar utilizando técnicas de producción capitalista, es decir, convirtiendo lo que se vende (la experiencia turística) en una mercancía cuya producción es relativamente predecible y regulada. Esto ha sido posible gracias al desarrollo de un complejo sistema productivo cuyas actividades abarcan desde la logística de los viajes hasta el contenido de la experiencia turística, y que incluye tanto entidades comerciales como instituciones públicas, agentes transnacionales y actores locales.

Desde esa perspectiva, el sistema productivo del turismo no se limita a ser un servicio, ni tampoco una sola «industria», sino que está conformado por un espectro relativamente amplio e interconectado de actividades —tanto productivas como de servicios— que abarca muchas ramas diferentes de la economía. El funcionamiento del sistema revela la existencia de varias dimensiones: es un mecanismo de acumulación de capital, permite la apropiación privada de ganancias a partir del empleo de fuerza de trabajo y facilita la apropiación de rentas derivadas de factores culturales y físicos (por lo general bienes públicos) de una escasez relativa. A nivel del sistema, diferentes actores compiten entre sí por la apropiación de las ganancias y rentas que se obtienen mediante la construcción y la mercantilización de las experiencias turísticas.²⁰

Al igual que sucede con cualquier sistema productivo, el turismo conlleva una división del trabajo con diferentes funciones —transporte, alojamiento, agentes de viaje, turoperadores, mercadeo, servicios de apoyo, operación y mantenimiento de atracciones, etc. También tiene sus propios mercados diferenciados (turismo masivo, turismo especializado), así como agencias y convenciones reguladoras de la actividad —asociaciones, agencias gubernamentales, organizaciones internacionales. El sistema funciona como una organización comercial cuyas instituciones, prácticas y estructura han evolucionado a través del tiempo.²¹

El sistema productivo del turismo incluye un número relativamente amplio de ramas económicas que aparecen separadas en las estadísticas oficiales, cada una de ellas aporta diferentes productos y servicios que se incorporan a los productos turísticos. Esta estructura del sistema presenta algunas características interesantes:

- Como cada rama suministra solamente una parte del producto final demandado por el turista, resulta imprescindible la existencia de coordinadores en el nivel del sistema, capaces de combinar los diferentes insumos para que sean vendidos como paquetes turísticos. El papel de coordinadores estratégicos lo desempeñan, fundamentalmente, los llamados turoperadores (operadores mayoristas) y, en menor medida, los agentes de viajes (operadores minoristas).
- Muchos suministradores —también llamados «principales»— aportan al sistema productivo del turismo una serie de servicios y productos no diseñados específicamente para el consumo de los turistas, sino para cubrir una demanda mucho más amplia, como son los asientos de un avión, las camas de un hotel, los cheques de viajeros, entre otros.
- Algunos suministradores («principales») tienen las economías de rango (*economies of scope*) y la competitividad suficiente como para incursionar en el terreno de las compañías turísticas convencionales. Ese es el caso de los bancos y las cadenas de supermercados, de una amplia base de clientes regulares que les abre la posibilidad de funcionar como operadores minoristas de turismo.
- Es un sistema productivo que, por la propia fragmentación y relativa ambigüedad que presenta en su organización, se caracteriza por un alto nivel de competencia. Los consumidores finales pueden tratar de prescindir de los intermediarios, evitando comprar un paquete y negociando directamente con los distintos suministradores de componentes —es el caso de los llamados turistas individuales—, mientras que, por otra parte, los suministradores también pueden tratar de prescindir de los servicios de los intermediarios y vender sus productos y servicios directamente a los consumidores, particularmente a aquellos clientes que repiten sus compras en grandes volúmenes.
- La competencia no es solamente intensa entre las diferentes industrias del sistema —por ejemplo, entre agencias de viajes y bancos—, sino también dentro de las distintas industrias —digamos, entre los proveedores de alojamiento y entre los transportistas aéreos. Esto se debe a la existencia de diversas posibilidades de conexión entre principales y coordinadores, y es también resultado del carácter permeable de las fronteras entre suministradores y

el solapamiento de las habilidades necesarias para ofertar productos y servicios. Si a esto se agregan las posibilidades que recientemente han creado las tecnologías de la información, se comprenderá con facilidad la existencia de numerosas combinaciones posibles de alianzas y asociaciones que acrecientan tanto la posibilidad como la necesidad de la competencia entre los principales.

- La especialización de los principales —que ofrecen solamente una parte del producto final— establece fuertes relaciones de dependencia interindustria; es decir, el crecimiento de sus ventas depende de sus relaciones con sus clientes y suministradores. Esto crea una gran presión por parte de los participantes en la cadena, que tratan de ejercer el mayor grado de control posible sobre las transacciones internas, acudiendo a mecanismos como los contratos de largo plazo, la integración vertical y horizontal, o asegurando el control a nivel del sistema mediante el empleo de licencias, franquicias, comisiones y compatibilidad de estándares técnicos. Sin embargo, dentro del sistema existen algunos segmentos en mejor posición para ejercer ese control. Los dos actores principales son los turoperadores (mayoristas) y las líneas aéreas.

En este artículo consideramos el sistema productivo del turismo desde la perspectiva teórica de las cadenas globales de productos, en particular, desde una óptica que identifica el funcionamiento de las redes globales de turismo con el modelo de operación de las cadenas impulsadas por el consumidor, las cuales funcionan como sistemas altamente descentralizados en el que los coordinadores estratégicos del sistema desempeñan un importante papel. Por esa razón, consideramos imprescindible precisar algunos aspectos relativos a los coordinadores de las redes de turismo y a otros importantes actores de las redes globales de turismo.

Primero: los coordinadores estratégicos más importantes del turismo son los turoperadores (operadores mayoristas), aunque existen otros dos actores del sistema (las líneas aéreas y las agencias de viajes) que de manera creciente ejercen funciones de coordinación, disputándole espacios a los turoperadores. La principal ventaja competitiva de los turoperadores para cumplir su función de coordinación a nivel del sistema del turismo, radica en su doble posición estratégica dentro de la cadena: por una parte, están colocados en medio de los principales suministradores de componentes, es decir, son los armadores del paquete. Por otra, están estratégicamente colocados entre los suministradores y los clientes.

El poder de las compañías mayoristas del turismo se deriva de los grandes volúmenes de demanda que son capaces de manejar, de su dominio respecto al

funcionamiento de diferentes segmentos del mercado, y de su capacidad para mover de manera flexible los flujos de turistas de un destino hacia otro, así como para cambiar de suministradores. Esas empresas diseñan y promueven los llamados paquetes de viajes (tour packages) y, con ello, controlan una fase crítica de todo el proceso. Al actuar como intermediarias entre los mercados y los destinos turísticos, ejercen una considerable influencia sobre las transacciones del sistema y la geografía del turismo.²²

Las funciones de coordinación también las ejercen, en menor grado, las agencias de viajes, que tienen como principal ventaja el contacto directo con la base de clientes y, por tanto, son un importante factor en la retroalimentación del funcionamiento del sistema; por esa vía, influyen en el diseño de los productos y en los flujos de turistas.

Las líneas aéreas han comenzado a desempeñar un papel creciente en la coordinación del sistema, sobre todo debido a su gran capacidad de movimiento de turistas, la disponibilidad de activos financieros y tecnológicos y el contacto con una amplia base de clientes. Se encuentran entre los componentes del sistema de turismo que operan con grandes volúmenes, lo cual les otorga una considerable ventaja al negociar con otros actores. Además, pueden utilizar sus propios canales de distribución para vender directamente productos turísticos. Muchas han contado con los recursos financieros necesarios para adquirir hoteles, turoperadores y otras compañías de transporte. Ello les ha permitido completar procesos de integración vertical a nivel del sistema productivo del turismo. Las líneas aéreas también han forjado alianzas con otros segmentos del sistema a través de sistemas computadorizados de reservaciones que integran el alojamiento, el viaje aéreo y el alquiler de autos, lo cual significa un posicionamiento muy conveniente de las líneas aéreas en redes interindustrias en el sistema del turismo.

Los hoteles, un componente muy importante del sistema, no desempeñan un papel de coordinación estratégica a nivel de las redes globales del turismo. Sin embargo, por ser uno de sus segmentos esenciales, resulta conveniente considerar algunas de sus principales características.

Se trata de uno de los segmentos del sistema más transnacionalizados, con alta presencia de empresas involucradas en la operación hotelera en muchas partes del mundo, y que utiliza diversas modalidades: propiedad de hoteles, franquicias, contratos de administración, entre otras. El hotel constituye una de las etapas claves en la manufactura del producto turístico. Su aporte al sistema productivo del sector tiene tres características principales:

- Ofrece, in situ, un paquete de servicios de alojamiento que definen, en buena medida, la calidad de la experiencia turística —ambiente y estilo de vida de acuerdo con la calidad del hotel— y también ofrece otros servicios (gastronomía, facilidades para realizar compras, agencias de viajes, servicios financieros, espacios para conferencias y eventos, etcétera).
- Ofrece servicios fuera del hotel, como excursiones locales, conexiones con aeropuertos, recreación náutica, entre otros.
- Puede ofrecer (en determinados casos) un sello de garantía que le asegura al turista, ex ante, determinada calidad de un producto (la experiencia turística) que, por lo general, se adquiere antes de experimentarse.

La clave del funcionamiento de este segmento del sistema turístico es la «marca reconocida» (brand name). Ella actúa como una fuente de rentas en el turismo y como un poderoso instrumento de competencia, en la medida en que se identifica con un mecanismo que le permite al turista obtener más «valor» por el precio que ha pagado. Lo que aportan esas cadenas hoteleras al sistema del turismo es un tipo específico de propiedad intelectual: su know how acerca de la operación de actividades de alojamiento, de acuerdo con determinados estándares.

Las empresas hoteleras necesitan extender sus operaciones por todo el planeta para utilizar de manera efectiva las ventajas que puedan derivarse de su «marca reconocida». Eso explica la «geografía» de las cadenas, las cuales —a través de procesos de expansión horizontal— ganan mercados estableciendo hoteles en muchos países, a la vez que mantienen bajo su control la propiedad intelectual específica que poseen.

La explicación radica en que la protección del know how hotelero no requiere del control sobre la propiedad. Los contratos de administración y el arrendamiento de los hoteles son formas efectivas para mantener dicho control sin tener que asumir el riesgo de la inversión de capital asociada a la propiedad. Solamente en casos muy específicos, en general cuando el mercado de bienes raíces hace muy redituable adquirir propiedades, las transnacionales hoteleras las adquieren.

Examinadas algunas de las principales características de las redes turísticas y sus actores más sobresalientes, conviene precisar algunos aspectos puntuales de esas redes, vistas desde la perspectiva de la teoría de las cadenas globales de productos:

- Las redes globales del turismo son sistemas económicos con un grado de descentralización relativamente elevado, parecidas por su lógica de funcionamiento a las cadenas globales de productos impulsadas por el consumidor (por ejemplo, las de las confecciones textiles y el calzado). La diferencia

más importante respecto a estas, sin embargo, es que no son haladas por la demanda concentrada en algunos segmentos de la cadena —como sucede en el caso de las confecciones textiles con las grandes cadenas de tiendas— sino empujadas desde el lado del consumo por firmas que —como los turoperadores— manipulan expectativas de ocio para crear ex ante una serie de productos turísticos que son hoy esenciales dentro de la cultura de consumo. Las redes globales del turismo son, en síntesis, una estructura distintiva de la cultura de consumo.

- El crecimiento de la actividad turística a tasas relativamente muy elevadas en algunas regiones subdesarrolladas del mundo evidencia un desplazamiento espacial de la actividad que revela un conjunto de relaciones muy complejas entre el centro y la periferia, a nivel de una de las actividades económicas de mayor escala y dinamismo. Una de las características más señaladas de esas relaciones es que, por lo general, no son verticales sino configuradas como redes, es decir, que asumen una organización en la que firmas y países se encuentran interconectados pero mantienen una independencia relativa.
- Las redes globales de turismo no tienen una estructura amorfa. Dentro de ellas existe una clara jerarquía y segmentos diferenciados. Desempeñan un papel central los llamados coordinadores estratégicos de las redes, en particular los turoperadores y, en menor medida, las líneas aéreas y agencias de viajes. Estos actores controlan una serie de activos —información, habilidades específicas y recursos materiales— que hacen posible el eficiente funcionamiento de las redes. El control de esos activos se traduce en la obtención de rentas especiales inexistentes en el resto de los segmentos del sistema. El poder de los coordinadores estratégicos se manifiesta, fundamentalmente, en su capacidad para diseñar y mercadear los productos turísticos. En otras palabras, la actividad de los coordinadores estratégicos no se produce a nivel de la manufactura in situ del producto turístico.
- Aunque el sistema productivo del turismo abarca la utilización de una gama relativamente amplia de activos —incluyendo tecnología, know how y recursos financieros—, la oferta in situ del producto turístico es un segmento cuya actividad se basa en la utilización intensiva de fuerza de trabajo (trabajadores de servicios), recursos naturales (clima y otras condiciones naturales) y activos culturales. La oferta in situ del producto turístico no constituye, sin embargo, uno de los segmentos más redituables de las redes globales del turismo y, por lo general, es un

segmento altamente dependiente y con poco poder de negociación respecto a los coordinadores estratégicos. La situación puede resultar aún menos conveniente para los actores locales involucrados en la manufactura del producto, en la medida en que algunas entidades —como las cadenas hoteleras, que no son precisamente coordinadores estratégicos— ejercen un gran control sobre la manufactura y obtienen rentas especiales que, de hecho, reducen la participación de los actores locales en los beneficios derivados de esta.

- Las redes turísticas son sistemas altamente competitivos, tanto entre sus diferentes segmentos como dentro de estos; por esa razón, son relativamente inestables y susceptibles de modificaciones y reconfiguraciones, lo cual crea oportunidades para el movimiento hacia arriba (de firmas y de países) en el contexto de esas redes. En otras palabras, su estructura fluida establece la posibilidad de escalar hacia los segmentos relativamente más concentrados del sistema, donde existen barreras de entrada que establecen tasas de rentabilidad más elevadas. En general, la superación de esas barreras supone un proceso de aprendizaje no solamente tecnológico, sino sobre todo organizativo. Con independencia de la existencia de otros activos —por ejemplo, de tipo tecnológico— los escasos recursos que se encuentran bajo control de los coordinadores estratégicos son, en lo fundamental, de tipo relacional, es decir, el dominio de los procesos que permiten establecer familias de relaciones interempresariales a nivel de una red. La posibilidad de avanzar dentro de una red turística implica, al menos en teoría, la sucesiva aproximación de la firma (o país) que trata de avanzar a los nodos centrales de las redes organizadas alrededor de los coordinadores estratégicos. Es un proceso de escalamiento muy difícil, aunque probable bajo ciertas condiciones.

La cultura como activo para impulsar el escalamiento económico

El conocimiento de las características de las redes globales del turismo permite comprender mejor el importante papel que puede desempeñar la cultura en el avance de los países subdesarrollados dentro de esas redes. O para ser más precisos: facilita el análisis del potencial de la cultura como vector hacia el desarrollo, en el contexto de estrategias que tratan de utilizar el turismo para acceder a aquel. Pero el turismo no conducirá al desarrollo si las estrategias de expansión de esa actividad se concentran, fundamentalmente, en

los aspectos relativos a su manufactura (construcción de hoteles e infraestructura, provisión de fuerza de trabajo y de otros insumos, establecimiento de relaciones con empresas extranjeras y prestación de servicios de alojamiento y gastronomía). A los efectos de un desarrollo que trata de promoverse mediante el turismo, la cultura pudiera constituir el factor que, precisamente, contribuiría a crear una ventaja duradera a países subdesarrollados, pero ricos en activos culturales —como los del Caribe— en el proceso de avanzar, a través de las redes globales del turismo, hacia las modalidades de actividad económica más redituables dentro de esas redes.

En la medida en que se trate de productos turísticos estandarizados —como la modalidad de «sol y playa»— de fácil reproducción en otros sitios, será menor el control sobre el proceso que tendrán las empresas que ofrecen directamente los servicios, y menores las posibilidades de ascenso de quienes ensamblan los productos turísticos. Por ser la cultura un fenómeno con un fuerte contenido local, muy difícil de ser reproducida (de manera genuina) y que presenta obstáculos a la apropiación de su know how por parte de los coordinadores estratégicos de las redes, la cultura crea oportunidades extraordinarias para que los que «manufacturan» productos turísticos puedan ofrecer los más integrados, e inclusive avanzar hacia fases de la actividad turística caracterizadas por mayores posibilidades de aprendizaje organizativo, mayor autonomía relativa, desplazamiento hacia las esferas de diseño, mercadeo y coordinación, y establecimiento de los llamados eslabonamientos hacia adelante que permitan crear una demanda de productos culturales en los mercados de los países emisores de turistas.

La utilización eficaz de la cultura como activo facilitador del ascenso, en el contexto de las redes globales del turismo, puede modificar las relaciones de las entidades locales que ofrecen los servicios in situ con los coordinadores estratégicos de las redes. Por una parte, favorece una mayor autonomía relativa de los primeros respecto a los segundos, algo crucial para disponer de un margen más amplio de definición de estrategias turísticas más acordes con las necesidades específicas de desarrollo del país y no solamente como parte de la acumulación global de las industrias culturales. Por otra, contribuye a acercar las estructuras organizativas, funciones y capacidades de las entidades locales a las de los coordinadores estratégicos de las redes, es decir, tiende a crear vínculos entre ambos de una naturaleza muy diferente a los existentes entre los ensambladores típicos de turismo y los coordinadores estratégicos de las redes.

En suma, debería rebasarse la plataforma de expansión turística que predomina hoy, resultado de

un proceso en el que el Caribe ha sido marcado como atracción turística en función de la mercantilización del ocio (de otros), mediante la introducción de factores como la cultura. Esto pudiera contribuir a subvertir esa lógica —desde la propia actividad turística— con el propósito de darle relevancia a la configuración de procesos de escalamiento económico que, desde el turismo, favorezcan el proceso de desarrollo. En otras palabras, lo verdaderamente crucial para las perspectivas del desarrollo no es ni el derrame de ingresos derivados de la operación de paraísos turísticos, ni su competitividad. El aporte del turismo al desarrollo del Caribe será muy limitado si esa actividad no es capaz de localizar en sus economías a aquellas actividades que se encuentran «hacia arriba» en la estructura de las redes productivas del turismo.

En tanto escenario de la acumulación de capital en uno de los más vastos segmentos de las industrias culturales, el Caribe representa, sin dudas, un paraíso para las transnacionales que regulan el funcionamiento de las redes globales de turismo; pero su beneficio sustancial y duradero —en términos del desarrollo de sus pueblos— se encuentra, cuando menos, abierto al cuestionamiento.

La cultura pudiera ser la base más adecuada, quizás la única, desde donde se pudieran modificar los procesos de implantación y gestión del turismo que, como los actuales, ofrecen buenas oportunidades a los negocios, pero no necesariamente al desarrollo.

Notas

1. Este artículo contiene puntos de vista desarrollados en extenso en un documento titulado «¿Paraíso en construcción?: turismo, cultura y desarrollo en el Caribe insular», Informe final de un proyecto realizado para el PNUD, bajo la supervisión de ORCALC- UNESCO, en el año 2000.
2. Harry G. Matthews, *International Tourism: A Political and Social Analysis*, Schenkeman, Cambridge, 1978.
3. PNUD, *Human Development Report*, Oxford University Press, Nueva York (varias ediciones).
4. En la clasificación del Banco Mundial, Haití era el único país de «bajos ingresos» del Caribe insular (menos de 765 US dólares de Producto Interno Bruto per cápita) mientras que solamente había seis países clasificados como de «ingresos medios bajos»: Cuba, Dominica, República Dominicana, Granada, Jamaica y San Vicente (entre 766 y 3 035 dólares). Los restantes estados y territorios del Caribe eran de «altos ingresos» o de «ingresos medios altos». Véase *World Development Report 1997*, The World Bank, Oxford University Press, Nueva York, 1997, tablas 1 y 1-A.
5. Conviene resaltar que en modo alguno consideramos que el turismo se encuentra en las antipodas del desarrollo. De hecho, asumimos que en la mayoría de los países y territorios del Caribe insular, fuera del turismo no es posible ubicar otras actividades que puedan cumplir la función de sector líder del proceso de desarrollo.

Lo que rechazamos es la visión complaciente de que el turismo predominante hoy en el Caribe («sol y playa») pueda ser, en sí mismo, un pilar sólido del desarrollo nacional, porque consideramos que no ofrece posibilidades de escalamiento económico (upgrading) o, en el mejor de los casos, estas son muy limitadas. Más adelante elaboramos en mayor detalle este argumento.

6. Uno de los conceptos más dañinos que existe en la región es el corolario simplón que se deriva de hacer malabarismos retóricos con dos pares de identidades: la «economía de servicios» equivale al desarrollo; y el turismo es «economía de servicios». Una lectura muy común que resulta de «coctelear» esas identidades, sugiere que la terciarización (vía turismo) es una especie de atajo para alcanzar el desarrollo. En cualquier caso, basta anotar, muy de pasada, que la mayor parte de las actividades de servicios relacionadas con el turismo masivo de sol y playa que impera en el Caribe son de un nivel de complejidad muy bajo y se encuentran en el otro extremo de los llamados «servicios productivos», los cuales ocupan un lugar destacado en las economías más desarrolladas y que «sirven» a un sector productivo, relativamente menor que los servicios, pero con niveles de productividad elevadísimos.

7. Algunos casos representativos pudieran ser los de Seville Great House y Heritage Park (St. Ann's Bay) en Jamaica, Vielle Case en Dominica o Jalousie Plantation en Santa Lucía. Véase Polly Patullo, *Last Resorts. The Cost of Tourism in the Caribbean*, Casell, Londres, 1996, en especial su capítulo 9.

8. Chris Rojek, *Capitalism and Leisure Theory*, Tavistock Publications, Andover, 1985; y John Urry, «The "consumption" of tourism», *Sociology*, v. 24, n. 1, Durham, pp. 23-5.

9. Una de las conceptualizaciones más conocidas del fenómeno es la correspondiente a la llamada Escuela de Frankfurt (Adorno y Horkheimer, entre otros). Véase D. Held, *Introduction to Critical Theory; Horkheimer to Habermas*, Hutchinson Education, Londres, 1980.

10. Stephen Britton, «Tourism, Capital and Place: Towards a Critical Geography of Tourism», *Society & Space*, v. 9, n. 4, Pion Ltd, Londres, 1991.

11. Ídem.

12. Stephen Britton, ob. cit.

13. Véase Stephen Britton, ob. cit.; Kael Raitz y Jeffrey P. Jones, «The City Hotel as Landscape Artifact and Community Symbol», *Journal of Cultural Geography*, v. 9, n. 1, Oklahoma, 1988, pp. 17-36.

14. Véase David Harvey, «From Managerialism to Entrepreneurialism: the Transformation in Urban Governance in Late Capitalism», *Geografiska Annaler*, v. 71, n. 1, Estocolmo, 1989, pp. 3- 17.

15. David Harvey, *The Urbanisation of Capital: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanisation*, Basil Blackwell, Oxford, 1985; y «Flexible Accumulation Through Urbanisation: Reflections on "Post-modernism" in the American City», *Antipode*, n. 19, Londres, 1987.

16. J. Logan y H. Molotch, *Urban Fortunes: The Political Economy of Place*, University of California Press, Berkeley, 1987.

17. Sharon Zukin, «Socio-Spatial Prototypes of a New Organisation of Consumption: the Role of Real Cultural Capital», *Sociology*, v. 24, n. 1, Durham, 1990, pp. 37-56.

18. Stephen Britton, ob. cit.

19. Karen F. Olwig, «Underdevelopment and the Development of "natural" park ideology», *Antipode*, v. 11, n. 2, Londres, 1979, pp. 17-26.

20. Stephen Britton, ob. cit.

21. Dennis Foster, *Travel and Tourism Management*, Macmillan, Londres, 1995; J. Holloway, *The Business of Tourism*, Pitman, Londres, 1986; y A. Hodgeson, comp., *The Travel and Tourist Industry: Strategies for the Future*, Pergamon Press, Oxford, 1987.

22. Stephen Britton, ob. cit.

©  2005.

La evolución del turismo en el Caribe en los últimos veinte años

Gerardo González Núñez

Profesor. Universidad Interamericana de Puerto Rico.

El turismo ha sido uno de los sectores de más rápida expansión en los últimos veinte años a nivel mundial, y el Caribe no ha estado ajeno a ese avance. En este artículo analizaremos su evolución en la región, básicamente durante el período comprendido entre 1980 y 2000, escogido no solo por el hecho de que la actividad reportó su mayor desarrollo en la historia regional, sino porque las estadísticas son más abundantes y consolidadas, lo cual permite un análisis comparado más objetivo. También echaremos una mirada analítica a la eficiencia en la generación de ingresos. Solamente mostraremos una arista de esta problemática, reconociendo que este tema amerita un análisis más profundo de las demás vertientes, indicadores y visiones sobre el particular, para poder acercarnos a una mayor comprensión de cómo se está manejando el desarrollo turístico a escala regional.

El Caribe que analizamos es el insular, que comprende 28 estados y territorios. Trabajaremos con la categoría de turista. Según la definición adoptada por la Organización Mundial del Turismo (OMT), es cualquier persona que visita un país diferente al que reside usualmente, por un período mayor de 24 horas

y que no exceda los 12 meses y cuyo principal propósito no sea ejercer una actividad remunerada. De acuerdo con esta definición, se considera turista a cualquier persona que viaja por motivos de placer, negocios, asuntos familiares, de estudios, salud, o para asistir a reuniones o encuentros de carácter científico, deportivo, administrativos, diplomáticos, culturales y religiosos en el período definido, es decir, el turista que pernocta en el país visitado, no el visitante de crucero.

El turismo como sistema

La primera idea que tenemos cuando pensamos en el turismo es la posibilidad de visitar un determinado lugar para conocerlo y/o para visitar amigos o familiares, para dedicar el tiempo al ocio o para asistir a una convención académica o de negocio, a alguna actividad religiosa, deportiva, etc. Pensamos primariamente —y a veces exclusivamente— en el turista; sin embargo, el turismo, como actividad, envuelve a otros grupos que participan con visiones e intereses diferentes.

Entre esos grupos está el sector privado, que ve una oportunidad para obtener ganancias proveyendo bienes y servicios al turista; también el gobierno, que enfoca el turismo como el sector que impulsa y da bienestar a la economía aportando divisas, empleo e ingresos a sus ciudadanos; finalmente, la comunidad, que se aproxima al turismo como un factor de empleo, ingresos y cultura. Por lo tanto, el turismo es un complejo sistema de fenómenos y relaciones que surgen de la interacción entre los turistas, el sector privado, el gobierno y la comunidad.¹

Desde el punto de vista económico y atendiendo al área en que se desenvuelven, estos grupos se dividen en dos campos: demanda y oferta turística. El turista constituye la demanda, y en la oferta participan los grupos mencionados. El mercado, como se sabe, es el punto de confluencia de la demanda y la oferta y, por tanto, su accionar está condicionado por las variables de ambos campos.²

El comportamiento de la demanda y su preferencia por los destinos turísticos dependerá de varios factores. Los principales son: motivos del viaje, distancia económica, distancia cultural y oferta turística en sí misma.

Según los motivos del viaje, se pueden distinguir distintos tipos de turismo:

1. Recreativo: de playa, deportivo, juegos de azar.
2. De negocios y convenciones: participación en seminarios, conferencias, reuniones, etcétera.
3. Familiar: el objetivo principal es visitar familiares y amigos.
4. Étnico: observar las formas de vida y expresiones culturales de comunidades poblacionales típicas.
5. Cultural: conocer y participar de las manifestaciones culturales de un país: festivales folklóricos, carnavales, etcétera.
6. Histórico: visitar lugares vinculados al legado histórico de un país o de la humanidad.
7. Ecológico: disfrutar de las posibilidades y bellezas de la naturaleza en su estado más natural.

El turista puede seleccionar uno o más tipos de turismo.

La distancia económica guarda relación con el tiempo y el costo requeridos para trasladarse desde el lugar de origen del turista hacia el lugar de destino. Teóricamente, hay una relación inversa entre este factor y el comportamiento de la demanda; es decir, a mayor distancia económica menor demanda turística. Pero la relación se relativiza con las ofertas en las tarifas aéreas en determinadas épocas o temporadas y, sobre todo, por el interés, de diversa índole, que despiertan ciertos destinos turísticos. Es el caso de la región de Asia y el Pacífico, que a pesar de la lejanía de sus principales

mercados emisores, es el segundo destino a nivel mundial.

La distancia cultural se refiere a las posibles diferencias culturales entre el turista y el lugar que desea visitar. Este factor puede provocar resultados mixtos: algunos turistas son atraídos por las diferencias culturales y otros las rechazan. La alternativa para estos últimos es el turismo de enclave.³

A mi juicio, el factor más influyente en el comportamiento de la demanda es la oferta turística. Se define como tal «el conjunto de productos y servicios puestos a disposición del turista en un destino determinado para su disfrute y consumo».⁴ La oferta incluye el alojamiento y otras opciones de disfrute como excursiones, museos, parques temáticos, restaurantes y cafeterías fuera de las zonas de alojamiento, tiendas, etc. También se incluye dentro de la oferta la infraestructura de servicios básicos como viales, transporte, electricidad, agua.

Pero la oferta no está circunscrita a la disponibilidad de los productos y servicios turísticos, sino también a su calidad y costos, y a la hospitalidad y la seguridad ciudadana. En general, una oferta turística caracterizada por una variada disponibilidad de productos y servicios, con calidad y a bajo costo, atraerá mayor demanda.

Como destino turístico, el Caribe desarrolla básicamente la vertiente recreativa en torno a la explotación de los recursos playeros —turismo de sol, playa y arena—, junto a la práctica, en los principales destinos de la región, del turismo de enclave. También se desarrollan el turismo de negocios y convenciones y el familiar. Se ha ido ampliando y fortaleciendo paulatinamente la oferta turística, aunque de manera desigual entre los distintos países y territorios. Existen diferentes niveles de disponibilidad, calidad y costos de los productos y servicios turísticos en los polos de la región. No obstante, estas disparidades no han impedido el auge de la actividad en los últimos veinte años.

Evolución regional

Desde 1980 la popularidad de los países del Caribe como destino turístico ha ido en aumento, con una tasa de crecimiento promedio anual de 5,2% de los turistas que visitaron la región en el período comprendido entre 1980 y 2000, superior al promedio mundial, que fue de 4,5%. El crecimiento no fue igual en las diferentes décadas: en la de los 80 resultó más alto, con una tasa promedio anual de 5,8%, mientras que en los años 90 el ritmo disminuyó ligeramente, hasta 4,6%.⁵

En el hemisferio occidental, denominado por la OMT como las Américas, la comparación también

resulta favorable para el Caribe, ya que en ambas décadas la región creció mucho más que el promedio del hemisferio, incluso fue superior al crecimiento experimentado por América del Norte, el principal destino turístico de las Américas. El dinamismo de la actividad en el Caribe ha permitido que se consolide como el segundo destino turístico del hemisferio, incrementando su participación en el mercado. Tanto es así, que mientras en 1980 el Caribe absorbía 10,1% de los turistas que viajaban al hemisferio occidental, ese porcentaje llegó a 13,4% en 2000.⁶

En cuanto a los ingresos generados por los turistas, el panorama ha sido similar en la comparación entre el Caribe y el resto del mundo. En el período que se analiza, los ingresos generados por la actividad turística en el ámbito mundial crecieron a una tasa promedio anual de 7,9%, mientras que en el Caribe ese crecimiento fue de 8,7%. La misma tendencia declinante observada en el flujo de turistas en la década de los 90, en comparación con la de los 80, se produjo en el flujo de ingresos que generaron.⁷

En comparación con las Américas, los resultados del Caribe fueron similares a los de todo el hemisferio occidental, con una tasa de crecimiento promedio anual de 8,7% para el período que estamos considerando. Se trata de la segunda subregión en las Américas de mayores ingresos generados por la actividad, con una participación porcentual de 12,7% en el año 2000, solo superado por América del Norte, que obtuvo 76,1% de los ingresos.⁸

De 1985 en adelante se ha producido una disminución en el número de turistas norteamericanos en los totales regionales, mientras que el de Europa ha ido ganando espacio. En 1985 la participación de los Estados Unidos fue de 57%, mientras que los turistas del Viejo continente representaron solo 8,8%. En el período comprendido entre 1985 y 2000, el turismo europeo creció a una tasa promedio anual de 14,1% y el norteamericano lo hizo a una tasa de 4,5%.⁹

A inicios del siglo XXI, los principales mercados emisores de la región han sido los Estados Unidos, con 48,3% de los turistas; Europa, con 27,8% y Canadá, con 6,2%. A pesar de que los Estados Unidos son el principal mercado emisor de turistas en el ámbito regional, en ocho países los principales visitantes son los europeos. Estos países son Antigua y Barbuda, Barbados, Cuba, Curazao, Guadalupe, Martinica, República Dominicana y Antillas Holandesas (Saba y San Eustaquio).

No obstante el vigoroso impulso que ha tenido la actividad en los últimos veinte años, la región del Caribe aún no se ubica entre los principales destinos a escala mundial y, de hecho, su participación a ese nivel apenas se ha modificado: en 1980 la cantidad de turistas que

La evolución del turismo en el Caribe en los últimos veinte años

visitaron la región representó 2,2% del total mundial y en 2000 fue de 2,5%.

Según la división geográfica de la OMT, en 2000 el Caribe era la penúltima subregión en términos de cantidad de turistas, solamente superando a Asia meridional. La región del sudeste de Asia y Oceanía, que desarrolla fundamentalmente un turismo similar al del Caribe (sol, playa y arena), recibió 46,6 millones de turistas en el año 2000, mientras que el Caribe contabilizó 17,2 millones. Ningún país del Caribe está ubicado entre los 25 principales destinos turísticos del mundo, mientras que Malasia y Tailandia clasifican en esa categoría.¹⁰

El Caribe por dentro

A inicios de la década de los 80, había dos líderes indiscutibles en la región: Puerto Rico y Bahamas. Estos dos países absorbían 45% de los turistas que viajaban a la región y captaban 37,5% de los ingresos generados por la actividad en el área. La diferencia entre Puerto Rico y Bahamas en relación con los demás países de la región, tanto en turistas como en ingresos captados, era bastante pronunciada.¹¹

En 1990 el panorama turístico de la región comenzó a mostrar algunos cambios interesantes. Aunque Puerto Rico y Bahamas continuaban siendo los principales mercados del Caribe, su participación mermó, incluso por debajo de la media de la región. Mientras que la cantidad de turistas que visitó a Puerto Rico durante los años 80 creció a una tasa promedio anual de 4,6%, en Bahamas esta fue de 2,8%. La pérdida de participación en el mercado por parte de esos dos países se debió a que otras naciones tuvieron un crecimiento mucho mayor, como por ejemplo República Dominicana, que desplazó del tercer lugar a Jamaica a pesar de que este país tuvo también un crecimiento significativo. Otro caso fue el de Cuba, que tuvo un repunte de consideración que lo llevó del lugar 15 al 10 como principal destino turístico regional.¹²

En cuanto a los ingresos generados por la actividad, el escenario es muy similar al del flujo de turistas. Puerto Rico y Bahamas constituyen los principales polos generadores de ingresos, pero muestran una tendencia decreciente; República Dominicana ocupa el tercer lugar y va en franco ascenso. En este indicador, Antigua y Barbuda, Cuba y República Dominicana exhibieron el mayor dinamismo durante el decenio de los 80, con un incremento promedio anual en la captación de ingresos de 21,3%, 19,7% y 18,3% respectivamente.¹³

En 2000, Puerto Rico continuaba siendo el principal mercado de la región, pero su participación siguió mermando debido a un menor crecimiento en la

cantidad de turistas que visitaron el país y a un mayor dinamismo de otros países de la región. Mientras que en 1980 la isla tenía una participación en el mercado regional de 26,1% de los turistas captados, en 2000 bajó a 20,1%.¹⁴

Bahamas fue desplazada del segundo al cuarto lugar por República Dominicana, donde la cantidad de turistas recibidos creció a una tasa promedio anual de 8,1% (menor a la alcanzada en la década de los 80, pero aún significativa), mientras que en Bahamas el crecimiento promedio anual representó solo 0,1%.¹⁵

Cuba se convirtió en el tercer destino turístico de la región gracias a un impresionante 18,9% de crecimiento promedio anual de los turistas que visitaron la isla, el mayor resultado regional en los últimos veinte años. Otro país que durante los años 90 siguió perdiendo posición como destino turístico de la región, fue Jamaica, debido a un pobre crecimiento y al empuje de competidores más dinámicos como Cuba y República Dominicana.¹⁶

En cuanto a la captación de ingresos generados por la actividad, República Dominicana desplazó a Puerto Rico del primer lugar en la región y Cuba se colocó en el tercer lugar. Ambos países exhibieron las mayores tasas de crecimiento promedio anual durante la década de los 90. Bahamas siguió perdiendo participación y, al terminar la década, ocupaba un cuarto lugar.

En sentido general, a inicios del siglo XXI el desarrollo del turismo es un hecho indiscutido en la inmensa mayoría de los países del Caribe, lo cual contrasta bastante con la situación existente al principio de los años 80, cuando la actividad turística estaba básicamente concentrada en Puerto Rico y Bahamas.

En 1980, Puerto Rico y Bahamas eran los únicos países en recibir más de un millón de turistas; sin embargo, en 2000 seis países superaban esa cantidad y otros cinco, la cifra de 500 000. Hace veinte años solo aquellos dos países generaban 500 millones de dólares en ingresos; sin embargo, en el año 2000, seis naciones superaban los 1 000 millones de dólares en ingresos y otras cinco se colocaban muy cerca o superaban la cantidad de 500 millones de dólares.¹⁷

El impacto del 11 de septiembre de 2001

La actividad turística en el Caribe fue muy golpeada a raíz del ataque terrorista del 11 de septiembre en Nueva York y Washington; sus efectos se sintieron tanto en 2001 como en 2002. En este último año, el turismo en el Caribe se contrajo un 10,4% en relación con 2000, acentuando una tendencia decreciente que ya se había observado en 2001. En términos de ingresos, la reducción fue de 6%. Los países con mayor reducción

porcentual en el número de turistas fueron Aruba, Curazao, Islas Caimán, Islas Vírgenes Norteamericanas, Martinica y San Martín. En cuanto a los ingresos, los efectos fueron más significativos al reportarse un mayor número de países con grandes reducciones porcentuales. Estos países fueron Antigua y Barbuda, Aruba, Barbados, Cuba, Dominica, Granada, Islas Turcas y Caicos, Jamaica, Martinica, República Dominicana y Santa Lucía.¹⁸

Un dato interesante es que once países de la región no sufrieron los efectos adversos del ataque terrorista, ya que reportaron un incremento discreto del número de turistas, pero al ser mercados turísticos menores, sus valores no pudieron influir decisivamente para moderar los resultados regionales.

A pesar de que el atentado terrorista ocurrió en los Estados Unidos, la cantidad de turistas de ese país hacia el Caribe solo disminuyó 1,7% entre 2000 y 2002; sin embargo, el mercado emisor que más se contrajo fue el europeo, que en el mismo período disminuyó 28%. A la vez, el turismo canadiense aumentó 2,8%.¹⁹

Una mirada a la eficiencia en la generación de ingresos

Los problemas estructurales afrontados por los países caribeños, junto a los nuevos retos derivados de los cambios económicos ocurridos en el ámbito mundial, propiciaron que el turismo se convirtiera y consolidara como una de las principales fuentes de ingresos en divisas de la región, y la primera en el caso de varias de naciones.

En 17 países del área, el turismo se ha consolidado como la principal fuente de divisas y en 14 supera ampliamente la de las exportaciones de bienes. En Barbados, los ingresos por este concepto superan en 533% los de las exportaciones de productos; en Bahamas, 435%; en Guadalupe, 310%; en Martinica, 143%, por solo citar algunos ejemplos. Como región, los ingresos por turismo en 2000 representaron 35% en relación con las exportaciones. Analizando los ingresos del turismo en relación con el Producto Interno Bruto (PIB) la región reflejó una proporción de 15% en el mismo año.²⁰

La urgencia impuesta por las necesidades del crecimiento y el desarrollo económico ha llevado a la mayoría de los países caribeños a una frenética carrera por incrementar la economía a través de la actividad turística. Hay cuatro alternativas para aumentar los ingresos. La básica es lograr mayor número de turistas y con ello, los días de estancia de estos en el destino visitado, la diversificación de la oferta turística y el aumento de los precios. Esto último es viable siempre

El nivel de eficiencia exhibido por el Caribe en la generación de ingresos es aceptable. Su principal debilidad radica en el aprovechamiento de la inversión realizada para nuevas facilidades de alojamiento ya que, como vimos, el crecimiento promedio del número de turistas ha sido inferior al aumento promedio del número de habitaciones.

y cuando vaya acompañado del perfeccionamiento en la calidad del servicio, y no sea solamente una vía para cubrir la elevación de los costos por la inflación, y tendrá como límite el nivel del precio en los mercados competidores.

Para lograr que el turismo sea un sector que aporte significativamente al crecimiento y desarrollo de las naciones, y a su vez que se puedan minimizar los impactos negativos en los campos ambiental, social y cultural, se debe desarrollar de una manera eficiente; ello se podrá lograr combinando adecuadamente las alternativas de generación de ingresos ya explicadas.²¹

La agresiva política implementada por la mayoría de los países de la región para convertir y consolidar el turismo como su principal fuente de ingresos, llevó aparejada un fuerte proceso inversionista tendiente a incrementar las capacidades de alojamiento. La cantidad de habitaciones disponibles para el turismo internacional creció a un ritmo promedio anual de 5,4% entre 1980 y 2000. En este crecimiento se han destacado particularmente Anguila, Cuba, Islas Turcos y Caicos, Dominica y República Dominicana. Los países con mayor inventario habitacional son Cuba y República Dominicana, que en el año 2000 acumulaban 42% del total regional.²²

Si se amplía el número de habitaciones es porque hay expectativas de un mayor arribo de turistas. Para que haya un nivel mínimo de eficiencia, el porcentaje de incremento de turistas tiene que ser igual al de la oferta habitacional. De acuerdo con las estadísticas disponibles del período 1990-2000, el Caribe fue la única subregión del mundo que mantuvo una relación ineficiente en ese indicador, pues mientras el número de habitaciones creció a una tasa promedio anual de 5,7%, el de los turistas fue solo de 4,6%. A escala mundial, la relación fue de 3,1% y 4,2% respectivamente. El deterioro de este indicador es una de las razones del descenso de la tasa de ocupación hotelera en el ámbito regional; mientras en los inicios de los 90 esa tasa era de 68%, en 2000 se situó en 65%.²³

Si se incrementa la cantidad de turistas, se espera que haya un aumento en los ingresos generados por cada uno de estos. Uno de los indicadores para medir

la eficiencia en la generación de divisas es la elasticidad turistas/ingresos, que mide la sensibilidad de estos últimos ante el aumento de la demanda. Para nuestro análisis, tomamos el período 1990-2000, en el cual la actividad a nivel mundial tuvo una elasticidad de 1,4. Esto quiere decir que por cada 1% de crecimiento de los turistas, los ingresos se incrementaron en 1,4%. Mientras mayor sea el porcentaje, más eficiente es la relación.

En el Caribe, la elasticidad fue de 1,6%, mayor que el promedio mundial y que las demás subregiones, excepto las Américas, que tuvieron una elasticidad de 2%. Ello significa que en la región se está produciendo un nivel de generación de ingresos satisfactorio, porque su incremento es proporcionalmente mayor que el aumento del número de turistas. Sin embargo, dentro del hemisferio occidental, el Caribe exhibe una elasticidad inferior a todas las subregiones, excepto en relación con América del Sur.²⁴

Conclusiones

El turismo en el Caribe tuvo su mayor desarrollo entre 1980 y 2000. En este período, los arribos de turistas se multiplicaron 2,7 veces y los ingresos obtenidos, 5,2 veces. A pesar de este significativo impulso, la región aún no se ubica dentro de los principales destinos regionales a escala mundial.

Durante el período analizado, en la región hubo una diversificación de los polos turísticos que posibilitó la emergencia de nuevos competidores que desafiaron la posición alcanzada por Puerto Rico, que desde finales de los años 50 se había convertido en la principal potencia turística del Caribe. El surgimiento de nuevos competidores, junto a un pobre desempeño en la actividad, hizo que Puerto Rico perdiera participación en el mercado turístico regional, tanto en número de turistas como en ingresos generados.

Los polos turísticos que tuvieron mayor empuje fueron Aruba, Cuba, Guadalupe y República Dominicana. El mayor salto lo experimentó Cuba, que del lugar 15 pasó a convertirse en el tercer destino turístico del Caribe.

Se puede considerar que el nivel de eficiencia exhibido por el Caribe en la generación de ingresos es aceptable. Su principal debilidad radica en el menor aprovechamiento de la inversión realizada para nuevas facilidades de alojamiento ya que, como vimos, el crecimiento promedio del número de turistas ha sido inferior al aumento promedio de las habitaciones. Esta debilidad se compensa, en parte, con el rendimiento promedio obtenido en los ingresos. Sin embargo, en este indicador también existe un margen mayor de posibilidad de mejoría, sobre todo por el hecho de que la región puede atraer más turistas.

Notas

1. Véase Charles R. Goeldner y Robert W. McIntosh, *Tourism: Principles, Practices, Philosophies*, John Wiley and Sons, Inc., 4ª edición, Nueva York, 1984.
2. Véase Organización Mundial del Turismo, *Apuntes de metodología de la investigación en turismo*, Madrid, 2001.
3. Véase Charles R. Goeldner y Robert W. McIntosh, ob. cit.
4. Organización Mundial del Turismo, ob. cit.
5. Cálculos realizados a partir de Organización Mundial de Turismo, *Series estadísticas 1980-1999*.
6. Ídem.
7. Ídem.
8. Ídem.
9. Cálculos realizados a partir de Organización del Turismo del Caribe, *Informe estadístico del turismo en el Caribe 2002-2003*. Se tomó como punto de partida el año 1985 porque no contamos con estadísticas de la procedencia de los turistas en 1980.
10. Véase World Tourist Organization, *Compendium of Tourism Statistics 2001 Edition*.
11. Cálculos realizados a partir de Organización Mundial de Turismo, *Series estadísticas 1980-1999*.
12. Ídem.
13. Ídem.
14. Ídem.
15. Ídem.
16. Ídem.
17. Ídem y Organización del Turismo del Caribe, ob. cit.
18. Organización del Turismo del Caribe, ob. cit.
19. Ídem.
20. Cálculos realizados a partir de Caribbean Tourism Organization, *Caribbean Tourism Statistical Report 2001-2002*.
21. Hay muchas formas de medir la eficiencia en la generación de ingresos a partir del turismo. En este artículo utilizaremos solamente dos indicadores: la relación incremento de los turistas/fondo habitacional hotelero y la relación incremento de los turistas/ingresos.
22. Cálculos realizados a partir de Caribbean Tourism Organization, *Caribbean Tourism Statistical Report 1996*, y Organización del Turismo del Caribe, ob. cit.
23. Ídem.
24. Cálculos realizados a partir de las estadísticas contenidas en WTO, *Compendium of Tourism Statistics 2001 Edition*, y Organización del Turismo del Caribe (OTC), ob. cit.

Turismo y sustentabilidad: de la teoría a la práctica en Cuba

**Eduardo Salinas Chávez
José A. la O Osorio**

Profesores. Universidad de La Habana.

A partir de la década de los años 60, cuando la crisis ambiental empieza a manifestarse con claridad, la preocupación por integrar la variable ecológica en la economía da lugar al desarrollo de nuevos conceptos. Dos renombrados académicos franceses, Louis J. Lebreton y François Perroux, promovieron una concepción diferente, al sostener que «solo se puede hablar de desarrollo si se satisfacen las necesidades fundamentales de la sociedad, incluyendo la educación, necesidades culturales, espirituales, etc.».¹ Este concepto de desarrollo sostenible fue discutido en las reuniones preparatorias de la conferencia sobre medio ambiente humano, celebrada en Estocolmo en 1972, y descrito, durante los años 70, por algunos autores como Raymond Dasmann, John P. Milton y Peter H. Freeman en su libro *Ecological Principles for Economic Development*.²

El debate se mantuvo circunscrito, casi exclusivamente, al mundo académico hasta la publicación, en 1987, de «Nuestro futuro común», documento elaborado por la Comisión Mundial para el Desarrollo y el Medio Ambiente, y conocido como Informe Brundtland, el cual establece que: «Desarrollo sostenible es el [...] que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer

la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades».³

Con posterioridad a la presentación de este informe, y sobre todo después de la aprobación de la Agenda 21, en la Cumbre de Río en 1992, en otros documentos internacionales se ha ido desarrollando el concepto, y ofreciendo pautas para su aplicación e incorporación a las políticas de gestión. Con ello ha alcanzado amplia repercusión política y ha sido promovido en altos niveles de decisión.

La Unión Mundial para la Naturaleza (UICN), por su parte, definió el desarrollo sostenible de una forma más explícita: «[Es] el proceso que permite que se produzca el desarrollo sin deteriorar o agotar los recursos que lo hacen posible».⁴

Desde una perspectiva meramente ecológica, el desarrollo sostenible se percibe como la interrelación entre los sistemas económicos altamente dinámicos y los ecológicos, menos cambiantes, a fin de que:

- La vida humana pueda continuar indefinidamente.
- Los seres humanos, como individuos, puedan desarrollarse.

- Sobrevivan las particularidades culturales de la sociedad.
- Los efectos de las actividades humanas se mantengan dentro de unos límites que no causen la destrucción de la diversidad, complejidad y funcionamiento de los sistemas ecológicos, soportes de la vida en nuestro planeta.⁵

En síntesis, el desarrollo, para ser sostenible, debe ser concebido como un proceso multidimensional en el cual la trilogía equidad, competitividad y sustentabilidad se apoyen en principios éticos, culturales, socioeconómicos, ecológicos, institucionales, políticos y técnico-productivos.

Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido y la gran cantidad de publicaciones que abordan el tema, aún no hay consenso respecto a lo que significa realmente el desarrollo sostenible, y las numerosas interpretaciones varían según sea la disciplina, el paradigma o la ideología que sirva de base para definirlo, y menos aún hay resultados concretos acerca de la aplicación de esta concepción.

De lo que se trata entonces es de lograr un crecimiento y eficacia económica, garantizando la eficiencia y equidad social, mediante la solución de las necesidades básicas de la población y sobre la base del funcionamiento estable y continuo de los sistemas ambientales.

A pesar de todas las diferencias conceptuales y teórico-metodológicas en cuanto a las interpretaciones del concepto de desarrollo sostenible, con un marcado sesgo político-ideológico, concebirlo implica, en sí mismo, aceptar el medio ambiente como factor activo y estratégico del desarrollo, y elemento estructural de la civilización, ya que proporciona las condiciones básicas de subsistencia que requiere la humanidad.⁶

El concepto de sustentabilidad se ha extendido mucho y se acepta ampliamente con valores generalmente definidos. Su formulación ha transitado por varias fases, según las prioridades sociales de cada época.

Ya en los años 80 del siglo xx, en la Estrategia Mundial para la Conservación, de la UICN, se expresó que el desarrollo, en relación con la naturaleza, se debe concebir como «la modificación de la biosfera y la aplicación de los recursos humanos y financieros, tanto bióticos como abióticos, a la satisfacción de las necesidades humanas y al mejoramiento de la calidad de vida».⁷

Algunos autores asocian la sustentabilidad con la capacidad de carga de los geosistemas para soportar el desarrollo de la humanidad, lo que implica que el sistema económico debe mantenerse dentro de los márgenes de capacidad de carga del mundo, entendiéndose la sustentabilidad como desarrollo sin crecimiento o como perfeccionamiento cualitativo sin aumentos cuantitativos.⁸

De igual modo, otros consideran la sustentabilidad ambiental como la capacidad de los sistemas naturales (ecosistemas y geosistemas) de mantener la integridad

de sus procesos, ciclos y ritmos, ya que esta es función de las características naturales del sistema y de las presiones e intervenciones que sobre él se ejercen, dándole énfasis a su elasticidad y reconociendo la artificialización irreversible de los sistemas naturales como consecuencia de las intervenciones del hombre a lo largo de la historia.

El concepto de sustentabilidad planteado en la Declaración de Río de 1992, incluyó tres objetivos básicos:

- Ecológicos. Que representen el estado natural (físico) de los ecosistemas, los cuales no deben ser degradados sino lograr que mantengan sus características principales, esenciales para su supervivencia a largo plazo.
- Económicos. Debe promoverse una economía productiva, auxiliada por el know-how de la infraestructura moderna, que proporcione los ingresos suficientes para garantizar la continuidad en el manejo sostenible de los recursos.
- Sociales. Los beneficios y costos deben distribuirse equitativamente entre los distintos grupos.⁹

En la estrategia por el futuro de la vida «Cuidar la Tierra», se habla de sustentabilidad: «mejorar la calidad de la vida humana sin rebasar la capacidad de carga de los ecosistemas que lo sustentan» y se sostiene que, para alcanzarla, la sociedad debe vivir en conformidad con los principios siguientes:

- Respetar y cuidar la comunidad de los seres vivos.
- Mejorar la calidad de la vida humana.
- Conservar la vitalidad y diversidad de la Tierra.
- Mantenerse dentro de la capacidad de carga de la Tierra.
- Modificar las actividades y prácticas personales.
- Facultar a las comunidades para cuidar de su medio ambiente.
- Establecer un marco nacional para la integración del desarrollo y la conservación.
- Forjar una alianza mundial.

La sustentabilidad no es un concepto estático, ya que depende no solo de las características de los recursos y del medio ambiente, sino también de la capacidad para desarrollar nuevas tecnologías para la explotación de los recursos y su conservación.

Según Enrique Leff y otros especialistas, en relación con el desarrollo sustentable, y en particular con la sustentabilidad, en los últimos años se han producido importantes tergiversaciones y apropiaciones de estos y otros conceptos por el sistema político-ideológico dominante, para afianzar el modelo neoliberal como solución a los problemas ambientales y sociales de la humanidad. Se busca promover un modelo económico sostenido, negando las condiciones ecológicas que

establecen límites a la apropiación y transformación capitalista de la naturaleza.

La sustentabilidad para ser real, objetiva y viable, debe convertirse en un paradigma alternativo en el cual los recursos ambientales, potencialmente capaces de reconstruir el proceso económico dentro de una nueva racionalidad productiva, promuevan un proyecto social fundado en las autonomías culturales, en la democracia y en la productividad de la naturaleza.¹⁰ Esto constituye un acierto, y marca una verdadera revolución en el desarrollo teórico de la concepción del desarrollo sostenible y la sustentabilidad, hasta ahora promovidas, acercando esta utopía a las condiciones económicas, sociales y políticas de nuestros países.

Pero, ¿qué tipos de desarrollo son sostenibles? En último término y en una concepción muy rígida, muchos de los promotores tendrían problemas para identificar una actividad económica, basada por ejemplo en la explotación de recursos naturales, que realmente protegiera o mejorara el recurso básico natural. El desafío real entonces consiste en identificar y posteriormente implementar una jerarquía coherente de estrategias de desarrollo sostenible imbricadas, que combinen las sinergias locales con la eficiencia global. Esta es, desde luego, una cadena muy larga que implica cambios significativos en las aspiraciones y formas de vida particulares de la gente.¹¹

El concepto de sustentabilidad no es un dogma ni una receta salvadora, pero tampoco debería ser solo la etiqueta de moda, que se incorpora a cualquier discurso retórico. En medio del desconcierto que domina nuestras sociedades, la idea de construir una vida sostenible, ecológica y socialmente, exige elementos de reflexión, algunos criterios sensatos sobre los que empezar a trabajar y un horizonte de cambio hacia el que caminar como comunidad humana.

Turismo y sustentabilidad

En el ámbito internacional, la actividad turística atraviesa por transformaciones muy profundas tanto en su estructura económica, como en sus objetivos y alcances. En el contexto de la globalización, la evidencia disponible muestra que el turismo se ha expandido considerablemente durante los últimos veinte años. Por un lado, la expansión ha sido impulsada por el incremento sostenido del ingreso real y del tiempo disponible de los individuos para el ocio, particularmente en los países desarrollados, lo que ha provocado una fuerte demanda por servicios turísticos que respondan a los nuevos perfiles de preferencias de los consumidores.

El turismo es probablemente la actividad económica que involucra a más sectores, niveles e intereses de la sociedad. A la vez, la protección del medio ambiente es parte esencial de su desarrollo, ya que sin una adecuada calidad ambiental, el turismo actual y futuro puede verse comprometido, al igual que las organizaciones turísticas, los turistas y las comunidades receptoras.¹² Por su doble papel, el turismo puede contribuir positivamente al desarrollo socioeconómico y cultural, pero, al mismo tiempo, provocar la degradación del medio ambiente y la pérdida de la identidad local.¹³

El término «turismo sostenible» aparece en el debate geográfico en la década de los 90 del siglo xx, para describir un desarrollo ideal del sector que no implique impactos ambientales y sociales negativos.¹⁴ Ello, como parte de una propuesta mundial de diversos organismos y organizaciones internacionales relacionadas con la actividad turística, mediante la realización de varias conferencias y la elaboración de diversos documentos.¹⁵

A partir de estos eventos, documentos y acciones, la Organización Mundial del Turismo (OMT) propuso considerar el turismo sostenible como:

el desarrollo que atiende las necesidades de los turistas actuales y de las regiones receptoras, y al mismo tiempo, protege y fomenta las oportunidades para el futuro. Se concibe como una vía hacia la gestión de todos los recursos, de forma que puedan satisfacerse las necesidades económicas, sociales y estéticas, respetando al mismo tiempo la integridad cultural, los procesos ecológicos esenciales, la diversidad biológica y los sistemas que sostienen la vida.¹⁶

El turismo sostenible, según este concepto rector, se concibe entonces como un modelo de desarrollo para mejorar la calidad de vida de la comunidad receptora, facilitar a los visitantes una experiencia de calidad y mantener las condiciones ambientales del destino, del cual dependen tanto la comunidad receptora como los visitantes. Se debe llevar a cabo sobre criterios de sustentabilidad, es decir «ha de ser soportable ecológicamente y a largo plazo, viable económicamente y equitativo desde una perspectiva estética y social para las comunidades receptoras».¹⁷

En un sentido amplio, este concepto debe regir el desarrollo no solamente del llamado turismo alternativo, de naturaleza o ecoturismo, sino también el de masas, es decir, no hacer ecológico un turismo y otro no, sino ecologizar o ambientalizar toda la actividad turística actual y futura.

La aplicación del modelo de turismo sostenible implica flexibilidad para adaptarse a los cambios del mercado, uso de tecnologías ambientalmente aceptables e integración al desarrollo de las comunidades receptoras —lo cual posibilitará que el turismo funcione con rentabilidad, pero no a expensas de los recursos y

de los patrimonios natural y cultural del territorio—, y según un modelo de gestión de recursos con una perspectiva estratégica.¹⁸

La sustentabilidad del turismo no puede desvincularse de la política ni de la sociedad y sus problemas, a partir de que existen diferencias significativas entre las necesidades de las sociedades del Norte desarrollado, de donde provienen los principales flujos turísticos, y el Sur subdesarrollado, donde se encuentran, en la actualidad, muchos de los destinos turísticos y que ha apostado por el turismo como impulsor de sus maltrechas economías.¹⁹

Factores que condicionan la sustentabilidad del sistema turístico

La sustentabilidad es un concepto muy difundido, especialmente en la actividad turística, y aunque parece quedar bastante clara la manera en que se puede alcanzar —o sea, los métodos y la forma en que puede obtenerse—, el concepto se ha estudiado poco y, en general, solamente se refieren experiencias locales, muchas veces únicas e irrepetibles. Es en este contexto, que desde hace varios años algunas instituciones, agencias y organismos internacionales han considerado necesario desarrollar y promover enfoques alternativos que permitan avanzar en el camino de la sustentabilidad. Entre los más conocidos están:

- Propuesta de indicadores para evaluar la sustentabilidad del turismo en diversos destinos, certificación de los destinos turísticos, etcétera.²⁰
- Establecimiento de lineamientos para el desarrollo de áreas de turismo sostenible de forma regional, transfronterizas, etcétera.²¹
- Realización de las Agendas 21 locales y los planes de desarrollo territorial sustentable en diferentes destinos turísticos —caso emblemático, la Agenda local 21 de Calvia, en Mallorca, que permitió avanzar en el control del turismo en ese territorio y establecer la conocida ecotaxa turística—, tareas que van más allá de los conocidos planes maestros de desarrollo turístico (TURPLAN) y planes dinamizadores para diversos destinos turísticos, llevados a cabo por especialistas e instituciones internacionales en distintos países y regiones, en décadas anteriores, y que no fueron capaces de vislumbrar alternativas adecuadas al explosivo desarrollo del turismo en dichas regiones.²²
- Por último, consideramos que se ha pasado a una nueva etapa en la cual se promueven estudios de la actividad a escala local buscando la planificación del turismo desde los espacios receptores y adecuando

la actividad a las condiciones específicas de cada territorio y sus características económicas y sociales.²³

Según nuestra experiencia, las posibles alternativas para avanzar en la inclusión de la concepción de la sustentabilidad al desarrollo turístico pueden agruparse de la forma siguiente:

- Reducir el número de turistas a un nivel en el cual el medio ambiente pueda mantener su capacidad de autorregulación y funcionamiento, ser sostenible por sí mismo y propiciar el desarrollo de un turismo beneficioso para todos a largo plazo. Para ello se necesitan estudios detallados de la capacidad de carga, acogida o soporte de cada territorio, estableciendo límites o umbrales al crecimiento de la actividad, no solo en el número de visitantes, sino en la infraestructura que se ha de desarrollar.²⁴
- Seleccionar las modalidades de turismo que se desarrollarán en el territorio y buscar aquellas más coherentes con sus potencialidades y que causen los menores impactos; es decir, avanzar en la planificación del turismo desde los destinos o regiones receptoras, adaptando la demanda a la oferta, y no como se viene realizando hasta el momento en la mayoría de las áreas.²⁵
- Actuar sobre los recursos que ya se están explotando para que sean capaces de asimilar la presión actual y futura sobre ellos, y posibilitar la transición de los destinos, especialmente los relacionados con sitios patrimoniales, hacia formas sustentables de la actividad, estableciendo para ello límites a las visitas, horarios, etc. (como se recoge, por ejemplo, en el Estudio de la capacidad de acogida de la Alhambra y el Generalife, en Granada, España).
- Finalmente, y lo más deseable a largo plazo, incrementar la educación de turistas, empresarios, anfitriones y gobiernos para reducir los impactos y controlar el desarrollo, en lo cual están involucrados muchas instituciones, agencias, etc., a nivel mundial, a la vez que incorporamos la concepción de sustentabilidad a la planificación de la actividad turística a nivel local y regional.

Sustentabilidad del turismo. El litoral norte de Holguín

En la situación actual cubana, el turismo internacional se considera un medio importante para subsanar los problemas de la economía, sobre la concepción estratégica de convertir los paisajes naturales y culturales en atractivos turísticos para la recaudación de divisas. Esta política se basa en un enfoque conservacionista, que propone la protección de los recursos para lograr

La aplicación del modelo de turismo sostenible implica flexibilidad para adaptarse a los cambios del mercado, uso de tecnologías ambientalmente aceptables e integración al desarrollo de las comunidades receptoras.

un desarrollo turístico sostenible. Para favorecer este desarrollo se han abierto nuevos polos y regiones turísticas. Entre ellos se encuentra el litoral de la provincia de Holguín.²⁶

Su litoral noroeste cuenta con quince playas con una longitud aproximada de siete kilómetros, para un potencial de 50 500 usuarios.²⁷ El sector más dinámico de este litoral está comprendido entre la Bahía de Vita y la Bahía de Samá. En la actualidad hay diez hoteles en explotación, tres en construcción y seis en fase de proyecto, todos ubicados en las playas más importantes: Pesquero, Yuraguanal, Estero Ciego y Guardalavaca. Como soporte de la actividad extrahotelera, dispone de más de doce kilómetros de barrera coralina, tres bahías con extensos espejos de agua y alrededor de treinta sitios de interés natural, histórico y arqueológico, concentrados en seis parques turísticos o temáticos: tres en explotación y los restantes en fases de proyecto o de ejecución.

Criterios para la evaluación de la sustentabilidad

El procedimiento metodológico utilizado para el estudio de la sustentabilidad del turismo en esta área se basó en la concepción del ordenamiento geoecológico o ambiental.²⁸ Su esencia radica en el estudio del aspecto ecológico funcional de las unidades territoriales en interacción con la sociedad; básicamente en su relación objeto-sujeto, con el centro de atención en los paisajes como sistemas no solo naturales, sino culturales.

La incorporación de los principios básicos de la OMT acerca del desarrollo turístico sostenible al sistema empresarial del turismo es algo de suma importancia y necesario para Cuba, dentro del proceso de perfeccionamiento que actualmente se lleva a cabo en este sector, y donde interactúan los elementos económicos, socioculturales y geoecológicos (ambientales), los recursos humanos y el mercadeo, entre otros. Podemos identificarlos como los ámbitos, dimensiones o variables a los cuales se les aplican los indicadores de sustentabilidad. Estos últimos deben partir de criterios y valores mínimos, que deberán ser superados gradualmente con la finalidad de alcanzar la categoría de sustentabilidad, lo que otorgará cierto nivel de calidad integral al destino turístico y permitirá la

adjudicación de certificados y otros reconocimientos en los ámbitos y el destino, respectivamente.

El sistema de indicadores se debe utilizar en función de las particularidades del destino, utilizando para ello indicadores específicos que permitan armonizar los criterios para la futura sustentabilidad de este. A la vez, se convierten en mecanismos de enseñanza y estímulo para la generación de cambios en el sector, orientados hacia la sustentabilidad de otros destinos de Cuba. Este accionar y su posterior categorización, permite que los consumidores cuenten con una garantía de calidad ambiental.

La utilización de indicadores permite evaluar de forma sintética el grado de sustentabilidad en que se encuentra un destino turístico y, por tanto, de las actividades socioeconómicas que lo integran, así como sus tendencias, utilizando como unidad de referencia espacial las unidades de gestión turística. Estas unidades se caracterizan por la homogeneidad en sus atributos naturales, económicos y socioculturales. Su proceso de definición, descripción y cartografía tiene como objetivo lograr un manejo diferencial y preciso de los diferentes recursos y potencialidades presentes en cada unidad. Surgen del modelo de ordenamiento territorial propuesto para el sector costero Bahía de Vita-Bahía de Samá, y son las que mejor se adaptan para soportar el sistema de gestión turística que ha de desarrollarse, aunque están presentes otros sistemas de organización del espacio como la división político-administrativa (Consejos populares), las unidades socioeconómicas de producción (cooperativas y otras).

Las unidades de planificación territorial son entonces las que mejor se adaptan a la aplicación de una correcta y eficiente gestión turística del territorio; estas quedan definidas como los polos turísticos, las áreas extrahoteleras, las infraestructuras de apoyo, las áreas de conservación y los agrosistemas; a su vez, se subdividen en unidades de orden inferior, que permiten realizar un proceso de gestión más integral y objetivo.

Los indicadores se agrupan en cuatro ámbitos que conforman el sistema de gestión geoecológica para el desarrollo turístico sostenible: el entorno geoecológico, referido a las particularidades físicas y ecológicas, la disponibilidad de recursos y la calidad ambiental; la infraestructura turística, donde se tienen en cuenta los aspectos relacionados con la gestión y el manejo

ambiental de las instalaciones; el cliente externo, que incluye las preferencias y la satisfacción de los turistas; y el entorno socioeconómico, donde se vincula la identificación e interacción de la actividad turística con los desarrollos local y regional.

Para obtener el grado de sustentabilidad turística del destino, se realiza la selección de los indicadores según las características de la información disponible, su actualidad, confiabilidad y representatividad en el territorio. Para este caso, se seleccionaron veinticuatro indicadores, considerando que pueden dar una visión adecuada del grado de sustentabilidad turística del territorio.

Una vez obtenida la evaluación de sustentabilidad de cada unidad de gestión, se propusieron los lineamientos y las acciones generales y específicas que permiten desarrollar la estrategia para cada ámbito dentro del sistema de gestión turística. La información se representa espacialmente en las unidades de gestión turística, en aras de tener una visión sintética e integradora de la sustentabilidad turística del territorio. Con esta evaluación se contribuye, además, a elevar el conocimiento de los geosistemas de esta zona litoral y se aportan nuevos elementos que disminuyen el grado de incertidumbre en la toma de decisiones, la cual tiene como denominador el nivel de conocimiento de la problemática de los paisajes, que es a su vez inversamente proporcional al grado de incertidumbre en situaciones de distinción de potencialidades y planteamiento de uso de las unidades territoriales.

Indicadores utilizados en la evaluación de la sustentabilidad turística:

- Entorno geoecológico: Situación ambiental, calidad de los cuerpos de agua (ríos, bahías, playas), calidad del agua de consumo (pozos), categoría de protección, capacidad de carga, degradación del suelo.
- Infraestructura turística: Desempeño ambiental, gestión de desechos líquidos, gestión de desechos sólidos, consumo de agua y energía, consumo de producciones nacionales y locales, diseño y ambientación.
- Cliente externo: Seguridad (delitos y accidentes), satisfacción del turista, índice de repitencia, estadía promedio, ingresos, utilidades.
- Entorno socioeconómico: Identidad cultural, prostitución, empleo, nivel de servicios, satisfacción de la población local, impacto social.

Resultados

La evaluación del destino turístico, asignada a las unidades de gestión turística, alcanza una aplicación

muy eficiente en la gestión del sector en un territorio, pues permite identificar zonas funcionales basadas en el ordenamiento territorial. Orientada de manera general a las entidades turísticas, les facilita la determinación del momento del desarrollo sostenible en que estas se encuentran; ya que parte del estado ambiental o geoecológico de las unidades de gestión, expresado por el grado de sustentabilidad turística de cada una de ellas y del destino en su conjunto, lo que constituye el punto de partida para establecer lineamientos y acciones concretas para implementar una gestión turística sostenible en un territorio.

Atendiendo a los valores obtenidos, se puede señalar que el litoral norte de Holguín tiene un grado medio de sustentabilidad turística, muy cercano a los valores del grado superior. Este comportamiento es resultado de la existencia de dificultades en la gestión turística, tanto a nivel del ámbito, principalmente en lo referido a la infraestructura turística, como en las unidades de gestión turística: infraestructura de apoyo y agrosistemas. El ámbito entorno socioeconómico y la actividad extrahotelera presentan altos valores de sustentabilidad.

Haciendo una evaluación del comportamiento de los cuatro ámbitos analizados, se puede afirmar que el entorno socioeconómico es el que mayor grado de sustentabilidad turística presenta, lo que está determinado por los logros sociales en esta región, evidenciados en el comportamiento de indicadores como la satisfacción de la población local, la creación de empleos y el incremento salarial que la actividad turística ha generado, los bajos índices de prostitución, así como la marcada incidencia de otros factores, entre ellos, la alta identidad cultural en la cocina, los espectáculos, las ventas artesanales, etc., y el nivel de los servicios, que aún debe incrementarse, principalmente en los asentamientos y bases de apoyo.

También presenta un alto grado de sustentabilidad turística el ámbito cliente externo, determinado por la calidad de los servicios que se prestan —reflejados en la satisfacción del cliente con valores superiores a 90% de los turistas—, y el elevado índice de seguridad, determinado por un escaso número de delitos y accidentes. Indicadores como los ingresos económicos, la estadía promedio y la repitencia de los turistas condicionan el aumento del grado de sustentabilidad; de ahí que sea necesario continuar trabajando con los turoperadores en la consolidación de estos, así como en el incremento de las utilidades económicas, principalmente en los polos que aún no han terminado su proceso inversionista.

El ámbito geoecológico presenta un grado medio de sustentabilidad con valores altos en este rango de ponderación, asociados principalmente al favorable

comportamiento de indicadores como la calidad de los cuerpos de agua (ríos, playas, bahías), la utilización de los recursos por debajo de la capacidad de carga y la baja degradación de los suelos, excepto en las playas, donde este indicador es muy alto. En menor medida, influyen la calidad del agua de consumo —la cual, por factores humanos, en ocasiones no alcanza los estándares de calidad requeridos—, y la situación ambiental determinada por el estado geoecológico, que alcanza categorías de optimizado y compensado en más de 50% del territorio. Lo que provoca que este ámbito no alcance una categoría superior es que la región no está incluida en ninguna categoría de protección, como puede ser un Parque Nacional o un área de recursos manejados. Solamente existen dos pequeñas áreas de connotación local propuestas para ser protegidas. Esto es de vital importancia para alcanzar mejores resultados en la sustentabilidad.

En la región existen elevados recursos, tanto terrestres como marinos, con potencialidades turísticas, además de estar creada la estructura empresarial capaz de administrar un espacio protegido. Esta estructura es el Parque Cristóbal Colón, el cual todavía no está consolidado y no tiene bien definidos sus límites administrativos. Estos elementos son de significativa importancia para obtener una categoría de área protegida, la cual le permitirá al destino una mejor gestión de los recursos turísticos con que cuenta.

El ámbito con el grado de sustentabilidad más bajo es el de la infraestructura turística, con un valor ubicado en la frontera con el grado medio; lo cual está determinado por los valores medios del consumo de agua y energía, y de producciones nacionales y locales, así como valores altos en diseño y ambientación (estilo arquitectónico y armonía con el medio ambiente). No obstante, el comportamiento del grado de la sustentabilidad está determinado por otros indicadores con valores muy bajos, como son la ausencia de certificaciones y reconocimientos ambientales, la inexistencia de sistemas eficientes de clasificación y disposición final de los desechos sólidos, así como ineficiencias en la gestión de los desechos líquidos, lo que provoca vertimientos en las áreas naturales y en espacios no construidos.

Desde el punto de vista espacial, en las unidades de gestión turística se puede apreciar la manifestación de los tres grados de sustentabilidad. Las unidades con un grado alto son los polos turísticos, las áreas de conservación y la actividad extrahotelera. Esta última, la de mejores valores, está integrada por los espacios de uso público, los parques turísticos y temáticos, y los campos de golf. Los valores medios se encuentran en la infraestructura turística, determinados por las causas expuestas anteriormente.

La unidad de los polos turísticos, constituida por tres enclaves (Guardalavaca, Estero Ciego y Pesquero), y unidades de orden inferior (parcelas hoteleras, servicios extrahoteleros, áreas naturales, espacios no construidos y sistemas de tratamientos de residuales), presenta sus mayores valores en los ámbitos cliente externo y entorno socioeconómico. El polo Estero Ciego es el que alcanza valores superiores con una significativa relevancia en los cuatro ámbitos. Además, posee singularidades notorias en indicadores como la capacidad de carga, el diseño y la ambientación, la gestión de los desechos líquidos (por el tipo de tecnología que tiene instalada), la estadía promedio y las utilidades económicas.

Guardalavaca, aunque presenta el mismo valor que el polo Pesquero, ocupa en la actualidad el segundo lugar. En ello incide la degradación de los suelos como consecuencia de la fuerte erosión de su playa, el diseño urbanístico determinado por la altura de la planta hotelera y la densidad constructiva con una jardinería marcada por especies exóticas; además del comportamiento de sus ingresos y utilidades, por debajo del polo Estero Ciego. Vale resaltar que el proceso inversionista no ha terminado, lo que causa falta de armonía en el espacio turístico.

El polo Pesquero, en última posición, es relativamente nuevo, con un activo proceso inversionista dirigido actualmente al desarrollo de los servicios extrahoteleros y la infraestructura de apoyo, por lo cual aún posee espacios con problemas de deforestación, erosión de la playa, e ineficiencia en los sistemas de tratamiento de residuales.

Las áreas de conservación, constituidas por bosques y manglares, presentan un grado alto de sustentabilidad. Alcanzan valores máximos los entornos geoecológico y socioeconómico, así como cliente externo. No obstante, el entorno geoecológico presenta el grave problema de no estar protegido. Aunque estas zonas se denominan «áreas de conservación» por su uso forestal, no poseen ninguna categoría de protección en cuanto a gestión y manejo.

El ámbito infraestructura turística es el más débil de esta unidad. Aquí solamente se midieron los indicadores de uso y manejo ambiental, diseño y ambientación. Esta unidad es administrada por la empresa forestal, pero no existe un proceso de gestión orientado hacia la actividad turística, por lo cual elementos como la certificación ambiental, el diseño y la ambientación de estas áreas forestales no guardan relación con la imagen turística del destino que se quiere vender.

La unidad infraestructura de apoyo, compuesta por los asentamientos y las bases de apoyo, tiene una posición media en cuanto a su grado de sustentabilidad, determinada por el entorno geoecológico, e influenciada

A pesar del amplio reconocimiento de la necesidad de encontrar estrategias para desarrollar un turismo sustentable y la amplia difusión de estos temas, parece existir un margen muy amplio de interpretaciones y perspectivas asociado con la viabilidad de la sustentabilidad

por el comportamiento de la infraestructura turística y del cliente externo. El estado geoecológico de la unidad se encuentra alterado, no existen áreas con categoría de protección y presenta valores medios de degradación de los suelos por el mal estado ambiental y técnico de los jardines y áreas verdes. Otros indicadores como el diseño y la ambientación, la identidad cultural, los reconocimientos ambientales, los ingresos, las utilidades y el nivel de servicios son los que más influyen en el comportamiento medio de la sustentabilidad turística en esta unidad.

La unidad agrosistemas está compuesta por los cultivos de carácter permanente —frutales y pastos— y temporal —caña de azúcar, en proceso de sustitución, y cultivos varios. Es la que presenta el más bajo grado de sustentabilidad turística. En la actualidad, esta unidad tiene diferentes administradores y tenentes, por lo cual el proceso de gestión orientado hacia la actividad turística se torna difícil y complejo. Los agrosistemas de régimen permanente, principalmente los frutales, y el caso muy específico de los cultivos varios de propiedad privada, tienen una mejor sustentabilidad. La mayoría de los indicadores evaluados en esta unidad tiene valores bajos, y coincidencias con otras unidades en cuanto al estado geoecológico, la protección del sitio, la certificación ambiental de sus producciones, el diseño y la ambientación, y la identidad cultural.

En general, se evidencia una diferenciación que contrasta, tanto a nivel espacial como de ámbitos, entre los espacios con una marcada actividad turística, y los de apoyo y flujo de esta actividad. En unidades como los polos y la actividad extrahotelera se nota una marcada diferencia con la infraestructura de apoyo, principalmente en indicadores que deberían ser comunes entre estas unidades, como son el estado geoecológico, el diseño y la ambientación, la identidad cultural, el nivel de servicios, el estado ambiental y técnico de jardines y áreas verdes (degradación del suelo).

También sobresale la diferenciación desde el punto de vista estético-escénico con las unidades de agrosistemas, por donde atraviesan las principales vías hacia los polos, y la actividad extrahotelera. Esta diferenciación de la calidad de la imagen turística del

destino en distancias relativamente cortas y con fácil accesibilidad incide de forma negativa en el grado de sustentabilidad turística del destino. Por esta razón, se hace necesario trabajar en este sentido, para lograr polos turísticos sostenibles dentro de destinos sostenibles.

Con vistas a alcanzar una correcta y eficiente gestión turística bajo la sombrilla del desarrollo sostenible, es necesario sintetizar los resultados de la evaluación, en aras de establecer las líneas que se han de seguir con el accionar consecutivo y racional de la administración municipal, los decisores y gestores turísticos y la comunidad local. Estos lineamientos y acciones se dictan de forma general para todo el destino, y en algunos casos de forma específica para cada unidad de gestión turística, lo cual permite gestionarlas integralmente.

Conclusiones

A partir de los años 50 del siglo xx, el turismo —que hasta esos momentos constituía una actividad de poca importancia para la mayoría de los países— se convierte en una de las más dinámicas de la economía mundial, no solo por sus ritmos de crecimiento, sino porque involucra cada vez más a diferentes grupos sociales y se extiende a nuevos y más lejanos destinos buscando satisfacer la cambiante demanda surgida en los países desarrollados, principales consumidores del producto turístico.

El sector turístico es particularmente sensible en sus relaciones con el medio ambiente, ya que por un lado consume recursos naturales y, por el otro, necesita un entorno natural atractivo para su desarrollo. Desde este punto de vista, la conservación del medio ambiente ha dejado de ser un factor limitante del desarrollo para devenir un elemento clave de competitividad.

A pesar del amplio reconocimiento de la necesidad de encontrar estrategias para desarrollar un turismo sustentable y la amplia difusión de estos temas, parece existir un margen muy amplio de interpretaciones y perspectivas asociado con la viabilidad de la sustentabilidad. Entre estas pueden señalarse: ¿Cómo es posible evaluar las ganancias y pérdidas sociales,

económicas y ambientales del turismo? ¿Es la optimización del uso de los recursos compatible con la prosperidad económica?

El caso de estudio, presentado de forma resumida, permite visualizar las posibilidades de evaluar la sustentabilidad turística de un destino mediante el empleo de concepciones teórico-metodológicas ampliamente difundidas en Cuba y con el empleo de indicadores propuestos a nivel internacional y nacional, lo cual permitirá avanzar en la certificación ambiental de la actividad turística y promover cada vez más un turismo sustentable en lo ecológico, lo económico y lo socio-cultural.

Notas

1. Citado en François de Casabianca, «Desarrollo integrado y medio ambiente», en *Desarrollo local y medio ambiente en zonas desfavorecidas*, Monografías de la Secretaría de Estado para las Políticas del agua y el medio ambiente, MOPT, Madrid, 1992, pp. 45-55.
2. Raymond Dasmann, John P. Milton y Peter H. Freeman, *Ecological Principles for Economic Development*, John Wiley & Sons Ltd, Australia, 1979.
3. Comisión Mundial para el Desarrollo y el Medio Ambiente, *Nuestro futuro común*, Naciones Unidas, Nueva York, 1987.
4. Unión Mundial para la Naturaleza (UICN), Oficina Regional para Mesoamérica, San José de Costa Rica.
5. Robert Constanza, ed., *Ecological Economics: The Science and Management of Sustainability*, Columbia University Press, Nueva York, 1991.
6. José Mateo, «La sostenibilidad ambiental en el proceso de desarrollo en Cuba. Retos para el futuro», Seminario Iberoamericano Prospectiva sobre Medio Ambiente y Desarrollo, Instituto Politécnico Nacional, México, DF, 2000.
7. UICN, PNUMA y WWF, *Estrategia Mundial para la Conservación*, Gland, Suiza, 1980.
8. Véase Pablo Bifani, «El desafío ambiental como un reto a los valores de la sociedad contemporánea», Tesis de Maestría en Educación Ambiental, Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1995.
9. CNUMAD, Agenda 21, Río de Janeiro, 1992. Se han propuesto varias medidas para alcanzar la sustentabilidad, como son: análisis de costo-beneficio, capacidad de carga y rendimiento sostenible, pero se han rechazado por la dificultad de obtenerlas, así como lo inapropiadas que resultan para establecer límites o variables.
10. Véase Enrique Leff, «De quién es la Naturaleza. Sobre la apropiación social de los recursos naturales», *Gaceta Ecológica*, n. 37, INE/SEMARNAP, México, DF, 1995, pp. 58-64.
11. Véase Nicolo Gligo, *La dimensión ambiental en el desarrollo de América Latina*, CEPAL-ONU, Santiago de Chile, 2001; Manfred Max-Neef, *Desarrollo a escala humana: conceptos, aplicaciones y reflexiones*, Icaria, Barcelona, 1998.
12. Véase Erlet Cater, «Environmental Contradictions in Sustainable Tourism», *The Geographical Journal*, v. 161, n. 1, Glasgow, 1995, pp. 21-8.
13. Véase Mario C. Beni, «Política e estrategia do desenvolvimento regional: planejamento integrado e sustentável do turismo», *Turismo em Análise*, v. 10, n. 1, Sao Paulo, 1999, pp. 7-17; Francesc X. Carranza, «Turismo y desarrollo económico sostenible. Módulo 3. Los instrumentos de gestión territorial del turismo», Tesis de Maestría en Gestión turística para el desarrollo local y regional, Barcelona, 2000; Alberto Capacci, ed., *Turismo y sustentabilidad. Un acercamiento multidisciplinar por el análisis del movimiento y de las estrategias de planificación territorial*, Università degli Studi di Genova, Génova, 2002.
14. Véase Arthur Mathieson y Geoffrey Wall, *Turismo. Repercusiones económicas, físicas y sociales*, Trillas, México, DF, 1986; Richard W. Buttler, «Tourism, Environment and Sustainable Development», *Environmental Conservation*, v. 18, n. 3, Londres, 1991, pp. 201-9; Gordon J. Nelson et al., eds., *Tourism and Sustainable Development: Monitoring, Planning and Managing*, Dept. of Geography, Publications Series n. 37, University of Waterloo, 1993; Edward Inskip, *Tourism Planning. An Integrated and Sustainable Development Approach*, Van Nostrand Reinhold, Nueva York, 1991.
15. Las conferencias mundiales de Turismo de Manila (1980) y Acapulco (1982), la Conferencia Globe 90 celebrada en Vancouver Canadá (1990), el V Programa Comunitario de Política y Actuación en materia de Desarrollo Sostenible de la Unión Europea (1992), el comienzo de la publicación *Journal of Sustainable Tourism* (1993), la Conferencia Euromediterránea sobre Turismo y Desarrollo Sostenible (Hyères-Les Palmiers, Francia, 1993), el Informe sobre Turismo y Medio Ambiente en Europa (1995), la Agenda 21 para el sector de los viajes y el turismo (1995), la Carta Mundial de Turismo Sostenible aprobada en la Conferencia Mundial de Turismo Sostenible realizada en Lanzarote, Islas Canarias (1995), la Declaración de Berlín sobre Diversidad Biológica y Turismo Sostenible (1997), el Proyecto Municipio Turístico Sostenible, iniciado en 1997 en España como Proyecto municipio verde al cual ahora están incorporados 200 municipios turísticos de este país (Ministerio de Economía, 2004), el establecimiento de Green Globe Website preparado por la UNEP (1998), la Iniciativa Green Globe 21 (2003), y el establecimiento de la Blue Flag Campaign en 21 países europeos por la Foundation for Environmental Education in Europe (2000).
16. OMT, Carta de turismo sostenible, aprobada en la Conferencia Mundial sobre Turismo Sostenible realizada en Lanzarote, Islas Canarias, 1995.
17. Organización Mundial del Turismo, *Desarrollo Turístico Sostenible. Guía para planificadores locales*, Madrid, 1997.
18. Véase Xulio Pardellas de Blas y Carmen Padín, «Una propuesta de turismo sostenible para el municipio de Caldas de Reis (Pontevedra)», *Cuadernos de Turismo*, n. 13, Murcia, 2004, pp. 107-25.
19. Véase Alfonso Jiménez e Y. Hirabayashi, «De la teoría a la práctica en la sustentabilidad y la participación comunitaria: una propuesta metodológica», en A. Capacci, ed., *Paisaje, ordenamiento territorial y turismo sostenible*, Università degli Studi di Genova, Génova, 2003, pp. 81-97.
20. Véase Organización Mundial del Turismo, *Lo que todo gestor turístico debe saber. Guía práctica para el desarrollo y uso de indicadores de turismo sostenible*, Madrid, 1997 e *Indicators of Sustainable Development for Tourism Destinations. A Guidebook*, Madrid, 2004; Asociación de Estados del Caribe, «Declaración para el establecimiento de la zona de turismo sustentable del Caribe», Segunda Cumbre de Jefes de Estado y/o Gobierno de la Asociación de Estados del Caribe, Santo Domingo, 1999; CITMA y MINTUR, «Indicadores de sostenibilidad para el turismo en Cuba», Documento preliminar, La Habana, 2003;

Humberto Gallo et al., *Indicadores turísticos para o desenvolvimento sustentável aplicados pela OMT, avaliados pela tríade MATE*, Sao Paulo, 2002.

21. Véase «Creación de la Zona de turismo sostenible del Caribe», en la Conferencia de la Asociación de Estados del Caribe celebrada en Santo Domingo en 1999.

22. Véase Fernando Prats, dir., *Calviá Agenda Local 21. La sostenibilidad de un municipio turístico, Plan de Acción, Ajuntament de Calviá*, 1999; Eduardo Salinas, «Los centros integralmente planificados (CIP) en el contexto del turismo en México. Caso de estudio: Loreto, Baja California Sur», Tesis de Maestría, Barcelona, 2003 [inédito]; Eduardo Salinas et al., «Viñales: una Agenda local 21 para el desarrollo sostenible», Departamento de Medio Ambiente, Ordenación del Territorio y Vivienda, Gobierno de Navarra, España, 2003 [inédito]; Geoffrey Wall, «Sustainable Tourism in Tropical Islands» en Alberto Cappaci, ed., *Paisaje, ordenamiento territorial...*, pp. 197-205.

23. Alfonso Jiménez e Y. Hirabayashi, ob. cit.; Enrique Navarro, *¿Puede seguir creciendo la Costa del Sol? Indicadores de saturación de un destino turístico*, Colección Monografías, n. 23, Servicio de Publicaciones, Diputación Provincial de Málaga, 2003; Xulio Pardellas de Blas y Carmen Padin, ob. cit.; Luis Valdés, *Experiencias públicas y privadas en el desarrollo de un modelo turístico sostenible*, Fundación Universidad de Oviedo, Oviedo, 2003; UNEP, *Tourism and Local Agenda 21. The Role of Local Authorities in Sustainable Tourism*, UNEP-ICLEI, París, 2003.

24. Véase Eduardo Salinas y José Mateo, «La capacidad de carga de los paisajes: su análisis y evaluación para el turismo», *GEOSUL*, a. VIII, n. 16, Sao Paulo, 1993, pp. 7-29; Harry Coccossis et al., *Defining, Measuring and Evaluating Carrying Capacity in European Tourism Destinations*, University of the Aegean, Atenas, 2001.

25. Véase Eduardo Salinas, «Ordenación, planificación y gestión de los espacios turísticos: aspectos teórico-metodológicos», en Alberto Cappaci, ed., *Turismo y sustentabilidad...*, pp. 263-73.

26. Véase Eduardo Salinas y Lluís Mundet, «El turismo en Cuba. Un análisis geográfico», en *El turismo en Cuba*, Geographica Publicación no seriada, Zaragoza, 2000, pp. 53-66. Holguín se localiza al norte del oriente cubano, región de gran diversidad biológica y elevados valores naturales e histórico-culturales. Se le considera un territorio que deberá desempeñar un importante papel en el Programa Nacional de Desarrollo Turístico del país, y cuyo potencial se ha calculado en 25 000 habitaciones (Véase José Walker, «Diagnóstico ambiental para el turismo del sector costero desde playa Corinthia hasta la bahía de Sagua de Tánamo», Tesis de Maestría, Facultad de Geografía, Universidad de La Habana, 2000 [inédito]).

27. Véase Dirección Provincial de Planificación Física, «Esquema de desarrollo turístico litoral Atlántico norte de Holguín. Primera etapa Gibara-Boca de Samá», Holguín, 1989.

28. Base de las investigaciones del grupo de Geoecología, Paisajes y Turismo, de la Facultad de Geografía de la Universidad de La Habana, en los últimos veinte años. El ordenamiento geoecológico ha sido aplicado en diversos estudios en el ámbito nacional e internacional.

©  2005.

Turismo y desarrollo económico. Un acercamiento al caso cubano

Alfredo García Jiménez

Investigador. Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE).

No hace mucho tiempo, muy pocas naciones creían en las posibilidades que ofrecía el turismo como solución económica a muchos de sus problemas. En la actualidad, puede afirmarse que la gran mayoría de los países subdesarrollados estarían dispuestos a explotar al máximo sus recursos turísticos con el objetivo de alcanzar los efectos beneficiosos que prodiga la actividad en uno u otro continente. La existencia de una mayor presencia del turismo en los países en desarrollo es una realidad evidente desde los años 60. Desde entonces, ha adquirido una importancia creciente en sus planes de desarrollo.

Se ha planteado que el turismo constituye un resorte económico que posibilita el crecimiento de las débiles economías de los países subdesarrollados —y en especial del Caribe—, la mayoría de los cuales han sido monoprodutores de productos básicos, o hacedores de actividades manufactureras poco diversificadas y de muy limitados márgenes de crecimiento. Por lo general, han sido países altamente dependientes del exterior para asegurar el consumo de sus poblaciones, y con muy escasa participación en los mercados manufactureros. Además de generar divisas, el

desarrollo del sector es también una alternativa para la generación de empleo y como posible estrategia para equilibrar el nivel de desarrollo en los diferentes territorios de un país.

Como estrategia para promover el crecimiento económico, el turismo es un fenómeno relativamente nuevo, a pesar de ser cada vez más popular en algunas regiones. Quizás lo que mayor fortaleza le otorgue a este aspecto es el modelo español, una ruptura respecto a la estrategia de desarrollo económico tradicional, en la que el proceso de industrialización ha obtenido las divisas para su financiamiento fundamentalmente del sector turístico y no de los sectores primarios, como había sucedido en los países más desarrollados.

El análisis del proceso de crecimiento de una economía exige determinar las causas o factores más inmediatos, que explican el incremento de la producción y aquellos sectores o actividades económicas que más tributan a dicho crecimiento. Establecer la relación entre turismo y desarrollo implica tener presente que no solamente se analiza el papel del primero en el desarrollo económico, sino también el propio contenido de este último. En la actualidad, es indispensable considerar el

nuevo paradigma del desarrollo humano y sostenible y, por tanto, los impactos del turismo adquieren un carácter multidimensional, más allá de la estrechez de los cálculos de entrada de divisas.

Examinar el impacto del turismo en la economía cubana significa analizar esta actividad en su vertiente macroeconómica, y apuntar a instrumentales de análisis como la generación de empleos, tasas económicas en su relación con otras macro-magnitudes económicas, etcétera.

Desarrollo y crecimiento económico

Aunque «desarrollo» es un concepto con múltiples significados, la mayoría de los países lo conciben como un medidor del progreso económico. Como tales, la mayoría de los indicadores se centran en los cambios producidos en el Producto Interno Bruto (PIB), el Producto Nacional Bruto (PNB) y la renta per cápita.

Es importante distinguir entre desarrollo económico y crecimiento económico. Este último es una medición cuantitativa de los incrementos del PIB y/o PIB per cápita, una cifra comparativa, que no revela la distribución del PIB dentro del país; es, en suma, una medición estadística del cambio económico.

En contraposición, el desarrollo económico tiene una interpretación mucho más amplia, pues trata de analizar cómo se ha empleado el crecimiento económico para mejorar los niveles de vida y el bienestar general de los habitantes de un país. En la actualidad, este concepto se vincula al nuevo paradigma del desarrollo humano y sostenible.

A las economías en desarrollo se les ha dado diferentes nominaciones, por ejemplo, «países menos desarrollados», «en vías de desarrollo» o «del Tercer mundo». Aunque este último es el más utilizado, la realidad es que cualquiera de estas nominaciones describe un conjunto de países que, con independencia de su tamaño y posición geográfica, enfrentan el reto del desarrollo desde diferentes niveles económicos.

Sin embargo, a estos países les es inherente la alta dependencia a productos agrícolas para mantener sus economías, sujetas a la fluctuación de los precios de exportación, determinados por el mercado; requieren de un gran volumen de importaciones procedentes de los países industrializados; los caracterizan una débil infraestructura, sectores de producción no desarrollados, altos niveles de desempleo, escasez de capital y altas tasas de crecimiento poblacional y de mortalidad.

La identificación de estos rasgos comunes lleva a un análisis más profundo de sus repercusiones. En primer lugar, debido a los bajos niveles de desarrollo y

a la necesidad de desarrollarse, la mayoría de los países del Tercer mundo presentan severos déficits en sus respectivas balanzas de pagos: importan más de lo que pueden cubrir con sus ingresos por las exportaciones. Este desfase los lleva a depreciar el valor de sus monedas y/o a depender de las ayudas o préstamos de otros países. Además, con la finalidad de superar la falta de capital, se han endeudado sustancialmente con el extranjero, lo que implica utilizar una elevada proporción de sus ingresos por exportaciones para el pago de la deuda, y que estos no puedan invertirse en el desarrollo socioeconómico.

Estas situaciones han llevado a que muchos de los países en vías de desarrollo reconozcan en el turismo la vía que les puede proporcionar una fuente alternativa de ingresos en divisas para cubrir la deuda existente y facilitar nuevas inversiones.

Las divisas son un requisito para comprar bienes de desarrollo, experiencia y otras capacidades que forman parte del proceso de crecimiento económico. La mayoría de estos países tienen monedas débiles y a menudo no convertibles. Los ingresos por turismo ofrecen una oportunidad para reducir estas limitaciones.

En segundo lugar, la mayoría de los países en vías de desarrollo se caracteriza por un rápido crecimiento poblacional y por una población muy joven. Estas presiones demográficas no solo tienen consecuencias económicas, sino también políticas sobre los gobiernos, obligados a encontrar vías de empleo para absorber el creciente número de habitantes.

Con este panorama económico, la mayoría de los países en desarrollo han visto en el turismo una forma de ayuda a sus esfuerzos para el progreso. Robert Erbes apuntaba: «Todo parece sugerir que los países en vías de desarrollo miran hacia el turismo como el maná del cielo que puede brindar una solución a todas sus dificultades de deuda con el extranjero».¹

De esta afirmación surgen dos interrogantes. Primera, ¿por qué se tiene tanta consideración al turismo? Y segunda, ¿cuál es el papel del turismo en el desarrollo económico?

En la respuesta a la primera pregunta, cabe analizar las siguientes razones:²

- El turismo ha sido, históricamente, un sector de crecimiento. En los años de la posguerra (e inequívocamente de 1950 en adelante), ha constituido una actividad internacional muy dinámica, con un crecimiento de 6,4% anual, de 1950 a 2003. Aunque las tendencias de crecimiento se vieron afectadas por las crisis económicas³ y financieras, y más recientemente por los ataques terroristas⁴ y los hechos bélicos desencadenados, el turismo ha logrado recuperarse. Es necesario buscar las razones del crecimiento turístico en los componentes

- económicos y sociales favorables a la demanda. Por ello, para los países subdesarrollados, el turismo ofrece una perspectiva de crecimiento al que no pueden llegar con ninguna de las otras exportaciones.
- Los principales países emisores de turistas en el mundo son los desarrollados, que cuentan con una divisa dura necesitada por los países receptores subdesarrollados para el comercio internacional y la compra de bienes, experiencias y tecnologías para el desarrollo.
 - Como actividad exportadora, el turismo tiene ventajas sobre el resto de las formas de exportación: no se enfrenta a barreras arancelarias y de cuota. Casi ningún país desarrollado establece barreras respecto a los lugares a los que viajan sus ciudadanos, ni a la cantidad de dinero que pueden llevar consigo.⁵
 - El turismo tiende a ser una actividad generadora de empleo, no solo por la vía directa, sino también por la indirecta. La creación de empleos es una de las necesidades más importantes desde el punto de vista económico y político en el mundo en desarrollo; los gobiernos ven en la actividad turística una oportunidad de crearlos.
 - Muchos países en vías de desarrollo están situados geográficamente en zonas tropicales o semitropicales, y pueden ser atractivos a los turistas debido a su infraestructura natural: clima, playas, paisajes, entre otros. El uso de esta ventaja natural supone a menudo unos costos iniciales bajos, que se incrementan en la medida en que lo hace el número de turistas.
 - Existen factores que favorecen el turismo de larga distancia. Los avances en el transporte aéreo han sido de gran importancia, porque muchos de los países del Tercer mundo se encuentran situados a gran distancia de los principales generadores. La aparición de aviones nuevos y de mayor tamaño ha hecho posible que se puedan recorrer largas distancias cómodamente y en menor tiempo, a la vez que se ha reducido el costo del billete aéreo. Estas tendencias se mantienen. Parece que los países en desarrollo pueden esperar con optimismo un crecimiento de la demanda internacional.

No obstante, es también necesario examinar las desventajas que supone la introducción de esta actividad en el entorno económico de los países receptores. Aunque el turismo ha sido, desde el punto de vista histórico, una actividad dinámica a nivel global, esto no es aplicable a todos los países, ni a todas las regiones. África ha sido, tradicionalmente, un receptor bajo de turismo, al tener una cuota de 4,5% en 2003.

Otro aspecto de singular importancia se refiere a los ingresos que genera la actividad. Si bien el desarrollo turístico trae aparejado un movimiento importante de

Turismo y desarrollo económico. Una acercamiento al caso cubano divisas, no es menos cierto que una proporción relevante de estos ingresos se escapa del país para hacer frente a las importaciones para el propio sector turístico. Según el Informe Económico de la Organización Mundial del Turismo (OMT),⁶ las economías de las islas tropicales presentan un nivel de pérdida de sus ingresos que oscila entre 50-70%.

El turismo se encuentra entre las actividades internacionales más competitivas y, por tanto, la relevancia del precio, la calidad distintiva y la seguridad personal, entre otras, devienen determinantes en las ventajas comparativas de ciertos países.

Desde el punto de vista ambiental, si bien la infraestructura natural ayuda al fomento del desarrollo turístico, existen muchos ejemplos que demuestran que el uso no racional de las playas, bosques y otras áreas ha provocado graves problemas en el entorno y la sociedad.

Debe existir un equilibrio entre las ventajas y desventajas procedentes del turismo, determinado por un estudio muy cuidadoso de las políticas, y su implementación mediante la planificación de la gestión turística. Sin embargo, la demanda del turismo internacional no siempre responde a las expectativas de cualquier país receptor. Aunque exista una minuciosa planificación del desarrollo, hay elementos externos incontrolables por ella. Este aspecto ha llevado a algunos analistas a observar que el turismo es una actividad volátil, y que la ocurrencia de cualquier acontecimiento político, natural, o de otra índole puede perjudicar a los países receptores, si esta actividad no está lo suficientemente preparada para asumir el reto.

Las teorías sobre turismo y desarrollo

Desde el punto de vista teórico, el interés por el turismo como motor del desarrollo ha ido creciendo con su expansión por los países en desarrollo y sus controvertidos resultados. El foco se ha centrado en sus consecuencias para las economías locales, los impactos medioambientales y las transformaciones socioculturales. El turismo internacional implica una creciente integración de los países receptores en la dinámica económica internacional, así como un incremento de los consumos de recursos locales y la convivencia, en muchos casos, con formas culturales y niveles de vida muy diferentes.

Ha habido, por lo tanto, abundantes contribuciones en la literatura especializada sobre los efectos positivos y negativos del turismo en los campos de la economía, la ecología, la sociología y la antropología. En la mayoría de los casos, este balance carece de una visión global que considere la complejidad del objeto de estudio.

Desde la perspectiva económica (o de los efectos económicos), el momento de mayor peso en el debate se produjo entre los años 70 y los 80. Como explican Opperman, Harrison, Shapley y, especialmente, Brohman,⁷ el debate giró en torno a la posibilidad de considerar el turismo un sector capaz de contribuir al desarrollo económico, y enfrentó opiniones encontradas: por un lado, aquellas que lo consideraban la solución al subdesarrollo debido a su capacidad de contribuir a la modernización de sus economías; por otro, las que lo enfocaban como un sector que acentúa los problemas del subdesarrollo característicos de unas economías periféricas altamente dependientes de los países del centro del sistema capitalista mundial. Entre los primeros, autores como Butler, Thurot, Miossec, Grosman, Slenke y Stewing, Cohen, Plog, entre otros,⁸ parten de los argumentos de algunas de las principales teorías del desarrollo económico y del comercio internacional. De la teoría de la modernización en la economía del desarrollo, retoman los argumentos que los llevan a afirmar que el turismo internacional permitirá superar las limitaciones internas que obstaculizan el proceso de desarrollo. Partiendo de las aportaciones de las teorías del comercio internacional clásicas y neoclásicas exponen las ventajas comparativas que estos países tienen en el desenvolvimiento de una actividad basada en la abundancia de recursos naturales y mano de obra barata. Arguyen que la especialización de estos países en el sector turístico les permitirá aprovechar al máximo los beneficios de un comercio internacional liberalizado.

En el mismo sentido, muchos de estos autores parten de las aportaciones de las teorías neoliberales de la economía del desarrollo, según las cuales la garantía de éxito como destino turístico y la maximización de los impactos económicos estarían condicionadas por un desarrollo no intervencionista. De hecho, estos han sido los principales argumentos teóricos en los que se han apoyado las estrategias de desarrollo de algunos resorts turísticos en el mundo.

Ante los resultados de los modelos de enclaves turísticos, surge un conjunto de posturas de la mano de autores como Britton, de Kart, Nash, Arnold, Jekins, Byrden, Lundgren, Tuner, Wilson, o Crick, entre otros.⁹ Se caracterizan por sus fuertes críticas respecto al potencial turístico como vehículo del desarrollo. Parten de la teoría de la dependencia: el turismo reproduce y acentúa las relaciones desiguales entre el centro y la periferia; su objetivo es demostrar la dependencia que puede llegar a generar la aplicación de determinados modelos turísticos. El turismo internacional no hace sino reproducir la estructura socioeconómica de los países en desarrollo, donde existen enclaves orientados a la exportación y controlados por el capital extranjero. Afirman que precisamente la orientación internacional del sector

imposibilita que pueda contribuir al crecimiento económico y a un desarrollo capitalista no dependiente.

El debate sobre el papel del turismo en el desarrollo continúa vivo, pero a pesar de ello los aportes recientes, desde la perspectiva de la economía política, son una minoría.¹⁰ La mayoría de las contribuciones siguen centrándose en valoraciones de lo «positivo» y lo «negativo» del desarrollo turístico.

El incremento de nuevos destinos y de nuevas formas de turismo en los países en desarrollo, así como la creciente preocupación por los desequilibrios medioambientales, han llevado a un mayor interés por sus impactos sobre el medio ambiente y el papel de los modelos de desarrollo turístico alternativos en el Tercer mundo. Pero, como indica Sharpley, en muchos casos, más que analizar el papel del turismo en el desarrollo sostenible, los estudios se concentran en la sostenibilidad ecológica del modelo en sí mismo, sin considerar el contexto en el que se desenvuelve, es decir, la estructura internacional del sector y los cambios en la economía global.¹¹ En efecto, es fundamental no soslayar los cambios ocurridos en el sector a raíz del proceso de globalización por el que atraviesa el capitalismo mundial.

Condicionantes internas y externas

El análisis de la relación entre turismo y desarrollo debe contemplar las interconexiones coyunturales y estructurales entre el turismo y sus vínculos con las mejorías económicas, sociales y medioambientales, lo cual supone atender tanto a las características propias de cada país como al papel de los agentes en el desarrollo turístico: desde empresas —nacionales e internacionales— a Estados y organismos internacionales.

Cabe estructurar estos aspectos en dos grandes bloques temáticos del binomio turismo-desarrollo: las condicionantes internas, o las características específicas de cada destino turístico, y las que se han llamado condicionantes externas entre las cuales adquiere una importancia creciente la estructura global del sector turístico, en un contexto también global de la economía mundial.

A pesar de que en la mayoría de los países subdesarrollados que buscan en el turismo una alternativa al desarrollo existe un conjunto de elementos comunes, tipificados por la existencia de pobreza, bajos niveles de formación y educación, escasez de reservas de divisas, pocos recursos, y dependencia económica —fruto de la herencia colonial y la particular introducción del capitalismo—, no hay que olvidar la diversidad de condiciones naturales, climatológicas, económicas, sociales y culturales que los caracterizan.

El análisis de la relación entre turismo y desarrollo debe contemplar las interconexiones coyunturales y estructurales entre el turismo y sus vínculos con las mejorías económicas, sociales y medioambientales, lo cual supone atender tanto a las características propias de cada país como al papel de los agentes en el desarrollo turístico.

El tipo de desarrollo turístico, las implicaciones de los agentes nacionales, la capacidad de negociar contratos más equitativos con empresas extranjeras, la dependencia de los recursos externos y las consecuencias del desarrollo turístico dependerán, también, de las características internas del país. Los principales elementos o condiciones internas que tener en cuenta son:¹²

- Condiciones naturales y culturales. Son las características específicas de los potenciales atractivos turísticos, que conllevan diferentes tipos de desarrollo turístico: turismo de sol y playa, cultural, de aventuras...
- Condiciones de localización. La menor o mayor accesibilidad de los destinos al mercado determinará la posibilidad local de comercializar el producto, y la dependencia (mayor o menor) del arribo de turistas organizados por los turoperadores extranjeros y trasladados por compañías aéreas. No es lo mismo el turismo en México, donde el principal mercado es fronterizo (los Estados Unidos) que en Kenya, cuyo mercado es el europeo, situado a miles de kilómetros de distancia, dependiente del transporte aéreo.
- Condiciones socioeconómicas de los destinos o nivel de desarrollo socioeconómico. Según se ha apuntado, uno de los factores coadyuvantes del proceso de desarrollo turístico, son las condiciones económicas del país. Una de las exigencias para el incremento turístico es la existencia de una infraestructura mínima, no solo turística, sino general —redes de comunicación internas, oferta de servicios básicos como sanidad, correos, etc. Las capacidades de generar ahorro e inversión interna pueden ser una forma de producir un desarrollo turístico menos dependiente de las inversiones extranjeras. Existen otros factores que, sin decidir las posibilidades de desarrollo del sector, sí condicionan que este se traduzca en desarrollo: la articulación interna de la economía es una garantía para que los inputs necesarios para generar el producto turístico provengan de la oferta nacional y, por lo tanto, se pueda maximizar el potencial efecto multiplicador del sector; por otro lado, las especificidades del mercado de trabajo y la calificación de la mano de obra también desempeñan un papel importante

El análisis del papel del turismo en el desarrollo del Tercer mundo, no puede obviar los cambios que ha sufrido el sector desde su expansión a partir de la Segunda guerra mundial y las características actuales, en el contexto del proceso de globalización. No es lo mismo la expansión turística en la España de los años 50 y los 60 que en la actualidad. En la estructura y la organización internacional del sector se han producido cambios muy significativos.

Para conseguir desarrollar un turismo de tipo endógeno, no dependiente y sostenible, hay que considerar el contexto del sistema de producción turístico global que, al margen de ser fragmentado y compuesto por una multitud de pequeños negocios, cada vez más está siendo dominado por las grandes empresas transnacionales. Hay que tener en cuenta, sobre todo, el poder de los grandes turoperadores, tanto para controlar los flujos turísticos, influir en actitudes, expectativas y comportamiento, como para ejercer influencia sobre la misma naturaleza de los servicios turísticos.¹³

Por esta razón, se requiere un análisis sobre el papel de las empresas transnacionales como principales agentes activos (con el apoyo del Estado) en el proceso de la articulación entre estas y las empresas locales, lo cual exige conocer en profundidad su organización y articulación con los agentes de los destinos (empresas filiales e independientes) y los Estados. En definitiva, conocer la estructura intraindustrial-interempresarial del sector.

¿Existe un tipo de turismo óptimo?

Al plantearnos la cuestión del turismo en las economías periféricas, a partir de los principales aportes en la literatura y el análisis de algunos de los cambios más importantes que se están produciendo en el sector, surge un conjunto de interrogantes, cuya formulación puede contribuir a destacar la necesidad de incorporar algunos aspectos, y profundizar en otros, a la hora de caracterizar el «nuevo» turismo y su relación con el «nuevo» desarrollo.

Existen varias tipologías de modelos turísticos. Las actividades turísticas se pueden clasificar, por ejemplo, por el tipo de producto —turismo de negocios, de sol

y playa, verde, ecoturismo, rural, etc.—, o por la escala sociológica —de masas, alternativo... Una primera cuestión es si existe un tipo de turismo que maximice la capacidad del sector para contribuir al desarrollo.

Existe una tendencia a considerar los modelos de turismo alternativo —entendido como turismo de masas y, sobre todo, los modelos englobados dentro de la etiqueta «ecoturismo» o de «turismo sostenible»— como los que mejor reúnen las características para generar un desarrollo económico, social y medioambiental sostenible, que se destacan por sus efectos positivos hacia el bienestar de las comunidades locales, sin degradar los recursos naturales en los que se sustenta la misma actividad turística.

Sin embargo, tras las etiquetas de «ecoturismo» o «turismo sostenible» se encuentran realidades muy diferentes. Autores como Sindinga exponen que en países como Kenya —actualmente uno de los principales destinos del ecoturismo mundial—, la mayor parte de las empresas están en manos de las grandes transnacionales que no han modificado la estructura y la organización del modelo turístico en ese país y no han posibilitado beneficios económicos a su población.¹⁴ Ejemplos similares se encuentran en otros destinos ecoturísticos como Costa Rica, sobre los que diversos autores destacan la presencia de grandes transnacionales, concentración espacial del turismo en forma de megaproyectos, escasos beneficios para las comunidades rurales cercanas y múltiples ejemplos de degradación ambiental y escasa conservación de los parques naturales.¹⁵

Cabe preguntarse entonces hasta qué punto estos modelos turísticos llamados «alternativos» pueden llegar a reproducir, también, las diferentes formas de dependencia respecto al centro.

Potencial del turismo para contribuir al desarrollo

La periferia del sistema mundial está compuesta por un conjunto bien heterogéneo de países. Las diferencias entre ellos son grandes, no solo en términos de disponibilidad de recursos naturales y atractivos turísticos, sino también en el grado de desarrollo de sus economías. Ahora bien, ¿se puede considerar que hay un grado de desarrollo a partir del cual el turismo sea rentable, o a partir del cual la industria turística no cree graves distorsiones en economías vulnerables y débiles? ¿Se puede imaginar una propiedad local de turismo en un contexto económico dependiente y débil, sin los medios nacionales adecuados para el financiamiento del turismo? ¿Es posible el desarrollo local, no dependiente, de un turismo internacional a

gran escala, teniendo en cuenta el fuerte crecimiento de las empresas transnacionales en un mundo globalizado, su mayor competitividad y el mayor control de los mercados? Autores como Cazés afirman que cuanto más desarrollado está el país y mayores son las industrias de base con las que cuenta, más oportunidad tiene para que el turismo tenga el potencial suficiente para ser favorable a la economía y a la sociedad en su conjunto. Siguiendo esta lógica, el argumento de este autor es el siguiente: «el turismo no siempre aporta desarrollo económico, pero en cambio a menor nivel de desarrollo económico de un país mayor es la posibilidad de que el turismo pueda convertirse en un negocio nacionalmente peligroso».¹⁶

Impacto real del turismo en la economía

Determinar el impacto real, en términos de divisas, es un problema evidentemente empírico, pero también dependerá del indicador utilizado para calcularlo. En la mayoría de los estudios, se considera la partida de «turismo y viajes» de la Balanza por Cuenta Corriente. Pero lo relevante es llegar a evaluar el contenido de importaciones turísticas, es decir, el porcentaje del total de entradas monetarias no retenido en el destino, sino que retorna hacia el extranjero en forma de pago de diferentes factores (fugas). En el total de entradas generadas por el turismo internacional, hay una parte más o menos importante (dependiendo de muchos factores) que retorna al país de origen, como consecuencia, entre otras razones, de las importaciones de bienes y servicios que sirven para satisfacer las mismas necesidades y exigencias del turista.¹⁷

Algunos autores consideran el contenido de importaciones turísticas como uno de los indicadores básicos de la dependencia respecto a los mercados turísticos del centro. Se entiende que hay varios factores que pueden llegar a influir, en mayor o menor grado, en este indicador; entre otros, el modelo turístico, el nivel de desarrollo económico del país y la especialización económica en la producción turística.

¿No hay, por lo tanto, una contradicción entre la voluntad de reducir las importaciones y la introducción de una nueva economía en el mercado turístico internacional, si esta implica una política de atracción de las empresas transnacionales más importantes? ¿Es compatible el desarrollo «nacional» turístico con la extraversión que, necesariamente, comporta la presencia de las transnacionales que, indiscutiblemente, refuerzan las entradas de capital extranjero, las transferencias de salarios, las importaciones de mercancías, las repatriaciones de beneficios?

Estas y muchas otras interrogantes surgen de la pregunta inicial sobre el potencial turístico para contribuir al desarrollo de unas economías caracterizadas por la dependencia estructural respecto del centro del sistema y ante los cambios que provoca el capitalismo global actual. Probablemente, la mejor vía sea la de lograr que una economía periférica pueda mantener las palancas principales del sector: capacidad de producción interna, tipo óptimo de frecuentación y equipamientos, bajo grado de dependencia respecto a las grandes transnacionales del transporte, la producción de viajes y alojamientos, y elevado grado de conservación de los recursos naturales. En cualquier caso, la búsqueda de respuestas a las anteriores interrogantes puede servir para diseñar las coordenadas en las que situar el análisis de la «nueva» articulación entre turismo y desarrollo.

La investigación sobre turismo

El estudio y análisis de los impactos generales del turismo han cobrado, durante los últimos años, una especial importancia motivada por el crecimiento mundial experimentado por esta actividad y por el inicio de la toma de conciencia de los agentes que promueven su desarrollo acerca del verdadero papel que tiene este en las economías nacionales. Existe un importante debate sobre la naturaleza y alcance que puede tener el impacto de la actividad turística en las sociedades y localidades receptoras. El turismo no es considerado solamente beneficioso, también se le atribuyen costos sociales y ambientales.

Analizar sus impactos implica examinar el lugar que ocupa en las economías y las sociedades nacionales, aislar y evaluar los factores cuantitativos y cualitativos que son el fundamento del turismo, identificar los principales elementos que puedan estimular u obstaculizar su desarrollo en el porvenir y examinar los resultados de la actividad turística mediante comparaciones con otros sectores de la economía.

La evaluación de las repercusiones del turismo es una tarea compleja. Hasta hoy, no existe ningún instrumento específico integrador de análisis que permita obtener resultados globales. El tratamiento del turismo, en tanto bien intangible, exige, además de una metodología y nuevas fuentes de información, un enfoque integral del fenómeno desde el punto de vista económico, social y ambiental. Esto es lo que caracteriza la multidisciplinariedad del análisis del turismo.

Las repercusiones del turismo sobre un país han de valorarse en un contexto bastante amplio. De otra manera, podría inferirse que su incidencia se reduce solo a la provisión de divisas que produce la demanda

Turismo y desarrollo económico. Una acercamiento al caso cubano extranjera que se recibe. El turismo es una actividad económica y social que se ve influida, desde un enfoque estrictamente económico, por una serie de factores como el crecimiento económico, los movimientos en la distribución de la renta y otros de carácter coyuntural.

Por su naturaleza social, puede verse profundamente afectado o favorecido por manifestaciones y actitudes sociales que hacen que, con frecuencia, los turistas cambien sus comportamientos, motivaciones y actitudes hacia el país receptor. Desde el punto de vista ambiental, existe en la actualidad una preocupación cada vez más creciente sobre las formas implementadas para el desarrollo del turismo y su impacto sobre el medio ambiente. Al estar esta actividad sometida a constantes cambios y rápidos crecimientos, el seguimiento de sus impactos es un proceso continuo, por lo cual se requiere, independientemente de la escala del desarrollo turístico, de una buena gestión para minimizar sus consecuencias negativas.

Cuba: turismo y desarrollo económico

El fenómeno turístico en Cuba constituye una actividad económica de considerable importancia, tanto por el papel que desempeña en la economía nacional como por las posibilidades que ofrece o puede ofrecer en el futuro desarrollo económico y socio-cultural. Aquí, la industria turística presenta beneficios, costos y riesgos importantes de tener en cuenta para obtener una evaluación integral de su incidencia en la economía. A principios de los años 90, Cuba decide desarrollar la actividad turística con el objetivo de obtener divisas frescas para oxigenar la economía y contribuir a la recuperación económica y a la reanimación de las industrias y servicios estrechamente vinculados con el turismo.

Es obvio que este ha desempeñado un importante papel en el proceso de recuperación económica. No se trata solo de una actividad que ha proporcionado divisas y empleos. Durante los 90, ha sido el único sector de la economía que ha reunido las tres condiciones simultáneas que lo califican como líder: a) existencia de una demanda potencial, todavía insuficientemente aprovechada; b) escala relativamente grande de la actividad y existencia de vínculos intersectoriales que permiten la difusión del crecimiento del sector al resto de la economía; y c) una tasa de crecimiento mayor que el promedio general de la economía nacional. Se trata de conocer el impacto del desarrollo turístico en el crecimiento económico en Cuba, analizar la relación entre turismo y desarrollo, que debe contemplar las interconexiones coyunturales y estructurales entre el incremento del turismo y sus vínculos con las mejoras económicas, sociales y medioambientales.

El turismo ha pasado a desempeñar un papel principal en el proceso de recuperación de la economía cubana; los indicadores macroeconómicos así lo avalan.

La investigación de la actividad turística en la economía cubana tiene un gran interés, porque explica la importancia y funciones de una industria que aporta aproximadamente 50% de las divisas que genera el país, y porque resulta poco probable que en los próximos años algún otro sector de la economía cubana sea capaz de desplazarla del liderazgo que hoy ostenta, y menos aún de asumir su dinámica multiplicadora.

El principal objetivo de cualquier país en busca de un enfoque planificado para el desarrollo de su sector turístico es económico: por ejemplo, inicialmente ganar divisas extranjeras, generar ingresos al Estado, crear empleos y brindar oportunidades de inversión y negocios que contribuyan al equilibrio financiero nacional. Existen además otras razones de tipo económico que preocupan a los Estados. Robert Lanquar señala: «Al lado del aporte de divisas, la preocupación de los Estados es el saber cuál es el lugar ocupado por el turismo en el desarrollo económico y su contribución a este y, en particular, las razones por las cuales no son obtenidos resultados favorables en todos los casos en que se abre un país al turismo internacional».¹⁸

En Cuba, al priorizar la actividad turística desde inicios de los años 90, esta ha tenido una influencia económica positiva, tanto en el orden externo como en el interno. La actividad turística se manifiesta, fundamentalmente, desde el enfoque de la demanda extranjera: aporta divisas, promueve exportaciones de bienes y genera ciertas importaciones.

Los efectos del turismo en lo interno son diversos y de repercusión muy variada. De manera muy general, y por su importancia, deben citarse el papel que desempeña en la formación de la renta del país. Reanima sectores y ramas productivas deprimidas, incide en la introducción de nuevas tecnologías y métodos de dirección, crea puestos de trabajo, impulsa desarrollos regionales, genera rentas fiscales y ejerce su influencia en la promoción de inversiones.

Conocer la medida del impacto económico del turismo en Cuba es analizar el papel que ha desempeñado en los últimos quince años. En el área macroeconómica, los ingresos derivados de la actividad turística superaron la dinámica del crecimiento del PIB, el comercio de mercancías y servicios, por lo que se clasifica como el sector más dinámico de la economía cubana.

Una medida ampliamente utilizada en el ámbito internacional para medir la significación de la actividad turística en las economías nacionales es su aporte a la formación del PIB. En términos estrictamente económicos, su impacto en el PIB se obtiene a través de las tablas input-output de la economía turística y/o por la Cuenta Satélite del Turismo (CST). Para confeccionar estas magnitudes de análisis económico se necesita un gran volumen de información y, además, asumir un costo de elaboración muy alto. Cuba es uno de los países de América Latina y el Caribe que ha realizado ese gran esfuerzo para la construcción de su CST en el año 1997. No obstante las insuficiencias en materia de alcance de medición del turismo nacional, constituye una valiosa fuente de información y análisis sobre las macromagnitudes turísticas. Según algunos estimados realizados por especialistas utilizando métodos indirectos valederos en el ámbito internacional, el aporte de la actividad turística al PIB del país oscila alrededor de 7%.¹⁹

Como es lógico, el PIB se mide en la unidad monetaria del país. En el caso cubano, es el peso; el turismo aporta, fundamentalmente, divisas que se valoran sobre la tasa de cambio oficial establecida, lo cual origina una subvaloración del real aporte de la actividad turística dentro del contexto económico nacional. Más que el efecto de apoyo del turismo a la formación del PIB, su real incidencia se manifiesta mejor valorando su aporte en términos de medios de pago internacionales que contribuyen sensiblemente, en una economía pequeña y de gran apertura, a remontar la crisis económica.

Turismo y economía exterior

En la primera mitad de la década de los años 90 (1994), el turismo se convirtió en el área más dinámica de la economía y la principal fuente de ingresos en divisas del país, sustituyendo a la industria azucarera, fuertemente deprimida por la caída de sus precios y la imposibilidad de satisfacer todos sus requerimientos técnicos y de insumos. Internacionalmente, para definir la dependencia económica de los países pequeños respecto al turismo, se utiliza la relación entre los ingresos turísticos y las exportaciones de bienes.²⁰ Para Cuba, la dependencia económica, examinada por esta relación,

mantiene una tendencia creciente y comienza a ser significativa a partir de 1993. Solo a partir del año 2000 se produce un punto de inflexión en el crecimiento del índice, motivado por el decrecimiento de los ingresos por turismo en los años 2000 y 2001, mientras que las exportaciones de bienes, aunque también decrecen, lo hacen en una tasa inferior. En 2003, se observa de nuevo una caída del índice, porque las exportaciones de bienes crecen a una tasa superior a la de los ingresos por turismo. Este índice de dependencia económica del turismo se produce en un momento en que los principales sectores económicos cubanos productores de bienes para la exportación, atraviesan por dificultades para crecer en sus volúmenes productivos y exportables.

El índice de dependencia económica del turismo continuará siendo significativo si se mantiene la tendencia a la baja experimentada por los principales productos de exportación y, paralelamente, el incremento sostenido de los ingresos turísticos. Según las definiciones establecidas por la OMT,²¹ a partir de 1999 Cuba pasa a integrar el grupo de países en los que los ingresos turísticos son superiores al total de las exportaciones de bienes. Según la propia organización, en el año 1995, de 127 países estudiados, solo 9% integraba este grupo.

Si el análisis de la dependencia económica del turismo se realiza teniendo en cuenta, además, la exportación de servicios, en 2003 este índice se reduciría hasta 48,7%. No obstante, los ingresos turísticos explican casi la mitad de los que obtiene el país por el comercio de bienes y servicios.

La evolución de este indicador reafirma el papel fundamental de la actividad turística en el proceso de recuperación económica del país durante el período 1990-2003. Se conoce la alta volatilidad o incertidumbre de la actividad turística ante la ocurrencia de hechos económicos, sociales y políticos. Por esta razón, para la economía cubana, mantener un índice de dependencia económica tan elevado implica un incremento de su vulnerabilidad económica. Para contrarrestar este riesgo, resulta necesario incrementar las exportaciones de bienes y servicios, no solo de los sectores tradicionales, sino también de los no tradicionales.

Ante la inexistencia, en Cuba, de una balanza de pagos turísticos que permita examinar directamente el efecto del turismo sobre la economía exterior, se razonará a través de diferentes relaciones o índices: ¿qué ha significado, año tras año, la entrada de visitantes extranjeros y los ingresos que han representado frente a otros renglones de la balanza de pagos? En primera instancia, se analiza cuál ha sido el papel del turismo en la financiación de las importaciones cubanas.²² Cuando la actividad turística se intensifica y proporciona

Turismo y desarrollo económico. Una acercamiento al caso cubano suficientes divisas para financiar ciertas importaciones, está impulsando el desarrollo económico. Aunque las importaciones cubanas han sufrido un agudo descenso —del orden de 39%— durante el período 1990-2003, los ingresos provenientes del turismo posibilitaron cubrir una parte significativa de las importaciones comerciales esenciales, fundamentalmente combustible y alimentos. A partir de 1994, cuando el turismo se convierte en la principal fuente de divisas, los niveles de las importaciones muestran una tendencia ascendente hasta el año 2001, y en los dos años siguientes fueron inferiores al crecimiento de los ingresos turísticos.

Un índice de cobertura tan significativo apreciado a partir de 1993, se explica desde ese año porque los ingresos turísticos comienzan a tomar valores significativos, y también porque el crecimiento experimentado por las importaciones, en la mayoría de los años, fue inferior al de los ingresos turísticos. La intensificación del desarrollo turístico ha proporcionado una cantidad importante de divisas que podría haber posibilitado la financiación durante el período 1990-2003 de 29% del total de las importaciones.

Resulta de mucha utilidad la complementación del estudio con el análisis de la actividad turística como financiadora del déficit comercial, determinando cómo los ingresos por turismo extranjero han ayudado a reducir la insuficiencia de medios de pagos originados por la debilidad experimentada por las exportaciones de mercancías.

El déficit comercial de bienes en la economía cubana fue cubierto, en gran medida, por los ingresos provenientes del turismo. Esta cobertura presenta una tendencia ascendente hasta el año 1994, resultado de las fuertes restricciones a las importaciones que se impusieron en la primera etapa de la crisis económica de los años 90. A partir de 1994, fecha en que comienzan a crecer las exportaciones, y por consiguiente la capacidad de compra del país, se obtiene una cobertura inferior, aunque todavía significativa. Durante el período 1990-2003, los ingresos por turismo cubrieron aproximadamente 64% del déficit comercial de la balanza cubana de bienes. El desarrollo turístico nacional ha constituido la cobertura más importante del déficit comercial de bienes, pues presenta la ventaja adicional de ser una demanda internacional que aporta divisas desde la primera etapa de su lanzamiento, en espera de que el desarrollo industrial —que necesita de un período de recuperación—, pueda aumentar su participación en las exportaciones.

Uno de los aspectos a los que más importancia les conceden los países receptores es la influencia o aportes de esta actividad a los saldos de la balanza de pagos. Se intenta explicar en el tiempo cómo ha ido

contribuyendo la actividad turística a la provisión de las divisas necesarias para la economía.

Para Cuba, solo se dispone de una serie estadística de la balanza de pagos a partir de 1993, cuando se produce un primer intento de compilarla sobre la base de una nueva metodología que se nutre de diferentes fuentes y sigue, en lo posible, las recomendaciones de la quinta versión del Manual de Balanza de Pagos del Fondo Monetario Internacional (FMI), en cuanto a contenido y presentación de los indicadores.²³

En Cuba, el aporte de divisas a la balanza de pagos por parte de la actividad turística ha sido creciente, oscilando en torno a 31%, muy superior al aporte de las transferencias corrientes y la entrada de capital.

Cuba				
Aportes de divisas a la balanza de pagos (%)				
Conceptos	1995	1997	1999	2001
Transferencias corrientes*	15,6	15,7	14,8	14,5
Capital a largo plazo*	40,6	15,6	3,9	6,6
Otros capitales*	13,8	-6,5	5,1	4,1

Fuente: Elaboración propia a partir de información de la ONE y del Banco Central de Cuba (BCC).

* Se refiere a las magnitudes netas.

Otra relación que resulta sumamente importante es la comparación entre los ingresos por concepto de turismo y los correspondientes a los de la balanza de servicios. En economías en las que el peso del turismo extranjero es significativo —como es el caso cubano—, se hace necesario analizar y comparar su valor frente al conjunto de exportaciones de servicios. La actividad turística en Cuba mantiene aún el peso fundamental dentro de las exportaciones de servicios (82,0%). No obstante, se evidencia cómo los ingresos generados por otros servicios —transportes, seguros, comunicaciones, informática, financieros, etc.—, crecen dentro de las exportaciones.

Las relaciones antes expuestas muestran que el turismo, como actividad económica, ha mantenido durante el período 1990-2003, esencial importancia como fuente generadora de divisas y su papel movilizador en el proceso de recuperación económica del país.

Turismo y economía nacional

Un análisis preliminar de la importancia de la actividad turística para el resto de los sectores de la economía cubana, se refleja en los vínculos con la producción nacional y los mecanismos financieros creados con este objetivo. A inicios de los años 90, las producciones destinadas al turismo se caracterizaban

por su escaso suministro y su pobre calidad y presentación; llegaron a representar solamente 12% del total de sus insumos. Con el acelerado desarrollo de la actividad turística, los productores nacionales enfrentaron un gran reto: transformarse tecnológicamente, ganar en calidad, diversificar la producción, mantener una estabilidad en los suministros y elevar su presencia dentro de la esfera turística. Para lograr este objetivo, a fines de 1991 se decidió crear la organización de un esquema para el prefinanciamiento en divisas de la producción destinada al turismo, con fondos inicialmente provenientes del sector, que dieron origen a la casa financiera FINATUR. En los nueve años en que funcionó, el esquema cumplió su objetivo: el total de ventas de los productores vinculados al sector sobrepasó los 1 300 millones de dólares y se aportó a la economía un total de 228 millones de dólares.²⁴ Aunque el objetivo fundamental de los financiamientos otorgados por FINATUR fue proveer de capital de trabajo a las entidades productoras nacionales, también incursionó en pequeñas y medianas inversiones para modernizar y remodelar la industria nacional.

En sentido general, los principales organismos productores involucrados en la tarea de abastecer a las entidades turísticas son los ministerios de la Industria Alimenticia (MINAL), Agricultura (MINAG), Industria Ligera (MINIL), Industria Sideromecánica y Electrónica (SIME), Industria Pesquera (MIP) e Industria Básica (MINBAS), entre otros. Para estos, indiscutiblemente, el desarrollo del turismo significó un impulso que contrarrestó la paralización de sus instalaciones industriales.

Cuba				
Participación de las ventas al turismo por los productores nacionales (%)				
	1996	2000	2003	96-03
SIME	18,1	14,2	12,6	14,3
MINBAS	0,7	2,4	2,7	2,1
MINIL	14,6	16,4	13,9	14,2
MIP	8,2	8,1	7,0	7,4
MINAL	38,5	28,1	37,2	33,4
MINAG	19,8	27,2	26,5	25,8
Otros productores	----	3,7	0,1	2,7
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Cálculos a partir de información de la ONE.

A lo largo del período 1996-2003 las ventas de los organismos nacionales al turismo han mostrado una tendencia positiva, para un ritmo de incremento anual de 9,3 %. Solamente en los años 2001 y 2002 se observa una disminución de sus volúmenes de venta, motivada por la crisis experimentada en la actividad turística como

consecuencia de los atentados terroristas del 11 de septiembre y la crisis económica internacional.

Estos resultados han hecho posible que, en la actualidad, los suministros nacionales contribuyan con 70% de las compras de la actividad turística, mientras que a principios de los años 90 era apenas de 18%. Perspectivamente, este comportamiento debe mantener un crecimiento moderado.

A pesar de los logros de los productores nacionales para enfrentar el reto impuesto por el desarrollo acelerado del turismo en los últimos años, aún existen insuficiencias que limitan el incremento de su participación. Para seguir aumentando las ventas en algunas líneas, surtidos y productos, se debe elevar aún más la calidad de las producciones y su entrega a tiempo. En la esencia de estos aspectos gravitan problemas de carácter técnico-productivo, organizativos, financieros y de comercialización, que requieren ser resueltos con un enfoque integral de la actividad turística desde el punto de vista económico. Deberá trabajarse por una mayor integración interna de las producciones nacionales, y lograr un mayor encadenamiento de los productores pertenecientes a las diferentes ramas de la economía como vía más expedita para la creación de lo que se ha dado en llamar «tejido industrial».

No obstante, a pesar de los problemas expuestos, el turismo ha impuesto una exigencia de calidad y de oportunidad que deja una enseñanza y una experiencia para el conjunto de la economía cubana. «No se vende en el turismo, en los hoteles, cualquier producto que el país produzca, se venden los productos que el país produzca con calidad y en el momento en que lo necesita el turismo, y esa exigencia que la actividad impone al funcionamiento del resto de la economía es algo así como una secuela, un subproducto positivo que el turismo está teniendo».²⁵

Un factor interesante es que algunas ramas productoras, al volverse más competitivas para abastecer la demanda derivada del turismo, se tornan también competitivas para exportar, sobre todo a naciones y territorios con gran actividad turística en el Caribe.

Como se ha demostrado, la riqueza que el turismo genera no se limita a la que se origina en los sectores económicos en contacto directo con la demanda turística. Prácticamente la mayoría de los sectores del sistema económico experimentan la influencia del consumo de los turistas. Esta concepción puede ser denominada «derrame económico».

Conjuntamente con el incremento de los bienes materiales por parte de la industria nacional para apoyar la actividad turística, habría que mencionar su incidencia en el impulso y perfeccionamiento de los servicios. Sin el desarrollo turístico hubiera sido muy difícil llevar a

Turismo y desarrollo económico. Una acercamiento al caso cubano
 cabo el programa de comunicaciones y telefonía en el país. Igualmente, parte de los avances generados en los últimos años en el sistema eléctrico nacional y el acueducto han tenido como destinatario fundamental el turismo.

En sentido general, el modelo de desarrollo turístico aplicado en su relación con la economía nacional ha posibilitado, en cierta medida, inducir y potenciar el efecto multiplicador del turismo, articulando adecuadamente la economía y propiciando la extensión espacial de la renta primaria y secundaria en la economía interna, a partir de beneficiar y dinamizar las producciones nacionales, el mercado interno y la economía doméstica.

Empleo

La contribución del turismo al empleo y su potencial para generar nuevas plazas ocupacionales son considerados una de las cuestiones más importantes vinculadas a la importancia social y económica del turismo.²⁶

En Cuba, como en la mayoría de los países, ha existido un cambio en la estructura económica a favor del sector de los servicios. A esta terciarización la acompaña, lógicamente, un incremento gradual de los ocupados en esta actividad económica. Si bien en 1991, 2,3% de los ocupados del sector terciario correspondían a los empleados directos del turismo, ya en 2000 el índice llegó a 5%.

A su vez, la propia expansión del turismo ha permitido que diferentes sectores productivos, en una etapa de contracción económica, mantengan ocupados a sus trabajadores como resultado de la integración de las empresas cubanas con las producciones destinadas al turismo. A esta cifra hay que agregar los trabajadores por cuenta propia, que ofrecen servicios turísticos (casas de hospedaje, restaurantes, cafeterías, y otros).

Cuba Empleo turístico (miles)

	1990	2000	2003
Empleo directo	54,0	100,0	105,0
Empleo indirecto	50,0	200,0	210,0
Total	104,0	300,0	315,0
Participación sobre el empleo total*	2,6%	7,8%	7,9%

* ocupados total

Fuente: MINTUR y estimados del autor.

En el período 1990-2003, el empleo directo en la actividad turística creció casi en dos veces, mientras que

las capacidades hoteleras se triplicaron. En estas relaciones están influyendo, por una parte, el extensivo crecimiento inversionista y, por otra, la búsqueda de la eficiencia en la utilización de la fuerza laboral dentro del sector. El empleo en la «industria hotelera» representa una porción significativa y visible de la ocupación directa en turismo. En 2002, los hoteles de Cuba contaban con 36 000 empleados sobre un total de 39 550 habitaciones. Esto significa poco menos de un empleado por habitación (0,90 empleados/habitación). Se estima que en 2003 el desarrollo de turismo benefició a 10% de la población cubana.

A diferencia de otros países donde gran parte del empleo en el turismo es de naturaleza temporal o de tiempo parcial, en Cuba 80% de los trabajadores se mantiene empleado a tiempo completo. Se puede apuntar que el turismo ha favorecido el empleo a una población mayoritariamente joven y de participación femenina, con un alto nivel educacional, lo cual reafirma que la preparación y calidad de la fuerza de trabajo es una de sus indiscutibles ventajas para el actual y futuro desarrollo de la actividad turística.

Reflexiones finales

Después de largas décadas de actividad turística en los países en vías de desarrollo, el debate sobre su papel sigue vivo y con un largo camino por recorrer. Una revisión de los aportes realizados hasta el momento, así como de los objetivos y estrategias que motivaron un fuerte desarrollo turístico a partir de los años 70, nos han permitido situar algunos elementos claves del debate. Asimismo, añadiendo algunos de los principales cambios producidos en el sector en el contexto del capitalismo global, han surgido ciertas interrogantes útiles para plantear una agenda de investigación.

Este artículo ha tratado de ofrecer una panorámica global acerca de en qué medida ha resultado efectiva la decisión adoptada por Cuba de intensificar el turismo internacional como una de las vías principales para impulsar y desarrollar la economía.

La evaluación realizada permite concluir que el turismo ha pasado a desempeñar un papel principal en el proceso de recuperación de la economía cubana; los indicadores macroeconómicos así lo avalan. En un período de contracción económica, en el que importantes ramas y sectores de la economía experimentaron fuertes decrecimientos, el turismo impidió que fueran aún más profundos y, con ello, se agravaran las condiciones socioeconómicas del país.

Como sector líder, el aporte del turismo ha sido mucho más significativo que en su condición de sector exportador, y eso es lo más importante a largo plazo.

Es el potencial de encadenamientos productivos que ofrece —particularmente con la industria, la agricultura y otros servicios de mayor complejidad tecnológica como el transporte aéreo, las telecomunicaciones, la informática y los proyectos técnicos— lo que le permitirá fortalecer en mayor medida su papel de líder dentro de la estructura económica.

Los ingresos a él asociados superan actualmente los obtenidos por la exportación de bienes, tendencia ascendente que se manifiesta con mayor fuerza desde 1998, cuando esta relación, conocida internacionalmente como índice de dependencia turística, superó el 100%.

Para la economía cubana, mantener un índice de dependencia económica tan elevado implica un incremento de su vulnerabilidad. Para contrarrestarlo, resulta necesario incrementar las exportaciones, no solo de los sectores tradicionales, sino también de los no tradicionales de bienes y servicios.

Por otra parte, a pesar de los logros de los productores nacionales para enfrentar el reto que ha impuesto el desarrollo acelerado del turismo en los últimos años, aún existen insuficiencias que limitan incrementar su participación.

Para seguir aumentando las ventas en algunas líneas, surtidos y productos, se debe elevar aún más la calidad de las producciones y su entrega en tiempo. En este sentido, deberá trabajarse por una mayor integración interna de las producciones nacionales, logrando un mayor encadenamiento de los productores pertenecientes a las diferentes ramas de la economía.

Aunque susceptible de perfeccionamiento en estos y otros aspectos, el modelo de desarrollo turístico aplicado en su relación con la economía nacional ha posibilitado, en cierta medida, inducir y potenciar su efecto multiplicador, articulando adecuadamente la economía cubana, y propiciando la extensión espacial de la renta primaria y secundaria, a partir de beneficiar y dinamizar las producciones nacionales, el mercado interno y la economía doméstica.

Notas

1. Robert Erbes, *International Tourism and the Economy of Developing Countries*, OCDE, *European Travel Monitor*, Munich, IPK, 1995.
2. *Ibidem*.
3. Se tiene en cuenta la crisis petrolera de 1973, la crisis económica de finales de los años 80, la crisis financiera asiática, la crisis económica internacional de finales de los 90, entre otras.
4. Los hechos terroristas del 11 de septiembre de 2001 y otros, en diferentes países, como el 11 de marzo de 2004, en Madrid, España.
5. Actualmente, el gobierno de los Estados Unidos prohíbe a sus ciudadanos viajar a Cuba.

6. Organización Mundial del Turismo, *Tourism Economic Report*, Madrid, 1998.
7. J. Brohman, «New Directions in Tourism for Third World Development», *Annals of Tourism Research*, v. 23, n. 1, Oxford, 1996; R. Harrison, «International Tourism and the Less Developed Countries: the Background», en R. Harrison, ed., *Tourism and the Less Developed Countries*, John Wiley & Sons, Sussex, 1995; C. Opperman, «Tourism Space in Developing Countries», *Annals of Tourism Research*, n. 20, Oxford, 1993; Richard Sharpley, «Tourism and Sustainable Development. Exploring the Theoretical Divide», *Journal of Sustainable Tourism*, v. 8, n. 1, Londres, 2000.
8. R. W. Butler, «The Concept of a Tourist Cycle Evolution Implications for Management Resources», *Le Géographie Canadien*, n. 24, 1980.
9. S. G. Britton, «The Political Economy of Tourism in The Third World», *Annals of Tourism Research*, v. 9, Oxford, 1982; D. Nash, «Tourism as a Form of Imperialism», en Valene L. Smith, ed., *Hosts and Guests: the Antropology of Tourism*, Backwell, Oxford, 1978; C. Jenkins, «The Effects of Scale in Tourism Projects in Development Countries», *Annals of Tourism Research*, v. 9, Oxford, 1982; Malcolm Crick, «Representations of International Tourism in the Social Sciences: Sun, Sex, Savings and Servility», *Annual Review of Antropology*, n. 18, 1989.
10. John Urry, «The International Division of Leisure and Tourism in the Third World», *World Development*, n. 4, Londres, 1990, pp. 235-60.
11. Richard Sharpley, ob. cit.
12. Enrique Torres Ernier, «Turismo y desarrollo regional», *Papiers de Turismo*, n. 14-15, Barcelona, 1994.
13. Richard Sharpley, ob. cit.
14. Isaac Sindiga, «Alternative Tourism and Sustainable Development in Kenya», *Journal of Sustainable Tourism*, v. 7, n. 2, Londres, 1999.
- Turismo y desarrollo económico. Una acercamiento al caso cubano
15. Carmen Rojas, «Turismo ecológicamente peligroso y económicamente incierto», *Ciencias Ambientales*, n. 17, San José de Costa Rica, 1999; David B. Weaver, «Magnitude of Ecotourism in Costa Rica and Kenya», *Annals of Tourism Research*, v. 26, n. 4, Londres, 1999.; Richard Sharpley, ob. cit., entre otros.
16. Georges Cazés, *Tourisme et Tiers Monde. Un bilan controversé. Les nouvelles colonies de vacances?*, Harmattan, Paris, 1982.
17. René Baretje, «Tourism's External Account and the Balance of Payments», *Annals of Tourism Research*, n. 9, pp. 57-67, Oxford, 1982.
18. Robert Lanquar, *Le tourisme international*, PUF, Paris, 1986.
19. Rogelio Quintana et al., *Efectos y futuro del turismo en la economía cubana*, Editorial Tradinko S.A., Montevideo, 2004.
20. Robert Cleverdon, *The Economic and Social Impact of International Tourism on Developing Countries*, The Economist Intelligence Unit (E.I.U), Special Report, n. 60, 1996.
21. Organización Mundial del Turismo, ob. cit.
22. Alfredo García, «El impacto económico del turismo en Cuba», *Cuba Investigación Económica*, n. 4, La Habana, 1998.
23. Banco Nacional de Cuba (BNC), *Informe Económico*, La Habana, agosto de 1995.
24. *Informe de Rendición de Cuentas del Ministerio del Turismo a Asamblea Nacional del Poder Popular*, 2001.
25. Carlos Lage, «Intervención en el V Pleno del Partido Comunista de Cuba», Granma, La Habana, 26 de marzo de 1996.
26. Organización Mundial del Turismo, ob. cit.
- © **TEMAS**, 2005.

Un triángulo cubano: turismo, patrimonio, comunidad

Hernán Venegas Marcelo

Profesor. Escuela de Hotelería y Turismo Alberto Delgado Delgado. Santa Clara.

Resulta innegable, en el tránsito de siglos, advertir el crecimiento cualitativo y cuantitativo del turismo en el ámbito mundial. La emergencia de nuevos destinos y la reconversión de los ya existentes; la aparición de un cuerpo de reglamentos, convenciones y normas jurídicas; las exigentes campañas publicitarias y la consolidación de acercamientos científicos a este fenómeno social prueban esta afirmación. Si se suman las proyecciones relativas al crecimiento de los flujos turísticos inter e intrarregionales, el peso que posee en la economía la industria turística, los estudios de propensión al viaje, el empleo de nuevas tecnologías, entre otros indicadores, pocas administraciones estatales escapan a la posibilidad de incluir el desarrollo turístico como uno de los ejes priorizados en sus estrategias de desarrollo.¹

Tomando en cuenta los estimados de la Organización Mundial del Turismo (OMT), la actividad turística duplicará su volumen en los próximos veinte años, pasando de setecientos millones de viajes en el año 2000 a superar la cifra de mil quinientos sesenta millones para 2020, lo cual

indica, a las claras, las apetencias de un gran número de naciones en el mercado turístico, cada vez más competitivo, lo que a su vez sirve para cubrir y satisfacer la demanda de segmentos específicos. En estos mercados, la elección de los viajeros expresa un amplio espectro de motivaciones y tendencias: desde el interés por destinos turísticos sustentados en la protección del medio ambiente en su dimensión integral, hasta aquellos cuyo énfasis descansa en modelos de desarrollos integrados compatiblemente al espacio local. Ante esta coyuntura, varias son las respuestas; entre ellas, la incidencia de enfoques en la gestión turística orientados a partir de la excelencia.

Al mismo tiempo, la aparición de diversos acercamientos científicos, en función de la naturaleza cambiante de la industria turística, ha experimentado una interesante evolución en la contemporaneidad. Precisamente en este lapso, y en específico desde mediados del siglo xx, la práctica del turismo ha tenido un proceso evolutivo que incluye dos etapas de desarrollo —fordismo y posfordismo—, cuyos resultados, no siempre aceptados, han dado paso al cuestionamiento de los modelos aplicados.²

Turismo contemporáneo: los modelos de desarrollo fordista y posfordista

El auge y la eclosión del turismo de masas durante los años 50 y los 60 del pasado siglo respondían a un modelo de crecimiento fordista debido a la notable estandarización de los destinos turísticos a bajos precios, ignorando la diversidad de segmentos de mercado, a lo cual se oponía el carácter rígido de la oferta. La transformación mercantil del paisaje, las relaciones unidireccionales entre turistas y anfitriones, y la depauperación ambiental de los enclaves, se sitúan como características fundamentales de este periodo. Ante la panacea del desarrollo turístico, se impusieron diversos mitos, deconstruidos muy prontamente: el turismo «es generador de empleo y riqueza», «es vía de comunicación cultural», «es el camino más positivo para conservar las bellezas del mundo» y «produce cambios sociales positivos». Esta ideología del turismo, de moda en la década de los 60, la impulsaron la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) y el Banco Mundial (BM), que ayudaron a potenciar el turismo en un considerable número de países en desarrollo, sin tomar en cuenta estudios previos. Tanto es así, que Naciones Unidas declaró a 1967 como el «Año Internacional del Turismo»; al parecer, la suerte estaba echada. Como respuesta a la reproducción de modelos de crecimiento puestos en boga por agencias de viajes y turoperadores, y debido al papel acéfalo de las administraciones nacionales y regionales, aparecieron investigaciones de profundo cuestionamiento crítico.

Alrededor del primer mito se sostuvo que si bien el turismo se había convertido en una fuente de empleos, no se correspondía, sobre todo en las Antillas, con el nivel profesional de la fuerza de trabajo destinada a ocupar los puestos. Ello provocó que hubiera que instruir a los ciudadanos con el propósito de garantizar una atención medianamente aceptable a la «horda dorada» —un apelativo de los antropólogos para referirse al turismo de masas. Hubo que acudir a la organización de campañas a fin de preparar a la población para atender a los turistas. Al propio tiempo, la irrupción del turismo hacía tabla rasa de sectores tradicionales de producción como la agricultura, dejaba a la población autóctona desprovista de una segura fuente laboral y la convertía en vendedora exclusiva de su fuerza de trabajo, como ocurrió en la isla de Montserrat, en el Caribe oriental, y en algunos lugares de México, por solo citar dos ejemplos. Estas consideraciones son suficientes para poner en crisis la afirmación de que el turismo y la distribución de la riqueza generada en las sociedades locales eran directamente proporcionales.

En cuanto a la consideración del turismo como una vía de comunicación cultural, la crítica no cuestionó las relaciones que pueden establecer estas dos entidades en favor del desarrollo de los pueblos, sino las limitaciones y deficiencias de las zonas turísticas para asumir un turismo cultural. Se ponía en tela de juicio la deformación y la banalización de las diversas formas culturales en los países de destino, lo que implica un reduccionismo fetichista para nada relacionado con la autenticidad cultural. Los ejemplos pululan. Citemos el caso de la celebración ex profeso de las danzas rituales indígenas en las reservaciones de los Estados Unidos, con el único fin de agradar a los turistas, o el de Túnez, donde las ceremonias nupciales tradicionales llegaron a organizarse por encargo debido a su aceptación por los visitantes. Estos ejemplos hablan, por sí solos, del cuestionamiento de la ideología del turismo impuesta durante el período fordista.

Ante el papel desempeñado por el turismo «como vía positiva para conservar las bellezas del mundo», baste acudir a un ejemplo recogido por la literatura turística, proveniente de una oración pronunciada por la Iglesia ortodoxa griega en los años 70:

Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de las ciudades, las islas y los pueblos de esta patria ortodoxa, así como de los santos monasterios que están siendo azotados por la ola turística mundial. Concédenos la gracia de una solución a este dramático problema y protege a nuestros hermanos sometidos a una dura prueba por el espíritu modernista de estos invasores occidentales contemporáneos.³

Una imploración que justifica la influencia del turismo en el ambiente, sobre todo si se considera que se pronuncia en un país como Grecia, donde se concentran milenios de cultura.

¿Era el turismo, durante la etapa fordista, generador de cambios sociales positivos, como se divulgó a través de este mito? En sus expresiones turísticas, el continente africano da prueba de lo distante de la realidad que se encuentra la aspiración de concebirlo como un instrumento para resolver problemas sociales ancestrales. El propósito de convertir a un país como Gambia en poblados vacacionales al estilo del hábitat de Tarzán, con el consecuente olvido de las realidades subsaharianas, y el incremento de la prostitución en países como Tailandia —con más de doscientas mil prostitutas en su capital hacia mediados de los años 80— resultan suficientes para demostrar que, más que solucionar problemas sociales, el turismo empobreció las realidades de las naciones subdesarrolladas.

El principal objetivo del turismo fordista ha sido el crecimiento ilimitado del número de visitantes. Esta tendencia fue la principal responsable en la degradación del medio ambiente en varios destinos, lo que tuvo como contrapartida la sensibilidad hacia los problemas

ambientales y los valores ecológicos, promovidos por la sociedad desde mediados de los años 80. A su vez, giró en torno a una oferta homogeneizada, sustentada en limitados recursos naturales, y dio entrada a fenómenos como el denominado «monocultivo turístico» y a la fragilidad del destino en futuras coyunturas de cambio. Desde el punto de vista tecnológico, son de destacar en este período los bajos niveles de profesionalización y la escasa presencia de las investigaciones en materia de turismo, lo cual no se corresponde con el ritmo de crecimiento de esa industria. En fin, el modelo turístico del fordismo, hegemónico desde los años 50, ofrecía síntomas de crisis hacia mediados de los 80 y dio paso a un cambio: el posfordismo. La crítica que generó el fordismo, desde su propio desarrollo, muestra sus desequilibrios e inconsecuencias.

Se afirma que en el ámbito mundial, desde los años 80, el turismo ha experimentado un marcado cambio en sus estructuras tradicionales y cedido paso a una nueva organización que, lejos de imponerse de forma abrupta, va penetrando y transformando la etapa fordista. No se trata solo de una fase que aparece a continuación, sino que se genera como una transformación de lo viejo en el tiempo y en el espacio, y se manifiesta en la reconversión de destinos turísticos tradicionales, la aparición de complejos hiperreales —ya no la reproducción convencional del espacio, como en el fordismo—, la consolidación del turismo sostenible, la pervivencia de formas turísticas fordistas en espacios periféricos y la puesta en valor del patrimonio cultural.

La literatura académica sobre el turismo ha coincidido en reconocer cinco características principales al definir el posfordismo: la crisis de la estandarización, su irrupción en nuevas esferas sociales, la redefinición de la autenticidad, la renovación tecnológica y la universalización de la mirada turística. La primera es, sin duda alguna, el rasgo fundamental de esta etapa, y se manifiesta en la sustitución de productos turísticos ya tradicionales por otros, dirigidos ahora, fundamentalmente, a responder a las motivaciones de nuevos segmentos del mercado. Se deja a un lado la producción en cadena, prevaleciente en el fordismo, y se aboga por el rescate de la imagen romántica del viaje, lo cual refleja un rechazo a la homogenización del turismo masivo, prevaleciente en la etapa anterior.

La irrupción del turismo en nuevas esferas sociales se expresa en su vinculación con diferentes actividades sociales, lúdicas y recreativas. A esto se ha dado en llamar la «ampliación de las fronteras». Si en la etapa fordista el turismo estaba limitado a prácticas estandarizadas, ahora se diversifica incorporando grandes citas deportivas, actividades culturales y otras.

Nadie pone en duda, por ejemplo, la significación turística que tuvo para Cataluña la celebración de los Juegos Olímpicos en 1992, una buena prueba de los argumentos sobre la ampliación de las fronteras y la participación del turismo en esferas aparentemente ajenas a su radio de acción. Esto se demuestra en la revalorización del patrimonio y la creación de espacios de ocio alrededor de un elemento cultural.

En lo relativo a la «redefinición de la autenticidad», la práctica del turismo hacia fines del siglo xx e inicios del XXI parece haber trascendido la tensión cultural entre anfitriones y huéspedes, caracterizada en el modelo de la autenticidad teatral del fordismo, propuesto por McCannell.⁴ Este sugería la categoría de «autenticidad teatral» para definir el resultado de un choque de intenciones ante la intromisión de la mirada turística en el destino, y la voluntad de preservar un espacio de relaciones por parte de la población local. Como consecuencia de estas intenciones, excluyentes entre sí, en el fordismo se produjo una banalización de la cultura local.

Durante esa etapa, los vínculos entre anfitriones y turistas tomaron dos caminos contrapuestos: por un lado, la celebración de la inautenticidad y, por otro, la reivindicación de la identidad local. Entornos artificiales como Las Vegas o Disneylandia constituyen una muestra del primer camino tomado por el fordismo. Esas instalaciones tienen un carácter inauténtico, al ser creadas de manera deliberada como escenarios que superaban la realidad existente hasta entonces. Según esta intención, se han podido recrear espacios hiperreales simulando escalas originales de otras geografías, y hasta de períodos históricos. En su variante posfordista, la práctica del turismo contemporáneo se asocia con la especificidad de los destinos turísticos y la identidad del espacio de acogida, características relacionadas con el interés del posmodernismo en la identidad local y su vinculación con el pasado; lo cual, a su vez, se conjuga con el énfasis en los planos regional y local de los teóricos de la actual globalización neoliberal. Estos problemas explican el incremento de las motivaciones culturales de los viajeros a la hora de elegir los destinos turísticos.

Hoy día, las empresas turísticas incorporan la actual revolución tecnológica y los avances de la gestión informática digitalizando la mayoría de los procesos; entre ellos el denominado e-marketing, las agencias de viajes on-line, con centrales de reservaciones en Internet, y el acceso a los destinos turísticos más recónditos del planeta. De hecho, la innovación tecnológica adquiere una importancia predominante en el proceso de sustitución de los paquetes turísticos tradicionales por nuevos productos sensibles al mercado. Como consecuencia, la calidad del producto turístico se hace

más dinámica, cualificada y científica ante las nuevas necesidades, trascendiendo así la limitada oferta característica del fordismo. La realidad del mundo globalizado impone esta nueva perspectiva, propiciada por los aludidos avances en el mundo de la informática y las comunicaciones. Una última característica distinguida por la literatura, está relacionada con la universalización de la mirada turística. En el posfordismo, esta se traduce en la globalización del consumo de espacios turísticos, una postura diametralmente opuesta a la de la etapa anterior, que concentraba la oferta en espacios reducidos.

Relaciones turismo-patrimonio cultural: la dimensión cubana

¿Cómo se inserta Cuba en este panorama? ¿Cuáles son las características de su modelo de desarrollo turístico? No se trata de rendir culto a teorías elaboradas y probadas en contextos aparentemente distantes al nacional, sino de situarnos dentro de la lógica del comportamiento de las sociedades posmodernas, de donde proviene el grueso de nuestros mercados emisores.

El modelo de desarrollo turístico cubano podría ubicarse en la transición fordista-posfordista, con características singulares que lo diferencian de las prácticas turísticas periféricas del Tercer mundo. La reconversión del turismo en Cuba, a partir de los años 90, ha tomado en cuenta la experiencia de destinos tradicionales, los cuales tuvieron que diversificar la oferta ante los cambios del mercado. En consecuencia, se han potenciado productos turísticos alternativos al clásico de sol y playa, a partir de las nuevas tecnologías; se ha incrementado una tendencia de las administraciones a desempeñar el papel de actores en el desarrollo turístico; se han consolidado formas del turismo sostenible; y se ha puesto un marcado énfasis en el valor turístico del patrimonio cultural. Toda esta transformación halla su repercusión en un proceso de desarrollo activo, dirigido a formar y capacitar la fuerza laboral. Aun en los casos en que se reproduzcan precedentes del turismo fordista estandarizado —como el de sol y playa, el más canónico—, se trabaja por completar el producto turístico mediante formas alternativas: por ejemplo, turismo de incentivos y congresos, náutico, cultural, de naturaleza, etc. Se manifiesta así el fomento de productos singulares, en oposición a la oferta estandarizada convencional. Esas alternativas persiguen un elevado nivel de competitividad en el mercado turístico. Además, la clara diferencia entre nuestros destinos, para el llamado turismo de las tres «s» (arena,

sol y mar, por sus siglas en inglés) y los ya tradicionales como Cancún, Acapulco, Benidorm, etc., estriba en que se hallan en un último estadio del ciclo de vida del producto turístico.⁵

Participe del «exotismo» caribeño como región turística, pero poseedora de un sello distintivo, sobre todo de índole cultural, Cuba ha sido incorporada a los circuitos turísticos internacionales. Su potencial cultural es lo que más atención concentra en la práctica del turismo. Aunque la idea de vincular de una manera acabada y armónica el turismo con la cultura, más que una realidad, es todavía un propósito, se cuenta con una experiencia que ya viene dando frutos.

En la actualidad, ningún estudioso o académico puede soslayar que la preservación del patrimonio cultural suscita cada vez mayores preocupaciones, sobre todo a partir de las repercusiones del modelo económico de globalización neoliberal en muchos Estados. La masificación que produjo el fordismo, desde mediados del siglo pasado, ha hecho añadir una nueva perspectiva de análisis al tema de la conservación del patrimonio cultural: la naturaleza de su interacción con el turismo. Su amplio espectro ha sido objeto de análisis en numerosos foros nacionales e internacionales. Los acuerdos y documentos aprobados muestran el nivel de profundidad alcanzado en los debates, la preocupación y la toma de conciencia de los agentes relacionados con la práctica del turismo. De igual forma, se impone buscar un proyecto sostenible del desarrollo turístico en sus vínculos con la herencia cultural de los pueblos.

Dentro de las particularidades del modelo de desarrollo turístico cubano, las relaciones entre este y el patrimonio cultural se basan en la oportunidad de presentar el pasado en el presente mediante un sinnúmero de posibilidades de interpretación. Hoy, los turistas emplean la fuerza de su intelecto e imaginación para recibir y comunicar mensajes, construyendo su propia experiencia, en cuanto al sentido de la historia y cultura de los pueblos. Estas posibilidades bien pueden aprovecharse, por las polisémicas prácticas del turismo cultural, que crecería en la medida en que se valore y se profundice el estudio y la explotación del patrimonio cultural en todas sus direcciones. Su aprovechamiento no solo está en aquellos destinos de un gran acervo cultural, sino también en otros lugares que constituyen periferias de otros destinos, sobre todo de los de sol y playa, donde se concentra, mayoritariamente, la demanda turística.

Ahora bien, ¿dónde están los estudios que, desde las ciencias sociales y humanísticas, analicen científicamente los vínculos entre turismo y patrimonio cultural en el contexto del desarrollo turístico cubano? ¿Cuál es su grado de evolución y madurez? ¿Cuáles

Las consecuencias de un modelo de desarrollo turístico que no tome en cuenta la dimensión cultural del patrimonio y su adecuada puesta en valor turístico, pueden ser catastróficas. Convertirían a comunidades y pueblos tradicionales, de un importante peso en las tradiciones orales, en un espacio monocultivado desde el punto de vista turístico, como lo demuestra la experiencia española.

podrían tomarse como modelos? Existe un desbalance en los estudios sobre el desarrollo turístico cubano. Por una parte, puede advertirse la proliferación de investigaciones centradas en la economía, la contabilidad, el marketing y la administración; por otra, los estudios científicos provenientes de ciencias como la sociología, la antropología, la psicología y la historia —igualmente importantes para lograr una visión holística de la naturaleza del turismo en Cuba— tienen aún una presencia insuficiente entre nosotros.

Desde el punto de vista académico, gozamos de una coyuntura ventajosa en los estudios sobre el turismo debido a la evolución y el grado de madurez que han alcanzado en el contexto internacional. En los años 60 primó una conceptualización optimista, que clasificaba el turismo en términos de sus partes funcionales, sin armonización, tomándolo como industria, con un fuerte sentido de lo económico, lo que iba de la mano con la ideología turística prevaleciente en esa década. En la siguiente, se instauró una conceptualización pesimista, que consideraba la práctica del turismo como un modelo cerrado y lo equiparaba a las formas históricas de colonialismo y dependencia, perpetuando las desigualdades existentes entre las comunidades de destino o anfitrionas y los países emisores —siempre provenientes del Primer mundo. Los años 80 respondieron a una plataforma de adaptación, ya que los estudios de esta etapa se nutrían de teorizaciones anteriores y buscaban alternativas de desarrollo turístico basadas en las necesidades y entornos de los anfitriones. Ya desde finales de esa década e inicios de los 90 nos hallamos, teóricamente, en una plataforma de conocimiento que concibe al turismo como una multidisciplinaria social, y aún de forma gradual perspectivas, teorías y técnicas de investigación provenientes de diversas ciencias. Estas, sin dudas, ayudan a la definición conceptual del turismo.⁶

En relación con los vínculos entre turismo y patrimonio cultural, desde finales de los años 80 y hasta la actualidad, los estudios que atienden esta problemática se dividen en dos importantes tendencias. Un grupo de autores como Hall y McArthur, Heeley y Fowler se

concentran en el poder de la tradición, su estabilidad y continuidad en áreas donde el desarrollo turístico ha producido cambios y contradicciones; otros cambian sus miras y examinan los problemas estructurales presentes entre la producción cultural y el consumo turístico (Cohen, Urry, Watson y Kopachevsky).⁷ Los estudios científicos cubanos relacionados con la práctica del turismo tienen como antecedentes los citados anteriormente, y esto es de vital importancia porque muestran un trayecto recorrido desde los años 60 del siglo xx hasta la actualidad.

Con el propósito de constituir un cuerpo teórico-conceptual sobre las relaciones entre turismo y patrimonio cultural, existen importantes revistas e investigaciones devenidas clásicas de la literatura turística. Constituyen un punto de referencia obligado los resultados científicos de investigaciones, en revistas que han logrado nuclear escuelas, como la pionera *Annals of Tourism Research*, editada en Oxford por Jafar Jafari. Otras igualmente importantes son *Estudios y Perspectivas en Turismo*, *Papiers de Turismo*, *Estudios Turísticos*, *Tourism Management*, *Pasos*, así como relevantes artículos publicados en revistas como *Ería*, *PH* y *Axius de Sociología*, entre otras. Desde el punto de vista clásico, en la literatura turística resultan de imprescindible consulta varias compilaciones: las dirigidas por Valene Smith, Jurdao Arrones, Inmanuel De Kadt, Jeremy Boissevain, Mathieson y Wall, Turner y Ash. De igual forma, se pueden hallar sólidos textos de investigadores como Agustín Santana, Philip Pearce, y John Urry, por solo mencionar algunos de los más importantes.⁸ Los citados autores y revistas constituyen un marco de referencia obligado para el estudio del turismo y sus relaciones con el patrimonio cultural para el caso cubano.

Aun cuando en Cuba el estado de los estudios científicos del turismo, desde las ciencias sociales y humanísticas, se encuentra en una etapa inicial, se pueden perfilar trabajos prometedores como los del profesor e investigador Pedro Torres Moré, quien desde la Escuela de Altos Estudios de Hotelería y Turismo ha llamado constantemente la atención sobre la urgencia

de emprender investigaciones desde la sociología, la antropología, la historia y la psicología. Otros profesores e investigadores —dentro del sistema FORMATUR y pertenecientes a la Escuela de Hotelería y Turismo de Trinidad— han emprendido algunas investigaciones desde el punto de vista de la gestión turística y la pedagogía sobre las relaciones turismo-patrimonio cultural. Este claustro docente ha tomado como área de estudio el centro histórico de Trinidad. También están los centros de estudios turísticos de distintas universidades —la Central de Las Villas y la de La Habana, entre otras—, que coinciden en la necesidad de resultados científicos sobre las relaciones patrimonio cultural-turismo. Un momento importante lo constituyó la celebración del XII Congreso Internacional de la Confederación Panamericana de Escuelas de Hotelería, Gastronomía y Turismo (CONPEHT), que sesionó en La Habana en el año 2002. El evento tuvo como tema central «Turismo, patrimonio cultural y educación turística» y propició el intercambio cultural y académico entre la comunidad científica cubana y la de otras latitudes. Fue un espacio idóneo para medir el desarrollo de las investigaciones en el área aludida. Tomándolo como referencia, se fomentaron, diversificaron y maduraron los estudios interdisciplinarios turismo-cultura.

Por otra parte, la puesta en valor turístico ha sido un elemento de análisis y debate, tanto de las autoridades competentes de la política turística, como entre los científicos y los académicos del turismo en Cuba. Ya analizábamos algunos de los mitos relacionados con el desarrollo turístico fordista, y en especial la preservación del patrimonio cultural a través del turismo, cuya falsedad es objeto de reflexión en investigaciones recientes, que hacen énfasis en la pérdida de la identidad cultural de las comunidades anfitrionas ante la actividad turística por la inserción de nuevas y extrañas estructuras en los idiomas o dialectos locales. En lo relativo al denominado patrimonio tangible, son alarmantes los peligros a que se someten diversos tipos y estilos de edificaciones ante la presencia de flujos turísticos indebidamente gestionados. Las consecuencias de un modelo de desarrollo turístico que no tome en cuenta la dimensión cultural del patrimonio y su adecuada puesta en valor turístico, pueden ser catastróficas. Convertirían a comunidades y pueblos tradicionales, de un importante peso en las tradiciones orales, en un espacio monocultivado desde el punto de vista turístico, como lo demuestra la experiencia española.

En oposición, hay que destacar el énfasis del Estado cubano, desde mediados del siglo pasado, en la preservación del patrimonio cultural en sus vertientes tangible e intangible. Cuba está todavía lejos de haber llegado al punto más alto en esta dirección, pero cada

vez más la política cultural de la Revolución se vincula con el turismo, tratando con ello de comercializar un producto de cualidades culturales. Por su parte, la práctica del turismo, en sus relaciones con el patrimonio cultural, ha constituido una realidad compleja a la que se han enfrentado gestores turísticos y culturales. El desafío mayor estriba, a nuestro juicio, en el know-how que la práctica del turismo impone al sector de la cultura. Este conocimiento precisa de un estudio profundo y científico de aquellos destinos turísticos con un codicioso inventario de recursos culturales. En estos últimos, se debe otorgar un papel fundamental a la cuidadosa estructuración de la oferta turístico-cultural, como base elemental del producto turístico. No obstante, estas condiciones no son suficientes. Se presentan mayores retos y problemáticas en el marco de las relaciones turismo-patrimonio cultural, objeto de estudio de gestores turísticos y culturales, expertos en política turística y organizaciones internacionales vinculadas con el sector.

En esta dirección se pronuncia el profesor e investigador cubano Pedro Torres Moré cuando sostiene que la puesta en valor turístico del patrimonio cultural lleva consigo problemas que deben evitarse: el riesgo de disneylandizar el patrimonio vernáculo; es decir, convertir espacios en entornos artificiales de uso turístico y con reproducciones de elementos culturales ajenos a la identidad de los lugares de acogida. Familiarizado con las concepciones de MacCannell y Eric Cohen, y con sus aportaciones a la denominada *staged authenticity* (autenticidad recreada), Torres Moré baraja una serie de alternativas que pueden hacer más efectiva la puesta en valor turístico del patrimonio cultural; entre ellas, incluir en el planeamiento estratégico del destino un constante monitoreo de las acciones, un basamento sólido en la gestión y comercialización para encaminar las acciones hacia un segmento de mercado relacionado con el perfil socio-psicológico del turista cultural y la inclusión efectiva de las comunidades receptoras en el desarrollo turístico.⁹ Estado de alarma y redacción profiláctica de Torres Moré, quien propone soluciones a los problemas presentados a ambos lados del Océano Atlántico en la planeación estratégica, la gestión y comercialización turísticas.

No está distantes de los puntos de vista del experto venezolano Alfredo Ascanio, quien continúa el análisis partiendo de una serie de mitos que perjudican al turismo y nos hacen recordar, en cierta medida, lo estudiado por Jurdao Arrones.¹⁰ Sin centrarse exclusivamente en la relación gestión turística y puesta en valor del patrimonio cultural, Ascanio considera que los impactos generados por el desarrollo turístico no han sido investigados de manera integral y precisa que se debe buscar la interdiscipliniedad entre las ciencias

que estudian el turismo, condición vital para el éxito de la empresa turística. También sostiene que no solo la promoción es importante. Es preciso ir hacia el sentido amplio de la mercadotecnia y partir de una evaluación del entorno en su totalidad. A su entender, se trata de delimitar los principales problemas del mercado turístico con una visión holística. Igualmente, se cuestiona otro importante tema: el de la sostenibilidad a la hora de la puesta en valor del patrimonio cultural. A su modo de ver, los grandes negocios turísticos no insertan en sus políticas enfoques multidisciplinarios al tratar el tema. Los estudios relacionados con la perspectiva citada —la sostenible— no van más allá de enfoques reduccionistas desde el punto de vista operativo, y las comunidades anfitrionas quedan relegadas a un segundo plano en lo referido a las decisiones que afectan el espacio de uso turístico. Finalmente, concluye que con el crecimiento del sector turístico no llegó el desarrollo equilibrado y, menos aún, la evolución y el progreso para las comunidades receptoras.¹¹ Ha aparecido aquí el paradigma de la sostenibilidad, tan necesario para la industria turística y también aplicable al patrimonio cultural, si tomamos en cuenta el necesario estado de conservación y preservación de la herencia cultural de las comunidades anfitrionas. Ascanio centra su foco —con una amplia perspectiva de análisis— no únicamente en el papel de la gestión turística; va más allá, hacia la interdisciplinariedad necesaria para la investigación de los impactos del desarrollo turístico. Otro factor de peso fundamental, para el experto venezolano, es el papel de las comunidades anfitrionas en el desarrollo turístico.

Partiendo de un «proyecto de uso turístico del patrimonio cultural», otra perspectiva del análisis en la concepción de la puesta en valor turístico la brinda el antropólogo canario Agustín Santana Talavera. Al considerar que el patrimonio cultural es una construcción sociocultural, este autor delimita una serie de pasos para implementar el citado proyecto.

El primer paso es conformar una amplia documentación bibliográfica y oral del patrimonio. Es importante su descripción y localización para constatar después el estado de conservación y puesta en uso, lo que precisa la vinculación con las empresas interesadas. Seguidamente, el autor sostiene la importancia de los «añadidos a la potencialidad turística»; es decir, la creación de una infraestructura para poder lanzar al mercado el producto turístico-cultural elaborado, siempre teniendo en cuenta los públicos a los que va dirigido. Los dos últimos pasos que enumera se relacionan con el presupuesto y la previsión de impactos, considerados, al igual que el primer paso, imprescindibles, al contrario de la práctica turística tradicional que no les otorga un papel fundamental. Es importante subrayar el énfasis

puesto en el profundo estudio del patrimonio cultural, vital para la puesta en valor turístico.¹²

Aunque no se encuentra enunciado de forma explícita por Santana Talavera, este considera que el patrimonio cultural posee otros valores y no únicamente el turístico, una concepción necesaria, incomprendida por los empresarios turísticos, quienes concentran sus miradas en las potencialidades turísticas de los recursos culturales más significativos de un destino y reducen así sus valores. Esta errónea tendencia tiene su contraparte en la labor de los gestores culturales a la hora de valorar los vínculos entre turismo y patrimonio cultural. Un ejemplo de estas posiciones es la propuesta del gestor cultural Eugeni Osácar.

Con plena conciencia de los valores del patrimonio como construcción sociocultural, y proyectando su uso turístico desde una perspectiva sostenible, este autor catalán enumera una serie de pasos para desarrollar el patrimonio cultural en la actividad turística. El primero es la importancia del lugar seleccionado, valorando su potencial y singularidad para su posterior explotación y puesta en uso. Este emplazamiento debe hacerse merecedor de una exclusividad por la distinción y posicionamiento únicos en el mercado, la calidad del producto, la autenticidad de la atracción y la fuerte identidad local. Otra de las características que se deben considerar es el papel del gestor turístico y/o cultural en el agrupamiento de los recursos culturales ante el carácter disperso del patrimonio, buscando y encontrando alternativas turísticas como la creación de rutas o itinerarios temáticos. Para lograr seducir y convencer a los turistas potenciales a hacer uso del producto turístico-cultural ofertado, es necesario —según Osácar—, crear una marca turística a partir de la imagen del producto. El acceso y la estacionalidad constituyen otras dos cartas de triunfo a la hora de concebir una oferta turístico-cultural. El autor lo argumenta con el papel que desempeñan el tiempo y la distancia a la hora de acceder a los productos turísticos culturales. Por otro lado, el turismo que se basa en motivaciones culturales no sufre tanto de la acusada estacionalidad de los destinos turísticos tradicionales. La oferta cultural puede constituir una oportunidad para minimizar y gestionar, de una manera sostenible, las fluctuaciones en los flujos turísticos.

Otros pasos claves, escribe, son la asociación, la planificación estratégica, la accesibilidad y la sostenibilidad. La primera consiste en la iniciativa de uno o varios actores sociales para la puesta en valor turístico de un recurso cultural; la planificación estratégica debe hacer énfasis en la conjunción de intereses del destino, incluyendo a la población local; la presentación de forma comprensible y atractiva a los turistas potenciales, entendida como la accesibilidad, es

fundamental para el éxito del producto turístico cultural; la sostenibilidad constituye otro de los aspectos contemplados por el autor, tomando en cuenta la inexistencia un proyecto o paradigma de desarrollo que no pase por la imprescindible condición del desarrollo sostenible, lo cual se hace extensivo al patrimonio cultural en toda su magnitud. Los aspectos que Osácar considera —sin ser rígidos ni constituir una camisa de fuerza— son de vital importancia para desarrollar el patrimonio cultural en la actividad turística.¹³

Para el análisis de la puesta en valor turístico del patrimonio cultural se hace recomendable atender los planteamientos teóricos de la «Carta Internacional sobre Turismo Cultural. La Gestión del Turismo en Sitios con Patrimonio Significativo», de 1999, documento aprobado después de la celebración, en México, de la XII Asamblea General del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Históricos (ICOMOS). De una u otra manera, su contenido incluye aspectos tomados en cuenta por los autores antes citados. Además, sus supuestos teóricos expresan la proyección de un organismo internacional. El documento constituye una revisión de las relaciones entre turismo y cultura a la luz de los tiempos actuales, partiendo de la responsabilidad que deben poseer los pueblos en la comprensión y conservación de los valores universales del patrimonio.¹⁴ Las declaraciones allí contenidas comprometen al Consejo con una gestión responsable acerca del patrimonio, en unión con otras organizaciones internacionales y la industria del turismo. Su segundo principio valora el carácter dinámico de las relaciones turismo-patrimonio cultural. En este sentido, el dinamismo impone a los proyectos turísticos elaborados la necesidad de responder a las necesidades y expectativas de los visitantes, al tiempo que minimiza los impactos adversos sobre el patrimonio. De igual forma, esos proyectos deben tener en cuenta la protección y conservación a largo plazo de las culturas vivas, su integridad física y ecológica, así como su contexto ambiental. Estos son los desafíos a que debe enfrentarse el turismo desde una perspectiva del patrimonio cultural, como nos alerta el texto aludido. Otro principio que señala la «Carta...» es la clara comprensión que deben sustentar los proyectos turísticos en cuanto a los aspectos específicos y significativos del patrimonio en cada sitio particular. Los proyectos e infraestructuras para el desarrollo turístico deben considerar la dimensión social, estética y cultural, los paisajes naturales y culturales, las características de su biodiversidad, así como los amplios contextos visuales a la hora de crear la infraestructura turística. También reconoce que las relaciones entre turismo y patrimonio cultural suponen una coyuntura

de cambio inevitable, la cual debe asumirse desde el punto de vista del desarrollo sostenible.¹⁵

Ciudades históricas y su vinculación con la práctica turística

Espacios vivos de naturaleza singular o tipos específicos de medioambiente urbano, las ciudades históricas adquieren un papel protagónico en los escenarios turísticos actuales en países de diversas latitudes. Estas integran el patrimonio cultural de los pueblos y muestran el resultado de la práctica histórico-social del hombre. Las ciudades concentran en sus centros históricos «los edificios de mayor monumentalidad y simbolismo; se plasman espacialmente distintas formaciones culturales, aglutinando diferentes funciones y desarrollando aspectos claves de la vida social ciudadana».¹⁶ Desde luego, varios factores hacen tomar al turismo como base económica de las ciudades históricas: el declive de un largo período de actividades manufactureras, industriales y de economía de servicios, la necesidad de crear o generar una nueva actividad económica o enfrentar un alto desempleo, la percepción del turismo como una industria en crecimiento y la esperanza de que su desarrollo regenere y revitalice los centros urbanos.

A partir de los años 90, la práctica del turismo cultural en las ciudades históricas ha experimentado un importante incremento, no solo en cantidad sino también en diversidad de visitantes. Después de tanto tiempo eclipsadas por destinos de sol y playa, parece que asistimos a su redescubrimiento turístico por parte de agentes públicos y privados, quienes se han percatado de sus potencialidades culturales. Los actores sociales implicados en la gestión turística deben estar conscientes de que convertirlas en un mero producto turístico, aun cuando ello sea muy importante en la economía de la ciudad, implica asumir grandes riesgos: el desbordamiento de su capacidad de carga, la desaparición de la vida urbana equilibrada, el deterioro de las condiciones ambientales e incluso la destrucción o la pérdida del patrimonio arquitectónico y cultural.

Gran parte de los problemas de las ciudades históricas se originan por la actividad turística. Un planteamiento erróneo impide alcanzar un modelo de desarrollo turístico sostenible. Varios investigadores del Centro de Estudios Económicos de la Universidad de Venecia han aportado interesantes concepciones. Para ellos, las estrategias de gestión en relación con las ciudades históricas deben concentrarse en el control y la gestión de los flujos de visitantes. Los casos de Brujas, Salzburgo, Venecia y Florencia son ya graves debido a los impactos adversos que supone el desarrollo turístico.

Los aportes de estos autores sirven para abordar con carácter previsor el caso de las ciudades históricas cubanas, las que suman a sus valores culturales el protagonismo que han adquirido al incluirse en subregiones turísticas de destacada importancia para la práctica del turismo de sol y playa.¹⁷

Otro interesante punto de vista lo aporta el investigador Paolo Russo, al proponer lo que ha denominado «círculo vicioso del desarrollo turístico en ciudades patrimoniales». En este esquema, se delimitan cuatro fases: A, B, C y D, y se advierte una sucesión de causas relacionadas entre sí. En el tránsito de A hacia B, el desarrollo turístico se caracteriza por un elevado número de excursionistas y cortas visitas; en una segunda etapa (B hacia C) solo se visitan las atracciones centrales y se acusa un incremento de la congestión en áreas histórico-urbanas. Russo destaca dos características entre las fases C y D: un pobre retorno a la infraestructura cultural de la ciudad patrimonial y un deterioro en el grado de calidad de los productos ofertados. En una última etapa, que va de D a A, el resultado de la expansión del turismo incrementa las divergencias entre el área de costos y la de beneficios en las ciudades patrimoniales. Cada destino posee su singularidad en el trayecto del denominado círculo vicioso; diseñando una serie de intervenciones en los puntos críticos del esquema para cada destino, junto a una efectiva estrategia, se pueden atenuar los efectos del desarrollo turístico en las ciudades históricas.¹⁸

Respecto a las consecuencias del desarrollo turístico para el patrimonio cultural de las ciudades históricas, no todo el panorama es sombrío. Existen otras alternativas que toman como referencia el patrimonio cultural, entendido como un recurso de incuestionable valor. Por ejemplo, la oferta turística tradicional de las ciudades históricas no se agota con el patrimonio arquitectónico y urbanístico; se ofrece una amplia gama de posibilidades en relación con fiestas, eventos religiosos, exposiciones temporales, ciclos de conferencias, representaciones teatrales y una variada programación cultural. El legado patrimonial es su valor por excelencia; la cultura constituye su recurso endógeno máspreciado dentro de las alternativas viables al desarrollo, entre ellas, el turístico.

Sin pretender agotar el análisis sobre las problemáticas que atañen a las ciudades históricas en sus vínculos con el turismo, se han presentado aspectos importantes que unen los vértices del triángulo enunciado en el título de este artículo. No obstante, quisiéramos situarnos en el caso de estudio Trinidad de Cuba, porque constituye un laboratorio de análisis cuyos resultados se pueden extender a otras ciudades históricas del patio. La singularidad del caso posee sus antecedentes históricos en la etapa correspondiente a los años 40 y

los 50 del siglo pasado. De sus hijos partieron esfuerzos encaminados a convertir la otrora villa colonial en un «centro de atracción turística nacional en el Caribe», con interesantes ideas en su concepción que sorprenden a los actuales estudiosos del turismo. La labor del Comité Local del Turismo (1939) y de la Asociación Pro-Trinidad (1942), así lo prueba. Las potencialidades culturales de Trinidad, tanto como la práctica del turismo en ella, fueron realidades asumidas no solo en las concepciones de los representantes de la citada institución cívica. Importantes rotativos del período republicano muestran similar intención. Entre estos últimos, el Diario de la Marina, en cuyas páginas se publicó una carta escrita por el hacendado y político José Manuel Cortina en fecha tan temprana como 1938. Escribía:

Trinidad es una especie de Toledo colonial, que debe ser reparada de acuerdo con planos que se hagan cuidadosamente, siguiendo perfectamente la historia y la arquitectura primitiva de esa ciudad. Allí queda mucho y una mano cuidadosa puede restaurarlo todo. Esto marcaría una pauta para hacerlo también en algunos rincones magníficos de Camagüey, Santiago de Cuba, Baracoa, la propia Matanzas, Sancti Spiritus, etc. [...] con objeto de hacer de Trinidad un positivo foco de atracción turística y de educación histórica.¹⁹

Sin lugar a dudas, estos fragmentos expresan la importancia que merecían los atributos seculares de la otrora villa, a la hora de elegir al turismo como la solución a los infortunios que impuso la historia en el siglo XIX.

Estos antecedentes en las concepciones sobre el desarrollo turístico y sus relaciones con el patrimonio cultural sorprenden por su actualidad y trascendencia, sobre todo a partir de la reestructuración económica de los años 90. El hecho de asumir el turismo internacional como un sector clave en la redefinición de la estrategia económica en la pasada década, tuvo como principal propósito generar divisas a corto plazo para cimentar y desarrollar el resto del sistema económico cubano. Como consecuencia, a partir de 1994 tuvieron lugar cambios estructurales en el sistema empresarial turístico cubano, con la creación del Ministerio del Turismo (MINTUR). Inmersa en un proceso de diversificación del producto turístico cubano, la entidad no ha dejado desatendidas las relaciones turismo-cultura. Buena expresión de esta concepción ha sido el establecimiento de convenios y acuerdos de colaboración entre el MINTUR, el Ministerio de Cultura (MINCULT) y la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), que constituyen documentos de importante valor al analizar los vínculos entre turismo y cultura, los que podemos asociar también con el patrimonio cultural en las ciudades históricas. El dinamismo que caracteriza las relaciones turismo-cultura y las consecuencias que la

práctica del turismo imponen al patrimonio cultural de las ciudades históricas, nos ubican más allá de los requerimientos metodológicos de trabajo allí contenidos. Solo resta concentrarnos en las necesidades investigativas que surgen como consecuencia de la práctica del turismo en las ciudades históricas, y específicamente en el caso de estudio. Y también enumerar una serie de situaciones provocadas por la práctica del turismo en esta ciudad histórica: la sobresaturación del espacio de uso turístico, lo cual trae consigo estacionamientos mal ubicados que impiden una apreciación visual del patrimonio cultural; la violación de los límites, no claramente establecidos, de la capacidad de carga (en su dimensión física, acústica y perceptual); la existencia de distintos estados de ánimo en la comunidad anfitriona ante el desarrollo turístico y la insuficiente lectura del patrimonio cultural ciudadano, entre otros impactos adversos.

Acercarnos con una visión holística a los requerimientos investigativos que impone la práctica del turismo en las ciudades históricas cubanas, siempre desde posiciones multilaterales, constituye un requerimiento inaplazable. Ya es necesario conformar grupos de trabajo e investigación que aborden la problemática planteada desde disímiles puntos de vista. La utilización de técnicas y métodos de investigación de otras ciencias para el estudio del turismo se torna imprescindible. Su empleo arroja una detallada información sobre los procesos de inmigración y emigración poblacional como consecuencia del desarrollo turístico, los cambios en los patrones de la sociedad en la cultura local, las alteraciones en la psicología del vivir cotidiano y la pérdida de identidad cultural en las ciudades históricas, entre otras realidades.

Reconociendo la necesidad de ser más prolíficos en la cantidad de iniciativas generadas, que incluyan la dimensión sostenible del desarrollo en la ciudad histórica como solución a los problemas presentados, se precisa de un profundo estudio de las relaciones turismo-patrimonio cultural, una objetiva puesta en valor turístico de este, el empleo de los instrumentos de la gestión territorial y estratégica del turismo, el conocimiento relacionado con el control y la gestión de los flujos turísticos, un profundo proceso de capacitación de los agentes relacionados con la comercialización turística de tan complejos destinos, así como de aquellos especialistas culturales cuya labor se desempeña en un destino frecuentemente visitado por excursionistas y turistas. Todo, con el propósito de coadyuvar a la definición equilátera del triángulo que pretendemos conformar, cuyos vértices los componen el turismo, el patrimonio cultural y la población local.

Notas

1. La posición conceptual a la que se adscribe este trabajo concibe el turismo como un «fenómeno social que surge como consecuencia del grado de desarrollo que, en el transcurso del tiempo, ha adquirido la humanidad. Tiene sus orígenes en la industrialización progresiva, en las aglomeraciones urbanas y en la psicología del vivir cotidiano. Su evolución se ha visto ampliamente favorecida por el desarrollo de las comunicaciones y el transporte, por el aumento del nivel de vida de la sociedad, por la disponibilidad del tiempo libre y por la conquista paulatina de las vacaciones pagadas». (Miguel Ángel Acerenza, *Administración del turismo: conceptualización y organización*, Trillas, México, DF, 1994, p. 84.) El estudio del turismo será el acercamiento científico a la población fuera de su hábitat usual, a la industria como tal y a los impactos que ambos tienen entre sí, como lo asumen una serie de investigadores nucleados alrededor de la revista *Annals of Tourism Research*.
2. Véase José Antonio Donaire Benito, «La reconstrucción de los espacios turísticos. La geografía del turismo después del fordismo», *Revista Sociedade e Território*, n. 28, Ministerio de Cultura Portugal, 1998, pp. 2-34.
3. Citado por Francisco Jurdao Arrones, comp., *Los mitos del turismo*, Endymiión, Madrid, 1992, pp. 27-8.
4. Véase Dean McCannell, *The Tourist. A New Theory of the Leisure Class*, Schocken Books, Nueva York, 1976.
5. Véase Richard Butler, «The Concept of a Tourist Area Cycle of Evolution: Implications for the Management of Resources», *Canadian Geographer*, v. 24, n. 1, Montreal, 1988, pp. 5-12.
6. Véase Jafar Jafari, «La cientifización del turismo», *Estudios y perspectivas del turismo*, Centro de Investigaciones Turísticas (CISSET), v. 3, n. 1, Buenos Aires, 1994, pp. 7-36.
7. Véase Michael Hall y Simon McArthur, *Heritage Management in New Zealand and Australia*, Oxford University Press, Oxford, 1993; John Heeley, «Heritage and Tourism», *Heritage, Tourism and Leisure*, The Planning Exchange, Glasgow, 1989, pp. 3-20; Peter Fowler, «Heritage: A Post-Modernist Perspective», *Heritage Interpretation: The Natural and Built Environment*, Belhaven, Londres, 1989, pp. 57-64; Eric Cohen, «Authenticity and Commoditization in Tourism», *Annals of Tourism Research*, v. 15, Oxford, 1988, pp. 371-86; John Urry, *The Tourist Gaze: Leisure and Travel in Contemporary Society*, Sage, Londres, 1990; G. Llewellyn Watson y Joseph P. Kopachevsky, «Interpretations of Tourism as Commodity», *Annals of Tourism Research*, v. 21, Oxford, 1994, pp. 643-60.
8. Véase Francisco Jurdao Arrones, comp., ob. cit.; Emmanuel de Kadt, comp., *Turismo. ¿pasaporte al desarrollo?*, Endymiión, Madrid, 1991; Louis Turner Louis y John Ash, *La horda dorada*, Endymiión, Madrid, 1991; Aliston Mathieson y Geoffrey Wall, *Turismo: repercusiones económicas, físicas y sociales*, Trillas, México, 1990; Jeremy Boissevain, ed., *Coping with Tourist: European Reactions to Mass Tourism*, Providence, 1996; Phillip L. Pearce, *The Social Psychology of Tourism Behavior*, Pergamon, Nueva York, 1982; Agustín Santana Talavera, *Antropología y turismo: ¿nuevas hordas, viejas culturas?*, Ariel Antropología, Madrid, 1997; Valene L. Smith, ed., *Anfitriones e invitados*, Endymiión, Madrid, 1992; John Urry, *The Tourist Gaze. Leisure and Travel in Contemporary Societies*, Sage, Londres, 1990.
9. Véase Pedro Torres Moré, «El patrimonio histórico cultural y natural como factor de producción turística», en *Ciudad Virtual de Antropología y Arqueología* (www.naya.org.ar).
10. Véase Francisco Jurdao Arrones, ob. cit.

Hernán Venegas Marcelo

11. Alfredo Ascanio, «Mitos del turismo que perjudican al turismo», en *Ciudad Virtual de Antropología y Arqueología* (www.naya.org.ar).

12. Agustín Santana Talavera, ob. cit.

13. Véase Eugeni Osácar, «La gestión del patrimonio cultural para su uso turístico: el turismo cultural», *Gestión de los recursos patrimoniales*, material didáctico del máster en Gestión Turística para el Desarrollo Local y Regional, en CETT (www.cett.es), Universidad de Barcelona, España, 2004.

14. Nos adherimos a la posición conceptual que brinda el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Históricos (ICOMOS) sobre patrimonio. Este último se entiende como los paisajes, sitios históricos, emplazamientos y entornos construidos, así como la biodiversidad, los grupos de objetos diversos, las tradiciones pasadas y presentes, y los conocimientos y experiencias. De igual forma, incluye los procesos extensos de evolución histórica, que constituyen la esencia misma de muy diversas identidades nacionales, regionales, locales, indígenas y son parte integrante de la vida moderna. Existen tres características de este concepto, relacionadas entre sí: la temporalidad, la significación y la relatividad. Todo patrimonio se encuentra acotado en el espacio y en el tiempo. En ese sentido, se podría hablar de distintos patrimonios: natural, histórico, cultural, de un país, de una región, de un continente, de una persona, de un grupo social o de la humanidad. Pero, además, el patrimonio no es inmutable, varía con el tiempo: nace, se desarrolla y muere. Muere la naturaleza viva, se transforma la inorgánica, mueren las creaciones del hombre, tanto las materiales (que el tiempo y la práctica turística destruyen) como las costumbres, las tradiciones, los valores, las creencias, las maneras de pensar, ser y sentir, que se transforman.

15. ICOMOS, Carta Internacional del Turismo Cultural. La Gestión del Turismo en Sitios con Patrimonio Significativo, en www.esicomos.org. Para una mayor argumentación del tratamiento dado al turismo y las ciudades históricas desde el punto de vista jurídico y normativo, véase Pilar Lobo Montero, «Turismo y ciudades históricas en los documentos de organizaciones internacionales», *Revista Patrimonio Histórico PH*, a. XIX, septiembre de 2001.

16. Véase Manuel de la Calle Vaquero y María García Hernández, «Ciudades históricas: patrimonio cultural y recurso turístico», *Éria*, n. 47, Departamento de Geografía Humana, Universidad de Oviedo, 1998, p. 249.

17. Ídem. Véase también Miguel A. Troitiño, «Turismo y desarrollo sostenible en ciudades históricas», *Éria*, n. 47, Departamento de Geografía Humana, Universidad de Oviedo, 1998, pp. 211-27. En relación con las implicaciones del turismo en Brujas, Salzburgo, Venecia y Florencia, véase Jan Van Der Borg, Paolo Costa y Giuseppe Gotti, «Tourism in European Heritage Cities», *Annals of Tourism Research*, v. 23, n. 1, Oxford, 1996, pp. 314-5.

18. A. Paolo Russo, «The Vicious Circle of Tourism Development in Heritage Cities», *Annals of Tourism Research*, v. 29, n. 1, Oxford, 2002, pp. 165-82.

19. Véase Trinidad y el turismo, Editorial Gente, La Habana, 1954, pp. 142-3.

© ~~TRINIDAD~~, 2005.

Controversia

¿El entretenimiento es cultura?

Pedro de la Hoz
Carolina de la Torre
Alberto Faya
Rafael Hernández

Rafael Hernández: ¿Qué es el entretenimiento? ¿Qué formas de uso del tiempo libre constituyen lo que podría definirse como entretenimiento?

Carolina de la Torre: Cuando las personas se reúnen y realizan actividades en conjunto, producen formas de relacionarse e invertir el tiempo libre, que son cultura. Producimos cultura y también somos producidos por la cultura, como seres humanos desarrollados. El entretenimiento es un producto de la cultura creado por las personas que viviendo conjuntamente, en determinadas situaciones y épocas, desarrollan formas de divertirse, distraerse, pasar el tiempo, de hacer menos tedioso el transcurso del tiempo.

El entretenimiento como forma de expresión resulta muy difícil de analizar por sí solo. La calidad del entretenimiento o de lo que entretiene a cada cual es muy variable y subjetivo. Lo que para algunas personas es un trabajo, para otras puede resultar muy entretenido. Por ejemplo, en mi caso, muchas de las cosas que hago para entretenerme tienen que ver con mi profesión. ¿Qué parte del tiempo libre es entretenimiento, si el tiempo libre es el residuo del que se invierte en trabajar? Pensemos en una persona que trabaja en un lugar una parte del tiempo, y le queda libre otra parte; ese otro tiempo lo invierte en reproducir la vida de su hogar —lavar, planchar, cocinar— en transportarse o en satisfacer sus necesidades fisiológicas, y a veces a alguna gente no le queda ningún tiempo después de todo eso. Se supone que tiempo libre es aquel del que se puede disponer según la inclinación personal, y que ayuda a la persona a sentirse mejor, a recrear su espíritu, a superarse intelectualmente, a distraerse, a pasar el tiempo. ¿Qué partes de ese tiempo libre son entretenimiento? Prácticamente pudieran ser todas. Algunas

personas en su tiempo libre dicen: «no estoy haciendo nada», y se sientan en el balcón a conversar, porque se entretienen con eso. Por tanto, entretenimiento puede incluir una gran variedad de actividades, desde deportivas, hasta disfrutar de cualquier tipo de manifestación cultural, como ver un espectáculo de baile o bailar. La actividad lúdica, propia del ser humano, está incluida en el entretenimiento; surge desde que el individuo nace, se desarrolla espontáneamente, pero inmediatamente empieza a culturalizarse. El del juego es la primera experiencia mediante la cual los niños aprenden normas. También constituye entretenimiento sembrar un jardín, un huerto, y aprender acerca de las plantas. Y, naturalmente, ver la televisión o ir de compras, y otras actividades que nos parecen culturalmente más criticables, como las peleas de gallos o de perros, u otros juegos para apostar.

¿En qué medida podemos definir qué es entretenimiento y qué no? A cada persona la pueden entretener cosas que no entretienen a otras; sin embargo, como vivimos y nos desarrollamos socialmente, en una cultura determinada, puede ser que se tienda a fomentar o a estimular determinados valores en esa cultura, mediante determinadas formas de entretenimiento. Por tanto, a reserva de lo variable que puede ser lo entretenido para cada persona —la frase vulgar es desconectar— hay muchas cosas que se generan en el entretenimiento, como la creatividad, la competitividad, la capacidad de desarrollar habilidades mentales. Es muy interesante considerar cuáles tenemos y cuáles podemos estimular porque nos parecen culturalmente favorables. Cultivar el entretenimiento es también cultivar a la persona, e influye en lo que decidamos hacer cuando tengamos tiempo libre.

Alberto Faya: Como conozco las preocupaciones que tiene Carolina desde el punto de vista social, no me sorprende que cuando ella lista las actividades de entretenimiento, la mayoría resultan ser aquellas en las que el individuo, en tanto persona, se está relacionando con otras o tratando de hacer algo relacionado con otras. Sin embargo, hay muchos entretenimientos en los cuales esa relación cada vez se disminuye más. Por ejemplo, hoy, por una gestión burocrática que debía hacer, llegué a un lugar donde había una enorme cantidad de personas que estaban en mi misma situación. Para pasar por ese trago amargo que me llevó hasta las once de la mañana, decidí optar por dos formas de entretenimiento completamente diferentes. La primera fue tomar una serie de notas para venir a este panel. Me entretuve de esa manera, aislándome del lugar en que estaba, realizando una actividad relacionada con ustedes, es decir, con una función social que podría resultar útil. Al cabo de un rato, opté por cambiar de entretenimiento y utilizar un aparatito que me regalaron para jugar solitario. Me entretuve también durante mucho tiempo, y me enajené de mi alrededor, pero con un entretenimiento muy diferente, me estaba separando de del resto de las personas para ensimismarme sin muchas más relaciones de tipo social. Los entretenimientos —como decía Carolina— no son iguales para todas las personas, ni siquiera para todos los grupos de personas.

Pensando como músico, se me ocurre un ejemplo de la historia de la música. Handel creaba obras para el entretenimiento de los reyes de Inglaterra y de la nobleza inglesa. Se sentaban al borde del Támesis y escuchaban la música escrita por Handel para que la pasaran bien, sin mayores consecuencias, porque esas gentes tenían mucho tiempo libre para dedicarse a disfrutar. Era una actividad básicamente lúdica. Igual ocurre en *Batler*, esa fantástica película protagonizada por Gerard Depardieu, en la cual su personaje es el encargado de preparar los espectáculos para Luis XIV. O sea, eran entretenimientos para la nobleza cuya función social estaba muy limitada.

En la medida en que va pasando la historia, como en todos los aspectos de esta vida, el carácter mercantil se hace presente, cada vez más y, claro, los entretenimientos van siendo objeto de mecanismos de mercado. Vemos cómo hoy día se nos provee de cosas —como me proveyeron a mí del aparatito—, para

enajenarnos completamente, pasa salirnos de la realidad. Ese mecanismo de enajenación forma parte de la cultura contemporánea. Es el mismo horroroso mecanismo que lleva a un niño a pasarse horas en un juego de computadora, en el cual la violencia es tremenda, y se aísla de la sociedad, queda completamente fuera de su contexto social, como resultado de un proceso de fragmentación, en virtud de un mecanismo de entretenimiento. Ese proceso de fragmentación es deshumanizante, reduce al mínimo y hasta hace desaparecer a veces la relación de los individuos entre sí. Los desarrollos tecnológicos de la radio, el cine, la televisión, el video, contribuyen a ese proceso de fragmentación del individuo, facilitando las posibilidades de entretenimiento individual, aislado, sin relación con otros seres humanos. No se trata de que no haya mensajes a través de esos medios que tengan valores humanos profundos y que también pueden servir de entretenimiento. Estoy haciendo hincapié aquí en el entretenimiento deshumanizador, enajenante, al cual nosotros, como seres humanos, estamos siendo sometidos. Ese entretenimiento, más para mal que para bien, también forma parte de nuestra cultura.

Rafael Hernández: Alberto ha tocado dos aspectos relacionados con la segunda pregunta. Decía que el entretenimiento que le proporcionaba Handel a los reyes ingleses era para que la pasaran bien. ¿Será que la experiencia cultural ligada al entretenimiento se diferencia de la no ligada en que la primera es para «pasarla bien», y la segunda requiere un esfuerzo que no necesariamente está relacionado con un goce o un placer físico o psíquico?

Pedro de la Hoz: Es muy buena la pregunta. Hay que ir a las raíces del entretenimiento para ver cómo en el mismo origen de la palabra, de la actividad y del concepto, está relacionado con «pasarla bien». El término de origen latino usado universalmente para calificar el entretenimiento, es el ocio. No sé por qué perversión en los usos lingüísticos a veces vemos el ocio como el no hacer nada, cuando justamente los latinos diferenciaban el ocio del negocio, como dos actividades contrapuestas y diferentes. Mientras que el negocio era justamente la actividad interesaba a la reproducción económica del sistema, el ocio representaba el tiempo en el cual no se reproducía materialmente ese sistema. Por supuesto, en una sociedad esclavista ni el negocio ni el ocio atañían a los esclavos, sino a la clase dominante, que era la que negociaba y «ociaba» –por emplear un brutal neologismo–, y el ocio era justamente el tiempo reservado para «pasarla bien», para descansar, era el tiempo libre que luego ha sido analizado por los estudiosos. Es el tiempo que queda justamente para reproducir, para que el ser humano reproduzca su fuerza productiva, su capacidad creativa y material. Por tanto, en ese tiempo «para pasarla bien», quienes la siguen pasando bien son las clases que diseñan el ocio, su espacio para el descanso. El ocio resulta ser entonces una categoría histórica, y se pasa bien de muy diversas maneras, bien dejando sedimentos culturales, o bien con otro tipo de actividad que culturalmente no deje ningún sedimento. Pero, definitivamente, el ocio siempre es para pasarla bien –para hacer algo ajeno a la solución de las necesidades materiales.

Rafael, la respuesta a tu última pregunta depende de los recursos intelectuales que cada individuo —y grupos de individuos a través de su evolución histórica— disponga para pasarla bien. Si hay recursos intelectuales pobres, si no se cuenta con horizontes espirituales amplios, el ocio puede parecer un reto inalcanzable, y no una propuesta realmente enriquecedora. En muchos casos hay grupos de individuos —fundamentalmente después que surge la industria del ocio, que nos conduce a otro estadio del problema— para los que el ocio se ha convertido en un negocio. Esto comenzó desde la Edad Media, y sobre todo en la modernidad, con el desarrollo de las industrias del entretenimiento. En la modernidad se diseñan espacios, se imponen necesidades y hábitos culturales por parte de las clases dominantes a las

clases dominadas que no están todo el tiempo en la producción material y tienen determinado tiempo libre. Las clases dominantes necesitan entonces diseñar ese espacio para que se siga reproduciendo una manera de pensar, una ideología que no moleste, que no vaya contra sus intereses. De ahí que, en estos momentos, en el mundo se inviertan miles de millones de dólares en la industria del entretenimiento, y se diseñen espacios donde la subcultura resulta predominante y las cosas están pensadas para que grandes masas las pasen bien con recursos estéticos muy empobrecedores.

Rafael Hernández: ¿Esto podría reflejarse en el hecho de que hoy se utilice en los países anglófonos el término *entertainment* para identificar esta industria —y no el de arte popular, o el de espectáculo, o el de actividad artística?

Pedro de la Hoz: Tiene que ver con eso justamente —y no solo en esos países. Hay una perversión mediática que ha ganado escala universal: la segregación de la cultura del entretenimiento o del espectáculo. Cualquiera puede abrir un periódico de Singapur, El País de España o El Clarín de Argentina, y encontrar que en las páginas culturales solo se habla de las bellas artes, mientras que todo lo demás es espectáculo o entretenimiento. En las televisoras se presenta una programación de entretenimiento y otra cultural. Y no se trata solo de un fenómeno del mundo capitalista, desgraciadamente la mimesis de todo esto y la penetración de hábitos culturales heredados por siglos, hacen que, incluso en nuestra televisión, haya una programación educativo-cultural, y una programación de entretenimiento. Es el lenguaje con el cual la burocracia que dirige los medios se refiere a este ordenamiento, donde existe una esquizofrenia entre cultura y entretenimiento.

Rafael Hernández: A partir de todas estas definiciones sobre el significado de lo que abarca el entretenimiento, incluyendo aspectos identificados eventualmente como enajenantes, mi siguiente pregunta sería: ¿en qué medida el entretenimiento promueve valores culturales? ¿Esos entretenimientos «no culturales» no están definiendo una forma de conducta, de comportamiento y de valores que son toda una cultura —y a veces una cultura más aplastante que la que se identifica aquí como la verdadera?

Alberto Faya: En esto entra la función del arte y de los artistas. Es muy difícil concebir un espectáculo de entretenimiento ajeno a un trabajo artístico, cualquiera que este sea. Incluso en el diseño de los juguetitos de video de que hablé antes, subyace una concepción artística, un diseño, un trabajo, donde los artistas son utilizados a partir de sus capacidades, para inducir determinado tipo de ideas que al final —en el caso de los juegos— van a llenar el bolsillo de alguien. ¿Por qué? Porque el pensamiento y la labor artística, con su capacidad generalizadora, pueden instantáneamente reflejar una situación local, nacional o incluso universal, que le puede servir a una persona como síntesis de lo que está sucediendo. Esa es una tremenda posibilidad del arte, que ha sido utilizada para la industria artística y para la del ocio, muy vinculada a la artística. Se trata, pues, de conceptos muy cercanos a lo que estamos acostumbrados a llamar cultura. Esta posibilidad se ha explotado al máximo en el siglo xx. Por ejemplo, cuando una persona se sienta a ver una telenovela, simplemente para entretenerse, se encuentra ante un trabajo artístico, mediante el cual se transmiten determinados mensajes que pueden serle gratificantes, y hasta útiles. Sin embargo, en la medida en que esos mensajes para entretener estén relacionados con el interés fundamental de hacer dinero, comienza a limitarse el horizonte de posibilidades sociales que puedan ofrecer. Existen entretenimientos profundamente importantes para cada individuo y para la sociedad. Digamos, leer una novela, como *El Quijote*, que entretiene y brinda al ser humano una cantidad de posibilidades que pueden ser utilizadas socialmente por él.

Rafael Hernández: Sigo interesado en saber qué puede ser un entretenimiento y hasta qué punto puede promover o no valores culturales. Cuando hablamos de cultura siempre le damos una connotación positiva al término, como si no hubiera rasgos de la cultura que pueden ser enajenantes. Soslayamos a veces que, por ejemplo, puede haber una cultura racista, o elementos de machismo en la cultura, entre otros componentes negativos, pero reales. Me pregunto: si esos elementos no son culturales, no son parte de la cultura real, ¿dónde están entonces? Si valores como el racismo o el machismo se adquieren desde la infancia es porque están en la cultura. ¿Cómo hacemos esta distinción? ¿En qué medida se asocia esta distinción a nuestra idea del entretenimiento?

Carolina de la Torre: El concepto de cultura es amplio, incluye las formas en que vivimos y nos desarrollamos —cambiantes, por supuesto—, en diálogo con el mundo. Pero también la manera en que nos entretenemos.

La cuestión es cómo nuestra cultura pudiera —o no— promover que el entretenimiento genere, a su vez, valores culturales. Cómo hacerlo, tratándose de un entretenimiento individual, o de cualquier otro tipo, incluso no orientado a aumentar el conocimiento, pero que sí puede desarrollar habilidades o aptitudes para determinadas labores manuales, estimular la agilidad mental, la capacidad de desarrollar intercambios, los valores de honestidad, de respeto de las reglas, de posibilidad de interactuar con otras personas, así sea en un juego de mesa o cualquier otro. Hay muchas formas en que los distintos tipos de entretenimiento pueden generar valores culturales.

Quizás nos tengamos que poner de acuerdo sobre cuáles son los valores culturales que desearíamos promover. Pudieran ser aquellos que tienen que ver con el aumento del conocimiento, con ser mejores personas, más cultas, más cooperativas, con desarrollar habilidades, estimular la creatividad, aumentar la capacidad de imaginación, la respuesta rápida, entre otros. Ahora bien, hay que tener cuidado con ciertos decretos, como sería el caso de postular que ciertos entretenimientos son buenos y otros malos.

Me puse a buscar en Internet los vínculos entre palabras claves en este campo, y las dos que más relaciones tienen eran precisamente entretenimiento y cultura. Hay conceptos nuevos como entretenimiento productivo, entretenimiento educativo, entretenimiento activo —que se parece al descanso activo. No podemos permitirnos descansar o enfrentar el ocio si no sentimos que hacemos algo que pueda tener un resultado, donde aprendamos algo, donde nos desarrollemos en cualquier vertiente, desde la habilidad manual para armar un cubo, hasta los grandes valores humanistas relacionados con la literatura y el arte. Es necesaria una mente muy abierta para tolerar una gran diferencia de entretenimientos y mantener una gran atención para generar valores culturales —o al menos para no dañarlos.

En el Centro Juan Marinello se han hecho investigaciones sobre cómo pasa la gente el tiempo libre o cómo se entretienen las personas, lo que distingue a diversos grupos culturales. Se habla de la cultura empresarial y de la cultura de un pueblo. La palabra cultura abarca formas de relaciones que la gente establece en distintos lugares. Hay muchas y muy diversas formas de entretenimiento que pueden generar valores culturales, y también ser muy diversos.

Pedro de la Hoz: Respecto a tu pregunta, creo que todo lo que hacen los seres humanos en la etapa de ocio tiene un sentido. Uno recibe usualmente mucha información, aunque aparentemente no haga una actividad consciente, como la de leer un libro, y solamente mire un paisaje o la puesta del sol. Esa actividad, plena de sentido, lleva asumir un valor cultural determinado. Todo lo que se haga en el tiempo libre tiene un sentido cultural, lo que sucede es que hay sentidos y sinsentidos culturales.

Hay prácticas culturales empobrecedoras, diseñadas —como dije al principio— para que el hombre siga siendo pobre, que no se cuestione, que repita lo mismo; para que sea inerte o hasta pervertido; mientras que otras prácticas culturales, desarrolladas durante el ocio, pueden ser enriquecedoras, estimulantes, creativas. No siempre hay que relacionarlas con el conocimiento, pueden ser simplemente prácticas. Si comparamos la industria del ocio con lo que llamamos la cultura artística y literaria, el negocio más grande que hay dentro de la industria del espectáculo es el deporte. Uno de los grandes negocios de este tiempo es el fútbol, y el deporte en general, sobre todo desde que existen los grandes imperios mediáticos, que explotan su gran consumo. El dinero que se mueve alrededor de las transmisiones de fútbol a nivel mundial constituye inversiones gigantescas. Mucha gente en el mundo dedica los domingos a ver los partidos de fútbol y se quedan embobecidos —en el mejor sentido de la palabra— viendo un juego durante noventa minutos; e incluso programaciones de partidos sucesivos de acuerdo con los husos horarios. Esa es una práctica que puede resultar culturalmente útil. Pero hay que diferenciar entre el valor cultural que pueda tener para un aficionado al fútbol que va a ver ganar a su equipo por nada, porque le gusta, por pasarla bien, por sentirse parte de ese colectivo que anota el gol, del de un hooligan inglés, marcado por otros valores y que se entretiene gritando en un estadio, sacándose la camisa, tomando una porra para golpear a los jugadores —ganen o pierdan en el partido. Los dos han sido espectadores, han consumido los noventa minutos de un mismo partido, pero tienen valores diferentes, marcados tanto por el individuo como por la sociedad y el contexto donde se realiza esa práctica.

Es necesario, por tanto, apreciar el sedimento cultural que deja el entretenimiento y las prácticas culturales relacionadas con él, el uso del tiempo libre, en su relación con el contexto social, con los intereses creados y con el nivel de manipulación del entretenimiento en la sociedad contemporánea, que es muy grande. A veces, se induce imperceptiblemente a un individuo a una práctica determinada y a que no encuentre en ella su utilidad, sino solo sus aspectos más reductores.

Rafael Hernández: Podríamos decir que el entretenimiento está asociado con experiencias culturales que identificamos como constructivas o positivas. Sin embargo, también aquí podría identificarse una diversidad de percepciones. Pensemos en dos individuos, uno que toca un adagio en un violín, y otro una rumba en un cajón. Pudiera ser válida la pregunta: ¿hay uno que está produciendo entretenimiento y otro realizando una actividad culturalmente auténtica? Y también esta otra: ¿lo que en una época fue entretenimiento puede no serlo ya en un momento determinado? ¿Por qué oír el violín pudiera no ser un entretenimiento para muchísima gente que no lo disfrutan como tal, mientras que algunos pudieran incluso sentir que oír el violín puede ser espiritual o culturalmente bueno, pero quizás no precisamente entretenido?

Pedro de la Hoz: Piensan que es un trabajo, que requiere un esfuerzo.

Rafael Hernández: Digamos que sí. ¿Qué diferencia podría hacerse desde el punto de vista de esas distintas percepciones?

Pedro de la Hoz: Depende de la formación cultural, precisamente por los contextos. Los modos o las prácticas de entretenimiento tienen también una caducidad histórica, deben insertarse en una práctica histórica, algunas con determinada caducidad, otras permanentes. Yo hablaba de la puesta del sol. Para muchas personas a lo largo de la historia y de diversas geografías, verla es una manera de dedicar el tiempo libre. Es casi una práctica emotiva común dentro de los usos posibles del tiempo libre. Ahora bien, si ciertas prácticas culturales, en el tiempo libre, se ven como esfuerzo, retos o desafíos, cuando el individuo esté frente a ellas —porque

no las entienda o no posea los conocimientos necesarios para apropiarse de ellas— pueden pasar dos cosas: que los rechace o que se proponga integrarse a ellas, tratando de descubrir si hay algo interesante, si puede compartir algún aspecto de esas prácticas. Puede ser que le falten también los conocimientos para llegar a ellas, y las percibe entonces como un trabajo.

Hay que tener mucho cuidado con eso —y entiendo tu pregunta como un aviso de alerta—, a la hora de promover determinados valores culturales a través del entretenimiento; o sea, de orientar el uso del tiempo libre en nuestra sociedad hacia prácticas que pueden resultar contraproducentes cuando se hacen de una manera obligatoria. En primer lugar, el hombre se entretiene —aunque a veces lo empujen hacia ello, incluso a través de muy siniestras manipulaciones—, pero con lo que le gusta. Por eso decía que el entretenimiento tiene como requisito *sine qua non* pasarla bien. Por ejemplo, no la puede pasar bien un grupo de muchachos que sean obligados a ir a un concierto sinfónico porque sí, porque es bueno que vayan. No van a sentirse bien, se entretendrán realmente cuando disfruten —y utilizo intencionalmente este verbo— la práctica sinfónica. Se sentirán mucho mejor —para seguir con tu ejemplo— cuando sean capaces de disfrutar tanto la práctica sinfónica como la rumba de cajón. De lo contrario es una tarea, en la cual no están interviniendo ni pasándola bien. Es una imposición, y los modelos no se imponen. En una sociedad como la que queremos, el individuo tiene que pasarla bien de verdad. Esa sociedad debe facilitarle los recursos para que pueda entretenerse con la mayor cantidad de actividades recreativas posibles.

Carolina de la Torre: Voy a poner un ejemplo de un prejuicio. Tengo a mis dos hijos menores, Claudia y José Manuel. José Manuel siempre pareció que era el «no culto», porque le gustaba jugar al baloncesto, estar viendo los equipos en la televisión. Y Claudia, la «culto», porque va al teatro, al cine, conoce autores, obras. Esto es un prejuicio total, porque José es el que se conoce los equipos, los deportistas, qué países están al frente de los grupos en las Olimpiadas o como funciona la fisiología y el cuerpo humano. La cultura es también —aunque no lo único— acumulación de conocimientos, ampliación de los horizontes, incorporación de cosas que nos van alejando cada vez más de la condición primitiva y natural, irnos separando del comportamiento espontáneo, e ir adquiriendo patrones en sociedad; y como tal es muy diversa. Con mi ejemplo estoy tratando de responder la pregunta de Rafael: la rumba de cajón y el adagio en el violín son ambas expresiones culturales. De cierta manera —como escribió Magaly Muguercia, en un ensayo que no sé si publicó—, todos somos cultos. Entonces la tarea no es solo hacer de las personas individuos más cultos, en el sentido estrecho, sino a nuestra cultura (la de nuestro tiempo y nuestro lugar en el mundo) más productora de valores, más ecológica, menos machista o menos agresiva. Tenemos que tratar de que el concepto amplio de cultura deje de ser una declaración académica, incluyendo en esto al entretenimiento.

Para responder la pregunta sobre la diferencia entre lo entretenido y lo culturalmente auténtico hay que partir de lo que se entiende por valor. Un valor es la creencia en que determinado tipo de práctica, fenómeno, forma de comportamiento, es preferible respecto a otro, y por tanto es circunstancial. Es creado en una cultura, en un momento y para un grupo determinados. Es, quizás, un patrón ético o estético con el cual nos sentimos comprometidos. Por eso lo que es un valor para algunos grupos, puede no serlo para otros. Por ejemplo, en un momento de la historia, ir al circo romano y ser capaz de pelear o de matar podía ser un valor, un patrón estético, moral, con el cual existía un compromiso.

¿Qué genera valores? Las distintas prácticas. Somos más cultos, más desarrollados, en la medida en que nuestros entretenimientos sean más diversos, y vayan en armonía con los sistemas de valores de cada grupo social. Sabemos qué constituyen valores

en nuestra época y nuestro contexto. A casi todo el mundo —y a mí también— le resultan desagradables las peleas de perros que se hacen hoy en día. Es una práctica sanguinaria, se lastima a los animales, va en contra de la ecología. A lo mejor llega el momento en que pensemos lo mismo del boxeo. Todo eso tiene que ver con nuestro sistema de valores.

Los entretenimientos que producen valores son aquellos que estimulan determinados patrones éticos y formas de pensar, de desarrollarse, aceptadas y consideradas prestigiosas o alabables en una cultura determinada. Por eso el entretenimiento hay que verlo como sistema y en relación con el no entretenimiento. Lo que entretiene a la gente guarda mucha relación con lo que hace cuando no se entretiene. Cuando el entretenimiento enajena y nos aleja de producir, de trabajar, se convierte en adicción, por muy generador de habilidades que sea. Se convierte en algo que perjudica el resto de lo que debe ser la vida de un ser humano, y también es nocivo.

Alberto Faya: Quisiera ampliar un poco sobre la relación entre el entretenimiento y la generación de valores. Para mí es un placer tratar de llevarle a la población cubana todas las semanas durante veintisiete minutos, a través de un programa de televisión, una cantidad de mensajes relacionados con culturas, prácticas, valores —no solo artísticos, sino un poco más generales— que no son muy conocidos, de los cuales hay una información muy pequeña. Se trata de culturas que tradicionalmente se han movido, en gran medida, con valores ajenos a los nuestros. Por ejemplo, en uno de los programas voy a presentar una danza hindú. En tanto promotor de un conjunto de valores, me estoy jugando una carta, porque los que están frente a un televisor son dueños de la posibilidad de adquirir esos valores o no, y si eso no está dentro de los códigos con que esas personas funcionan, pueden cambiar de canal o apagar el televisor, y se pierde la posibilidad de que les llegue el mensaje. Por tanto, tengo que tratar de inducir esos nuevos valores mediante mecanismos que resulten agradables y entretenidos a esas personas. Si trato de inducir valores nuevos, tengo que hacerlo con la mayor cantidad de elementos de entretenimiento y placer. En este proceso de adquirir y proporcionar valores a otros seres humanos, el entretenimiento desempeña una función importante. También puede resultar contraproducente e incluso negar valores, o aislar a las personas y enajenarlas de su carácter humano; solo entonces comienza a no ser tan bueno. Por lo general, ese tipo de entretenimiento está en función de intereses mercantiles de determinados grupos sociales.

Rafael Hernández: Voy a ser el abogado del diablo una vez más. Cuando la diferencia está entre el entretenimiento «una buena película» y el entretenimiento «peleas de perros», resulta fácil decidirse, porque, salvo grupos minoritarios, el patrón dominante es la película. Pero hay veces que uno no quiere dedicarse a aprender sobre las danzas hindúes ni sobre la música asiática, y si bien no quiere tener una actividad culturalmente negativa, prefiere no pensar, porque está muy cansado, aunque no necesariamente haya estado cortando caña. Esta opción de no pensar es la que puede hacer preferir una película de otra, y tener más necesidad de una música que le haga olvidar los problemas de la vida, porque siente que lo requiere su equilibrio mental. Comentarios sobre esta afirmación.

Pedro de la Hoz: Es un deseo muy legítimo, que refleja también una opción. La persona que hace eso, aunque pueda ser un profesional, está respondiendo también a un patrón cultural. Siempre he sospechado de la desconexión y del no-pensamiento como actitud. Hay diversas maneras de «conectarse» en el tiempo libre. Necesariamente también hay que diferenciar las funciones diversas de las prácticas artísticas. Hay funciones que tienen un carácter más lúdico que otras. Lo que sí puede ser legítimo

es que alguien prefiera para determinada hora, un tipo de actividad más ligera, menos comprometida, pero nunca no pensante ni desconectante. También hay diferentes lugares y espacios. Una persona con una vida cultural más intensa es capaz de pasarla bien, tanto viendo algo que aparentemente sea para no pensar, aunque en definitiva siempre se piense algo, como en el ejemplo anterior de un partido de fútbol, —que, por cierto, también posee una estética determinada hasta en la forma de organizar el juego. Ver el partido, digamos, de cinco a siete de la noche, y después leer un libro que le aporte conocimientos, o uno de poesía. Mientras el individuo sea más integral, más puede encontrar diversas emociones y enriquecerse con diferentes experiencias, pasarla bien y descansar. Al menos así veo el modelo de entretenimiento, y de hombre y mujer entretenidos, que me place a mí.

Reitero que sospecho de los no pensantes, porque por el camino del no pensar y de «desconectar», llega uno a desconectarse totalmente de la realidad y elegir justamente prácticas enajenantes y embrutecedoras, aunque se trate de un profesional.

Carolina de la Torre: Estoy de acuerdo con la posición que acaba de expresar Pedro. Sin caer en una visión elitista, es cierto que las personas, en la medida en que están más cultivadas —en el sentido más amplio de la palabra y en cualquiera de sus dimensiones— pueden entretenerse con una mayor diversidad de actividades, incluso si se sientan solas en la computadora, pues estoy de acuerdo con lo que dijo Alberto. Descubrí una vez, sentándome en la computadora con mi sobrino —un niño que se pasa el día entero jugando ante la pantalla— que él se entretenía con un juego consistente en visitar capitales, así como con tres o cuatro juegos extraordinariamente instructivos que le abrían las puertas al mundo. Antes que todo, es necesario abrir la mente, considerar con flexibilidad muchas posibilidades de entretenimiento, y pensar que todo lo que no dañe los altos valores que nos proponemos, pudiera resultar válido, considerable y a lo mejor propicio para estimularlos, sin dañar valores universales.

Pedro de la Hoz: Carolina, tú también hablabas del problema de las adicciones.

Carolina de la Torre: El entretenimiento te puede alejar de trabajar, de vivir, de producir, y entonces se es un adicto como puede serlo un alcohólico. Incluso, una gran cantidad de la población se entretiene bebiendo.

Rafael Hernández: Más que con las peleas de perros.

Carolina de la Torre: Mucho más. Dicen: «me voy a tomar una botella para entretenerme». Esa forma de entretenimiento es una adicción. Por eso aclaro que se trata de favorecer nuestros valores y los valores universales.

Alberto Faya: Pedro llamaba la atención sobre la industria del ocio y del entretenimiento, y se refería a la diferenciación que se hace hoy entre el artista y el entertainer. El entertainer siempre es más ligero, trata de que la gente simplemente la pase bien, quede más o menos hipnotizada, y vuelva —por esa necesidad que todos tenemos de descansar— a encontrar ese descanso en una actividad que no conduce a nada, que la endroga. Como decía Pedro, se trata de pasar el tiempo, no hacer nada, evadirse, mediante un proceso de enajenación sobre el cual se instala toda una enorme industria, que forma parte de esa mala cultura contemporánea.

Rafael Hernández: Tienen la palabra los asistentes. Preguntas o comentarios que quieran hacer en relación con lo que se ha dicho o con lo que no se ha dicho.

Ramón García: La doctora Carolina hablaba sobre el entretenimiento como un proceso. Alberto Faya se refería a la fragmentación del hombre, la manipulación

de que es objeto. En el fondo lo que está debatiéndose es la apropiación de la condición humana del hombre, a partir de cómo se establece esa relación objeto-sujeto; es decir, en qué medida se es objeto o sujeto en ese proceso. Esa moneda tiene dos caras. Por un lado, están los actos de manipulación de lo social y, por otro, las posturas regresivas y evasivas que eso genera. Si uno observa la forja del sujeto popular en el siglo xx cubano, incluido el proceso revolucionario, puede constatar las diferencias entre la eclosión de cultura popular en los años 60, y luego la emergencia de tendencias tecnocráticas, homogeneizadoras y simplificadoras durante los años 70 y 80, que se extienden a los 90. No se trata de un proceso lineal. Cómo pudiéramos leer esa experiencia histórica a la luz de lo que han planteado los panelistas en torno a la relación objeto-sujeto. Esa es mi pregunta.

Denia García Ronda: Me pregunto cómo se puede formar ese nivel de gusto en relación con el entretenimiento o del ocio, como decía Pedro. Como él decía, no se puede obligar a las personas —tengan la edad que tengan— a que gusten de una actividad determinada en su tiempo libre. ¿Cómo se puede lograr que una persona o grupos de personas se entretengan con un concierto de violín, con El Quijote, o algo equivalente? Veo ahí una contradicción. Si se trata de llevar el conocimiento, el entretenimiento cultural, mediante algo agradable, que pueda gustar, ¿cómo lograrlo? Quizás llevando al niño a un concierto desde que es chiquito. Sería difícil ponerlo a escoger: ¿qué te gusta más, un juego de pelota o un concierto?, ¿un libro de lectura o un pitén en la calle? Esa preocupación la he tenido siempre y quisiera que comentaran al respecto.

Josefina Suárez: Pedro de la Hoz rechazaba la disposición a desconectarse. Mi pregunta es cómo explicar, desde el nivel externo, ese fenómeno tan extendido del deseo de descanso, aunque sea realizando una actividad tonta, ligera, viendo una comedia estúpida. Propongo que se profundice sobre ese fenómeno.

Denia García Ronda: Quería agregar algo sobre el problema de la separación de que hablaba Faya. No hay nada más solitario, por ejemplo, que la lectura. El individuo se aísla durante un tiempo, pero eso lo hace ser mejor persona, ser más colaborador. El propio creador de literatura es también un solitario. ¿Ese aislamiento tiene un efecto negativo?

Carolina de la Torre: Sin la intención de poner a los aquí reunidos a practicar psicoterapia de grupo esto, sería bueno preguntarnos: ¿qué nos pasa? Cuando yo quiero saber algo, lo primero que hago es preguntarme qué me pasa a mí. De otra manera, lo intelectualizamos todo. ¿Qué nos pasa a nosotros, los aquí presentes, con el problema del entretenimiento?, ¿con qué nos entretenemos, si necesitamos entretenernos?

Alberto Faya: Desde que se inventó la imprenta para acá, la condición solitaria se ha ido globalizando cada vez más. Los llamados internautas gastan horas buscando información. Ahora bien, no es lo mismo leerse Rayuela en solitario, que una novela de Corín Tellado. Rayuela produce un placer, y le permite a la persona manejar una cantidad de códigos; se trata de un placer y un entretenimiento que después se devuelve de alguna manera a los semejantes. Hay una literatura que no lleva a la persona a la vida, sino que la enajena. Cuando hablo de solitarios, hablo de esa enajenación, que lo lleva a salirse de la realidad. Leer un buen libro le hace a uno entrar en la realidad de una manera muy específica, interesante y útil.

Por supuesto, hay tantos gustos como seres humanos. No se puede conjugar el verbo gustar en imperativo, nadie puede decirle a otro: «gusta esto». El gusto es un

ejercicio totalmente individual, algo que uno «escoge», y ese entrecomillado expresa una relación social que define también la calidad y característica del entretenimiento. Conozco a personas muy respetables, seres humanos únicos, que han llegado a decir que para ellos la felicidad es la lucha.

Pedro de la Hoz: Voy a referirme a tres cuestiones de manera telegráfica. La primera es la planteada por Denia. Pienso que se trata de un problema muy difícil, pues aunque los gustos sí se forman, en ese proceso inciden factores complejos, materiales, sociales, intelectuales, contextuales. Tengo conciencia de que es una pregunta ineludible, si se aspira a dar un salto de calidad, pero resulta retardadora.

La segunda cuestión tiene que ver con lo apuntado por Alberto. Al que lee a Corín Tellado y le gusta, lo que le complace es que Corín Tellado le está proponiendo un modelo ilusorio, que puede disfrutar y pasarla bien, sintiéndose como protagonista de una de esas novelas. Generalmente, esta es una literatura dirigida a cierto público femenino, orientada a imbuir determinadas maneras de pensar, que le induzcan un papel determinado en las relaciones sociales. Este modelo que se busca reproducir en las cabezas de esas lectoras hace que estas la pasen bien, pues para eso está diseñado. Ahora bien, quiero llamar la atención sobre una cuestión que surgió desde el principio del panel. En mi opinión, se debe distinguir entre las tecnologías y sus usos. Navegar en Internet o leer, esas actividades «solitarias» no lo son tanto, pues también se chatea a través de Internet; y cuando se lee un libro —independientemente de si es buena o mala literatura— el lector es el menos solitario del mundo, porque se ubica entre esos personajes y se siente acompañado por ellos. Esa es, al menos, mi manera de leer. Tanto la imprenta como las llamadas nuevas tecnologías digitales adquieren valor a partir de su utilización.

Ramón nos proponía otro problema, otro debate, que es mucho más complicado. La periodización que él hace sobre la relación sujeto-objeto, en el proceso de las prácticas culturales desde 1959 daría lugar para otra mesa muy polémica, en la cual sería necesario juntar diversos puntos de vista. Creo que ha habido una demonización de determinados períodos, así como la angelización de otros. Para mí, que he sido protagonista desde abajo, recibiendo palos y muchas cosas más, hay mucha tela por donde cortar.

Carolina de la Torre: Estimular un entretenimiento mejor en el sentido de incorporar valores universales no es tarea de los responsables del entretenimiento, ni ocurre dentro del tiempo de entretenimiento, sino del no-entretenimiento. No es posible obligar, por ejemplo, a los niños, a que gusten de ir a un concierto, aunque sí a que aprueben unas materias en la escuela. El tiempo que se dedica a ambas cosas es clave, pues ambos configuran un sistema.

Alberto Faya: Carolina, yo no sé cómo diferenciar el tiempo del no-entretenimiento del entretenimiento.

Carolina de la Torre: Es difícilísimo, eso es verdad. Por ejemplo, en la escuela.

Alberto Faya: Es difícil decir: «Ahora me voy a entretener y no admito que nadie se meta conmigo».

Carolina de la Torre: Es verdad.

Alberto Faya: Si decido en este momento entretenerme y quedarme solo conmigo mismo, no sé cómo puedo separarme del momento en que diga: «Ahora voy a atender los problemas que la humanidad ha venido acumulando y que me pueden servir para ser mejor ser humano». Ambas cosas se mezclan. Existe —y perdonen que insista en esto— un negocio bien montado que ha influido directamente sobre la

cultura de todos nosotros, mediante el cual se manipulan gustos, necesidades, voluntades, y una cantidad de valores. Esto se manifiesta al escoger un entretenimiento, cuando el ser humano está solo consigo mismo, si eso fuese posible, alejado de la presencia de otros.

Pedro de la Hoz: Cuando uno repara en el día de un ser humano, hay un tiempo delimitado en que está trabajando o estudiando, y que no es el tiempo asignado al ocio. En la práctica cotidiana, hay lapsos para trabajar, para estudiar, para reproducir o crear bienes materiales, para prestar servicios. Puede ser que a uno le guste tanto el trabajo que hace, que resulte también un placer. Pero cuando hablo del ocio se trata de otra cosa, del tiempo dedicado a algo diferente. A medida que en una sociedad se van desarrollando las fuerzas productivas, el tiempo de ocio debe ser mayor. Hay sociedades donde ya se plantea no trabajar los viernes. ¿Qué hacer con esos tres días del fin de semana? Hay diversas maneras de invertir ese tiempo, como se ha señalado aquí.

En relación con el reto que planteaba Denia, estoy en parte de acuerdo con lo que dice Carolina. Pero el problema para mí resulta aún más complicado. Indiscutiblemente, la escuela y la familia transmiten valores y conductas al respecto. Pero valdría la pena hacer un estudio, no solo teniendo en cuenta la escuela y la familia, sino al entorno social, el barrio, la comunidad, además, naturalmente de las características individuales. A veces ocurre que seres humanos criados en el mismo lugar, con la misma familia, tienen gustos muy diferentes. Hay que pensarlo como sistema, y a partir de la diversidad. Porque es necesario estimular la diversidad de las prácticas que se realizan en los tiempos de ocio, enfatizando en aquellas que reproduzcan valores. No estoy hablando solo de los grandes valores, sino de todo tipo de valor útil al ser humano, que lo enriquezca y lo haga más pleno. Se trata de una tarea bastante complicada, que tiene que ver también con la gente que diseña el entretenimiento, como dice Alberto. Mucha gente que diseña el entretenimiento, en nuestro propio país, tiene patrones y reproduce modelos pertenecientes a otras sociedades.

Carolina de la Torre: El sistema es fundamental, y no es solo la escuela. Todo lo que se aprende influye en el entretenimiento. Lo que la vida no le propicia al ser humano, lo hace ir en busca de la enajenación, de la evasión. Muchas personas tienen un sentido en su vida, viven obsesionadas por lo que están creando. No me imagino a Miguel Ángel diciendo: «Tengo que entretenerme un rato». Los obsesionados no buscan entretenimiento, viven detrás de algo que está guiando su vida. Todo el mundo no puede alcanzar ese estado, pero en la medida en que más personas se acerquen a la búsqueda de un sentido, de una meta, de algo que los apasione, los mueva, entonces no andarán buscando la evasión en un entretenimiento.

Pedro de la Hoz: Una de las maneras que tengo de entretenerme es corriendo. Cuando corro, cambio de actividad, esa es mi manera de conectarme con otro tipo de cosa.

Carolina de la Torre: Exacto, no se trata de desconectar, sino de conectar.

Rafael Hernández: Una cuestión ha atravesado toda la discusión y está presente en la pregunta inicial sobre si el entretenimiento es cultura. Los que toman decisiones sobre el diseño del entretenimiento, reflejan gustos vigentes. Pero incluso el segmento que escapa al control de las instituciones del Estado también establece una dicotomía entretenimiento-cultura. Por ejemplo, si una persona acude a un banco de videos no registrado oficialmente, lo que encontrará responde a un perfil diferente al banco de video de la Cinemateca, o a las películas de un canal de televisión. No se trata de algo totalmente fuera de nosotros, pues la industria del entretenimiento moldea

gustos, punto sobre el cual Alberto ha martillado varias veces. Esa industria no es un mecanismo totalmente externo, sino que está aquí adentro, en las mentes y las prácticas culturales específicas.

Todo el mundo estaría de acuerdo en que, por ejemplo, un juego de pelota entre los equipos de Cabaiguán y Guayos no tiene el mismo nivel que, digamos, entre Villa Clara e Industriales —sin que esté menospreciando con este ejemplo a los equipos municipales. La misma actividad puede tener componentes y elementos de distinto nivel de participación, de calidad. En cuanto a las otras formas mencionadas aquí de un cierto entretenimiento más abyecto, que propicia la muerte de animales y otras prácticas más bien chocantes, así como algunas formas de cultura popular, como el folletín, también ocurre lo mismo. Alguien podría argumentar la diferencia entre una pelea de gallos y la pesca deportiva de la aguja —aunque en ambos puede estar involucrada la muerte gratuita de un animal. Se critica a la novela de folletín por sus fórmulas repetidas, y se dice que estas enajenan, porque aplican recetas. Sin embargo, las grandes obras de Dostoievski y de Zola eran novelas de folletín. Hay una gran cantidad de vínculos y vasos comunicantes entre cultura y entretenimiento, como los que se han mencionado aquí, incluido el del entretenimiento pasivo y activo, relacionado con la cuestión que suscitaba Ramón sobre ser objeto o sujeto. En la medida en que se separa de lo cultural, en la medida en que se aleja de una actividad culturalmente constructiva, el entretenimiento se hace más pasivo, más puramente receptivo, inerte, circunscrito al consumo, o incluso inhumano y enajenado. Al mismo tiempo, el problema formulado en términos de la lectura de Rayuela y una novela de Corín Tellado resulta clave para la cultura real, sobre todo por la masividad de los lectores de un lado, y no de otro. Esto se relaciona con el intercambio entre Alberto y Pedro acerca de las formas interesantes, amenas, atractivas, de hacer que los productos culturales se conviertan en una experiencia colectiva —o no lleguen a serlo.

Alberto Faya: Ojalá se entretengan los lectores leyendo este panel en la revista Temas.

Rafael Hernández: No estoy muy seguro de que Temas sea muy entretenida. A veces nos preguntan: «¿por qué no tiene fotografías?», «¿por qué no tiene ilustraciones?». En vez de esa distracción visual, hay ideas, a veces áridas para algunos lectores; aunque este no sea el caso de este panel. La sección Controversia en Temas tiene su público, sobre todo porque permite a los lectores participar en cierta medida de una serie de discrepancias. Me encuentro a alguno que me dice: «ese número de la revista está muy bueno, aunque no estoy de acuerdo con cosas que se dijeron en el panel». Aquí está el detalle, como decía Cantinflas, la gracia, el toque de esta actividad, y el sentido de la revista. Gracias a todos los miembros del panel, y a ustedes por su participación.

Participantes:

Rafael Hernández. Politólogo e investigador. Director de la revista Temas.

Carolina de la Torre. Psicóloga e investigadora.

Pedro de la Hoz. Periodista. Periódico Granma.

Alberto Faya. Músico, intérprete, realizador de televisión.

Cercanías, distancias, extrañezas: una valoración de *Cuentos soñados*

Francisco López Sacha

Escritor. Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

El 5 de marzo de 1989, en la Sierra del Escambray, Cintio Vitier daba fin a su cuento «La casa a oscuras»,¹ quizás el mismo día en que yo concluía «El cuadrado de las delicias» en un apartamento de Alamar. Cintio quería contar un sueño desde un hecho real, su cotidiano viaje de Matanzas a La Habana para aprender a tocar el violín, al tiempo que yo narraba un hecho tan preciso y definitorio como aquel, un viaje nocturno por Santiago de Cuba que se convertía en un sueño, o más bien en una brusca aparición. A pesar de la distancia física, temática y espiritual, ambos cuentos concluían en la música.

La imagen de un niño que sostiene el violín, que encuentra en un pasaje nebuloso el mismo ardiente deseo de tocar que se le manifiesta día tras día, se abre paso a través de la oscuridad de aquella casa en Matanzas, por el contraste entre la madrugada y la luz de la cocina, y más aún, por la sutil diferencia de tonos entre la llama de un reverbero, los sonidos cristalinos del alba y el deseo imperioso de llegar y colocarse frente

al atril. En mi cuento, el viaje de un punto a otro de Santiago de Cuba ocurre un poco antes y en el impulso de un deseo erótico. Yo también deseaba tocar, como en un sueño. El susto del placer me hacía caminar con una fuerza que desconocía. En ese ir por la ciudad de piedra, caminaba y sudaba, tenso y ansioso. Cintio sabe que viaja hacia la música, mientras su madre le prepara el desayuno. Sabe, con la alegría de un escolar sencillo, que pronto, casi al clarear, irá a La Habana, y yo sé que mi viaje tendrá fin en un cuerpo desnudo de mujer que me espera en silencio, al que imagino con una excitación y una alegría no menos ingenua. Nadie me acompaña, salvo las luces imprecisas de la madrugada, el delicioso olor del pan dormido y el calor de una lluvia inminente. sale de su mágico refugio para encontrarse con su maestro de violín, pero no sabe aún que va a encontrarse con su casa a oscuras y con la fuerza iniciática del arte. En ese espacio de Matanzas a La Habana, por los oscuros pueblos que bordean la Carretera Central, presiente una experiencia única y la conduce de un tirón al sueño, en una de esas vueltas de manivela en que, un día, el niño aquel se resiste a asistir a la clase y decide explorar el interior de su casa, asediado y confuso. Así

Premio Temas de Ensayo 2004, en la modalidad de Estudios de Arte y literatura.

comienza el verdadero viaje a un universo ignoto, apenas entrevisto en esas horas de espesa oscuridad, bajo la luz de una sola bujía, y yo, en otro juego de fuerzas, desvío mi camino y me encuentro de pronto a Beethoven en una casa de Santiago de Cuba.

Un viaje único, sin otros vínculos que la memoria, hacíamos Cintio Vitier y yo, juntos, aquel día. Su personaje evocado era Juan Torroella, quien, desde el atril, le señalaba una partitura de César Franck; el mío era Beethoven, evocado en su casa de Leipzig mientras prendía una lámpara de aceite. Viaje de un punto a otro de la noche, viaje cumplido para Cintio Vitier que cierra en un caracol toda su infancia, viaje inconcluso para mí, que culmino en mi cuento una experiencia agotadora, pero henchida de un placer sin límites, al sentirme fuera del mundo y el tiempo después de haber gozado y tocado ese cuerpo desnudo por última vez.

Pero queda la música.

Un aprendiz de violín, un aprendiz de nada. Solo la desnudez de la melancolía. Franck, Beethoven, La Habana, Matanzas, Santiago de Cuba. La música en escalas que va del arco tendido del deseo a la sinfonía inasible de todas las cosas, la música potente de «Fast car» que preludia la ansiedad de un niño y el mórbido placer de lanzarse desnudo sobre el cuadrado de las delicias, la armonía y la fuga de un lenguaje hecho de notas, arpeggios, doblecuerdas, sonidos en el tiempo, en la bondad de las palabras de Beethoven, que no puede escuchar, pero que habla en la escala cromática de un sueño para decirme que no busque más, que no vaya más lejos, para decirle a Cintio que en el enorme caracol de su casa está la fuente de su propia energía y no en un viaje a oscuras, al amanecer, para encontrar lo que ya tiene dentro de sí.

Una sensación de lo inasible está en la música de estos cuentos soñados. La sensación ubicua de estar al mismo tiempo entre la realidad y el sueño, la presencia tangible de las evocaciones, el misterio de un doble camino hacia el recuerdo. Cintio cuenta desde la memoria, en un acto de desprendimiento que no parece un acto de ficción, sino un empeño por conducir las aprensiones, los deseos, los sucesos furtivos, en una dirección confesional que no tiene pretextos ni explicaciones, que se basta a sí misma en su realización sin códigos, sin ambigüedades, y solo necesita completarse en la sorpresa y el asentimiento del lector.

Es decir, un asomo de ficción imprescindible para convocar al sueño, porque las pesadillas y las evocaciones pertenecen a nuestra vida con tanta propiedad como los hechos. Así, el imán del cuento se acerca a ese tono persuasivo de la narración escrita, a ese resumen de una idea que va a verificarse en el transcurso: «La casa a oscuras resulta ser, algunas veces, distinta de la casa en que vivimos». De ahí en adelante el relato progresa en

una línea evanescente, en el tono de una confesión. Todo parece real, el claro testimonio de un autor-personaje que recuerda un suceso de su infancia, hasta que el motivo inicial se traspasa en el mismo camino del recuerdo. No hay huellas de ese tránsito, no hay sombras, no hay evidencias.

En «La casa a oscuras» no hay ninguna señal visible que nos alerte, al menos, de que pasamos de una realidad a otra, salvo la luz de un quinqué. El narrador hace un giro invisible sin previo aviso y nos sumerge en la casa del amanecer. El suceso que debe marcarse aparece en elipsis y la rareza del ambiente es la que nos indica la entrada al laberinto. Aun las rugosas paredes y los muebles desvencijados nos parecen reales, pero ya no quedan dudas cuando Anita, la guía acompañante, conduce al personaje a una extraña pieza denominada por ella «el cuarto de los conspiradores». La luz del quinqué nos avisa, en un plano inclinado, que ha comenzado la pesadilla. En una admirable síntesis, la casa a oscuras nos muestra ahora los horrores de una vida posible, la violencia política, la sangre, el matrimonio, los discursos y banquetes interminables y los vacuos compromisos de una existencia futura. Para salir de allí, la guía le señala al personaje una extraña escalera de caracol que lo lleva por un camino más corto a la casa de Juan Torroella y al acto decisivo de su vida. Toda la sutileza de este cuento, que narra con minuciosa intensidad un encuentro cotidiano con la música, pasa a una dimensión soñada que no es fantástica, ni realista, ni onírica, sino el trasunto en el niño de un deseo vehemente, una fuga en el sueño que empalma dos caminos, al descubrir que puede ser distinto, maduro, ubicuo; que puede estar en su casa profunda y en las clases de su exigente mentor; que puede ser un músico completo sin abandonar su más honda raíz. El niño ha descubierto un pasaje secreto que debe conducirlo a sí mismo, aunque debe pagar el alto precio del horror al vacío, al desamparo, al caos, que entonces atisba en la apacible mansedumbre de la casa a oscuras.

Pero queda la música.

El valor musical de sus evocaciones es el que da la pauta de los cuentos soñados. Como ocurre en sus novelas, los ejes de transición están marcados por la melodía, el contrapunto, la variación temática; son los nexos musicales advertidos por Ambrosio Fornet en sus estudios de la narrativa de Carpentier.² En este caso, el argumento está sometido a una tensión soterrada, como en Proust,³ y el motivo musical está tejido con el tiempo y los cambios anecdóticos. Cintio Vitier cumple, como narrador, con la exigencia de la doble historia (historia evidente e historia cifrada), pero en su estilo solo existe una anécdota, ya que la otra está constituida por la estructura musical.⁴

En el cuento que nos ocupa, la anécdota comienza con una advertencia: «La casa a oscuras resulta ser, algunas veces, distinta de la casa en que vivimos», e inmediatamente con el motivo musical, el deseo del viaje, que corresponde a la historia cifrada. Las dos líneas se mantienen unidas hasta que la casa a oscuras comienza a tener mayor importancia en la nostalgia del personaje narrador. A partir de entonces, el tema musical desaparece, se desprende y oculta en las pequeñas descripciones, en las observaciones subrepticias del ambiente local —la familia, los objetos queridos, el insulso regreso de La Habana—, y vuelve a la superficie con el contraste cada vez más agudo entre el deseo de viajar y el vívido interés por explorar la casa. Cuando este contraste llega a su clímax, el tema hace una variación fundamental —el sueño— con el uso de un tiempo fuerte que marca el vértigo y la velocidad de los sucesos, el recorrido alucinante por la casa a oscuras. Aquí se unen otra vez la anécdota y el motivo musical en una última variación: el pasaje secreto que se refleja en los ojos de Anita y el trino suspendido del violín en las manos del niño. Si la música culmina en la música es para demostrar que el sentimiento que brota de la imagen final no es el resultado de la anécdota, sino del tema musical ya independiente y convertido en un efecto poético, el viaje definitivo hacia sí mismo que realiza el personaje narrador mientras apoya su mentón en el violín y tiende el arco y se dispone a tocar la melodía de su propia existencia.

La elección de vivir en peligro —similar a la elección de José Cemí en el fabuloso pasaje de su conversación con la madre en *Paradiso*—⁵ emerge aquí en la postura desafiante y mayestática que adopta el personaje narrador cuando asume su condición de artista. Este es el misterio que quiere revelar «La casa a oscuras», al cambiar un deseo por otro y ubicar un espacio en el tiempo que los contiene a los dos.

Los primeros relatos del volumen aparecen unidos por ese cordón transparente, por ese vínculo entre el argumento, la evocación del narrador y la estructura musical. Se trata, desde luego, de un vínculo secreto, no tan visible como en «La casa a oscuras», aunque opera de la misma manera. «La otra acera», «En Nueva York» y «El turco sentado», concentran la acción en una historia, mientras la otra le sirve de apoyo. Hay un punto impreciso, un salto, una sorpresa, que invierte ese orden, y es el momento en que la historia cifrada libera al argumento de su lógica y cristaliza en el efecto poético. En todos estos casos, la historia evidente se sostiene con una articulación musical, una pieza desarrollada como contrapunto o diálogo entre dos o más instrumentos, que siempre se desplaza hacia el final en una intensa variación cromática, un acto que viola la lógica narrativa y condensa algo más, un espacio

imantado, un esplendor, que se encuentra en la estructura profunda del relato y que la música saca a la superficie.

Estos cuentos soñados producen, por tanto, un orden de acontecimientos aleatorios que culminan en un suceso nuevo, no previsto en la línea argumental, no imaginado por el lector. En este sentido, Cintio Vitier se asocia con José Soler Puig, el otro narrador cubano que emplea una textura similar, en este caso vinculada al ritmo y al desplazamiento de una regata. La tensión subterránea e invisible de *El pan dormido*⁶ obedece a ese movimiento cadencioso en el cual los remeros empujan, hacia adentro y hacia afuera, los remos de sus embarcaciones y provocan en la prosa novelada una especie de oleaje que va en dos direcciones a la vez. El vaivén, las continuas reiteraciones, el retroceso y el progreso de la voz narrativa, pueden explicarse ahora por el empleo de esa fuerza interior que sostiene la anécdota y no interviene nunca en los sucesos, aunque sí en el ritmo de la prosa. Soler, como Cintio, cuenta un solo argumento y lo desplaza en ese movimiento ritual donde la acción progresa poco a poco, de manera muy firme, conservando el equilibrio entre la duración de los sucesos, la conducta de los personajes, el tono y el modo de narrar. Esta intervención modulada influye, desde abajo, en la construcción del argumento, y permite que sus nexos causales no obedezcan estrictamente a las consideraciones dramáticas de causa y consecuencia. En *El pan dormido* hay episodios sueltos, independientes, no marcados de antemano en la trama, como el famoso capítulo de Pedro Chiquito, que parece una digresión inútil cuando en realidad es una imago mundi que da coherencia y sentido a toda la novela.

La lección estética de ambos autores resulta inevitable: más allá de la historia cifrada, de lo que el autor dice o quiere decir con el efecto poético, existe un basamento telúrico, la tierra de toda narración, que es, en su sustancia última, un tipo de sentimiento asociado a otro fenómeno de la sensibilidad que está fuera del argumento y lo sostiene por debajo, sea este un concierto, un motivo musical, una ecuación, una regata, un cuadro, una fotografía, una imagen de un hecho real. He podido comprobar, por sus declaraciones, que este sentimiento, al que llamaremos la nota profunda, es evidente en Marcel Proust, Thomas Mann, Ernest Hemingway, James Joyce, Alejo Carpentier, Julio Cortázar y muchos escritores más, entre los que incluyo a Cintio Vitier y José Soler Puig, quienes me lo confirmaron personalmente. La nota profunda viene de una necesidad de apoyo, de un contrafuerte imprescindible en la estructura compositiva que reclama intensidad para el proyecto artístico, que viaja con él, como los coros y los cantos rituales en el trabajo, o que se añade, como el aliento

que produce la observación o la práctica de una labor ajena a la escritura. Una vez integrada al discurso, la nota profunda se convierte en un valor estético, invisible a simple vista en algunos casos, que produce un alto grado de determinación en el efecto poético, y que, por muy sumergida que esté, sube de la experiencia vital para fundirse y dar sostén a la imagen, a la *techné*, a los propósitos del artista.

Para Cintio Vitier, la nota profunda está asociada a la música, a la penetración continua de este arte en el cuerpo de sus narraciones. «La casa a oscuras» es un hermoso ejemplo de coincidencia entre el acompañamiento melódico, el ritmo de la prosa, la variación temática y el sentido del cuento. La gracia y suavidad en el tránsito de la realidad al sueño y su cierre efectivo en la imagen le dan una solidez difícil de igualar dentro de ese estilo que podemos calificar como fabulación poética.

A diferencia de sus iniciadores, Eliseo Diego y José Lezama Lima,⁷ las narraciones cortas de Cintio Vitier se comprometen con lo insólito, sin dar explicaciones o justificaciones a los hechos, sin recurrir a la magia o a la fábula, como sus antecesores.

Los hechos siempre tienen un referente objetivo, y una pequeña vibración interna los conduce al sueño. Una vez allí, sin un acuerdo previo, adoptan una extrañeza particular, como si entraran en la dimensión onírica y no dependieran de ella, sujetos por una lógica interior que los hace transitar de nuevo hacia una variación de lo ignoto, una semántica que ni siquiera el desorden de un sueño puede explicar. Aquí descartamos la filiación surrealista y los experimentos con el inconsciente, y entramos en un territorio desconocido que se resiste a ser explicado con las nociones tradicionales de la literatura fantástica.

Esta realidad extraña, inconclusa, soñada, fuera de la lógica causal, el automatismo psíquico y las teorías de Freud, es la que permite que la interpolación de la otra acera pase del sentimiento del narrador a la inquietud del personaje evocado, sin que medie explicación de ningún tipo; es la que permite que en la ciudad de Nueva York, en 1928, el niño que fue Cintio Vitier acompase la tardanza del padre con los saltos de una pelota de baloncesto, la imagen contrita de la madre y el sonido del tren Silver Star, todo lo cual enrarece la espera y la coloca al borde del absurdo. En este caso, el tiempo de la espera se fragmenta en mil pedazos y solo podrá reunirse otra vez en la última oración del texto.

En ambos cuentos, la experiencia real se somete a una prueba, y su resultado metafísico es tan contundente que desbarata las nociones de la lógica y la ambigüedad del género fantástico. No es posible entender, con esos medios, que la abuela, antes de morir, le pregunte al

nieto por la existencia y la dualidad de la otra acera, cuando sabemos muy bien que esta ha sido una meditación del personaje narrador, no comunicada a nadie, y menos para comprender que el ritmo del balón que lanza el niño contra el piso de la habitación marque una pauta de tiempo situada más allá, en Cuba, en los violentos partidos de baloncesto entre cardenenses y matanceros y, de manera objetiva, llegue a Nueva York esa imagen, no sabemos si para protegerlo de la soledad o para guiarlo hasta su padre. Lo que sí resulta evidente es que el ritmo del balón acelera el tiempo y trae al resto de los personajes, sobre todo a Sólon, jugador del Instituto de Matanzas, que puede entrar, como una evocación, desde la penumbra de aquel cuarto de hotel.

En este cuento, y es lo curioso, todavía el narrador está consciente de que la entrada de Sólon es inverosímil, pero este entra cuando ya la condición del sueño es inevitable. Roto el tiempo cronológico de la narración, el personaje deambula en su compañía por un espacio soñado en Nueva York, donde está su padre y en el cual el profesor Onís le ha regalado un libro. Ahora ocurre una condensación temporal, un empaste, en el que cabe el pasado, el presente y el futuro, en ese libro perdido alguna vez, no se sabe aún si en el sueño o en la realidad.

La búsqueda de un cuento dentro del libro es la variación musical que nos conduce a lo ignoto, y que copia, ahora sí, la estructura aleatoria del sueño, las transformaciones azarosas de tiempo y espacio en las que el niño confunde la realidad con las páginas y las ilustraciones del libro. Al final de ese universo gráfico está la casa del cuento, el cuento soñado, que es descubierto con alegría por el narrador antes de que pueda confirmar, muchos años después, la existencia del libro perdido.

Esa es la única certeza del relato. Ahora sabemos que el libro no forma parte del sueño, es un objeto tangible, como el balón que resuena cercano, lejano. Hasta que la madre despierta al niño en Nueva York, 1928, el tiempo vuelve a ser real y el sueño no fue más que un viaje en la memoria que abarcó ese pasado y se asomó al futuro para corroborar esa certeza. Lo que resta por conocer pertenece al azar, a la imaginación, al contacto fugaz con lo inasible, a eso que llamamos intuición, revelación o epifanía.

Puedo afirmar, entonces, que la fabulación poética en Cintio Vitier no es un espejismo, ni un recurso literario que juega con dos alternativas de lo real, lo imaginado y lo objetivo, ni siquiera la creación de un universo mítico, a la manera de Lezama o Diego, sino una fascinación con la memoria, una reconstrucción que intenta salvar algo que se ha perdido en el pasado y al ser rescatado por el esfuerzo del narrador adquiere un valor prístino, emocional, definitivo. Su difícil camino

Cuentos soñados (1988) cristaliza en sus breves narraciones lo que ya las novelas habían anunciado, la posibilidad de unir todos los géneros bajo la tutela de la memoria, y hacerlos vibrar, con la tonalidad, la intensidad y el valor de la nota profunda.

a través del recuerdo tiene que pasar por una dimensión insólita, en la que se entrelazan el sueño, la vigilia, la incertidumbre y lo desconocido, lo que no puede explicarse ni con la lógica racional ni con la delicada construcción de la fábula. Cuando los cuentos alcanzan ese culmen y purgan en el narrador la experiencia del miedo y la angustia de la soledad, el efecto poético se encarga de lograr ese extraordinario valor, que remite al afecto, a la familia, a la amistad, al destino elegido, valor espiritual que debe ser preservado a toda costa porque es el único refugio en la desigual pelea contra la entropía. Así, la fortaleza del niño que toca el violín, la presencia tutelar del padre en la trama del sueño, o la confirmación de la otra acera en el instante de la muerte, preludian una capacidad de resistencia para el narrador, para ese autor intérprete que es Cintio Vitier. El sostén ante el caos es la música, que debe brotar jubilosa al final del recorrido por la casa a oscuras, como las notas del violín ignoto en la otra acera y el ritmo percutiente del balón que transforma el pasado en futuro. La música confirma y sostiene esta fidelidad a los valores sagrados del espíritu, a la comunidad de afectos, sutiles o precisos, que irradia la familia, a la raíz y condición del arte, a la memoria histórica que acompaña al autor y aparece como un basamento de su personalidad, y, por supuesto, a Cuba, referencia intangible, pero esencial en estos cuentos.

Los relatos de Cintio Vitier, al menos estas fabulaciones musicales y poéticas, cuyo núcleo de conflicto es una oposición al caos, rehuyen una clasificación precisa, aunque, por razones de estilo, intimidad y enfoque, puedan definirse en la línea iniciada en *Orígenes*, con la diferencia sustancial de que son cuentos en su sentido morfológico, y no apropiaciones de la materia narrativa para lograr la indeterminación, como hace Lezama, o pequeñas historias de ascendente medieval, como hace Diego. La fabulación, en su caso, trabaja con un referente objetivo, que la materia del sueño transforma en esplendor y, solo ahí, en sentido. Esto ocurre de manera exclusiva en los primeros relatos, donde la memoria, el recuerdo o el sueño constituyen la base del progreso narrativo, y no en el resto de los cuentos, donde no actúa la memoria afectiva y el sentido de la

música es otro al incidir en asuntos puntuales, de naturaleza ética, cuya función es revelar un conflicto de conciencia o una transición, casi siempre traumática.

Ahora el narrador no es el adulto que recuerda al niño, ni siquiera el narrador que reúne los disímiles fragmentos de una explosión, en esa puesta en escena que es «El turco sentado», sino alguien que escucha, a la manera de un confesor, las incidencias de una tensión dramática entre las fuerzas que ha desatado la Revolución, la posición de la Iglesia católica, y el deber cristiano. Cada una de esas fuerzas disputa el amor, la integridad moral y el destino de Cuba. Sus personajes no son evocaciones marcadas por un tiempo psicológico, que se alarga o encoge en el sueño, a la manera del tiempo físico, el tiempo interior de la materia, la energía y las partículas elementales, sino individuos cuyo ritmo vital ha sido roto por el efecto del choque con la historia. En un caso, «Historia de milicias», el shock proviene de un cambio esencial en el lado de la Revolución, y en otro, «La cita», de una revelación sorpresiva de la verdadera caridad cristiana. La experiencia traumática de estos personajes, producida por una variación temática y un rigor de exigencia moral, modifica sus vidas, en una dirección o en otra, hasta el nivel de un conflicto irresoluble. Todos, sin embargo, son criaturas del sueño, sostenidas por una fe interior y devoradas por la violencia de los cambios.

Pero queda la música.

Si tomamos, en «La otra acera», los dos temas que se intercambian en el intenso recorrido del narrador: la acera que conduce a la clínica, la agonía y la muerte, y la acera que sale de allí, sombreada, oscurecida, apenas iluminada por las luces de unas casas sumamente atractivas, veremos la ejecución de una sonata de iglesia, de una serie de pequeños motivos que se cruzan «en el lado más seguro de la noche», en el sonido de un violín que viene de una casa lejana donde alguien se ejercita en un scherzo. El descubrimiento del narrador de que la otra acera, al dar la vuelta, es una y la misma, y el diálogo del violín con la noche, independizan uno de los temas —el camino que conduce a la clínica— con un movimiento fugado que remonta el pasado y la niñez del narrador, un viaje en automóvil a La Habana desde Matanzas para asistir a las fiestas de un 20 de Mayo,

aniversario de la República. El viaje en el fotingo de don Juan, bajo un intenso aguacero, adopta un aire nostálgico y permite al narrador caracterizar a su familia materna, sobre todo a la abuela, señora de mando, arropada en un inmenso mantón lila, cuyos ojos redondos gobernaban ese imperio profundo de la Casa de la Loma, Villa Julia y Empalme, la casa a oscuras de Matanzas y esas dos ramas situadas en La Víbora, a donde se dirigían a través de un incierto y pedregoso camino.

Aquí, en este recuerdo, el movimiento fugado hace una recurrencia cuando las dos aceras son también las dos ramas habaneras de la familia, una fuerte, perdurable, encabezada por el tío médico, y otra débil, a punto de dispersarse, que va del tío cobrador a los primos pecosos que leen Cinelandia. El tema culmina en el final del viaje con una variación, que es una imagen del chofer y un salto en el tiempo. De pronto, el narrador camina hacia la clínica y comienza el tercer movimiento, que finaliza el otro de los temas con un fugado rápido y un contrapunto armónico entre el instante previo a la muerte y la pregunta inesperada de la abuela, acentuada por la quebradura de su voz. El acorde final es la nota profunda, la transferencia de las meditaciones del narrador a la objetividad de esa súplica, de esa inquietud que conmueve a la anciana al preguntar cuál es la otra acera. El acorde queda en un vibrato sostenido y el relato termina en el lado seguro de la noche, en la ternura, en el más alto grado espiritual de comunicación mutua.

La nota profunda trae a la superficie el oscuro misterio de la sangre, el conocimiento de tantos años, acumulado en ambos por el amor filial que ahora puede verificarse en la sorpresa, en la absoluta imantación de un hecho. La otra acera, como ha descubierto el narrador, es el fin de un camino y el comienzo de otro, el encuentro definitivo con algo que nos sobrepasa y que está en la raíz de la existencia, en su humilde felicidad y su dolor. El autor ha logrado resumir en muy pocas páginas un tema que da cohesión a estos cuentos soñados, la idea de un camino seguro cuando se tiene a los dioses lares como protección, cuando el hogar se prolonga en la vida, en el sentido de la lumbre y el fuego.

«El turco sentado» da cabida a ese sentimiento de la amistad, al incluir en un inmenso collage una serie de variaciones narradas o escenificadas por los miembros de esa tertulia, los amigos Fina García Marruz, Julián Orbón, Agustín Pi, Octavio Smith, Eliseo Diego, Guillermo Sánchez Pérez, Bella García Marruz y Cintio Vitier. El ensamble va de un sueño de Cintio, que ocurre en un extraño pabellón de su casa, a su continuidad final, en la que ya están incluidos todos los motivos, incluso el conflicto e introito del cuento, el desafío de El Turco Sentado a Espuela de Plata, que es el tema

central. La amistad es el centro irresistible en el que confluyen esos fragmentos a su imán. La proeza del relato está en darles coherencia y sentido a todos los géneros de la escritura (testimonio, poesía, relato, semblanza, viñeta, ensayo, drama, novela, epístola, almanaque, coloquio y discurso) unidos entre sí por ese raro contrapunto de un sueño.

En efecto, «El turco sentado» aparece como un divertimento, como ese juego de actores, cantado o recitado, que cubre el entreacto de una pieza mayor, es decir, un pasaje risueño entre dos actos, la discusión interna de Espuela de Plata en 1941 y la respuesta de El Turco Sentado, un tiempo después. A su vez, este será el preámbulo de la fundación de Orígenes, en 1944, donde estarán todos.

En este juego, el ejercicio de la escritura pasa de un miembro a otro de la tertulia sin ningún ligamento causal, y desemboca por acumulación en el final del sueño de Cintio Vitier. La tensión no está en los fragmentos escogidos o «seleccionados por el azar», sino fuera del cuento, en los epígrafes que marcan el nacimiento de la tertulia y el editorial de la revista, firmado por Lezama. Este contraste entre el conflicto y la materia del cuento genera una gran libertad de movimiento interior, una especie de ondulación ininterrupta que pasa por encima o a través de los géneros para destacar la posición de El Turco Sentado ante las normas, las falsedades y los criterios dogmáticos de la literatura.

Para el grupo que se reúne en los altos de Neptuno 308, en La Habana, la literatura es la libertad de elección, la gravedad que emerge de un tema o su infinita variación hacia lo ligero, lo inefable o lo desconocido, lo que puede ser trágico si el pathos lo demanda, o humorístico, lírico, fantástico. Literatura es sinónimo de libertad, y en su ejercicio admite la total confluencia de estilos, opiniones, técnicas, greguerías, a la manera de una ópera bufa. Aunque el diseño del relato es todavía más audaz, su materia se mueve en un juego tonal entre la gravedad de ciertos pasajes y la absoluta levedad de otros. La ironía y el sarcasmo, por ejemplo, alcanzan el nivel de la parodia en el texto de Agustín Pi, en su hilarante versión del grupo literario de Jorge Luis Borges, quien ejerce allí una solemne y estirada vocación de juez supremo como si la literatura no fuera también ese espíritu juglar, travieso, que rinde culto al juego sin olvidar la intensidad de espíritu. Sin embargo, la broma deja espacio a lo largo del cuento al elemento de rigor, a esas evocaciones poéticas en personajes como Antonio Zizkay, Rainer María Rilke o Los Extraños Músicos. El juego revela lo profundo antes y después de burlarse de los mandarines literarios de la calle Florida en Buenos Aires, o de esos poetas retóricos que tartajean el agradecimiento. «El turco sentado» arremete contra

todo intento de dogma, y afable, amigablemente, con la risa de la poesía, llega al último párrafo en la salita encendida de los altos de Neptuno 308, riendo por el número de Espuela de Plata que ha salido, sin ellos, más «nítido y fragante».

Música, poesía, humor, juego teatral, representan el rotundo rechazo del grupo al intento fallido de una dictadura literaria o, dicho de otro modo, de una imposición normativa. Al revisar en el tiempo este conflicto, Vitier construye otro cuento soñado con el mismo criterio de unidad y fortaleza de espíritu de sus evocaciones anteriores.

Después de «El turco sentado», el libro no busca el sueño, sino la certidumbre. Ahora el placer de contar está delimitado por el suceso. Vitier elige una estructura más convencional, sin que intervengan en ella los meandros de la imaginación. Aquí el cuento se limita al contacto, al encuentro o a la cita. Su argumento se ciñe a este recurso y reduce el espacio de la acción. El cuento es una cápsula en la que cabe un problema y a lo sumo dos personajes. La sostenida variación anecdótica es sustituida por una línea parca, escueta, y la abundancia de observaciones y descripciones del narrador, por el diálogo. En «Historia de milicias», salvo el breve paréntesis de la anagnórisis, la conversación lo es todo. Y dentro de la conversación, las confesiones. Lo que un personaje dice a otro, en el banco de un parque, o lo que un personaje dice al oído de un confesor en «La cita», es el magma de la historia y el cráter del cuento. El conflicto revelado así, por otra parte, adquiere una notoriedad manifiesta, deja de ser un enigma por descifrar para convertirse en una urgencia, como lo es para el autor la obsesión de trenzar, vertebrar e integrar la fe cristiana en la verdad revolucionaria.

Este es un tema constante de su novelística y ocupa un lugar cenital en su poesía. La fe en el mejoramiento humano, en la acción y los cambios sociales, pero también la fe en el espíritu, en la posible redención de la especie, en ese otro sueño de hermandad, integridad y amor. Esas dos maneras de entender y participar del mundo aparecen en estos relatos como nexo causal de ambas historias, aun cuando el tema específico de cada cuento las reduzca a una situación límite, en un caso, o a una decisión de conciencia, en otro. Sin embargo, los cuentos muestran, en el envés de sus líneas de argumento, el trasunto de algo aún más valedero y trascendente: el destino de cada personaje arrebatado por esa dualidad, el destino en «Historia de milicias» torcido de pronto por un acto de fe, el nacimiento de un distinto amor a la Revolución, por su obra de regeneración moral, que culmina, no obstante, en un estado de crisis; y, en «La cita», el destino en conflicto con la Iglesia católica, intermediaria allí de una vocación espiritual más profunda, que es, en el fondo, la misma

que anima a la Revolución, la entrega sin límites a la verdadera caritas que está más allá de cualquier símbolo o tarea política, y que entra como un soplo en el relato, a la manera de ese viento paráclito que sorprendió a los apóstoles en el desierto.

La maestría de Cintio Vitier se revela ahora en su escueta precisión. «Historia de milicias» la demuestra con un cuento dentro del cuento, un relato inicial que ubica la experiencia en «el ritmo seguro, compacto, unánime» de un batallón, donde el narrador descubre e identifica a un viejo miliciano como alguien que comparte con él «la paz de Cristo». El batallón se dispersa y ambos, en el retorno a casa, se sientan en un parque a conversar. Ahora comienza la historia intercalada. El narrador que escucha le deja espacio al narrador que se confiesa, y la historia, contada así, se despoja de todo artificio.

Ese hombre ya viejo, que ocupa el foco de interés, se ha hecho miliciano como ofrenda a esa vida distinta que ha visto nacer en la mujer que ama, rescatada de un pasado oprobioso por la Revolución. Acaso sin saberlo, ha sido el agente del cambio, la ha convertido en bibliotecaria, referencista, estudiante de informática en la universidad. Pero ese acto tan generoso abre una brecha peligrosa en su vida, por donde penetra el eros del amor. A partir de entonces, estalla la crisis.

Los celos de su mujer la llevan a la locura y el sentimiento de culpa se apodera del personaje, que no puede discernir dónde está su hamartía, si en el ejercicio de su deber cristiano o en su silencio. Cintio Vitier culmina la historia para demostrar que, aun sin solución, este minúsculo héroe anónimo ha logrado la hazaña de sostener e integrar ese conflicto a un amor más profundo, y ser uno más en las filas del batallón de milicias. El cuento se abre y se cierra en el mismo punto.

De manera todavía más sucinta, el narrador cuenta, en «La cita», un episodio de pocos minutos de duración, a través del cual dos personajes se cruzan al entrar y salir de una iglesia. Las confesiones de ambos se intercalan en el relato, y el minuto final produce un destello, la unión de dos seres en apariencia opuestos, pero animados por un mismo fervor. Las exigencias de uno y otro solo encuentran respuesta en ese soplo que viene de afuera, de la Revolución, y del espíritu, de la pureza de voluntad, como la que anima a la novicia Sor Carmen, aparición sorpresiva en el cuento, que debe recordarle a la protagonista una decisión impostergable. El cambio de actitud obedece a ese sueño. La protagonista ha concluido su misión, deja de fingir y entra en la iglesia, al tiempo que el joven sale de ella, persuadido también de que su vida está determinada por una vocación similar. Más allá de su

distancia crítica o de su cercanía espiritual con la Iglesia católica, el motivo de ambos es uno y el mismo.

Cuentos soñados (1988) cristaliza en sus breves narraciones lo que ya las novelas habían anunciado, la posibilidad de unir todos los géneros bajo la tutela de la memoria, y hacerlos vibrar, con la tonalidad, la intensidad y el valor de la nota profunda. Los seis cuentos de este curioso libro tienen la suficiente autonomía como para ser piezas sueltas, independientes y conclusivas, y el suficiente engarce como para considerar que todos juntos conceden un sentido mayor a la colección, la capacidad de un juicio que abarca la experiencia personal y la proyecta en una misteriosa, atractiva e intensa visión del mundo. En este punto, el libro constituye un cierre magnífico de esta idea de integración estética y abre un camino inusual dentro de la cuentística cubana.

Pero queda la música.

Ya está Cintio Vitier, rodeado de libros, con su pelo completamente blanco, peinado al estilo de Hugo del Carril, que tanto se le parecía, en su viejo balance de madera, a solas, fumándose un tabaco. Ya está, despejado y risueño, en la íntima alegría de su casa, mientras suelta el humo azulado y gris, y medita en su obra, en ese enorme laberinto de sus cuentos, y cierra los ojos, y ve a sus personajes en el sueño. Él, que lo ha creado todo, se mece levemente y levanta la mano y quiere decir algo que ahora es solo música y no puede

Cercanías, distancias, extrañezas: una valoración de Cuentos soñados expresarse en palabras, sino en el gesto definitivo de su mano con el que dirige, una vez más, la hermosa sinfonía de su vida.

La Habana, 24 de noviembre de 1992.

Notas

1. Cintio Vitier, «Cuentos soñados», Narrativa (Obras t. 5), Letras Cubanas, La Habana, 2002.
2. Ambrosio Fornet, «Carpenteriana», Las máscaras del tiempo, Letras Cubanas, La Habana, 1995.
3. Graziella Pogolotti, «Proust», en Eduardo Heras León, comp., Los desafíos de la ficción, Editora Abril, La Habana, 2001.
4. Ricardo Piglia, «Tesis sobre el cuento», en Eduardo Heras León, comp., ob. cit.
5. José Lezama Lima, Paradiso, UNEAC, La Habana, 1966.
6. José Soler Puig, El pan dormido, Ediciones Unión, La Habana, 1975.
7. Eliseo Diego, Divertimentos, Letras Cubanas, La Habana, 1993; José Lezama Lima, Cuentos, Letras Cubanas, La Habana, 1987.

©  2005.

Los valores y el sentido de la vida. El debate filosófico de una época (1940-1960)

Georgina Alfonso

Investigadora. Instituto de Filosofía, CITMA.

El siglo xx, el de las grandes revoluciones sociales, antes de cerrar sus puertas ironizó las grandes convicciones, desestimó las verdades profundas, carnavalizó lo respetable y ridiculizó todo lo que eran formas justas de vida. La caída del muro de Berlín, el colapso del bloque socialista del Este europeo, la guerra civil en la ex Yugoslavia y la invasión a Iraq trastocaron el escenario de la cotidianidad y dieron credibilidad al poeta: «la historia es y seguirá siempre siendo la jauría de un rey bastardo y criminal persiguiendo sin descanso al ciervo, que esconde en el sagrario divino de su cuerpo el ángel de amor».¹

Los efectos de la jauría están a la vista: fragmentación social, destrucción de las estructuras sociales tradicionales, desempleo creciente, deterioro de las condiciones de vida, pérdida de cultura e identidad, aumento de la pobreza, la criminalidad y la violencia, deterioro sin límites de la naturaleza. A la pregunta ¿qué somos?, se une como condición de existencia humana actual ¿para qué vivimos?

La incertidumbre acerca del sentido de la vida es parte de las contradicciones valorativas que acompañan

a la sociedad contemporánea, en la que el modelo neoliberal legitima la lógica del capital sobre la vida. La preocupación sobre cómo se ha de vivir la vida, y cuál es la mejor manera de actuar en este mundo globalizado por las transnacionales capitalistas, marca el inicio de una nueva conciencia de la globalidad del sentido de la vida.

Una mirada crítica a la realidad latinoamericana no pasa por alto el esfuerzo por deconstruir los significados y sentidos impuestos por la globalización capitalista neoliberal. América Latina demuestra que ante las constantes amenazas a nuestras vidas, queremos seguir viviendo. De aquí que las preocupaciones por los valores y el sentido de la existencia se conviertan en elemento político e ideológico central para reorganizar y conformar las alternativas antiglobalización. Esto impone al pensamiento filosófico un cambio en la actitud de búsqueda de nuevos referentes valorativos y de rescate de la herencia cultural e histórica del pensamiento.

No han sido pocos los debates sobre los valores y el sentido de la vida en el filosofar latinoamericano. Aunque se omiten con frecuencia en los estudios sociales, la crítica valorativa sintetiza, también, las

Premio Temas de Ensayo 2004, en la modalidad de Ciencias sociales.

peculiares maneras de autoconocernos, construirnos y afirmarnos como sujetos de una historia empeñada en romper con el enclaustramiento espiritual y la dependencia material.

El estudio de los valores en el pensamiento cubano no escapa a la omisión. Sin embargo, el debate filosófico en torno a esta problemática conjuga, de modo particular, la reflexión teórica con la realidad inmediata del acontecer cubano. No se trata tan solo de una conjugación que intente preparar o cristalizar juicios críticos para conceptualizar el devenir histórico y cultural, sino de un proceso integrador de los múltiples elementos que conforman la compleja urdimbre social.

Es esta la razón esencial para recuperar una de las más interesantes polémicas filosóficas del siglo xx cubano. En ella, el tema de los valores y su tratamiento consciente no fue una moda o copia de la filosofía occidental, sino un intento de construcción renovadora y prospectiva de cualidades legitimadoras de la identidad, la tradición y la autenticidad del universo sociohistórico y cultural cubano. Esta polémica se destaca por la magnitud teórica de sus aportes, la influencia de sus ideas en los círculos intelectuales cubanos y el impacto en el proceso revolucionario que se venía gestando. Las divergencias políticas, ideológicas y filosóficas existentes entre quienes participan en la discusión complejiza considerablemente el estudio histórico y filosófico, a lo cual se suman las posiciones contradictorias entre el la vida y la obra de cada pensador.

Las problemáticas valorativas en Cuba, en el período de 1940 a 1960, se insertan conscientemente en los proyectos libertarios como referentes teóricos, prácticos y valorativos ante la irremediable disolución a que parecía condenada la nacionalidad cubana causada por la perenne y catastrófica situación económica, social e ideológica. ¿Cómo se ha de vivir la vida? es la pregunta que convoca a la filosofía a dar una respuesta que proclame la convicción de que vale la pena vivir y precisar el significado de la vida humana. Ese desafío filosófico motiva interesantes propuestas que se elevan a la discusión teórica con fines interpretativos, cognoscitivos y práctico-transformadores en los círculos filosóficos cubanos entre 1940 y 1960.

Por la manera de abordar, comprender y proyectar el tema de los valores y el sentido de la vida se deslindan en el debate filosófico dos tendencias fundamentales.² Una, predominantemente académica, se inserta en la polémica desarrollando una teoría sobre los valores. Sus representantes participan con la intención de mediar en las transformaciones de la conciencia social cubana activando la conducta y la voluntad de los sujetos para la libertad de su espiritualidad. Otra, aboga por reconstruir los valores identitarios de la comunidad cubana desde el análisis de los referentes de significación

de la vida cotidiana. A sus representantes los acompaña una marcada intención por revolucionar la sociedad cubana transformando los sentidos de la vida humana.

Como todo debate de pensamiento, este no se verifica al margen de los grupos sociales que, inmersos en procesos históricos, lo producen, reproducen, rectifican o vacían. El pensamiento emancipador de una época está sometido a las mismas tensiones y limitaciones de todo pensamiento, desde el punto de vista de la condición humana. No está exento de institucionalización, ideologización o fetichización, aunque sea un pensamiento antifetichista y crítico de toda tendencia ideologizante. Sus avatares son los de los grupos sociales que lo promueven y asumen. Por ello, es importante tener en cuenta que el pensamiento de liberación no deja de ser funcional a procesos de fetichización, que lo inducen en determinados momentos a que se vacíe e invierta. Esto quiere decir que el criterio sobre el carácter liberador de un pensamiento social no es abstracto, de corte puramente académico, sino histórico-social concreto: es liberador si abre, reproduce o enriquece horizontes de vida humana y praxis social de dignificación y humanización de las condiciones de vida en una sociedad concreta. Significa también que su realización práctica no depende de sus criterios en sí, sino de las fuerzas sociales que lo asumen y desarrollan en una praxis de liberación. Es esta la condición de vigencia histórica y validez del pensamiento emancipatorio.

«Lo que en definitiva importa es que haya valores»

A partir de su creación, en 1948, la Sociedad Cubana de Filosofía propicia la reflexión axiológica consciente reuniendo y divulgando los principales trabajos sobre la temática. Así se dan a conocer las ideas axiológicas de importantes figuras del mundo filosófico cubano como Jorge Mañach, Rafael García Bárcena, las hermanas Rosaura y Mercedes García Tudurí, Luis A. Baralt, Pedro Vicente Aja y Humberto Piñera Llera, entre otros. Se destacan los trabajos de Mañach y García Bárcena por el grado de sistematicidad que alcanzan. Sus respectivas monografías *Para una filosofía de la vida* (1951) y *Redescubrimiento de Dios. Una filosofía de la religión* (1956) influyeron notablemente en el mundo académico e intelectual, con fuerte repercusión en las esferas del arte y la cultura nacionales.

Las insuficiencias teóricas y limitaciones prácticas de cada una de estas propuestas no esconden los agudos sentidos humanista, progresista y renovador que les son inherentes. Sirvieron para catalizar las nociones de discernimiento y ruptura, promover la integración

nacional, recuperar valores quebrantados por los fueros republicanos y la penetración imperialista, crear conciencia crítica de la situación del país y movilizar el espíritu creador de cubanos y cubanas.

En ellos, el sentido de la vida se funda en el interés de crear una actitud ante la cultura y la historia que renueve el espíritu y la voluntad del pueblo cubano.

Vivir —escribe Jorge Mañach— no es meramente existir [...] la vida es la simple duración de la existencia, pero en un sentido más entrañable y profundo es el contenido de actividad propia que hemos podido darle a esa duración. Vivir de veras es, en suma, soñar, querer, hacer, ejercitar en alguna forma nuestra voluntad.³

Vista por Mañach, la libertad es una cualidad del espíritu que garantiza y orienta el sentido de la vida.⁴ La relación que aprecia entre la libertad humana y su espiritualidad reafirma conceptualmente el ideal de proyecto social que asume para consolidar la nacionalidad cubana. Si la libertad humana, según afirma, está en la capacidad espiritual de especular, inventar, imaginar lo posible de lo dado, lo perfecto de lo imperfecto, entonces, con una mejor cultura y educación los seres humanos pueden desarrollar mayores capacidades espirituales y, por tanto, ser más libres.

Reacio a cualquier intento de reducción de la espiritualidad, Mañach subordina la libertad a la facultad de elegir a partir de manifestaciones de la voluntad individual. Esta visión de la libertad, al margen de las necesidades y posibilidades objetivas de los procesos sociohistóricos, fundamenta teóricamente la concepción del mundo e ideología de una parte de la burguesía nacional, interesada en el rescate de la espiritualidad de los cubanos y las cubanas en medio de la crisis general del país como alternativa libertaria y paliativo a la pérdida de la identidad cultural, dignidad humana e independencia nacional.

Para responder cómo se ha de vivir la vida, Mañach insiste en la importancia de los valores e introduce sus postulados teórico-axiológicos, que él mismo resume de la siguiente manera:

La forma de la vida es la conducta. Conducta es elegir. Se elige según valores. Los valores son siempre relativos, porque inevitablemente los condicionan el sujeto y el objeto de ellos; pero hay un linaje de valores que podemos llamar «absolutos» porque aluden a cierta perfección y porque se recomiendan en general acatamiento. Para que tales valores lleguen a ser generales, será necesario que se dé en ellos la estabilidad de los dos polos, sujeto y objeto, entre los cuales el valor se engendra.⁵

«La conducta del hombre dependerá de sus valores»,⁶ por eso Mañach insiste en que la preocupación por los modos de comportarse los seres humanos y cuál es el mejor de ellos, vale tanto como indagar lo que cada cual elige y qué cosa debe elegir. Este reconocimiento del papel activo del sujeto a través de

la toma de conciencia de su capacidad estimativa y del conocimiento de la realidad, es uno de los aportes filosóficos más significativo del condicionalismo de Mañach. Asimismo, la incorporación del objeto material o ideal como parte complementaria y necesaria de la relación valorativa, en perenne interacción con el sujeto como condición del valor, rompe con la visión tradicional de las posiciones filosóficas latinoamericanas, que se movían entre el subjetivismo y el objetivismo axiológico.⁷

Esta perspectiva de Jorge Mañach acerca de los valores critica conscientemente los formalismos espirituales, la retórica filosófica tradicional y las actitudes culturales inertes. La asunción del sentido de la vida a partir de la incorporación y socialización de valores es la propuesta que hacen los académicos ante la falta de moralidad, educación, responsabilidad histórica, cultura cívica y compromiso patrio.

La crítica al formalismo espiritual, portador de valores inertes y tradicionalistas, arraiga en estos pensadores una conciencia y una moral auténtica y renovadora. Mañach insiste en superar los pesimismos con que a menudo se declara frustrada la civilización y las crisis de conciencia que suelen producirse en los momentos en que la humanidad se dispone, con la voluntad colectiva e individual, a restablecer un nuevo equilibrio dinámico, movilizándolo al efecto sus recursos instintivos y de conciencia.⁸

Los valores, vistos por estos pensadores en términos de recuperación y ensanchamiento del espíritu, impiden a las personas resignarse a sus naturales condiciones de vida; por ello insisten en cambiarlas, y a ese fin infieren de lo dado, lo posible: sueñan, especulan, inventan, aplican su voluntad a la naturaleza y al mundo.⁹

Los valores son resultado de un proceso cultural de creación, ocupación y preocupación de los hombres y las mujeres. Piñera Llera dice sobre este proceso: «si bien el hombre crea la cultura en la que vive y de la que se nutre, ella a su vez funda las posibilidades humanas de ser precisamente hombre».¹⁰

Este concepto de la cultura como expresión del sentido de la vida amplía los horizontes valorativos de los individuos y la sociedad, disuelve la fragmentación social en un universo cultural que se nutre de las creaciones continuas de las mujeres y los hombres. La cultura pensada sobre un mismo ideal y respaldada por los ánimos colectivos que la reconocen, aprecian y estimulan, se erige en un proyecto incitador de voluntades e integrador virtual de la nacionalidad. Proyecto que se acompaña en su función integradora de un complejo de valores que le da sentido y dirección.

Los valores operan como referentes históricos y culturales en la comprensión del todo social. Cada ser humano los necesita para integrarse a la totalidad a que pertenece: «saberse, sentirse y hacerse uno con la realidad

total no son más que formas graduales de llegar a ser uno con el todo». ¹¹ Lo que da forma y constituye, a su vez, la esencia de cada acto del saber, sentir o hacer, son los valores. En la totalidad social, representan los tres intereses que la dominan en su más amplia dimensión: lo justo, lo cierto y lo bello y las tres grandes zonas de la expresión humana: la moral, la ciencia y el arte. ¹²

Resulta válida la inclusión de los valores en la dinámica social no como elementos aislados, sino como complejo de valores que actúa de agente unificador de la totalidad. En las condiciones históricas cubanas, desde el momento en que el pensamiento reivindica valores propios y los distingue de los importados, cumple la función de representar los intereses de las fuerzas progresistas a favor del desarrollo histórico y cultural. Aunque se trate, como en este caso, más bien de una identificación sublimada con el devenir de las ideas y el destino de la nación como ente histórico ideal.

Al pensar los valores desde un proyecto cultural e histórico se insiste en la idea de que solo ligados al complejo social y cultural en que viven los seres humanos estos pueden tomar conciencia de sí mismos y de la voluntad de dignidad con que han ido trascendiendo. Para estos pensadores, la historia se asume como valor aglutinador del complejo de valores que impulsa el devenir nacional. Lo que la hace tal no es la cantidad de hechos que recoge, sino su significación, y esto depende de la medida en que alteró el complejo social en que se produjo.

Al decir de Rosaura García Tudurí, la historia no es la sucesión de pasado a presente y de presente a futuro, sino una anticipación del futuro sobre el presente donde a su vez el pasado florece y revive.

Una clara conciencia histórica sería aquella que diera a cada fase su valor propio; entonces el presente a la luz del futuro y de un pasado justamente valorado constituiría un vivir equilibradamente humano, una fase donde el espíritu se afirmaría para movilizarse en vida programática, pero con la valija necesaria de la experiencia pretérita. ¹³

Las hermanas García Tudurí introducen en el debate la cuestión de la polaridad valorativa. Para ellas, los conflictos valorativos constituyen un proceso de asimilación de significados donde las personas pueden «navegar de un extremo a otro». Al señalar que no todos los seres humanos asimilan los valores de igual modo, ¹⁴ llaman la atención sobre la labor educativa como elemento indispensable para que los individuos hagan una adecuada valoración de la realidad.

Rosaura y Mercedes García Tudurí son las promotoras de la polémica sobre la dimensión social del arte desde su arista valorativa, y destacan los valores estéticos como significados que tributan a la sensibilidad humana. Sobre este aspecto, escriben:

Nosotros pensamos que tal vez los grandes males que padece la humanidad en nuestros días podrían ser en gran parte reducidos mediante una educación dirigida a mejorar y desarrollar su capacidad estética: la fruición de lo bello, al producir la sublimación, la liberaría de la carga de odio que tiende a deshumanizar al hombre. ¹⁵

Está claro que los valores por sí mismos no son la alternativa para el cambio, aunque porten fuerzas propulsoras. Los cambios sociales no son meras cuestiones de modificación de significados históricos y culturales, sino complejos problemas de transformación de las esencias.

La visión teleológica de la historia, fuertemente arraigada en estos pensadores, trae aparejada la sobrestimación del futuro y cierta evasión de los problemas del presente. El deber ser condiciona las preocupaciones valorativas, lo cual hace que las propuestas teóricas se perfilen hacia la posibilidad abstracta de realización práctica. Este marcado énfasis en el sentido prospectivo del pensamiento, en detrimento de su accionar concreto, acentúa las actitudes conservadoras que se expresan en la proyección hacia la praxis de tales ideas.

A diferencia de Mañach, para Rafael García Bárcena la necesidad vital de creer, de ejercitar la fe como parte de la función de vivir, orienta el sentido de la vida humana. La intención del autor es orientar la conducta humana hacia un fundamento absoluto, capaz de garantizarle a la propia vida un sentido positivo que permanezca inmutable para la humanidad en todas las circunstancias, épocas y lugares. ¹⁶

La recurrencia a ese fundamento absoluto está dada por la necesidad de los seres humanos de integrar su vida con lo trascendente. La crisis de valores que envuelve a la sociedad cubana de 1940 a 1960 tiene sus raíces —según García Bárcena— en la «transacción inconsecuente y cobarde» que se establece entre lo absoluto y lo relativo, «en vez de arribar a una síntesis de los dos». ¹⁷

La síntesis que nos propone es un proceso bien complejo «de integración del individuo con la totalidad» a través de las cualidades funcionales (irritabilidad, intencionalidad y fe) de la vida orgánica, psíquica y espiritual. ¹⁸ Mediante esas cualidades de los seres humanos se coordina con los objetos necesitados; pero algunos no pueden darse en el mundo relativo de lo causal, espacial y temporal, y como «en el hombre se mantiene siempre la voluntad más o menos consciente, de salvarse definitivamente de esas limitaciones, de esas relatividades», ¹⁹ la salvación está en lo absoluto. «Este es el fin último de la vida humana». ²⁰

La necesidad humana de lo Absoluto fundamenta también la necesidad del Bien, la Belleza y la Verdad como atributos de absolutidad. Ellos actúan como referentes de significación que otorgan validez absoluta

al sentido de la vida, al tiempo que responden a una «profunda necesidad espiritual».

Los valores se estructuran jerárquicamente, según el grado y la profundidad con que realizan en los humanos la cualidad configurante de salvación en lo Absoluto.²¹ Es por esta razón que, para García Bárcena, los valores religiosos son más venerables; sus esencias, de uno u otro modo, fundamentan las restantes significaciones que conforman los sistemas valorativos de los individuos. En varios de sus trabajos filosóficos, habla sobre la jerarquía de los valores, a la cual otorga importancia especial por ser la que tiene un papel más activo en las estructuras valorativas. Para él, «el ser humano vive como absoluto sus valores». Ellos no le son dados objetivamente por algo o alguien que lo trasciende, aunque pueda percibirlo así en algún momento de su vida, sino que «es el hombre quien hace de ellos instancias absolutas, respondiendo a exigencias inexorables de su vida espiritual».²²

Es cierto que en cada mujer y hombre hay un anhelo de perfectibilidad y de vida nueva que lo impulsa más allá de lo dado. En ello radica, precisamente, la grandeza humana: en querer mejorar lo que no está en el reino de los cielos. «En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar [...] el hombre solo puede hallar su grandeza en el Reino de este Mundo».²³ Así recoge Alejo Carpentier, en la literatura, una de las ideas filosóficas más fuertemente arraigadas en el pensar y actuar emancipador de este continente, que García Bárcena hace suya redescubriendo a Dios.

La axiología de Rafael García Bárcena reafirma el «advenimiento de una fe nueva, crítica»,²⁴ que proyecta a hombres y mujeres hacia un mundo diferente. La necesidad humana de creer en los significados positivos de la vida —a pesar de las crisis, desvaríos y catástrofes que la acompañan—, es el mensaje valorativo de la filosofía de la religión construida para redescubrir a Dios, sin encubrir al ser humano.

El prestigio y la influencia de Mañach y García Bárcena en el mundo académico, cultural y social republicano, y más sobre la juventud revolucionaria, hicieron que sus postulados teóricos encontraran rápido eco en la intelectualidad cubana, no sin recibir contundentes críticas por parte de personalidades importantes debido a las inconsecuencias asumidas; pero, sobre todo, a las implicaciones prácticas que tenía la asunción acrítica de tales fundamentos teóricos.

Como hemos dicho, ellos no fueron los únicos que, desde la axiología, intentaron argumentar el sentido de la vida humana y superar de alguna manera la profunda crisis de valores del país con perspectivas universales. Resulta de interés para los estudiosos del pensamiento filosófico cubano profundizar en las ideas de las figuras que incursionaron en la temática de los valores desde

otras aristas: la estética, la filosofía del derecho, la ética, la filosofía de la educación.

A pesar de sus insuficiencias teórico-metodológicas, tienen el mérito de haber sido los primeros en Cuba que realizaron el análisis y la crítica de la sociedad cubana desde la axiología. El debate sobre los valores y el sentido de la vida otorgó nuevas dimensiones a las propuestas filosóficas de estos pensadores. Sin embargo, sus limitaciones teóricas y compromisos clasistas desorientaron el sentido progresivo y la dirección hacia el accionar revolucionario de este pensamiento.

«Vivir es creer, cuando se deja de creer se empieza a morir»

El proceso de reconceptualización teórica para la práctica revolucionaria que llevan a cabo en este período figuras como Raúl Roa, Fernando Ortiz, Elías Entralgo y Medardo Vitier, entre otros, los inserta dentro del debate epocal sobre los valores. En ellos, la crítica valorativa tiene la intención consciente de transformar el sentido de la vida en conciencia lúcida, responsabilidad social y acto de creación.

Como autoconciencia de la identidad, bajo las reales diferencias y contradicciones, y su innegable diversidad, estos pensadores perfilan un sentido histórico y cultural de vida que no consiste solo en captar la unidad y la diversidad, sino en saber organizarlas en dirección progresiva con perspectivas humanas universales. Para ello, el proceso crítico y creador del filosofar ha de desprenderse de imitaciones inauténticas y abrirse desprejuiciadamente a los múltiples impulsos que recibe la vida humana.

Al decir de Elías Entralgo, la vida no es sacudida sísmica ni ímpetu meteórico, sino actividad de eslabonamiento, esfuerzo de articulación, obra concatenadora que ha necesitado siempre del concurso del tiempo y del empeño colectivo.²⁵ El progreso social y cultural de una nación no está solo en los aportes individuales, sino también en la socialización de esas creaciones, en su incorporación fluida y orgánica a la vida colectiva. Este elemento pone a debate el tema de la comunidad de culturas.

El concepto de transculturación lo introduce magistralmente Fernando Ortiz para explicar la conformación y el desarrollo de la comunidad que es la cultura cubana. «La transculturación es un proceso en el cual siempre se da algo a cambio de lo que se recibe [...] Un proceso en el cual emerge una nueva realidad que no es aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente».²⁶

La categoría proporciona una clara definición del papel de los valores en el complejo devenir de la comunidad cubana. Junto al problema de la conformación de la comunidad cultural, se plantea la preocupación por la calidad de la cultura; la cubanidad como complejo de condiciones o cualidades que especifican la «conciencia de ser cubano y la voluntad de querer serlo».²⁷

La comprensión de la cultura como un hecho social —no solo en los planos de la vida presente, sino en los de su advenimiento histórico y su devenir— cambia el enfoque elitista y parcializado de aquella, por uno que la considera creación dinámica y social del heterogéneo conglomerado de razas y tradiciones que se agitan, entremezclan y disgregan en un mismo bullir social.²⁸

Con una fuerte carga valorativa, Ortiz insiste en el sentido humano de la cultura. Critica las posiciones positivistas, que subordinan los valores humanos a la ciencia y la técnica y promueven un pensamiento axiológico que inserta los valores en las alternativas de desarrollo histórico y cultural. Para él, las transformaciones esenciales de la realidad no son posibles al margen de las modificaciones necesarias del espíritu, la conciencia y la conducta de los hombres y las mujeres que las llevan a cabo.

En este sentido, sienta pautas para la formación de valores, cuando escribe:

para hacer integralmente hombres hay que tener una gran fe en la condición de ser hombre, un gran amor a lo humano y una gran vocación por desear y procurar la grandeza de la humanidad, y hay que consagrarse, por lo tanto, absoluta y absorbentemente, sin escatimar esfuerzos ni sacrificios, a esa vocación.²⁹

La preocupación por el mejoramiento humano se une en estos pensadores a la del desarrollo de un pensamiento crítico en Cuba. Medardo Vitier expone con fuerza esta idea: «bella es la queja viril», y explica la queja que testifica la inconformidad por las quebras y fallas humanas ante la pérdida de valores y creencias. De modo que no se trata de cualquier acto de resentimiento, sino de la capacidad del intelecto para deshacer y crear en un solo movimiento, pero de doble operación: elevación del espíritu y penetración prudente en las realidades del conflicto social.³⁰

La necesidad de criticar las formas específicas en que se manifiestan y concientizan las aspiraciones humanas y las posibilidades de su realización hacen que aparezca en el debate el tema de la participación activa de los sujetos sociales en los procesos de cambio. En su ensayo crítico «Pies de arena» (1954), Raúl Roa hace referencias directas a la relación entre la participación y las posibilidades de crítica y creación. Escribe:

la participación del pueblo en el proceso de su creación y el respeto a los fueros de la conciencia individual y colectiva,

constituyen, en nuestra época, los fundamentos objetivos y subjetivos de la legitimidad del mando público [...] El poder es mi poder solo en la medida en que contribuyo a crearlo, exprese anhelo de la voluntad colectiva y salvaguarde las prerrogativas inmanentes de la conciencia individual. De ahí el derecho inalienable de los pueblos a repudiar y derribar todo orden político que menosprecie, agrada o aniquile los valores fundamentales, cuya custodia está encomendada al poder.³¹

Se incorpora también al debate el interés por definir los valores como reguladores del sentido de los fines del actuar humano y los medios para lograr esos fines. Con su agudeza discursiva, Roa insiste en que:

el dolor lacerante de estos tiempos no es producto, precisamente, de la fatalidad [...] Lo trajo el hombre y el hombre puede extirparlo. Nada nuevo necesita inventar para conseguirlo. Bástale poner la ciencia al servicio de una concepción justa de los fines de la vida y renovar los supuestos del régimen democrático, fundado en la autoridad consentida y legitimada por el espíritu, la razón y la voluntad.³²

Desde la arista axiológica, el problema recae en el sentido y la dirección que alcancen los fines y los medios. Apunta Medardo Vitier en un ensayo sobre la educación en Cuba: «Los fines se han descuidado, pero dar con los medios es aún más difícil. No aludo a medios didácticos, a modos de aprendizaje, sino a la manera de alcanzar los fines».³³

Se defiende con fuerza el criterio de que cuando los valores pierden sus reales significaciones por las crisis del orden social y político existente, los medios y los fines de la actividad se confunden e indefinen. Al restablecerse de modo arbitrario o predeterminarse al margen de la vida cotidiana, y sin el debido consenso social, se fractura la adecuada correspondencia entre ellos y, por lo general, sus significaciones se subordinan al deseo pragmático de poder alcanzar los objetivos programados para superar las crisis.

Esta manera de responder a la cuestión filosófica de la relación fin-medio desde lo valorativo entronca con la tradición humanista y emancipadora del pensamiento cubano, que se ha opuesto a los intentos de utilizar a los hombres y las mujeres como instrumentos ciegos o sordos. Y se enlaza a una concepción filosófica de la vida que no se ciñe a interpretar conceptualmente el mundo, sino que aspira también a transformarlo. «Y para eso —reafirma Roa— se precisa, además de coraje, abnegación y constancia, ciencia, experiencia y conciencia».³⁴

Las posibilidades transformadoras de los seres humanos se acrecientan con el conocimiento del mundo. La búsqueda de la verdad es también parte inseparable de la vida. En un artículo publicado en Bohemia, en 1941, Fernando Ortiz escribe:

La humanidad nunca se resigna a lo ya sabido concienzudamente como previsible; trata de dominar más y más los secretos de la naturaleza mirando siempre hacia un más allá. Su progreso es asombroso; pero su irreflexiva impaciencia la hace fracasar y caer en el acomodamiento perezoso e irracional que le hace aceptar como ciertas arbitrarias creencias.³⁵

Hay en los seres humanos un impulso interior por la perfección, una inconformidad por las quebras y fallas humanas que lo conducen hacia sentidos de vida superiores. Cada hombre y mujer, como dice Vitier, «lleva dentro un destello de lumbre interior de Don Quijote, una porción de locura que lo anima y eleva».³⁶

Al asumir los cubanos y las cubanas la responsabilidad histórica de modificar sus destinos propios, el sentido de sus vidas requiere niveles superiores de conocimiento y valoración. Es en este punto donde estos pensadores insertan la labor educativa como proceso ininterrumpido de creación y transformación de la conciencia. Lo valioso no está en lo que cada cual debe hacer, sino en lo que puede hacer por lo que es como ser humano. Esta manera de enfocar la relación ser-hacer va dirigida a la acentuación de un sentido de la vida que reafirme la capacidad transformadora y constructiva de las personas.

Planteado de esta manera, el sentido de la vida lleva en sí una crítica a la enajenación y cosificación de los seres humanos ante el irrespeto a su dignidad. Tomando este criterio como referente para valorar los procesos libertarios de la época, aparece una interesante crítica al socialismo europeo, válida para entender, en estos tiempos, por qué la historia nos hace volver a sus proyectos inconclusos.

La crítica al socialismo alerta sobre la sistemática insensibilidad humana de sus propuestas y el insuficiente respeto a la dignidad humana, la justicia y la libertad, lo cual «sirve, de manera exclusiva, para sostener los designios de una forma distinta de vasallaje».³⁷ Los totalitarismos, se insiste, aniquilan la dignidad, humillan, persiguen, encarcelan la diversidad, que es la seguridad de que tenemos modos propios de ser y de reaccionar. En esa seguridad vivimos, nos movemos y tenemos nuestra dignidad. Es ella el punto de partida de todo empeño, el fundamento del éxito por el bien común. La heterogeneidad dentro de la unidad no es ausencia, sino riqueza del ser humano. «La seguridad del mundo, en sus varias formas, viene a ser la de la persona en su integridad».³⁸

El tono de la crítica se eleva en el debate con intenciones de enardecer los ánimos revolucionarios. Con intereses a favor de la dignidad individual y social, con una mentalidad diferente, con los esfuerzos útiles de cada hombre y mujer, con la esperanza de lo que será mañana, se insta a recuperar la libertad atropellada, la soberanía perdida y la dignidad mancillada.

Por cualquiera de los caminos que se escoja, el sendero seguro debe movilizar e incorporar un consenso mínimo en lo concerniente a valores sobre convivencia justa, virtudes edificantes, honradez gubernamental, conducta privada y pública.³⁹ Fuera de una reorientación humana no hay posibilidades seguras de superar las alienantes condiciones de vida.

La transmutación de valores que provoca la cotidiana y brutal realidad humana ante el estancamiento de la cultura, la expansión de la violencia, la impunidad del poder, la catastrófica situación de vida, acentúa la incredulidad en las soluciones alternativas. Pero «en reducto que parece inexpugnable resiste el credo último, el valor de la vida».⁴⁰ Y en paradójica expresión, la crisis de valores desgarran las conciencias individuales y colectivas porque «todo se salió abruptamente de su cauce y nadie vive tranquilo».⁴¹

Ante el silencio, la indiferencia o la inhibición que resulta de la pérdida de valores, se impone un cambio en las significaciones de la libertad, la paz, la justicia y el progreso. En el intento de infundir nuevos sentidos a la totalidad, los valores orientan la reconducción de la naturaleza y la sociedad a su esencia humana.

Esta manera de comprender el sentido de la vida se enlaza con una concepción del mundo revolucionaria que se impone de forma enérgica para precisar actitudes cívicas y consolidar las posiciones progresistas que exige la defensa de la libertad. Al pensar el sentido de la vida desde las múltiples relaciones que lo determinan, opuestas a escepticismos y pesimismo filosóficos, estos pensadores promueven una axiología con mayor nivel de convocatoria y proyección de las necesidades, intereses y voluntades populares.

El debate acerca de los valores y el sentido de la vida entre 1940 y 1960 se inscribe en el empeño de proyectar alternativas desenajadoras dentro de la crisis social cubana. Al cuestionar los referentes de significación, el pensamiento filosófico se enfrenta a prácticas de dominación que atentan contra la identidad y la presencia de una subjetividad histórico-cultural.

Las propuestas que emergen del debate tienen en común la visión integradora de la sociedad. Para ello, se precisan fines y objetivos sociales comunes que acentúen la continuidad nacional y su correspondencia con la comunidad de cultura, el rescate y la proyección social de los valores portadores del progreso humano, la insatisfacción por las desigualdades sociales, el establecimiento de una nueva moral con modificaciones esenciales en el espíritu, la conciencia y las conductas individuales y colectivas.

Es precisamente en este punto donde chocan las dos tendencias. Mientras para una la integración social se articula por la acción de la cultura —de la alta cultura, que regenera la ciudadanía y vigoriza la

nación—, para la otra, se asume como respuesta a objetivos sociales comunes desde la diversidad sociocultural, sin exclusión de género, raza, clase, sector social, etcétera.

La primera se emparenta con el sentido histórico de una parte de la burguesía nacional, fundamentalmente el sector sector comercial, que a todas luces intenta constituirse en burguesía nacional independiente y antimperialista. Sus propuestas se nutren de la tradición ideológica nacionalista cubana y, como esta, queda en los límites del imposible histórico, más tratándose de la burguesía de un país subdesarrollado y neocolonial. Al preconizar la integración a la totalidad a través de una suerte de evolucionismo sociocultural, quedan al margen elementos de la dinámica de la historia social. Los intereses y valores irreconciliables de clases y grupos sociales enfrentados se minimizan; en su lugar, los sentidos culturales de las «minorías históricas» ocupan el lugar del consenso social y ofrecen las posibilidades integradoras.

La segunda, en contraposición a la primera, arremete contra las esencias dominadoras y excluyentes. En sus representantes, la integración se plantea por la búsqueda de un consenso valorativo, no fabricado, sino extraído de las fuerzas que promueven el progreso social, manteniendo los márgenes de conflictividad necesarios para el desenvolvimiento de cada uno de los intereses confluyentes en el todo social.

Se trata de una totalidad que acentúe la justicia por encima de la eficiencia y la utilidad, destaque las capacidades crítica y creadora de los seres humanos frente a las actitudes apáticas y oportunistas. Totalidad subvertidora de los sistemas de valores alienantes e irracionales que se imponen como símbolos de poder, y más.

Reflexiones finales

El debate sobre los valores y el sentido de la vida, de 1940 a 1960, le dio nuevas dimensiones teóricas y prácticas al pensamiento filosófico cubano. Con él se transformaron las nociones de crítica y creación. La crítica axiológica, desde sus distintos modos de asunción, rompió con la tradición filosófica de divorciar las potencialidades cognoscitivas y las valorativas en el ser humano. Al asumirlas integradamente, se enfatiza la capacidad constructiva de hombres y mujeres para modificar sus condiciones de vida.

La construcción de una axiología crítica es el mérito fundamental de estos pensadores, que dejaron importantes huellas en el devenir filosófico del

pensamiento progresista cubano. Lo esencial no está, para ellos, en por qué valoramos, sino en cómo se debe valorar. Así, insisten en la crítica no como un acto de enjuiciamiento a posteriori de las acciones humanas, sino como la manera más responsable y comprometida de actuar en el mundo circundante.

Volver a este debate en nuestros días no es un simple ejercicio de gozo intelectual. América Latina sigue siendo rehén de un modelo instrumentalista y excluyente de sociedad. El tema vuelve a desafiar a la filosofía. Ese desafío exige una nueva actitud fundadora y reclama una conversión paradigmática que asuma las experiencias históricas y las posibilidades inagotadas de las alternativas anticapitalistas.

La redefinición valorativa de una totalidad alternativa al capitalismo transnacionalizado y globalizador no es el necio empeño de «ciervos, ángeles de amor», sino la necesidad y posibilidad de hacer realidad las exigencias y aspiraciones sociohistóricas de los sujetos sociales comprometidos con la dignificación humana desde los diversos modos de expresar, pensar y proyectar un mundo mejor y posible.

La penetración económica e ideológica imperialista, que arrincona y desnaturaliza la cultura y la historia con modelos y falsificaciones destructores de cuanto pudiera ser fuente de autorrespeto y resistencia en la conciencia individual y social, trueca los valores histórico-culturales en significaciones ajenas y extrañas a su propio creador. Al convertir la creación humana, en un producto que no le pertenece a quien lo crea, acentúa la dependencia y enajenación creadora y crítica. La reconstrucción del mundo natural y las relaciones humanas, desde los hombres y las mujeres que las viven, pasa por su historia y su cultura. En ellas la vida se afirma, consolida y revaloriza como posibilidad humana de perfectibilidad.

La reflexión sobre los valores enfrenta hoy una pluralidad de acciones, modos de actuar no jerárquicos, confluencias de identidades y organizaciones diversas que emergen desde las prácticas cotidianas. Desde esta cotidianidad, los valores de la emancipación se enfrentan a la visión tecnocrática y cientificista de la sociedad, la homogeneización de los seres humanos impuesta por la cultura capitalista, la intolerancia cultural y la simplificación del mundo y la vida humana.

Construir una civilización humana digna, justa y equitativa requiere de acciones, reflexiones y deseos capaces de elaborar y movilizar alternativas desde las incertidumbres, lo cual supone cambios profundos en nosotros mismos. A motivar, de alguna manera, esos cambios se dirigen las ideas de este ensayo. Si en

algo lo logra, entonces, «vale el debate buena tormenta».

Notas

1. León Felipe, *El ciervo*, Arte y Literatura, La Habana, 1980, p. 165.
2. Existen en la época otras líneas de pensamiento que reconocen la importancia de la dimensión valorativa en los procesos revolucionarios, pero no las incluimos en el estudio ya que este reconocimiento no se hace desde una intención consciente de abordar la temática de los valores como problemática histórico-filosófica.
3. Jorge Mañach, *Para una filosofía de la vida*, Editorial Lex, La Habana, 1951, pp. 18-9.
4. *Ibidem*, p. 27.
5. *Ibidem*, pp. 56-7.
6. *Ibidem*, p. 43.
7. Como disciplina o estudio acerca de los valores, la axiología ha dedicado atención primordial al estatus ontológico y la naturaleza del valor. Existen en el pensamiento filosófico dos posiciones contrapuestas: una que entiende los valores como significaciones subjetivas que no tienen existencia fuera del sujeto que valora (esta identificación del valor con el sujeto es una de las tesis centrales de las posiciones subjetivistas); otra, que sostiene la existencia de significaciones independientes del sujeto que valora. Los valores, en este caso, son significados objetivos que no pueden identificarse ni con el sujeto ni con la valoración que este realiza. Es la posición objetivista. En la actualidad, ha cobrado fuerza una tercera posición que plantea la naturaleza objetiva-subjetiva del valor. En ella se diferencian los valores en «valores de las cosas» y «valores de la conciencia», pero se insiste en el carácter simultáneo de la relación.
8. Jorge Mañach, *ob. cit.*, p. 91.
9. *Ibidem*, p. 22.
10. Humberto Piñera Llera, «Ideas del hombre y de la cultura en Varona», *Revista Cubana de Filosofía*, v. I, n. 4, La Habana, 1949, p. 16.
11. Rafael García Bárcena, *Redescubrimiento de Dios (una filosofía de la religión)*, Editorial Lex, La Habana, 1956, p. 103.
12. El pensamiento martiano está presente en esta idea de instituir lo justo, lo bello y lo certero como referentes que actúan en la articulación de un todo integrado y coherente. «Así son una la verdad que es la hermosura en el juicio; la bondad que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte». José Martí, «Emerson», *Antología mínima*, t. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 193.
13. Mercedes y Rosaura García Tudurí, «Conferencia pronunciada en el curso académico del Instituto de Filosofía 1953-1954», *Ideas de la Historia de la Filosofía*, Sociedad Cubana de Filosofía, 1954.
14. Mercedes y Rosaura García Tudurí, «El aspecto social del arte», *Revista Cubana de Filosofía*, v. IV, n. 16, La Habana, 1957, p. 18.
15. *Ibidem*, p. 21.
16. Rafael García Bárcena, *ob. cit.*, p. 155.
17. *Ibidem*, p. 157.
18. En la obra de García Bárcena, la irritabilidad, la intencionalidad y la fe constituyen función de reintegración de la entidad viviente a la totalidad. Portan una tensión directriz que orienta hacia objetos necesitados. La irritabilidad, como cualidad de la vida orgánica, refiere la disposición a reaccionar ante determinado estímulo del medio. La intencionalidad se caracteriza por ser una función de la vida psíquica, que se dirige espontáneamente a fines predeterminados por la vida, dentro de la cual ella funciona. La fe es la función vital que tiende a reintegrar al individuo espiritual a la totalidad de que forma parte (la totalidad de la realidad), el acto de fe incluye la conciencia, la afectividad y la voluntad humana diversificada en lo ético, estético y lo teóricico.
19. Rafael García Bárcena, *ob. cit.*, p. 102.
20. *Ibidem*, pp. 95-105.
21. *Ibidem*, p. 102.
22. *Ibidem*, p. 151.
23. Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, UNEAC, La Habana, 1964, p. 136.
24. Rafael García Bárcena, *ob. cit.*, p. 7.
25. Elías Entralgo, *Algunas facetas de Varona*, UNESCO, La Habana, 1965, p. 104.
26. Bronislaw Malinowski, «Introducción a Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar», *Estudios Afrocubanos*, t. I, Universidad de la Habana, 1990, p. 248.
27. Fernando Ortiz, «Los factores humanos de la cubanidad», *Órbita de Fernando Ortiz*, UNEAC, 1973, p. 153.
28. *Ibidem*, p. 156.
29. *Ibidem*, p. 178.
30. Medardo Vitier, *Valoraciones 1*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1960, pp. 358, 362-364.
31. Raúl Roa, «Pies de arena», *Retorno a la alborada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 820.
32. Raúl Roa, *En pie*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1958.
33. Medardo Vitier, «Educabilidad», *Valoraciones 1*, *cit.*, p. 360.
34. Raúl Roa, *En pie*, *cit.*, p. 188.
35. Fernando Ortiz, «Tata Mbumba, mi colega de Songo», *Bohemia*, a. 41, n. 26, La Habana, 1949, p. 28.
36. Medardo Vitier, *ob. cit.*, p. 357.
37. Raúl Roa, *En pie*, *cit.*, p. 213.
38. Medardo Vitier, *ob. cit.*, p. 386.
39. *Ibidem*, p. 390.
40. *Ibidem*, p. 357.
41. Raúl Roa, *En pie*, *cit.*, p. 222.

Arte, cultura y globalización posmoderna o cuarenta párrafos para una nueva utopía estética

Aminael Sánchez Rodríguez

Investigador. Instituto de Biotecnología de las Plantas, UCLV.

El tránsito al siglo XXI ha sido imaginado, a instancias del pensamiento hegemónico oficial, desde tres «fines» complementarios y, hasta cierto punto, consecuentes: el «fin de la historia», el «fin de las ideologías» y el «fin de las utopías». En el verano de 1989, un funcionario del Departamento de Estado norteamericano, Francis Fukuyama, proponía la conclusión definitiva del proceso del devenir histórico. Dentro del contexto de desilusión producida por el fracaso de la gran aspiración utópica contemporánea, encarnada en el comunismo soviético o el «socialismo real», el autor apuntaba hacia un estadio histórico terminal definido por la culminación del proyecto moderno inspirado en la idea del progreso. A partir de una elaboración particular de las concepciones filosóficas de autores como Hegel y Kojève, Fukuyama confirmaba la definitiva conciliación de la humanidad consigo misma, esto es, reafirmaba la presunta inevitabilidad histórica de la implantación universal del mercado y de la democracia.

Es necesario resaltar que, en contra de lo que algunos interpretaron como la propuesta de una mera cancelación de los acontecimientos históricos, el

funcionario estadounidense no cuestionaba la presumible aceleración futura de los hechos históricos; ni siquiera descartaba la posible proliferación de conflictos residuales en ese proceso ya anticipado de identificación absoluta de lo real con lo racional. Tan solo se limitaba a promulgar, en su esfuerzo legitimador de las nuevas condiciones económico-sociales, políticas y culturales surgidas del fin de la Guerra fría, la victoria absoluta del liberalismo económico y político como punto final de la evolución dialéctica y unidireccional de la humanidad. De hecho, en respuesta a los analistas que consideraron los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 como una refutación de esta tesis, y haciéndola compatible con la supuestamente contradictoria teoría del «choque de civilizaciones», el propio autor recordaba:

mi observación, hecha en 1989, en la víspera de la caída del comunismo, era que este proceso de evolución parecía estar llevando a zonas cada vez más amplias de la Tierra hacia la modernidad. Y que si mirábamos más allá de la democracia y los mercados liberales, no había nada hacia lo que podíamos aspirar a avanzar; de ahí el final de la historia. Aunque había zonas retrógradas que se resistían a este proceso, era difícil encontrar un tipo de civilización alternativa

que fuera viable en la que quisiera de verdad vivir, tras haber quedado desacreditados el socialismo, la monarquía, el fascismo y otros tipos de gobierno.¹

Al terminar la Guerra fría, se vinieron abajo las nítidas fronteras entre los discursos ideológicos que ofrecían una visión de futuro y valores claramente diferenciados para grupos tanto políticos como sociales. Para llenar gran parte de los vacíos ideológicos creados en este desplazamiento discursivo, la gente se volvió hacia su «cultura tradicional», la reconstruyó o la inventó.

Esta expresión ideológica de la supuesta superioridad cultural de la civilización tecnológica y científica occidental, basada en un enfoque reaccionario de la dialéctica hegeliana, enlaza, pues, de manera paradójica, con ese debate que se ha venido desarrollando desde los años 60 en torno al «fin de las ideologías». Daniel Bell, en sintonía con las apreciaciones realizadas por Edward Shils acerca del declive de la figura del intelectual políticamente comprometido, y dentro del contexto del triunfo de la cultura y la sociedad de masas, anunciaba, hacia el año 1962, el comienzo de una nueva era de resolución definitiva de los conflictos ideológicos que habían marcado la evolución del mundo contemporáneo. En *El fin de las ideologías*,² incidiendo en el agotamiento de las ideas alternativas al proceso de modernización liberal capitalista, Bell inauguraba, pues, esa nueva tradición política occidental que, anclada en la asunción de un nuevo *ethos* individualista y consumista, hoy tiene en la desmovilización, el consenso y el conformismo social sus actitudes más resaltables.

Como consecuencia, algunos movimientos culturales que habían sido reprimidos, así como nuevas identidades culturales surgidas de los escombros de la historia, se encuentran ahora avasallando las fronteras y plataformas políticas tradicionales. En muchos casos, sus reivindicaciones se expresan en términos culturales, a pesar de que sus demandas se refieren más a cuestiones de toma de decisiones, poder y territorio. Con ello, los distintos grupos intentan adecuar su sentido de pertenencia, de situación y de propósito común al contexto sociopolítico del mundo actual.

La muerte de la utopía, entendida como exploración cultural de lo posible más allá de lo actual, tal y como lo recoge Paul Ricoeur, ya había sido intuida en los años 30 por un autor como Karl Mannheim, partiendo de la percepción de las tendencias conservadoras del socialismo reinante, de la progresiva burocratización de la propia utopía liberal, de la tolerancia y el escepticismo crecientes y, ante todo, de «la reducción de todas las utopías a ideología». Para el referido Mannheim, este declive de la utopía, en tanto nos arroja a un mundo que ya no está en proceso de realizarse, esto es, en un estadio terminal en el que la reducción de

los niveles de inadecuación entre pensamiento y realidad social impide cualquier perspectiva de cambio futuro, encierra graves peligros que advierten de la esterilidad del último triunfo de la libertad.³ Entre ellos sobresale, fundamentalmente, la pérdida de un sentido global de la experiencia y del mundo. La desaparición de la utopía, por consiguiente, nos devuelve a un mundo tan fragmentado como inatrapable, para no decir incomprendible, en el que la nueva actitud práctica constituye la vacía victoria de la congruencia: «la gente se ha adaptado a la realidad y por haberse adaptado a ella no tiene ilusiones; pero con la pérdida de las ilusiones los hombres también pierden todo sentido de la dirección», según señala Ricoeur.⁴

Finalmente, cabe hacer notar que las políticas neoliberales que dan preponderancia al mercado como fuerza conductora del desarrollo han acelerado la mercantilización de bienes y servicios culturales, que hasta ahora se consideraba respondían únicamente a una racionalidad no económica. Por ejemplo, hoy se reclama la protección de la propiedad intelectual de diseños del arte inuit y de los aborígenes australianos, como se haría con cualquier producto industrial. También se empiezan a regular, y retribuir como servicio terapéutico de medicina natural, las prácticas chamánicas, que tradicionalmente estaban excluidas de la esfera de las transacciones comerciales.

Un coro de científicos sociales, académicos y «tanques pensantes» hablan de la crisis de los metarrelatos legitimadores como del «dogma esencial» de la posmodernidad, para destacar el hecho de que todos los teóricos —y no solo Lyotard— están de acuerdo en señalar esa crisis como la *conditio sine qua non* de lo posmoderno. La condición posmoderna se presenta, entonces, como un desencanto o ruptura de los *topoi* que han servido de base a la modernidad. Es por ello que nada tiene de extraño que las estrategias posmodernas ejerzan presión sobre los lugares concretos en los que la modernidad se sitúa y pretende perpetuarse: en este sentido, podemos entender los ataques a la idea de progreso, a la linealidad y el curso de la historia, al desarrollo y a la evolución.

No podemos aludir a la posmodernidad sin hacer referencia a la modernidad. Esta última es hija legítima del capitalismo. Surgió amparada por una serie de utopías cuya realización se daría gracias a la ciencia y a la razón. Bajo el lema del progreso, se construyó un proyecto que generó las más patéticas expectativas. E igual de patéticas son las frustraciones generadas por más de doscientos años de modernidad. Según Campagnon, la consigna posmoderna es «desmentir la ideología de la modernidad o la modernidad como ideología».⁵ ¿Quiere decir que lo posmoderno es antimoderno? Depende de la posición del crítico. Hay

dos visiones: una exalta la modernidad; otra la niega. Dentro de los exaltadores, podrían diferenciarse las posiciones de Jürgen Habermas, de las de Daniel Bell. Para el primero, lo que hay es una «modernidad inconclusa». Para el segundo, debe hablarse de un éxtasis del capitalismo, por lo cual en vez de posmodernidad, debería denominarse el fenómeno como posindustrialismo.

Fukuyama construye el epitafio de la historia. Claro, la historia marxista, cuyo protagonismo correspondía fundamentalmente al proletariado, según algunas lecturas desde el lado del marxismo. Para este autor, alto empleado del Pentágono, desaparecieron las contradicciones. No existe la lucha de clases como motor histórico. Bell concibe el factor cultural como el más importante en la conformación de la sociedad de hoy. Y ese factor tiene un instrumento igualador: los *mass media*. Estos hacen la nueva universalidad. La economía global necesita de una infraestructura ideológica que la sostenga. Bell dice: «el mercado es, en última instancia, el árbitro del gusto».⁶ Todo parece indicar que no estamos en los tiempos posindustriales, sino en la era en que el signo ha sustituido a la realidad. La producción industrial ya no es tan importante como la apropiación de las plusvalías espirituales. Esta «nueva universalización» del capitalismo ha abrazado a las artes. Tanto al creador como al consumidor. El creador ha tenido que hacer concesiones a los medios. La modernidad desalojó al artista del centro social. Recordemos al poeta de *El rey burgués*, de Rubén Darío. Como no hubo ninguna ocupación que darle, se le asignó la tarea de mover un organillo para deleitar a los pájaros. Terminó muerto, congelado por una lluvia de nieve. Por ello los poetas tuvieron que huir a otras profesiones: fueron abogados, periodistas, profesores, etc. Su creatividad ocupa un espacio al margen. En esta posmodernidad o posindustrialidad (según Bell), el creador tiene una profesión. Ser un «creativo» que, con su aval, y experiencia intelectual «deleitará» al público con una obra que se mimetice en sus estereotipos. Al parecer, ya no hay fronteras entre culturas altas y bajas. Los artistas no pretenden aislarse, sino más bien hacerse populares. Acuden a la cultura popular, sin asumirla desde sus raíces. Ella es atrapada vía *kitsch* o *pastiche*. Es una manera bastante inteligente de distanciarse del gusto del populacho.

Pero el público del arte posmoderno sigue siendo selecto. En él también existe una mala conciencia. Generalmente, son gente con una juventud contestataria, que una vez se inclinó por la llamada cultura popular. Hoy sus gustos han cambiado, porque su vida ha cambiado. Entonces, estamos asistiendo a una gran paradoja: el arte posmoderno es de élite, aunque involucra como tema al hombre popular.

En virtud de su canto a la superficialidad, su culto a lo perecedero, la posmodernidad desecha el pasado como raíz genésica del hombre. Y eso tiene que ver con la muerte del sujeto y su sustitución por la objetividad. La realidad existe, se muestra; importa muy poco la voz mediadora que la concreta. Jameson define al arte moderno como el de la parodia; al posmoderno, el del *pastiche*, la imitación servil, el plagio. En la parodia, la ironía está cargada de intencionalidad. En cambio, el *pastiche* es una parodia vacía. Comparemos las ironías de Voltaire y de Swift con las de Manuel Puig. Aquellas apuntaban a la crítica; el *kitsch* del argentino no pasa de ser más que una mirada ridiculizante de lo popular.

Sin sujeto histórico, no hay pasado. Todo es presente. La concepción utopista del modernismo obligaba a penetrar en los misterios, «la irrealidad» del mundo. El afán utópico llenó de imaginación al artista. El posmodernismo reinstala la realidad como factor estético. Pero ella solo es un espectáculo. A esta crisis de la fantasía sobrevino un neorrealismo, cuya idea de la verosimilitud está muy lejos de alentar ilusiones, sino más bien afinar la creación en referentes muy concretos. Pero ese verismo no será grandilocuente, como sí lo fue en los realistas y naturalistas. Interesa lo real trivial o, en versiones de las escuelas estéticas de los estadounidenses, el *Minimal Realism* (realismo minimalista) o el *Dirty Realism* (realismo sucio). Los nuevos héroes surgen del avatar cotidiano urbano. La *hybris* griega renueva su tragedia en la nueva ciudad, pero mostrándonos un nuevo sentido de lo trágico: el hombre sucumbe ante el absurdo. Esa cotidianidad será importante si pasa por los procesos de los medios masivos. La comunicación se esclaviza al mercado. En la novela, podemos aludir a las obras de Norman Mailer y de Truman Capote, alimentadas de la violencia crudísima de Norteamérica.

Tenemos, entonces, que la literatura pierde su aura utópica. Ya no es fantasía, ni propuesta imaginaria. Se nutre de temas del presente, hace de él su piedra de toque estética. Negado el pasado, la historia se resquebraja. El mundo deja de ser una diacronía para centrarse en lo sincrónico. Es decir, en la sucesión de instantes, de fragmentos, que no consiguen urdir su totalidad.

Estamos, pues, frente a una visión inédita del tiempo estético cultural. Ya se ha abandonado el pasado nostálgico romántico y el futuro de las vanguardias. El pasado cuenta como escenario aditivo para el presente. Es un elemento más del *pastiche*, de la sumatoria de mutiplicidades. El futuro es un pasaje negativo. Son los paisajes de películas como *Doce monos*, *Blade Runner* o de *Minority Report*. En estos filmes se dramatiza un futuro en donde el universo no es para la vida, sino para la muerte.

En otras palabras, si el siglo XIX y la mayor parte del XX fueron épicos, prestos a conquistar el futuro, preocupados por el progreso, la unidad nacional, el desarrollo y, sobre todo, ambiciosos de la «totalidad histórica», el XXI se presenta como un siglo ingrátido, sin territorios ni fronteras nacionales, por lo global, donde la historia se hace virtual a pasos vertiginosos, a partir de nuevas tecnologías.

Las semejanzas entre la concepción cristiana y la modernidad respecto a la historia se manifiestan claras, y nos ayudan a comprender los objetivos concretos de esta última en busca de una temporalidad secular racional. Podemos rastrear dichas semejanzas a través de las ideas que el cristianismo posee de la historia, como tránsito y fatalidad, como tiempo lineal irreversible que conduce a la eternidad. De estos conceptos a la noción de utopía hay solo un paso imperceptible. La trascendencia, que en el cristianismo está unida a la Providencia, en la modernidad se configuró en immanencia del progreso y, en una escala mayor, en la confianza sobre el futuro. Estos son los antagonismos de una modernidad mesiánica que ha matado a Dios, pero lo ha buscado en otros reinos; es decir, en la utopía histórica, la cual trata de superar lo imperfecto por medio de una racionalidad económica y sociopolítica. La fatalidad, la catástrofe y el tránsito temporal cristianos se mutaron en la modernidad por la idea de ruptura y revolución. Lo irreversible se encuentra ya en la conciencia de lo lineal inevitable; el «todavía no» utópico es la fuerza immanente de la razón moderna, que se aventura a conquistar metas en la trascendencia histórica. Gracias a los obstáculos que el tiempo lineal impone, la humanidad marcha por rupturas hacia la «gran totalidad». Historia agónica junto a historia integrada. Fenomenología de la esperanza moderna mesiánica.

Vivimos tiempos de intercambios, rupturas y unificaciones. La mayor parte de las esferas económicas y culturales se están desterritorializando. El mundo actual sufre y goza de su transitoriedad por espacios activos, movilizados gracias al gran macrorrelato del consumo y del mercado. Lo global se localiza para poder vender y expandir sus productos en la cotidianidad; a la vez se deslocaliza, construye memorias, imaginarios y sensibilidades masivas en un público comprador y consumidor de productos simbólicos y materiales. De allí sus contradicciones. Unifica y disuelve. Congrega imaginarios y mercados, como también dispersa las sensibilidades populares y regionales. En torno a esta amalgama geocultural, se encuentra una «tecnosfera» o «tecnocultura» que invade lentamente la vida particular y colectiva de todos los continentes. La sociedad de la información, el flujo de las transmisiones telemáticas, se han constituido, junto al mercado y al consumo, en

nuevos macrorrelatos para el siglo XXI, llenando los vacíos, angustias y derrotas que deja el hundimiento de los macroproyectos modernos. Paralelo a los medios transnacionales económicos y culturales, Internet está ayudando a constituir una memoria colectiva mundial, que desterritorializa no solo los procesos autónomos nacionales y regionales, sino también la mayoría de categorías que se gestaron en una modernidad triunfante y en la modernización industrial creciente. Tal es nuestro contorno.

La modernidad fue y ha sido historicista, determina su immanencia temporal desde lo real concreto. De esta manera, se entiende su afán de transformación de las condiciones materiales, lo cual tuvo en su momento gran importancia. La posmodernidad cibercultural, en cambio, es trans-histórica y se determina desde lo virtual. Por ello el concepto de transformación —revolución— no opera, en tanto que se impone lo ingrátido, la levedad, la transterritorialización virtual. Si la modernidad convirtió la naturaleza en realidad, la posmodernidad tecnocultural está mutando la realidad real en iconosfera telemática. De las guerras duras a las guerras blandas. De la historia a la transhistoria tecnovirtual.

El ser político, el sujeto histórico, la sociedad civil, sienten y legitiman la ingratitud con su deficiente —y a veces inexistente— sentido de participación ciudadana. Desgravitada la historia, como si asistiéramos a ella a través de un video-juego, ya no es importante plasmar en su cuerpo nuestra praxis e ideas de innovación. Como sujetos, nuestra acción no produce ningún sacudimiento real a escala colectiva, por lo que la frase de André Malraux «hay que dejar una cicatriz sobre la tierra», es un extraño y legendario sueño de los tiempos épicos del siglo XX. Pérdida de pertenencia y participación en la agonía social; reivindicación de la inutilidad virtualizada de la convivencia.

Las expresiones culturales se han convertido en la punta de lanza invisible de la globalización porque ofrecen las imágenes y valores con los que la gente construye una nueva visión del mundo. Aun si las mercancías ya llegan hasta los rincones más apartados del planeta, antes que estos bienes han llegado ya los sonos, las palabras y las imágenes de muchas otras culturas, y en particular de la norteamericana.

En relación con la globalización, se ha analizado, diseccionado y debatido intensamente la liberación de los mercados financieros y comerciales, y con el cambio global, los efectos de las transformaciones en la biosfera y la geosfera. En cambio, no se han analizado en forma sistemática los cambios globales que están ocurriendo en los procesos culturales. Ello se debe, en parte, a la naturaleza polisémica del concepto de cultura, a lo complejo que resulta categorizar estos procesos y a la

Se trata de superar la visión unilateral de códigos binarios que ha imperado desde los tiempos de una modernidad crítica e instalar una visión heterogénea con teorías adecuadas que no dejen de lado la tensión analítica y superen las viejas rencillas ideológicas dogmáticas, analizando los elementos que constituyen la cultura mundializada, la globalización del mercado y sus impactos en las esferas del arte.

dificultad de aislar los fenómenos culturales de los arriba mencionados. De hecho, concordamos con Néstor García Canclini en que es difícil calificar, en este atropellado suceder de creaciones culturales, los efectos de esta «globalización imaginada».⁷

La estética de la globalización o el arte en el mundo posmoderno

En este mundo collage; en estas culturas aterritoriales, el arte y las teorías estéticas han sentido también los impactos de la globalización económica, tecnológica y de la globalización cultural, actualizando la polémica entre arte y mercado, sociedad de consumo y gusto estético. Esta confrontación, que tiene su origen en el siglo XIX y un desarrollo vertiginoso a mediados del XX, se manifiesta en su totalidad a principios del XXI, produciendo reacciones en cadena en las estructuras y categorías estéticas y las producciones artísticas. El acelerado crecimiento de la cultura de masas, gracias al desarrollo de los medios de comunicación, ha provocado un «malestar cultural» sentido entre algunos intelectuales y artistas que no ven con buenos ojos aquel crecimiento mordaz y despiadado que ha transformado lo urbano en una «sociedad de extraños». Anonimato, soledad, extrañamiento, masificación y homogeneización de gustos y actitudes van a llevar a los intelectuales a enfrentarse con la «cultura de masas», ya que esta desplaza y desarticula su noción de élite privilegiada o de «hombres diferentes». De allí que los intelectuales se opongan a la racionalidad instrumental, la cual produce diferenciación, racionalismos burocratizados, anomia, pérdida de dirección, alienación y explotación, control, poder y castigo. La repulsión frente al arte masivo, el «mal gusto» y el kitsch, se observan en las reflexiones que sobre la industria cultural realizó la Escuela de Frankfurt, especialmente Adorno y Horkheimer, origen de infinidad de posiciones teóricas e ideológicas al respecto. «Cultura de mercado» versus «cultura erudita»; «cultura de masas» versus «cultura culta». La discusión sobre cuál es el «verdadero» arte, si el promovido por

las industrias culturales o el elaborado con la autenticidad de la individualidad creadora, es desde el siglo XIX una de las preocupaciones más trabajadas en las estéticas modernas y sigue atormentando a los posmodernos. Las relaciones de hoy día entre la tecnología y la cultura, manifiestas en la industria editorial, la prensa, el cine, la fotografía, la televisión, la microelectrónica y las redes, forman parte de una situación límite que obliga a pensar las rivalidades con nuevas categorías, superando las antiguas dicotomías moralizantes, para asimilar y observar mejor las múltiples posibilidades estéticas que ofrecen la cultura del mercado y la estetización.

Se trata de superar la visión unilateral de códigos binarios que ha imperado desde los tiempos de una modernidad crítica, e instalar una visión heterogénea con teorías adecuadas que no dejen de lado la tensión analítica y superen las viejas rencillas ideológicas dogmáticas, analizando los elementos que constituyen la cultura mundializada, la globalización del mercado y sus impactos en las esferas del arte.

El debate, entonces, se ha centrado en aclarar si las industrias culturales masivas privan a la sociedad de pulsiones críticas, generando la banalidad y la trivialidad de los gustos, o más bien abren fronteras, llenan al mundo de una cultura más democrática y asequible a todo público. Un ejemplo lo tenemos en el imaginario del consumo masivo que se rige por la homogeneización y el anonimato; sin embargo, es viable aclarar que las personas escogen «libre» e individualmente los objetos ofrecidos por el mercado, pero que colectivamente «forman parte de un conjunto homogéneo de consumidores». De una parte, se estandarizan los gustos, las sensibilidades, los imaginarios. Todos poseen un deseo de adquirir productos culturales, o dicho en otros términos, tienen al menos un imaginario colectivo con pulsión deseante para adquirirlos; esto no es otra cosa que un proceso de homogeneización del gusto. Pero de otra, la estandarización vuelve heterogéneos los deseos puesto que esta, como estrategia del mercado, segmenta, elige, selecciona a sus posibles compradores. Esto quiere decir que cada producto cultural (estandarizado, es cierto)

tiene su público al cual va dirigido, proyectando un tipo de democracia simulada del gusto. No se pretende vender a «todos» los ciudadanos y consumidores los mismos productos. Allí están en las ciudades-vitrinas para que, en su «libre» elección, cada cual escoja según el proceso de homogeneización de su sensibilidad. La ambigüedad es conflictiva. Se homogeneiza la pulsión deseante (a todos se les impone el deber de ser consumidores como un acto civilizatorio moral ciudadano) y se diversifican los productos (cantidad, variedad) para que de forma individual se adquieran, se consuman.

Las industrias culturales diversifican y homogeneizan. Al público se le da, con esta lógica del consumo, una «gran variedad de lo mismo». La simulación, como se ve, es amplia y beneficia a la cultura del mercado transnacional. Es desde aquí de donde parten las preocupaciones de artistas e intelectuales por la basuralización cultural, las estéticas de la repetición, los componentes de una socialización light, los procesos de la transpolitización y de transestética criticados como resultante de la economía global del mercado. El fin del arte, la pérdida del aura y de lo sublime, los problemas de la originalidad, la trascendencia, la autenticidad del artista versus la multiplicación, estandarización, homogeneización del mundo del arte y estetización por parte de las nuevas tecnologías, frecuentan los discursos académicos e intelectuales en el actual debate. Algunos autores se oponen ingenuamente al consumo, olvidando a veces que este no solo constituye un sistema ideológico del capital —lo cual es cierto—, sino también una institución formadora de una ética del mercado entre los ciudadanos, paralela a la escuela, que cumple un proyecto educativo en la construcción de la sensibilidad imaginaria y mental de los individuos. Otro caso es que dicha educación global de consumo produzca microproyectos individualistas, narcisistas, hedonismos inciviles y lleve en su interior el germen de una «anti-ética» de control, vigilancia y competencia capitalista.

Se llega así a re-construir (en lugar de de-construir) la esfera artística y a racionalizarla con otras lógicas acordes con el mundo global que le corresponde sobrellevar. En estos contextos, lo viable es preguntarse cómo se han manifestado las confrontaciones entre creatividad y comunicación masiva; experimentación y elaboración de estilos estándares o de paradigmas internacionales; lectores vanguardistas y públicos-mundo relajados; artes nacionales y artes transnacionales.

Al tratar las editoriales de conquistar el gran público, ni los escritores de ficción ni los poetas son ya prioridad importante. En su lugar, entran en escena realizadores de cine, guionistas y directores de seriales televisivos, diseñadores de moda, intimidades de famosos. A su

vez, los avances de las tecnologías digitales y de las comunicaciones en red, los hipertextos, las revistas virtuales, las páginas web y las librerías virtuales están provocando un cambio en la relación con los procesos del arte de la escritura y las industrias editoriales. Entramos a un posible mundo de encuentros multilingüísticos gracias a la interacción de industrias culturales digitales y publicaciones periódicas por Internet, lo que permite un mayor desplazamiento virtual de los productos editoriales; pero ello no significa un crecimiento real de los lectores concretos. Esto hace que la demanda de la lectura en libro sea escasa y se haga masiva la pulsión de reproducciones y fotocopias, sobre todo en el Tercer mundo.

Como se ve, la cultura del arte ha pasado a ser una de las empresas productivas más rentables del momento. No cabe duda de que su expansión económica se debe al desarrollo de las tecnologías y a la formación de mercados globales para la distribución y consumo de sus productos. La interconexión y las redes, el cable y los satélites, la reducción de las barreras aduaneras, los agigantados pasos de dominación del capitalismo transnacional y posindustrial después de la caída del socialismo en Europa y de la Unión Soviética, como también la reducción del Estado y el acelerado crecimiento de la empresa privada, son espacios propicios para la intensificación del mercado cultural. Sus resultados se observan en las industrias audiovisuales, las cuales poseen actualmente una de las más altas rentabilidades económicas en el planeta.

De lo interesante del burgués moderno a lo impactante del capitalista posmoderno: este es el paradigma en controversia hoy. Con las industrias culturales, desde finales del siglo XIX, el arte entra a otra esfera, cambiando su sensibilidad y captación. La diferencia entre arte alto o de élite con el de masas, mostró su más fuerte contradicción cuando la industria se unió al arte y este al mercado. Esta tríada —arte, industria, mercado— trajo como consecuencia en el siglo XX, una serie de protestas por parte de los intelectuales que veían en ello un oscuro futuro para el arte. Al notar que su antigua esfera de «hombres diferentes» se desvanecía y eran arrastrados por el gran torrente de la cultura de masas, dirigieron sus reflexiones a combatir la cultura del mercado, el «mal gusto», el kitsch que se imponía sobre la cultura erudita, en comparación con el «buen gusto» y el arte altamente elaborado. Desde esta mirada del intelectual moderno, el arte pierde su autonomía crítica y creadora, ganada en la Ilustración, pues queda encadenado a las leyes del mercado, cuyas industrias culturales lo masifican, arrebatándole su aura original, la encantadora presencia de lo interesante, la sorpresa, lo sublime. Este cambio de naturaleza artística ha llevado a repensar los conceptos

de juicio, de gusto, de sensibilidad y emoción estética a través de nuevas categorías más acordes con la situación del arte actual.

El gusto estético ha mutado. La globalización del mercado impacta sobre sus viejas características. El buen gusto, entendido desde la Ilustración como una sensibilidad que integraba al ciudadano a la sociedad burguesa, era un proceso de adaptación y de control desde lo establecido, un acto civilizatorio. Al entrar en confrontación con el gusto masivo, este último provoca la desaparición de una concepción de mundo y, más aún, se opone a la noción de ciudadano culto con mayoría de edad y autoconsciente. Tal oposición se ha ido manifestando desde las vanguardias, con sus proclamas por una nueva representación y figuración de la realidad, con sus rebeldías contra el gusto burgués de confort.

Desde principios del siglo xx, unido a las industrias culturales, el «mal gusto» se entroniza y se va convirtiendo en un «buen gusto» para una gran masa alfabetizada a través de los medios de comunicación y del mercado. El kitsch, Duchamp, Warhol, el Pop Art, el cine de Almodóvar, el pastiche, el cine extremo posmoderno, el snuff cinema, los happenings, el Fluxus, el Body Art, son algunos ejemplos de cómo los artistas encuentran en el «mal gusto» sus fundamentos estéticos para construir edificios artísticos. Dialogando con la publicidad, el diseño industrial y las composiciones de lo ornamental, el gusto ha encontrado otra forma de manifestarse en la sensibilidad mediática, global y mundializada. Esto lleva a pensar que no es viable una cómoda deslegitimación del arte de masas y de su sensibilidad, desacreditándolo desde un dualismo excluyente que califica al gusto bueno y al gusto malo, paralelo a un moralismo ortodoxo acrítico y conservador. Desde estos códigos binarios, no podríamos nunca entender los procesos de transformación de las sensibilidades estéticas y de las nuevas categorías que están funcionando en su interior.

De lo interesante estético burgués se ha pasado a lo impactante y espectacular posindustrial. Entonces, lo light, la alta costura, el turismo, el «mundo del arte», la World Music, la publicidad, los diseños del hogar, la farándula, los artistas jet, la literatura de autoayuda y de intimidades de famosos, son las nuevas esferas de un gusto que ha puesto contra la pared todas las antiguas competencias de críticos de arte moderno y del público lector ilustrado, en general.

Sin embargo, en esta multiplicidad y diversidad de sensibilidades, el simulacro de la democratización de los gustos es grande. No podemos ignorar que aún existen vastas distancias entre el buen gusto burgués de elite y el gusto de masas; entre el gusto del intelectual y artista del salón tradicional y académico con el del artista

e intelectual de la farándula por los medios de comunicación. Son aún posibles estos abismos en la globalización, que unifica y dispersa a la vez, y los acrecienta a través de los productos del mercado con la posibilidad o no de consumirlos. Pero es en el gusto masivo donde se han operado las mayores mutaciones. Si el gusto ilustrado nos situaba ante lo pintoresco y lo interesante, ofreciéndonos la naturaleza al alcance para disfrutarla con hedonismo estético, en la posindustrialización lo pintoresco es el disfrute de lo entretenido, lo inmediato, lo fugaz, lo espectacular: de los géneros epistolares con sus cartas de amor y su libro de viajes, a los seriados y los Reality Shows. Las nociones de paisaje, de lo agradable, lo interesante o nuevo, la sorpresa, lo contemplativo desinteresado han cambiado en la era global donde, aparentemente, todos tienen acceso a los bienes de consumo.

Este proceso del gusto, que integra los deseos por el mercado, lleva a un hedonismo estético de lo temporal. Sensibilidades de lo inmediato. Consumo, uso y desecho. El placer no posee aquí una petición de permanencia ni de trascendencia, como lo deseaba el gusto ilustrado. Es aquí aceleración, flujo, velocidad, dinamismo efímero, como en las redes telemáticas. Al producir cantidad y variedad de productos seductores estetizados, la sociedad posindustrial promueve el desecho como actividad formativa de ciudadanos positivos y enérgicos. De esta manera, se ha formado un gusto por lo desechable, el cual nos vuelve visitantes turísticos. Un gusto zapping que hace gala de su inmediatez pasajera. El mercado, al lanzar más bienes de consumo de los necesarios para sobrevivir, retroalimenta aquella sensación del «aquí se puede escoger libremente». Ahora soy dueño de mi libertad para consumir el mundo mediático: puedo cambiar de canal, escuchar el CD, apagar o encender la TV, ser turista virtual. Sin embargo, solo se está des-realizando la cotidianidad e impulsando un anhelo que al sublimarse se frustra, pues no rompe con la barrera puesta entre la realidad y su deseo. He aquí los nuevos Tántalos posindustriales. El gusto actual se debate entre la idealización que propone el cambio de canal y la transformación de la realidad concreta del icono-adicto.

Vanguardia y posmodernidad

La construcción intelectual y simbólica del sujeto sobre la realidad es un velo de ilusión y constituye el estigma o característica de esta época. La identidad del sujeto se disuelve en su proyección y simulación, edificada por los medios de comunicación y por el consumo. Pero el sujeto se resiste a desmenuzar los componentes que lo constituyen. La identidad de la

persona es un enmascaramiento lingüístico, como Wittgenstein señalaría.

El ser individual evidencia un desgarramiento, el desdoblamiento. El arte, enfocado como filosofía, ahonda en la representación de esa tensión vital. La creación artística actúa como reflexión material sobre los conceptos que inquietan en la actualidad, como la identidad y la percepción. La disyuntiva entre lo local y lo global que ha provocado la globalización, junto al desarrollo de la existencia virtual, genera planteamientos que cuestionan la noción misma de identidad. La pregunta se eleva con las pinceladas, los escritos y el espacio. Los medios culturales se imponen homogeneizando... el individuo se resiste y las válvulas de escape del arte dan cuenta de ello. La vanguardia posmoderna se caracteriza por una ingente aglomeración pluralista de artistas en estilos eclécticos y distanciados de ortodoxias artísticas que prevalezcan en el mercado.

El enfoque de muchos creadores que forman la vanguardia del XXI no busca signos de identidad, sino aspectos fundamentales de la existencia humana, abordándola con atrayentes estrategias en las que predominan la mezcla de las disciplinas y el uso de la elaboración constructiva, donde resalta el trabajo teórico de reflexión. Aunque, como se ve, a partir de lo expuesto en galerías y bienales del main stream, la pintura y la escultura no decaen y se aferran en muchos sentidos a los valores tradicionales del lenguaje abstracto. El arte más reciente que se muestra en cualquier galería manifiesta una actitud difusa, albergando estrategias paradójicas que aparecen unidas por la armadura de la teoría.

Así, tiende a olvidarse con frecuencia que la verdadera continuidad pasa por las vanguardias, por su concepción de que solo una cadena de cambios fundamentales en las formas de ver podía ir abordando el mundo; la continuidad de la vida nunca puede remitir al estancamiento, ni a la resurrección de modelos que ya en su época eran rancios. Esto se comprueba al considerar las artes plásticas: si la pintura y la escultura han tenido grandes transformaciones a lo largo del siglo, eso ha ocurrido, sin embargo, dentro del peculiar tipo de continuidad o tradición abierto por las vanguardias, como una sucesión de perspectivas distintas, capaces de aprender, en las precedentes, la energía que creaba su mutua diferencia. Para las nuevas utopías estéticas

que deberíamos construir, puede servir como punto de partida uno de los párrafos que Walter Benjamin escribió sobre el cine:

Haciendo primeros planos de nuestro inventario, subrayando detalles escondidos de nuestros enseres más corrientes, explorando entornos triviales bajo la guía genial del objetivo, el cine aumenta los atisbos en el curso irresistible por el que se rige nuestra existencia, pero por otro lado nos asegura un ámbito de acción insospechado, enorme. Parecía que nuestros bares, nuestras oficinas, nuestras viviendas amuebladas, nuestras estaciones y fábricas nos aprisionaban sin esperanza. Entonces vino el cine y con la dinamita de sus décimas de segundo hizo saltar ese mundo carcelario. Y ahora emprendemos entre sus dispersos escombros viajes de aventuras.⁸

Estas palabras son capaces de transformar lo inmediato en inesperado conocimiento, y en ellas se insinúan algunos problemas fundamentales: cómo los nuevos sistemas perceptivos desplazan las propuestas convencionales del realismo, desatando una verdadera ansia de realidad; cómo, junto a los tópicos y las instituciones heredadas, toda retórica acaba también saltando en pedazos; cómo un sentido distinto —y agudo— de la temporalidad es la llave que abre este deseo y esta fragmentación en pensamiento.

Notas

1. Francis Fukuyama, «El fin de la Historia», Claves de la Razón Práctica, Madrid, 1990, pp. 85-96.
2. Daniel Bell, El fin de las ideologías, Tecnos, Madrid, 1964.
3. Karl Manhein, Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento, FCE, México DF, 2004.
4. Paul Ricoeur, Ideología y utopía, Gedisa, Barcelona, 1999.
5. A. Campagnon, Las cinco paradojas de la modernidad, Monte Ávila, Caracas, 1993.
6. Daniel Bell, ob. cit.
7. Néstor García Canclini, La globalización imaginada, Paidós, Buenos Aires, 1999.
8. Walter Benjamin, Imaginación y sociedad. Iluminación 1, Taurus, Madrid, 1999.

© **TEMAS**, 2005.

Travestismo barroco o barroco travestido: Sarduy y la reescritura del origen

Mirta Suquet

Investigadora.

La escritura de Severo Sarduy —sus ensayos, sus novelas y su no menos importante obra poética— participa toda de la desintegración radical de presupuestos estables —establecidos— que han guiado, distinguido y valorizado a la literatura dentro de una extensa historia de la representación verbal. Sus textos se colocan en las antípodas de una tradición sustancialista atada a la significación unívoca del significante, al límite riguroso de estilos, géneros literarios —y sexuales—, al apego a «universales» narrativos: conflictos, narradores y personajes, espacios y tiempos delineados... Su obra es la tachadura de la línea, la tematización de una aversión que cobra en ella especial fuerza: la de la identidad, cualquiera que esta sea: nacional, sexual, grupal, escritural... De hecho, su obra «narrativa» es un compendio de la no-narratividad, entendida esta como la suma armónica de aquellas propiedades que otorgarían efectividad a un texto,¹ mientras que en sus ensayos «teóricos», la puesta en discurso de una especulación que se despliega como un manto de rey —destronado—, juega a la verdad, a la definición, a la urdimbre o solución final de un conflicto descrito en términos relacionales, y por ende, relatables.

Una producción como la suya —sin lugar a dudas a-normal, esto es, diferente a la norma, dentro de la aseveración teleológica que hemos llamado persistentemente «literatura nacional»— no puede entenderse en la fragmentación de cada uno de sus discursos, como tampoco en el todo, en el cuerpo homogéneo y funcional. Como en una catedral barroca observada desde lo lejos, detener la vista en una voluta es casi un imposible sensorial, tanto como atrapar el conjunto en fuga. Esto —tautología pura— significa que identificar su obra, elaborar una narrativa (una más) de sus procedimientos constructivos o temáticos, de su inserción en la literatura o de su evolución, sistematizar un cuerpo de análisis, es apelar al dibujo armónico de una identidad, y no al «reflejo pulverizado» del logos que pretende el neobarroquismo sarduyano. En sus propias palabras,

El neobarroco refleja estructuralmente la inarmonía, la ruptura de la homogeneidad, del logos en tanto que absoluto, la carencia que constituye nuestro fundamento epistémico. Neobarroco del desequilibrio, reflejo estructural de un deseo que no puede alcanzar su objeto, deseo para el cual el logos no ha organizado más que una pantalla que

esconde la carencia. La mirada ya no es solamente infinita [...]: en tanto que objeto parcial se ha convertido en objeto perdido. El trayecto —real o verbal— no salta ya solamente sobre divisiones innumerables, sabemos que pretende un fin que constantemente se le escapa, o mejor, que este trayecto está dividido por esa misma ausencia alrededor de la cual se desplaza. Neobarroco: reflejo necesariamente pulverizado de un saber que ya no está «apaciblemente» cerrado sobre sí mismo. Arte del destronamiento y la discusión.²

Es por esta razón que un acercamiento a su escritura —o al menos nuestro acercamiento— esbozará, trazará puntos (¿apuntará?) y no líneas sistémicas, rayones inconclusos que indiquen, en una especie de cartografía del saber, callejones sin salida, ideas que no encuentran cursos ni remansos, sino el atrevimiento de su presencia. Ni la catedral ni la voluta, más bien la pulverizada huella que queda cuando se cierran los ojos.

A partir de la definición expuesta por Sarduy del (neo)barroco como arte del «destronamiento y la discusión», proponemos releer esta expresión latinoamericana como alternativa para la conformación de una identidad carnavalesca, paródica, entendida como reapropiación y trasvasamiento —travestimiento— del ser «fuerte» europeo (sujeto racional protagonista) en el ser «débil» americano, desasido de la metahistoria y la trascendencia, de la evolución y acumulación progresiva del capital cultural y, por ende, atado a la contingencia, al pastiche, al collage, lo que Gianni Vattimo llamaría, para describir al ser europeo posmoderno, como la ontología del declinar,³ declinada ya, hacia rato, en la configuración discursiva del ser latinoamericano premoderno: un otro «débil», devaluación que desde el punto de vista genérico-sexual presupone una feminidad tácita, una feminización del sujeto latinoamericano.

Llevemos a cabo, pues, un artilugio metafórico para describir la des-identidad latinoamericana o la identidad por superposición,⁴ implementemos una «metáfora al cuadrado»: doble inversión, rasgo barroco par excellence, en la que se parafrasee lúdicamente la imposibilidad del origen y otras clasificaciones. Solo así será posible leer —tal y como él pretendía leer a Lezama en Góngora—⁵ la influencia de los discursos «teóricos» de Sarduy sobre la simulación, el travestismo y el neobarroco en el siglo XIX cubano, el siglo de la sobreproducción escritural de la identidad; su impronta decisiva en la conformación y aunamiento de un ser nacional diferente, el mismo que en sus novelas aparecerá difuminado. Tracemos una teleología inversa, un viaje a la semilla, a la inseminación artificial, al falso origen, a la nada.

Travestismo: ahora y antes

El travestismo como motivo literario —fundamentalmente la aparición de personajes

travestidos incidental o sostenidamente en las obras— es uno de los tópicos que con mayor fuerza ha irrumpido en la literatura latinoamericana de las últimas décadas del siglo pasado. Comenzando por las novelas del post-boom, como *El lugar sin límites* (1966), de Jorge Donoso; *De donde son los cantantes* (1967) y *Cobra* (1972), de Severo Sarduy o *El beso de la mujer araña* (1976), de Manuel Puig, el travesti ha seguido reapareciendo —específicamente dentro de la literatura cubana— en novelas más recientes como *El Rey de La Habana* (1998), de Pedro Juan Gutiérrez; *Sibilas en Mercaderes* (1999), de Pedro de Jesús; *El paseante Cándido* (2001), de Jorge Ángel Pérez; *La sombra del caminante* (2001), de Ena Lucía Portela, y *Mujer en traje de batalla* (2001), de Antonio Benítez Rojo, así como en numerosos cuentos de autores jóvenes como Roberto Urías, David Mitrani, Ernesto Pérez Chang, Anna Lydia Vega Serova, Miguel Ángel Fraga y Abel González Melo o, en la poesía, en uno de los textos nacionales más representativos de la generación de los 80: «Vestido de novia», de Norge Espinosa, por solo citar el ejemplo más significativo.

Esta irrupción de la figura del travesti, que no es en modo alguno privativa de la literatura, pues también se verifica en la plástica, el teatro y el cine cubanos contemporáneos,⁶ y cuya abrupta presencia a partir de la década de los 90 marca, sin lugar a dudas, el nacimiento de otro régimen de verdad, al decir de Foucault, que ha permitido dejar a un lado temáticas hasta entonces centrales y centralizar las hasta entonces marginales, se convierte en una de las estrategias imprescindibles para desestabilizar la tiranía de la representación sexual e identitaria, y dinamitar la unívoca correspondencia sexo-género, biología-cultura.

En su análisis del carnaval en Rabelais, Mijail Bajtin ha interpretado el tópico de «el mundo al revés» como celebración de la llegada de un nuevo orden, que invierte las jerarquías y confunde proporciones y apariencias. De esta forma, a través de la tematización de identidades conflictuadas, se establece una crítica del orden social existente, en nombre de un derecho a la diferencia sexual, que no se conforma con las definiciones del sexo y sus roles asignados por un Estado patriarcal.⁷

Sin embargo, en las últimas producciones cubanas de los años 90, la catarsis de un sujeto en crisis, tan característica de textos fundacionales como el cuento «¿Por qué llora Leslie Caron?», de Roberto Urías, y el poema «Vestido de novia», de Norge Espinosa, ambos de 1988, ha cedido el paso a una autoafirmación plena, a una exposición cada vez menos agónica y marginal de los conflictos de estos sujetos, cuya diferencia es ya interpretada no como una

agresión a la mismidad, sino como un divertimento o una opción vivencial más.

El desafío al dominio heterosexual en el plano literario ya no proviene exclusivamente de un sujeto disfrazado de mujer, sino de un individuo que posee en sí las dos identidades (la del hombre y la de la mujer), y cuyo atractivo es, precisamente, tal ambigüedad como alternativa para cancelar la binariedad identitaria que ha lastrado la inteligibilidad de los sexos en Occidente.

Tal y como sostiene Judith Butler respecto a la identidad femenina, en su imprescindible crítica a los estudios de género precedentes, basados en la rearticulación de la diferencia y, por tanto, del binarismo sexual, «en lugar de un significante estable que exige la apropiación de aquellas a quienes pretende describir y representar, «mujeres» (incluso en plural) se ha convertido en un término problemático, un lugar de impugnación, una causa de angustia».⁸

Esta reflexión, válida para describir la violencia identitaria que también presupone el significante hombre, implica la propuesta de una teoría encaminada no a continuar reescribiendo las fronteras de los géneros, como en los discursos emancipatorios anteriores —cuya finalidad era que la mujer se «liberara», o sea, adoptara otros atributos y roles, en este caso, masculinos, y viceversa—, sino a concebir el género (representación cultural del sexo) como una multiplicidad indefinible de alternativas de teatralizar el binarismo sexual, justamente por su calidad de representación convenida: acaso tantos géneros como individuos mismos.

Inscritas en estos actuales presupuestos teóricos, las nuevas formas de reflejar el travestismo se caracterizan, en la mayoría de los casos, por enfatizar su indefinición genérica; por la presentación de una versión del andrógino que trasciende la noción de máscara, lo que siempre suponía la existencia de una cara «real» auténtica, escondida bajo un antifaz.

En este proceso de cancelación de los significantes femenino/masculino como alternativa para recodificar radicalmente el binomio género/sexo, es de medular importancia la obra de Severo Sarduy, tanto desde el punto de vista teórico como desde la praxis narrativa y su insistencia en la figura del travesti como «metáfora de la desestabilización de los signos lingüísticos»,⁹ lo que equivale a decir, de la desestabilización de un orden preestablecido y confiable; y, principalmente, su revelación del carácter «teatral» de los géneros, tanto sexuales como discursivos,¹⁰ de su permanente «puesta en escena».

Así, según Sarduy, es justamente el travesti quien protagoniza el mayor desafío a la economía representacional de la identidad y garantiza un

«retorno» al origen, o mejor, una reescritura de este origen:

Para el travesti, la dicotomía y oposición de los sexos queda abolida o reducida a criterios inoportunos o arqueológicos. [...] El travesti remite a la arqueología, a otro mito complementario y reconfortante, el del andrógino, que se sitúa en un tiempo adánico, en un tiempo antes del tiempo y de la separación física de los sexos, en su indiferenciación latente.¹¹

Si con anterioridad la homosexualidad era entendida como una incompletez, un préstamo inauténtico del otro, que convierte al sujeto invertido en eterno deudor, eterno culpable,¹² ahora el sujeto se di-vierte,¹³ juega y, a la vez, se metamorfosea a capricho: son los Auxilio y Socorro sarduyanos convertidos en Cálida y Gélida (personajes de la novela *Sibilas en Mercaderes*, de Pedro de Jesús); son las figuras mutantes de Cobra, «inversión de la inversión», de Sarduy, cuyos ecos nos llegan con el narrador, a veces femenino, a veces masculino, de *La sombra del caminante*, de Ena Lucía Portela. Esta indefinición del binarismo sexual, puede apreciarse también en *El Rey de La Habana*, de Pedro Juan Gutiérrez, en la presentación del travesti Sandra. Todas estas novelas son herederas, a mi juicio, de la obra sarduyana: «Y era lindo. ¿O linda? Era precioso, en realidad. Parecía una mujer bellísima, pero al mismo tiempo parecía un hombre bellísimo. Rey nunca había visto algo parecido».¹⁴

A partir del planteo de la indefinición física y psicológica del travesti, Roberto Echavarrén, en el ensayo *Arte andrógino: estilo versus moda en un siglo corto*, extiende la crisis de «moda» versus «estilo» al arte¹⁵ que, según el autor, ha tendido en los últimos años a la androginia, empezando por la galería de los cantantes de rock (para él, la forma de arte que mejor ha expresado el «estilo» en el siglo xx, con sus artistas que remodelan sus cuerpos como «mutantes»), hasta llegar a la novelística de Severo Sarduy, en especial *Cobra*, donde se apuesta por la difuminación del género y la indefinición de las identidades, desechando el identificatorio paradigma de heterosexualidad versus homosexualidad.

Pero si bien reconocemos el carácter medular de la obra sarduyana en la sistematización y visualización del personaje del travesti en la cultura y, en especial, en la literatura cubana, es imposible olvidar —a riesgo de menospreciar el valor desestabilizador de esta figura— que la recreación literaria contemporánea de ese tópico viene atada a un proceso de re-significación corporal que ha presidido la historia de la representación identitaria latinoamericana, una historia de definiciones apriorísticas y de bautizos provenientes de la otredad; de acomodos más o menos conscientes de los rasgos identitarios atribuidos por la mirada adánica europea:

de subrepticia —pero escandalosa— resemantización de los lenguajes propios, a través de los que el cuerpo, irremediadamente, ha hablado. Una historia de la oposición a la ideología dominante producida en América a partir de la proliferación de los signos barrocos o, en el caso cubano, de la apropiación corporal o somatización del despilfarro signficacional barroco que llevaban a cabo los sujetos que, paulatinamente, comenzaban a sentirse dueños del suelo insular: la juventud criolla de la clase media.

Un examen vertical de esta historia nos autorizaría a enlazar —sobre la base de los presupuestos teóricos de Sarduy, argumentados en sus ensayos más representativos: Escrito sobre un cuerpo, Barroco y La simulación— al «petimetre habanero» (figura del derroche, de la dilapidación de energías, de la contracorriente barroca, excesiva y disidente de la norma clásica metropolitana) con cualquiera de los personajes perturbadores presentes hoy en las galerías dispersas de la literatura cubana, que contribuyen todavía a la puesta en crisis de los significantes hieráticos, cualesquiera que estos sean.

Tal será uno de los propósitos centrales de este ensayo: establecer una sutura histórica que nos permita revalorar los primeros gestos identitarios cubanos, a la luz de las interpretaciones sarduyanas del barroco y el travestismo en América.

El petimetre

Desde los inicios discursivos de la colonización —la literatura de los conquistadores—, se funda una especie de relato en el que el nativo se describe como un bon sauvage «femenino», a diferencia de la virilidad de los hombres del Viejo mundo; virilidad que se resalta como virtud o defecto, según las intenciones del cronista. Así, y para fines en los que no nos interesa detenernos, Las Casas se referirá al hombre del Nuevo mundo con el inequívoco «ovejas»: «en estas ovejas mansas, y de las cualidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotados, entraron los españoles desde luego que los conocieron como lobos e tigres y leones cruelísimos de muchos días hambrientos [sic]». ¹⁶

El paradigma feminidad-masculinidad, referido metafóricamente mediante la oposición ovejas mansas versus fieras, forma parte de una estratégica construcción identitaria en la que se les transfieren a los otros colonizados —al otro étnico, racial, a la mujer, al homosexual y a todos los otros posibles— características que los unifican y definen como otro, siempre subordinado e inferior; como la pasividad, improductividad, irracionalidad o inferioridad intelectual y, por ende, capacidad instintiva, sexualidad

incontrolada, o lo que es lo mismo, apego a la naturaleza e imposibilidad para insertarse en la cultura. No es casual que estos sean algunos de los atributos más comunes que han definido —siempre desde los centros de poder— al sujeto colonial¹⁷ en la articulación de su identidad, atributos que lo han homologado, con mayor o menor intensidad, al negro (su gusto por la música y el baile, su erotismo...) y a la mujer.

Si continuamos ceñidos al espacio insular cubano, corroboraremos cómo a lo largo del siglo XIX una obsesión presidirá las discusiones sobre la naciente identidad criolla, obsesión vertida en los primeros artículos recogidos en El Papel Periódico de La Habana (1790), en la posterior eclosión del articulismo costumbrista y en novelas o cuentos de la época: la constatación —acompañada de estupor— de la creciente feminización de las costumbres de los individuos productivos (o lo que es lo mismo, masculinos) y el descorrimento de las fronteras de la virilidad rígidamente modelizadas en relación con el canon genérico-sexual metropolitano.¹⁸

Ya se había advertido que el barroco natural del nuevo continente —incontinente, aún no culturizado debidamente—, y en especial la exuberancia de la Isla, corrompían a la emigración española y su descendencia:

Las Indias, para mí, no sé qué tiene de malo que hasta su nombre aborrezco. Todo cuanto viene de allá es muy diferente, y aun opuesto, iba a decir, de lo que en España poseemos y gozamos [...] ¿Es posible no haya producido en más de un siglo aquella tierra más que yerbas, y ningún sujeto heroico en armas, insigne en letras o singular en cualquier otro camino? Mas, ¿qué puede haber en parte donde tanto triunfan los vicios, donde tanto campea el interés? [...] Siendo esto así, y que según se afirma generalmente, los buenos se estragan en pisando aquellos confines, ¿de qué sirve para buscar su daño entregarse a los tremendos peligros y a las innumerables molestias de tan larga navegación?¹⁹

No es de extrañar entonces que se enfatice esta diferencia, esta oposición, no solo como alternativa para reafirmar la identidad del colonizador que, en este caso, posee la voz y, por tanto, el poder de la enunciación y la censura, sino también como un proceso inverso que surge de forma paralela: la reafirmación a la vez, por parte de los sujetos colonizados, de sus peculiaridades y características, cada vez más alejadas del modelo impuesto como norma, lo que equivale a afirmar la cada vez mayor independencia de estos para ejercer el control de su representación.

Este toma y daca identitario —reflujo de poderes descrito por Foucault en su Microfísica del poder—; esta sustentación de lo «propio» como estrategia de legitimación de la otredad, ya definida anteriormente como tal desde el descubrimiento mismo del Nuevo mundo; esta «teatralización» del estereotipo del criollo

—o lo que es igual, su encarnación desmedida, enfática, y, por tanto, paródica— insistirá en su tendencia femenina, en la suavidad de sus formas, como uno de los primeros y más importantes rasgos identificatorios de la nacionalidad, rasgo obviado en la actualidad, a pesar de su apabullante explicité, a la hora de estudiar diacrónicamente el proceso de la construcción de nuestra identidad.

Pero, preguntémosnos con Fina García Marruz: «¿quién era en realidad [...] este personaje de la Habana de su tiempo, al que vemos denostar continuamente en sátiras y poemas?» y respondámonos, también con ella, pero no desde la devaluación del petimetre que, en términos semejantes a los discursos epocales, expone en su dubitativa respuesta:

¿No podría tratarse de la aparición, ya caracterizada en el panorama nacional, de la figura, mucho más frágil de cuerpo y más suave de maneras, del criollo, contrastando con la solidez y aspereza españolas? El retrato de Zequeira [se refiere a las quintillas «Retrato de Siparizo»] bien se ve que era una criatura deliberadamente grotesca, pero detrás de esos rasgos deformados vemos algunas notas que no ponen en guardia: suavidad, velada protesta del traje que quiere ser distinto, falta de asiento, aseo y extrema pulcritud en el arreglo, gusto por la camisa fresca y fina contrastando con la afición a la joya recargada, el inevitable reloj, en este caso doble, zapato ceñido y pierna esbelta, galanura de la cortesía en lo pequeño, acogida a lo parisino mejor que a lo español.²⁰

Me interesa insistir en la calidad de «criatura deliberadamente grotesca» del petimetre, criatura prolija —en palabras de Zequeira—, excesiva, que hiere la sensibilidad de una sociedad que quiere ser española, y por ende, austera; comedida, criatura que despielfarra el tiempo en un decorado estéril cuya finalidad se agota en sí misma; criatura del detalle, del regodeo, del juego, del baile; altamente subversiva para una sociedad que necesita decodificar a sus sujetos en el lenguaje del progreso; criatura, según decíamos, barroca, si entendemos, con Sarduy, que

ser barroco [...] significa amenazar, juzgar y parodiar la economía burguesa basada en la administración tacaña de los bienes, en su centro y fundamento mismo: el espacio de los signos, el lenguaje, soporte simbólico de la sociedad, garantía de su funcionamiento, de su comunicación. Malgastar, dilapidar, derrochar [...] únicamente en función del placer [...] es un atentado al buen sentido, moralista y «natural» [...] en que se basa toda la ideología del consumo y la acumulación.²¹

Así, la educación doméstica («como su educación es análoga con la del bello sexo [...] se tiene grandísimo cuidado en guarecerlos del sol, del agua, del viento, del polvo [...] y se les hace ineptos para todo aquello que sale de los límites del alcance de una muger [...] A excepción, pues, de las gracias que la naturaleza les ha negado, todo los confunde y los hace semejantes a

ellas»),²² las costumbres (maneras de vestir, andar, hablar), y hasta las comidas criollas, «acentuaban» esta oposición del criollo al canon imperante, las cual es leída en primera instancia, y como ya habíamos advertido, como afeminación:

Pues en mi tierra no hay mozo, ni moza, por más remilgada que sea, que no se eche al colete un azumbre de vino con cualquier ocasión. A los chiquillos, ¿con qué te parece a ti que los destetan? Nada de migas, atoles, ni cosa semejante; no señor: ¡con vino y del cascarrudo! Así sacan unas colores, que no desdican del pimiento morro-de-vaca. Y no vosotros, que con vuestro café con leche, y con vuestro arroz, y con vuestros plátanos, estáis por lo común aciguatados, y cual género de avería, que todo se vuelve manchas.²³

En ocasiones la tan llevada y traída feminización del criollo gira en torno a su travestismo, a la advertencia explícita de que dichos sujetos se apropian de vestiduras, peinados y otros atributos o rasgos identitarios de la mujer, hasta provocar, a menudo, una indefinición genérico-sexual de tintes andróginos. Baste citar in extenso la «Carta crítica del hombre muger», atribuida a José Agustín Caballero, para entender que se trata del mismo sujeto ridiculizado por Zequeira, que esta vez asume una actitud mucho más «agresiva» en cuanto a la expresión de su moda y modales:

Me contraigo a hablar del torpe y abominable vicio de la Afeminación, antiguo BOLERO, ó enfermedad que ha contaminado á una porcion considerable de hombres en nuestro País. [...] ¿Quien podrá contener la risa quando vé á un hombre barbado gastar la mayor parte de una mañana en peinarse, ataviarse, y en ver copiada su hermosura en un espejo [...]? ¿Quien no se asombra de vér que en dengues, delicadezas y melindres, nos dén los Señores míos tres y la topada? [...] En hora buena dexen de venir Monos del Petén, á mi no me dá cuidado, como haya Petimetres y Afeminados con quien divertirme. [...] ¿Unos, pelados hasta mas de media cabeza, como los Indíos que vienen de la costa, y otros con dos salchichones de Genova, por bucles, ó bien dos guatacas formadas del mismo pelo vaitadas y empolvadas hasta el extremo de asemejarse á los perros de agua? ¿Que diremos de los tacónes y paliños? [...] Por puntos se aumenta el número de los que quieren hacerse Mugeres en sus trages y acciones con notable detrimento del estado, y con gran dolor de los hombres de juicio, que no pueden remediar tan terrible locura [sic].²⁴

Es imprescindible aclarar que no me interesa la constatación fáctica o «real» en los sujetos habaneros (o americanos), de la «feminización» o del «travestismo», sino su presencia discursiva; la reiteración de un paradigma fuertemente implantado: el de la masculinidad hiperbólica, sin fisuras, de molde hispano, frente a la que cualquier desviación «mínima» era leída desde la sexualidad —y por tanto como desviación sexual.

Por otra parte, solo quisiera apuntar brevemente cómo a esta «feminización» de los sujetos nacidos en la Isla le precede, además, la feminización de la naturaleza

insular (primer reducto de una otredad que dominar),²⁵ y posteriormente, de la ciudad de la Habana,²⁶ la cual se hará corresponder simbólicamente —desde sus inicios discursivos— con una mujer cuya bahía-matriz albergaba transitoriamente al viajero europeo, y cuyas «cualidades» debían ser constatadas como alternativa de legitimidad por esta mirada ajena proveniente de los masculinizados centros de poder: «Queremos que la Ciudad sea célebre, lucida: nos gusta que la elógien los forasteros» [sic], nos dice el Medio Filósofo, testimonio de un momento fundador en el que se permanece volcado obsesivamente hacia el otro, en el que nos hacemos inteligibles como ser-para-el otro, en objeto de la conveniencia y disfrute del otro.²⁷

Bautizada como llave del Nuevo mundo desde el siglo xvii, La Habana es una mujer transitoria, de paso. Esta feminización de la ciudad —que en 1837 asume el rostro oficial de una india, cuando se construye la Fuente de la India o de La Habana—, permitía producir un relato en el que las «verdaderas» bellezas de La Habana (y, en general, las del país) le eran consustanciales, engendradas básicamente por la naturaleza, principio reproductor femenino, a diferencia de las grandes ciudades «civilizadas», cuyo progreso se derivaba del trabajo creador de sus hijos:

Dolor es que me traspasa el alma, ver una Ciudad como la nuestra, adornada con una excelente Bahía, hermoseaada con unos fértiles y abundantes campos, de nuestras tierras feraces que no necesitan de abono para dar todo el año copiosas cosechas de azúcar, tabaco, maíz, &c. [sic] que producen con asombro todo género de madera para la construcción [...] ¡Y que con todo no tengamos un monumento que nos acredite! Todo, todo se lo debemos a la Naturaleza, nada al Arte.²⁸

En esta transferencia simbólica, se le endilgaban a la ciudad atributos y roles femeninos que la colocaban en una posición inferior y subordinada con respecto a las grandes urbes europeas. De esta forma, numerosos discursos encaminados a censurar los «defectos» y «carencias» de la ciudad se vertebraban a partir de esta oposición genérico-sexual: sus edificaciones eran insuficientes o débiles, con ornamentación desmedida («la manía de las portadas, adornos reuñidos y resaltos de péximo dibuxo conque pretenden engalanar las más considerables, son una especie de mascarones que hacen monstruosa la cara de un cuerpo regular» [sic]²⁹ afeites exteriores comparables a la cosmética exagerada con que solían distinguirse los petrimetros o ciertas mujeres, como da cuentas la «Carta crítica de la vieja niña», publicada en la prensa plana de entonces.

Si en la «Carta dirigida y dedicada a los jóvenes de nuestros días», atribuida a Zequeira, se alude a un ser nacional que debía ser legítima prolongación del peninsular, y frente al que los bellos Siparizos habaneros

eran una palpable desviación, bastan unos pocos años para que se internalice esta marca genérico-sexual como rasgo distintivo —negativo— de la nacionalidad.

La Condesa de Merlin define así al habanero, en 1833:

El habanero, aunque bajo el influjo de un clima ardiente, es ciego apasionado del baile, y es contraste digno de observarse el verle todo el día muellemente tendido en la butaca, medio cerrados los ojos, innoble con un negrito al lado que le eche fresco, y le sirva en lo más mínimo que exija movimiento; y mirarle después salir de semejante estado de apatía voluptuosa, para entregarse con ardor al ejercicio del baile. El mismo contraste se repite en todas sus disposiciones morales de una condición que de puro blanda ya peca en débil.³⁰

Así, la ciudad de La Habana, amurallada en sus inicios, protegida de los asedios de los hombres de mundo —los ya legendarios corsarios y piratas— u ofrecida como prenda a los hombres civilizados —viajeros, comerciantes y otros europeos—, contenida en sus límites, hermética como una mujer casta, o mejor, como la casa de una mujer casta, fue concibiéndose identitariamente como un espacio femenino que albergaba muellemente a sus sujetos, mujeres y hombres blancos, feminizados; casa colonial para descansar, pero también una casa de recreo, una casa de juego, un casino republicano, en resumen, un lugar para cultivar el ocio: «Sin entredicho alguno, venir a La Habana era hamaquearse un poco en el trópico, abandonar suavemente las desazones del diario vivir, cambiar angustia por yodo, un aire duro por metáforas relucientes. Resumía el país; era su síntesis».³¹

Este imaginario reproduce, como decíamos, estrategias discursivas de dominación que nos instituyen como «el otro femenino de una Europa concebida como figura masculina»,³² como la bijirita frente al gorrión o, siguiendo la misma asociación metafórica, y en palabras de Enrique Labrador Ruiz, como un «ojo de paloma» de «castidad secreta» frente al «falso mundanismo, los farales cosmopolitas» que exhibía la ciudad en aras de homologarse —falsamente— con la sedimentada Europa.

Lo propio americano: el barroco travestido

El imaginario que hemos descrito es activado, también durante la Conquista, en relación con el Nuevo mundo continental. De tal suerte, se instituye una América barroca frente a una Europa clásica; una América desmedida, exuberante, como la naturaleza misma, frente a una Europa ordenada y culta (culturizada); una América femenina, transgresora y pasional, frente a una Europa masculina y racional.

En su artículo «Invariantes de la arquitectura hispanoamericana», Fernando Chueca Goitia señala el

proceso de estandarización de la representación de España —y de sus sujetos— que se lleva a cabo en América, proceso común en las diferentes narrativas de dominación de una cultura (o raza) por otra:

España es una en América y plural en España. Cuando pienso en las Españas pienso en Castilla, en Galicia, en Aragón, en Cataluña, en Andalucía, pero no pienso en América, porque allí las Españas se han convertido en España.³³

Aunque el ensayista se refiera específicamente al arte y a la unificación de las Españas en una que se produce en América —según sus juicios— a través del barroco arquitectónico, este proceso de integración territorial también se verifica en la constitución de los sujetos, del ser español: la pluralidad se cancela y en el imaginario colectivo comienza a afianzarse la figura del inmigrante español, que se convierte en un verdadero personaje, a partir de su ineludible presencia en las manifestaciones de la cultura popular (el teatro bufo), y en numerosas novelas: mozos cazafortunas, de cachetes regordetes y cuerpos sudorosos a causa de los nuevos rigores del clima, trabajadores y no guaracheros (como los criollos o cubanos), tacaños y no despilfarradores, fieles y no promiscuos, de escasas luces y de aire más tosco y menos pulido —otra vez Zequeira— que los petimetres.³⁴

Es imprescindible entender este proceso de simplificación de la identidad del español que se lleva a cabo en América, para no caer en el riesgo de presuponer que el travestismo —y, en general, la homosexualidad— solo se verificó en tierras colonizadas. Basta hojear el texto del historiador José Deleito y Piñuela, *El desenfreno erótico*,³⁵ para comprender la abundancia de prácticas «ilegales» de la sexualidad, en la España peninsular de los siglos xvii y xviii, condenadas, en la mayoría de los casos, por la Inquisición, lo cual, sin embargo, no constituyó freno alguno para su continuo ejercicio. A pesar de esta presencia, de la que dieron cuenta escritores como Quevedo, Góngora, Diego Hurtado de Mendoza, Benavente, entre otros, al español que viajó a América —me refiero no al viaje físico protagonizado por el español «real», sino al sujeto verbalizado, al descrito discursivamente— no le fueron atribuidas estas prácticas, cuanto más las de preferir el cruce racial, es decir, casarse con negras o mulatas.

En el ensayo «Hybridity in New World Baroque Theory»,³⁶ César Salgado ha rescrito la historia del neobarroco latinoamericano tomando como punto de partida las actuales teorías poscoloniales. Demuestra Salgado cómo el barroco, además de ser un estilo y una voluntad de decoración, ha sido visto por los grandes ensayistas latinoamericanos —Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Ernesto Picón Salas— y luego por los poetas neobarrocos José Lezama Lima y Severo Sarduy, como el arte de la contra-conquista, esto es, el que

representó la voluntad criolla de crear una cultura latinoamericana propia, esencialmente híbrida y descentralizada, desestabilizadora de la Metrópoli.

Esta noción de hibridez artística y política fue extendida por Severo Sarduy a una devaluación de la distinción «natural» de los sexos, favoreciendo el perpetuum mobile: el mundo de los homo y/o bisexuales, transexuales, travestis y toda una gama de alternativas de representar la oscilación entre lo femenino y lo masculino, que permeó, en cierta medida, la configuración discursiva de los sujetos criollos, en oposición al rígido modelo identitario europeo, en especial el español. De ahí que Sarduy ofrezca la imagen del travesti como metáfora del (neo)barroco americano, como alternativa de una identidad que, sin lugar a dudas, trasciende la investidura cultural (o artística) a la que se ciñen un Carpentier o un Lezama, para ser un reflejo de la autodiferenciación consciente de los sujetos. Por este motivo, es el único que desarrollará una teoría del travesti latinoamericano mediante la «feminización» del barroco de Indias.

Cuando Sarduy intenta definir el barroco, denuncia en primer lugar, «la actitud moral» encubierta tras una «aparente inocencia estética» que ha permitido «identifica[r] lo barroco a lo estrambótico, lo excéntrico y hasta lo barato». Esta actitud moral está enlazada a un sistema de valores que encuentra su origen en la oposición masculino/femenino. Así, tal y como Quatremère de Quincy afirma, en 1832, el barroco halla su nacimiento en atributos «plenamente» femeninos:

La extravagancia es un sustantivo femenino, término que expresa en la arquitectura un gusto contrario a los principios recibidos, una busca afectada de formas extraordinarias y cuyo único mérito consiste en la novedad misma que constituye su vicio [...] Se distingue, en moral, entre el capricho y la extravagancia. El primero puede ser fruto de la imaginación; la segunda, resultado del carácter.³⁷

Capricho (resultado de la razón) versus extravagancia (resultado del carácter, o lo que es lo mismo, de una predisposición natural, consustancial, biológica)³⁸ son términos que se inscriben en una cadena de inteligibilidad que a Sarduy le interesa resaltar: logos versus pathos; norma versus desviación o anomalía; virtud, equilibrio, orden versus vicio, distorsión, hipérbole; y, como ya decíamos, masculino versus femenino. De tal suerte, la homologación, que históricamente ha presidido las definiciones y axiologizaciones del barroco americano —europeo travestido, estilo transgresor que reduplica sus fuerzas al ser trasplantado a tierras «femeninas» transgresoras, tropicales y exuberantes: transgresión de la transgresión: copia de la copia—,³⁹ le sirve a Sarduy para revalorar, desde la revalorización de la femineidad misma, las peculiaridades, o mejor, las posibilidades alternativas de expresión latinoamericana (cultural-corporal: textual-sexual), de «contra-conquista»,

como diría Lezama, a partir de la idea de la feminidad como transgresión, como desestabilización de un orden (masculino/colonial) nomenclaturizado.

Pero la mayor desestabilización propuesta por el neobarroco, según Sarduy, es, en primer lugar, deconstruir la relación que define al barroco como un «ornamento independiente» (voluta-metáfora-maquillaje-disfraz) anexado «al cuerpo racional [¿cuerpo masculino?] de la edificación», mostrar que es, justamente la superficie, la apariencia, lo externo, lo significativo, en tanto que el interior «esencial» se desvanece en su no-existencia diferencial; o sea, es la superficie misma.⁴⁰ Y, por consiguiente, erigir el escenario en —y no tras— las bambalinas; mostrar «la organización convencional de la representación»;⁴¹ hacer aflorar el espacio de lo reprimido, la falta o falla originaria, el sentido como simulación.⁴²

Así el lenguaje barroco: vuelta sobre sí, marca del propio reflejo, puesta en escena de la utilería. En él, la adición de citas, la múltiple emisión de voces, niegan toda unidad, toda naturalidad a un centro emisor: fingiendo nombrarlo, tacha lo que denota, anula: su sentido es la insistencia de su juego.⁴³ Es por esta razón que el sujeto privilegiado de esta «contra-conquista» es el que ilustra «al sujeto en su división constituyente»,⁴⁴ el que teatralizaría como ninguno la tensión entre el «principio» y el «fin», entre el «origen» y la «copia», entre el sexo y el género, y extendiendo la cadena de significados, entre Europa y América: el travesti.

El travesti entra en esa cadena de sentido a través de su feminidad. En su capítulo «Los travestis», de *La simulación*, Sarduy explica: la mujer, en el travesti, es «hipertélica», porque se proclama como la apoteosis de la mujer en sí.⁴⁵ El travesti quiere resucitar a la hembra como ídolo. La pasión cosmética, el disfraz del travesti, sería una pasión del cosmos, que quiere abarcar una totalidad y un origen inalcanzable solo en la simulación. Sarduy distingue aquí entre el travesti y el transexual. Para él, el primero remite al antiguo mito del andrógino, donde hombre y mujer son complementarios (mito adánico), mientras que el segundo subraya la oposición entre hombre y mujer, aceptando las fronteras sexuales como reales. El transexual se encontraría al final de un proceso de diferenciación de los sexos, en el que la oposición semiótica no se cancela, sino se subraya, mientras que el travesti estaría, en el comienzo de este proceso, en el inicio de la significación.⁴⁶

El concepto de simulación es aquí esencial. Disfrazarse de mujer es «hacer como si», pero este acto mismo transforma la oposición «real» entre hombre y mujer en un juego entre conceptos imaginarios, donde ya no existe la oposición binaria entre lo uno y lo otro. Si lo analizamos nuevamente como proceso semiótico, la simulación de la mujer se puede comparar con la escritura: al pintarse y vestirse de mujer, el travesti se señala como objeto cifrado.

Para Sarduy —en «Escritura/Travestismo, a propósito del Lugar sin límites, de Donoso»—, «el travestismo, tal y como lo practica la novela de Donoso, sería la metáfora mejor de lo que es la escritura: lo que Manuela nos hace ver no es una mujer bajo la apariencia de la cual se escondería un hombre, una máscara cosmética que al caer dejara al descubierto una barba, un rostro ajado y duro, sino el hecho mismo del travestismo».⁴⁷ Lo que le importa a Sarduy en el travesti es la actividad de cambiarse, la coexistencia de lo femenino y lo masculino que hace del travesti un «extravagante».

Barroco y travesti tienen esto en común: la simulación como su deseo y su marca fundamental, la zona oscura donde las oposiciones se confunden. El travesti aparece como la radicalización del «señor barroco» lezamiano, como la «señora barroca». La voluntad de ser mujer, su simulación, significa el rechazo de la idea de mujer como origen.

En un texto fundador de la contra-identidad nacional cubana, también de la contra-conquista —o lo que es lo mismo, de la oposición a la identidad «conquistada», por el patriciado intelectual de la Isla, el cual pudiera representar una línea simbólica ascendente, un árbol quizás, cuyas raíces (Zequeira, Agustín Caballero...) han dado paso a ramas cada vez más altas, cada vez más cercanas a la «luz».⁴⁸ Me refiero al poema de Virgilio Piñera «La isla en peso», que reescribe la nación como el ámbito oscuro, indefinido (¿acaso femenino?) y de un origen —muy a pesar de los origenistas— incierto: «Solamente el europeo leía las meditaciones/ cartesianas. [...] Pueblo mío, tan joven, no sabes ordenar!/ pueblo mío, divinamente retórico, no sabes relatar!».⁴⁹

Plagada de «retoricidad», de hueca repetición de significantes, relatar es solo una ilusión, la imposibilidad de repetir en tierras «colonizadas», nombradas esencialmente por el otro, el mito adánico. Pero lo que para Piñera es ascetismo, renuncia al significante, y por mediación de él, a la «realidad»,⁵⁰ es para Sarduy eclosión, goce, plenitud.

Así, la escritura barroca y el travestismo rechazan ambos el mimetismo, la idea de la representación, del reflejo de un origen. Esto puede ser interpretado de dos maneras: una sería la de la deconstrucción que, llevando a Saussure a sus últimas consecuencias, postula una interminable cadena de significantes cuyo origen, el referente, siempre se desplaza. Por otra parte, la obsesión sarduyana con un origen inalcanzable, con la «madre» (patria) perdida, también se puede interpretar como un dilema «típicamente» americano. Roberto González Echevarría escribe sobre el parentesco entre Lezama Lima y Sarduy en cuanto al barroco:

Lo americano es ausencia, carencia sobre la cual se crea una cultura que siempre parece estar engastada sobre el cero del comienzo. La cultura consiste en simular que no hay

falta ni contradicción, la cultura consiste en crearse a sí misma. Dentro de este concepto de la cultura, el ser es una hipótesis de la retórica, una entelequia necesaria del lenguaje, no la fuente de él.⁵¹

Este vacío detrás de la cultura sería el del origen inexistente, siempre ya perdido. Para Sarduy, el barroco representa, en un movimiento dialéctico, la cultura «oficial» europea y al mismo tiempo su variante americana, «furiosa»: el barroco latinoamericano usa las formas heredadas del Renacimiento español para reducirlas al puro artificio y vaciarlas de sentido. El cambio de perspectiva, la «anamorfosis», consiste en la atención a la superficie, la mera yuxtaposición de objetos que impide el significado. En este privilegio de lo verosímil sobre el referente estaría, según Sarduy, el nuevo «origen» latinoamericano.⁵²

La escritura misma de Sarduy refleja este pensamiento en cadenas de oposiciones que se entrelazan interminablemente. La oposición real/verosímil se vería doblada por los conceptos psicoanalíticos del inconsciente y de sus síntomas, según explica González Echevarría.⁵³ Nuevas metáforas para cancelar el ansia americana de un origen: América travestida «extravagantemente» o tatuada, concepto este usado por Sarduy en *Escrito sobre un cuerpo*.

Existe, además, una dimensión estética en la preferencia de Sarduy por lo inextricablemente doble, lo ambiguo. El barroco, con el travestismo como una de sus manifestaciones, es un modo de escribir y organizar la escritura contra el «prejuicio del realismo». Sarduy afirma:

Todo en él [en ese prejuicio], en su vasta gramática, sostenida por la cultura, garantía de su ideología, supone una realidad exterior al texto, a la literalidad de la escritura. Esa realidad, que el autor se limitaría a expresar, a traducir, dirigiría los movimientos de la página, su cuerpo, sus lenguajes, la materialidad de la escritura. Los más ingenuos suponen que es la del «mundo que nos rodea», la de los eventos; los más astutos desplazan la falacia para proponernos una entidad imaginaria, algo ficticio, un «mundo fantástico». Pero es lo mismo: realistas puros —socialistas o no— y realistas «mágicos» promulgan y se remiten al mismo mito.⁵⁴

No solo en cuanto al mundo americano, sino en cuanto al concepto entero de una realidad que existe fuera del sujeto, Sarduy proclama su escepticismo. Su gesto es contundente: rechaza prácticamente toda la tradición de la novela realista, social-realista e incluso de índole real-maravillosa, en evidente oposición a Alejo Carpentier y otros escritores del boom. Para Sarduy, por consiguiente, una relación mimética entre el sujeto y su mundo es imposible, porque este, tal como lo ven, con Sarduy, los del grupo *Tel Quel*, sería todo texto o nada; solo por medio del lenguaje se podría construir una «realidad» que siempre sería textual. El estilo de Sarduy estará, por eso, caracterizado por la voluntad

de abandonar los elementos «estructurantes» de la novela, como el tiempo, el espacio, o la concentración en protagonistas principales que evolucionen a lo largo de la narración. Sarduy los reemplaza por la cita y la parodia. Los travestis sarduyanos son, al contrario del travesti en la novela, ya mencionada, de Donoso —o, en el caso cubano, de un Leslie Caron, personaje de Roberto Urías, o del «vestido de novia» de Norge Espinosa— no tanto afrontados con una realidad cruel que los maltrata como personajes grotescos, sino personajes ejemplares en un mundo abstracto y teatral. Los travestis Auxilio y Socorro, en *De donde son los cantantes*, son puros actores; su esencia consiste en el performance de sí mismos, de ahí su habla artificial y la insistencia en su maquillaje. Los dos son, como los personajes del Teatro Shangai en la novela, alegorías.

Simulando conclusiones

La construcción de la «latinoamericanidad» como la identidad travestida de un sujeto cuya feminización ha arrastrado consigo todos los atributos negativos de la axiología dominante —ya se sabe, europea, blanca, misógina y heterosexista—, ha venido rescribiéndose violentamente en las últimas décadas. La imagen de un cuerpo que muestra sus «excesos» (músculos cultivados, piel embellecida por el sol, atributos hiperbólicos de una sexualidad también exagerada),⁵⁵ constituye el reverso del cuerpo que antes mostrara sus «defectos», siempre desde un paradigma de corporalidad normal que sigue exigiéndose como «medida de todas las cosas». El cuerpo que se mira a sí mismo, que no trasciende su condición material y, por tanto, al que se le sigue negando el derecho a la razón, a la producción textual, más allá de la re-producción sexual, sigue siendo el cuerpo obsesionado con articular su expresión, con vestirse y comportarse diferente, con imponer un estilo que derroque la moda «a la española», como comentaba Zequeira a inicios del XIX, y es también un cuerpo que parodia la norma heterosexual. No podemos olvidar que las dos imágenes prototípicas del travesti y del musculoso fisiculturista imitan identidades hipertéticas. Las de «la mujer» y «el hombre», construyen cuerpos —y géneros— hiperbólicos y, por consiguiente, sus parodias más o menos logradas de los eternos femeninos y masculinos contribuyen, aunque en algunos casos no se lo propongan, a carnavalizar y desautorizar la identidad.

En este contexto de fuga identitaria revive la estrategia teórica de Severo Sarduy, que no fue otra que la de oponer el erotismo del lenguaje al lenguaje

como orden y representación. Encontrar en las palabras el potencial para crear nuevos conceptos y salir del esencialismo de la palabra transparente. Implementar el poder divino de la retoricidad, de la ininteligibilidad, y no el de la capacidad de definir, relatar, como aspirara, aun desde la negación, Virgilio Piñera. El neobarroco de Indias representaría una reacción artística al autoritarismo de la transparencia, prefiriendo lo oscuro, el disfraz, la metáfora. Sarduy escribe:

La metáfora es esa zona en que la textura del lenguaje se espesa, ese relieve en que devuelve el resto de la frase a su simplicidad, a su inocencia. Levadura, reverso de la superficie continua del discurso, la metáfora obliga a lo que la circunda a permanecer en su pureza denotativa. Pureza. No hay que olvidar las implicaciones morales de esa palabra: de allí que la metáfora haya sido considerada como algo exterior a la «naturaleza» del lenguaje, como una «enfermedad».⁵⁶

La metáfora como excedente barroco; la metáfora como representación del ser latinoamericano; como flujo imparabile (voluta-adjetivo-maquillaje-travestismo) de una cadena de significantes alejados, cada vez más, de su «origen».

Notas

1. Véase Gerald Prince, «Observaciones sobre la narratividad», *Criterios*, no. 29, La Habana, enero-junio de 1991, pp. 25-34.

2. Severo Sarduy, «El barroco y el neobarroco», *Obra completa*, v. 2, ALLCA XX, Madrid, 1999, p. 1403.

3. Vattimo afirma que la ontología del presente tiene que ser de categorías débiles, más acorde con el hombre contemporáneo, sujeto despotenciado que no cree que en sus acciones se juegue la vida eterna; ontología de la decadencia, del desmayo, del decaimiento, del ocaso de lo que fue y ya no es. Véase Marta López Gil, *Obsesiones filosóficas del fin de siglo*, Biblios, Buenos Aires, 1993, pp. 133 y 135.

4. «La metáfora, al avanzar “creando infinitas conexiones”, arma una empalizada [...] pero como su naturaleza es cultural y sus referencias extremadamente vastas, lo cubano (primer término antes del cómo) aparece descifrado, leído a través de todas las culturas: definido como superposición de estas» (Severo Sarduy, «Escrito sobre un cuerpo», *Obra completa*, v. 2, p. 1166. Así, para Sarduy, como para Lezama, «Cuba [y lo latinoamericano en extensión] no es una síntesis, una cultura sincrética, sino una superposición».

5. «Después de todo sería útil renunciar, en crítica literaria, a la aburrida sucesión diacrónica y volver al sentido original de la palabra texto —tejido— considerando todo lo escrito y por escribir como un solo y único texto simultáneo en el que se inserta el discurso que comenzamos al nacer. Texto que se repite, que se cita sin límites, que se plagia a sí mismo; tapiz que se desteje para hilar otros signos, estroma que varía al infinito sus motivos y cuyo único sentido es ese entrecruzamiento, esa trama que el lenguaje urde. La literatura sin fronteras históricas ni lingüísticas: sistema de vasos comunicantes. Hablar de la influencia de El Castillo en el

Quijote, de «Muerte de Narciso» en las «Soledades». (Ibidem, p. 1164).

6. A inicios de los años 90, Carlos Díaz, director del grupo teatral El Público, sistematizó, con sus atrevidas puestas en escena de obras del teatro norteamericano (*Un tranvía llamado deseo*, *Té y simpatía*, *Zoológico de cristal*) y, posteriormente con El público, la obra inconclusa de Federico García Lorca; *Calígula*, de Albert Camus; *Las brujas de Salem*, de Arthur Miller, entre otras, hasta llegar a la «irreverente» versión de *La Celestina*, de Fernando Rojas, la representación de personajes, femeninos o masculinos, travestidos como vía para la subversión y re-creación de estereotipos. José Ramón Brene regresa a la controvertida figura decimonónica de Enriqueta Faber en la obra *Escándalo en la Trapa*. En la plástica, artistas como Eduardo Hernández, Aisar Jalil, Humberto Peña, Rocío García, entre otros, han recreado el tema del travesti. En el cine, la reciente producción *Las noches de Constantinopla*, también es muestra del juego y la parodia carnavalesca de un «mundo al revés» que halla su apoteosis en el disfraz, el travestismo y la farsa.

7. Sin embargo, la reiteración de determinados temas que por su carácter novedoso y transgresor han llamado la atención de la crítica, el mercado y el público lector, como los de la homosexualidad —femenina y masculina—, los balseiros, los hippies, y todo un grupo de tópicos, sujetos y prácticas «marginales» no aparecidas antes en la literatura con la frecuencia actual, y desde su revalidación y no su censura, provoca una contraproducente estereotipación de dichos sujetos o actitudes, una neutralización de su fuerza crítica, toda vez que se desplazan del margen al centro —sin lugar a dudas, se han convertido en temáticas centrales de nuestra más reciente literatura— y, en definitiva, una asimilación de su lenguaje que, irreversiblemente, es re-codificado en los términos prefijados por la axiología heterosexista dominante.

8. Judith Butler, *Gender Trouble: Feminism and Subversion of Identity*, Chapman & Hall, Nueva York, 1990, p. 14.

9. Julia A. Kushigian, «Severo Sarduy, orientalista, postmodernista en el camino hacia la autorrealización», en Severo Sarduy, *Obra completa*, v. 2, p. 1607.

10. Sarduy equipara la intersexualidad —concepto creado por él para reflejar la fusión travesti a propósito de su comentario al personaje de Manuela, de José Donoso— con la «intertextualidad», categoría fijada por Julia Kristeva: «Esos planos de intersexualidad son análogos a los planos de intertextualidad que constituyen el objeto literario. Planos que dialogan en un mismo exterior, que se responden y completan, que se exaltan y definen uno al otro: esa interacción de texturas lingüísticas, de discursos, esa danza, esa parodia es la escritura». Severo Sarduy, «Escrito sobre un cuerpo», *ob. cit.*, p. 1151.

11. Severo Sarduy, «La simulación», *Obra completa*, p. 1300. (Énfasis míos.)

12. Este conflicto del sujeto que a escondidas y con alto sentimiento de culpabilidad, se apropia de las vestimentas del otro, puede leerse en el poema citado de Norge Espinosa. En el artículo «Apuntes sobre el homoerotismo masculino y femenino en la literatura cubana de los 90» (*Lectora*, Universidad de Barcelona, 1999-2000, pp. 37-40) desarrollo el análisis de «Vestido de novia» y otros textos de los años 90, a la luz de esta problemática.

13. El término fue propuesto por Antonio Vera-León para describir la peculiaridad del sujeto escindido que asume su pluralidad y la convierte en alternativa (des)identitaria.

14. Pedro Juan Gutiérrez. *El Rey de La Habana*, Anagrama, Barcelona, 1998, p. 63.

15. La «moda», por su propia naturaleza adherida a la imagen y dictada desde el poder, impone siempre el orden y la identidad, la clara escisión de lo masculino y lo femenino. El «estilo», por el contrario, es un recorte en la moda, expresión de «lo que viene de abajo», el desempleado, el lumpen, el marginal, y «de dentro», la propia singularidad. Ya no se trata de la lucha de clases, sino de la configuración del mutante, lo diverso, lo diferente, como si los dandys admirados de Baudelaire hubieran hecho su camino hasta los punks de este fin de siglo. La propia noción de homosexualidad se desvanece. Desmontado el «modelo» (el hombre, la mujer) se derrumba también su «patología» (el homosexual). Roberto Echavarren, *Arte andrógino: estilo versus moda en un siglo corto*, Ediciones de Brecha, Montevideo, 1997, p. 7.

16. Fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Fontamara, Barcelona, 1974, p. 34.

17. Y me refiero no solo al sujeto dentro de los marcos históricos y políticos concretos del período colonial, sino a la vigencia de su estatus marginal —de su condición de colonizado por y para un determinado fin— aun en las etapas poscoloniales.

18. Una y otra vez se regresa, en todo el siglo XIX cubano, a esta «peculiaridad» del sujeto colonial, a la que se le suman, entre otras características, su afición al baile, entendido como una dilapidación de las energías civiles y una corrupción del cuerpo «moral». Algunos de estos textos en los que se enfoca centralmente dicha problemática son: «Carta crítica del hombre muger» (1791), atribuida a José Agustín Caballero; «A mis amados compañeros los petimetres», «Carta», acompañada de las quintillas «Retrato de Siparizo» (1792), «Carta dirigida y dedicada a los jóvenes de nuestros días» (1804), «Moda del día» (1805), atribuidos a Manuel de Zequeira (todos recogidos en *La literatura en El Papel Periódico de La Habana. 1790-1805*, Letras Cubanas, La Habana, 1990); «Los pollos» (1867), de Luis Victoriano Betancourt (en *Artículos de costumbre*, Cultural S. A., La Habana, 1929, pp. 15-29).

19. Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero* (1617), citado por Juan Durán Luzio, «Lo profético como estilo en la Brevísima relación de la destrucción de las Indias...», de Bartolomé de las Casas», *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, julio-diciembre de 1978, p. 358. (Énfasis míos.)

20. Fina García Marruz, «La crítica y la polémica en *El Papel Periódico de la Habana*», en *La literatura en El Papel...*, p. 37. (Énfasis míos.) Nuevamente regresamos a Echavarren para entender el valor altamente subversivo de la negación de la «moda» oficial y la imposición de un «estilo» propio, llevados a cabo por los petimetres que describe Zequeira. Desde el título de su artículo, «Moda del día», se marca la actualidad, pero también la contingencia de esta forma de vestir en oposición al corte «español» trascendente, y por otra parte, se reitera la feminización de esta moda y la distancia que toma de ella la voz que enjuicia: «soy hombre de coleta y polvo, corbatín y casaca sin solapa a la española». (Manuel de Zequeira, ob. cit., p. 141).

21. Severo Sarduy, «Barroco», *Obra completa*, v. 2, p. 1250.

22. Manuel de Zequeira, «Carta dirigida...», ob. cit.

23. Cirilo Villaverde, *La joven de la flecha de oro*, Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 289. De igual forma, se esgrimen argumentaciones que sustentan la diferencia entre criollos y peninsulares desde el punto de vista biológico, argumentaciones que también se escriben sobre la proporción femenino/masculino, respectivamente. Así,

los criollos son más pequeños, más «frágiles», menos «toscos» que los españoles, cuyos pies, de tamaño desmedido —por solo citar un ejemplo utilizado reiteradamente en la época para satirizar al «gallego», figura por antonomasia del inmigrante español—, son un símbolo de la masculinidad, en oposición a los pies pequeños, «femeninos», en este caso, de los criollos. (Véase Renée Méndez Capote, *Por el ojo de la cerradura*, Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 63).

24. José Agustín Caballero, ob. cit. (Énfasis mio.)

25. Como analiza Emma Álvarez-Tabío en su libro *Invencción de La Habana* (Casiopea, Barcelona, 2000, p. 40), «en la novela cubana de [la primera mitad del] siglo XIX, como había sucedido en la poesía, la constitución de la idea de nación se representará a través del reconocimiento del paisaje. Pero este paisaje se identificará, textualmente, con la mujer. Villaverde [en algunas de sus novelas iniciales: *La cueva de Taganana*, *El espón de oro*, *El ave muerta*] utiliza el tema de la conquista de la mujer para complacer, por un lado, la demanda de erotismo de sus lectores, pero más sutilmente lo aplica como una estrategia literaria que representa y simboliza la apropiación del espacio insular».

26. En mi trabajo inédito «Ciudad e identidad: las revelaciones entre el espacio y el género sexual en la literatura cubana decimonónica» profundizo en esta percepción de la ciudad como mujer, que aquí solo puedo esbozar.

27. Manuel de Zequeira [atribuido a], «Consideraciones sobre la Havana, por el Medio Filósofo», en *La literatura en El Papel...*, p. 99.

28. Mercedes Santa Cruz y Montalvo. *Condesa de Merlin, Viaje a La Habana* (1844), Arte y Literatura, La Habana, 1974, p. 114. En términos similares, la Condesa de Merlin afirmará años después: «Tenemos aquí más riquezas naturales que riquezas adquiridas a costa del trabajo y de la perseverancia. Faltan estímulos a nuestros conciudadanos y monumentos a nuestra historia».

29. Manuel de Zequeira, «Consideraciones sobre La Habana...», ob. cit., p. 100.

30. Mercedes Santa Cruz y Montalvo, ob. cit., p. 37.

31. Ante semejante juicio negativo, la respuesta de Domingo del Monte —figura central en el rediseño y argumentación de un nuevo relato identitario nacional— no se hará esperar. Actualiza a su paisana sobre la inversión de tales costumbres y, por tanto, la redistribución correcta de los espacios en consonancia con los roles de género. (Véase Domingo del Monte, «Sobre la Merlin», *Ensayos críticos de Domingo del Monte*, selec., prol. y notas de Salvador Bueno, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 2000, p. 179). En su réplica se invierten estratégicamente algunos paradigmas de representación que en el discurso de Zequeira son expuestos claramente, aunque con la intención similar de denostar la afeminación de los sujetos productivos. Aquí las costumbres femeniles son entendidas como rústicas, lo que lógica y contrariamente garantizaba —según Zequeira— la exacerbación de la masculinidad en la Península; esta rusticidad se inserta ahora en un nuevo imaginario que remite a la barbarie frente a la civilización y coloca a la colonia —ahora rústica— frente a la metrópoli refinada. La casa menguada, es, como ya dijimos, el reservorio del pasado que hay que barrer en nombre del progreso, y con él, la grosera y pasiva feminidad.

32. Enrique Labrador Ruiz, «La Habana, ojo de paloma», *Extramuros*, n. 8, La Habana, enero-abril de 2002, p. 26.

33. Víctor Fowler, *La maldición: una historia del placer como conquista*, Letras Cubanas, La Habana, p. 30.

34. Fernando Chueca García, «Invariantes de la arquitectura hispanoamericana», citado por Rufo Caballero, *América clásica: un paisaje con otro sentido*, Ediciones Unión, La Habana, 2000, nota 53.
35. «[A]isladamente en sí y en el concepto social, era el español serio, laborioso, cumplidor con su deber, servicial, ordenado, abnegado y trabajador infatigable, y quizás si de puro bueno, demasiado débil como padre de familia, delirante por la criolla a la cual se unía [...] ¡Y cuántas veces de ellos nació el hijo mimado que a uno y otro raudales de lágrimas había de costarles!... Quién entre sus más caras afecciones y melancólicos recuerdos [...] no conserva la silueta, algo ruda si se quiere, de esos hombres de carácter viril, y no encomia la bondadosa y saludable influencia de estos laboriosos comerciantes». (Dolores María Ximeno y Cruz, *Memoria de Lola María*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 142-3).
36. Véase José Deleito y Piñuela, *El desenfreno erótico*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
37. César Augusto Salgado, «Hybridity in New World Baroque Theory», *Journal of American Folklore*, University of Illinois Press, 1999, pp. 316-32.
38. Severo Sarduy, «Barroco», ob. cit., p. 1199.
39. En 1898, Diego Vicente Tejera, en una conferencia medular para entender el proyecto de nación que se pretendía materializar una vez terminada la Guerra de Independencia, refiere el carácter «extravagante» del cubano, y en especial de la cubana; su propensión a la desmesura incontenible o, por el contrario, a la falta. Esta incontención, que remite a una subjetividad hiperestésica y enfermiza —incontrolable— reitera la proporción pathos-colonizado/razón-colonizadora que ha de ser transgredida en aras de construir una sociedad culta y, lógicamente, europeizada. La subversión de la «norma», por defecto o por exceso, es aún hoy uno de los estereotipos de nuestra «identidad», y era una de las características que eliminar desde entonces, como muestra del alcance de una madurez, de la eliminación de un rasgo «enfermizo», solo propio de niños o mujeres y, por consiguiente, como símbolo implícito de que el pueblo se ha masculinizado, ha alcanzado su plenitud. Véase Diego Vicente Tejera, *La mujer cubana*, conferencia dada en el Club Cubano de Cayo Hueso el 15 de febrero de 1898, Imp. El Fígaro, La Habana, 1899.
39. Véase Rufo Caballero, ob. cit., pp. 42-68.
40. Para Derrida, «la escritura, la letra, la inscripción sensible, siempre fueron consideradas por la tradición occidental como el cuerpo y la materia exteriores al Espíritu, al aliento, al verbo y al logos. Y el problema del alma y del cuerpo es, sin dudas, derivado del problema de la escritura, al cual parece —inversamente— prestarle sus metáforas. La escritura, materia sensible y exterioridad artificial: un vestido. [...] Para Saussure [...] “no es un vestido, sino un disfraz”». (Jacques Derrida, «La différance», en Nara Araújo y Teresa Delgado, comps., *Textos de teoría y crítica literarias*, UAM-Ixtapalapa/Universidad de La Habana, México DF, 2003). Frente a esta «metafísica occidental» que crea las oposiciones jerárquicas: interno/externo, profundo/superficial, realidad/imagen, presencia/representación, origen/copia, Derrida no propone su «inversión», sino las fisuras de sus fronteras, su cancelación. Participando de las mismas estrategias de desmontaje de la metafísica, Sarduy (de)construye sus textos, personajes, asuntos, en aras de mostrar las superficies. Cuando Emir Rodríguez Monegal le pregunta por la India de Cobra, responde: «No se trata de una India trascendental, metafísica o profunda, sino al contrario, una exaltación de la superficie y yo diría hasta de la pacotilla india». (Citado por Julia A. Kushigian, ob. cit., p. 1606).
41. Severo Sarduy, «Barroco», ob. cit., p. 1237.
42. Esta consideración teórica, claramente desarrollada en la novelística sarduyana, es la que permite a Roberto González Echevarría la sagaz afirmación de que Cobra vendría a representar una especie de inconsciente reprimido de la narrativa latinoamericana del boom: «La novela del boom funciona, en tanto discurso, a base de represiones tácitas. Cobra intenta hacerlas explícitas. Cobra pretende encarnar nada menos que el subconsciente de la narrativa hispanoamericana. Es por ello que ha sido reprimida por tantos escritores y críticos, para algunos de los cuales Sarduy es anatema». (Roberto González Echevarría, «Y cantan en llano», *La procede Celestina*, Colibrí, Madrid, 1999, p. 255).
43. Severo Sarduy, «Barroco», ob. cit., p. 1221.
44. *Ibidem*, p. 1237.
45. Véase Severo Sarduy, «La simulación», ob. cit., pp. 1297-300.
46. *Ibidem*, p. 1297.
47. Severo Sarduy, «Escrito sobre un cuerpo», ob. cit., p. 1151.
48. Metáfora «iluminista» de linaje lezamiano a través de la cual se funda otra genealogía evolutiva en la que el estado de perfección «puro» es el ser vegetal, en especial el árbol, por esa propensión suya a crecer hacia la luz.
49. Virgilio Piñera, *La isla en peso*, Ediciones Unión, La Habana, 1998, p. 27.
50. Esta idea del ascetismo —de tintes nietzscheanos— en Piñera, me la sugirió el investigador Pablo Argüelles Acosta.
51. Roberto González Echevarría, ob. cit., p. 253.
52. Véase Severo Sarduy, «La simulación», ob. cit., pp. 1307-10.
53. El inconsciente representaría los recuerdos reprimidos del origen cultural, y los síntomas de lo reprimido serían los signos de la escritura, lo que «se siente como falta o falla, alrededor del cual, como defensa, surgen significantes: escritura, figuras». (Roberto González Echevarría, ob. cit., p. 253).
54. Severo Sarduy, «Escrito sobre un cuerpo», ob. cit., p. 1150.
55. «Poseer» a un latino, es hoy, más que nunca, uno de los sueños dorados del europeo, *sweet dream* fomentado por las estrellas masmediáticas de las últimas décadas. Bell Hooks, en su artículo «Devorar al otro», advierte sobre la ideología subyacente en las nuevas propuestas de «copular» con la alteridad, las cuales reproducen el mismo sistema de dominación al que ilusoriamente se oponen: «Desde luego, desde la perspectiva del patriarcado capitalista de la supremacía blanca [y heterosexual], la esperanza es que los deseos de «lo primitivo» o las fantasías sobre el Otro puedan explotarse continuamente, y que tal explotación ocurra de una manera que reinscriba y mantenga el status quo. La posibilidad de que el deseo de contacto con el Otro [...] funcione o no como una intervención crítica que desafíe y subvierta la dominación racista [y hetero] [...] es una posibilidad política aún no realizada». (Véase Bell Hooks, «Devorar al otro: deseo y resistencia», *Debate Feminista*, a. 7, v. 13, abril de 1996, p. 18).
56. Severo Sarduy, «Escrito sobre un cuerpo», ob. cit., p. 1155.

Rodar el coco: donde la luz brota desde adentro

Roberto Zurbano

Ensayista y crítico cultural. UNEAC.

Mientras escucho el último CD de Baobab Orchestra leo este libro de Lázara Menéndez, quien quizás sin proponérselo, me va explicando exhaustivamente por qué los actuales sonidos de la cercana África nos suenan tan lejanos y brillan por su ausencia en la radio y la televisión cubanas; con las escasas excepciones que, de vez en cuando, MTV nos deja caer en sofisticadas migajas donde lo africano es siempre un exótico encantamiento que aceptamos gustosamente.

Si, en mi opinión, la Baobab Orchestra, junto a Manu Dibango, el gran Kabassélé, Miriam Makeba, King Sunny Adé, Salif Keita, Cesárea Evora y Papa Wemba constituyen el modo en que la música del África negra, desde los años 60 hasta hoy, se renueva y fusiona, atravesando el mundo y ofreciéndose en las mejores salas de concierto y sellos discográficos, todavía me asombra que nadie repare aún en aquel boom de la novela africana que la Colección Cocuyo lanzara en Cuba —la mayoría de las veces en su primera versión al español— entre los años 60 y los 70. La razón no es el olvido, sino la invisibilidad de un discurso, el silenciamiento de una incómoda evidencia: la persistente presencia africana en el campo cultural cubano, tan letrado, tan moderno, tan occidental...

Rodar el coco. Proceso de cambio en la santería, de Lázara Menéndez, permite entender cómo una particular identidad se extiende desde África por todo el Occidente, no solo en sus expresiones artísticas, sino en sus cosmogonías y sus más diversas connotaciones religiosas. Habla del papel que la diáspora africana ha desempeñado en la expansión occidental de tales valores culturales y religiosos nacidos en África y preservados fuera de allí, a golpe de ocultamientos, simulacros, negociaciones y renovaciones que los han convertido en nuevos productos, ideas, cosmovisiones y culturas.

Sé que este no es el tema principal del libro, pero sí uno de los tantos caminos que logra iluminar, pues recorre el proceso transcultural cubano actualizando sus coordenadas, sus ganancias y pérdidas, poniendo sobre un espacio visible —polémico y actualizante— tanta cultura cubana todavía marginada, a través de operaciones ideológicas similares a aquellas con que los contemporáneos de José Antonio Saco construyeron la sociedad y el campo cultural cubanos.

El siglo xx cubano estuvo marcado por un proceso de emancipación social anterior a la Revolución de

Octubre; es un siglo concebido en la manigua irredenta, pero que nace con los fórceps del joven imperio norteamericano, que intenta borrar los pasos de la independencia y, en particular, el salto que constituyó el tránsito de los negros de esclavos a ciudadanos. La masacre de 1912 puede explicar someramente el traumatismo racial y político de una república abortada —no solo para los afrodescendientes.

Sin embargo, en la temprana década de los 20 puede encontrarse el inicio de un proyecto reivindicador de la herencia africana en nuestra isla; comienza entonces un doble proceso: de deconstrucción ideológica, por una parte, y legitimación sociocultural, por la otra, a través de la obra de Fernando Ortiz, intelectual cuya evolución ideológica y científica fue acompañada —no sin polémicas— por otras importantes personalidades del siglo xx.

Sin obviar la fundacional tarea de Argeliers León en el campo académico cubano después de 1959, Lázara Menéndez ha ofrecido en los cinco tomos de Estudios afrocubanos (selección de lecturas) un compendio de lo que se ha escrito y pensado en Cuba sobre el fenómeno: aquí se hallan desde los valiosos ensayos de Fernando Ortiz, Teodoro Díaz Fabelo, Lydia Cabrera, Rómulo Lachatañeré, el propio Argeliers León, Rogelio Martínez Furé o Miguel Barnet, entre otros, pasando por las libretas de santos utilizadas por reconocidos practicantes de la Regla Ocha-Ifá, hasta los trabajos de tesis de varios alumnos de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de la Habana.

Lázara Menéndez ofrece y revisa críticamente toda esa bibliografía y la evolución de las ideas sobre el tema, una labor que le ha llevado décadas, pero que le ha permitido —sin prejuicios científicistas— ofrecer un abanico de métodos, posiciones y problematizaciones que, desde principios del siglo pasado, han asumido los estudiosos de las culturas afrocubanas. Historiza cómo desde el año 1968 «la [entonces] Escuela de Letras y Arte, como institución representativa del saber, tuvo que fracturar códigos que respondían a la gran tradición letrada para legitimar la parte de la realidad sociocultural identificada como afrocubana».¹ Esta operación ha sido corregida y enriquecida a través del trabajo de campo, desde una labor de investigación sociocultural en el barrio de Cayo Hueso, Centro Habana que, a finales de la década de los 60, comenzara su autora como parte de un trabajo de investigación-desarrollo de la Escuela de Artes y Letras en distintas comunidades. Sus resultados debían contribuir a elevar el nivel cultural de estos: «resultaba ineludible —nos confiesa la autora treinta años después— someter a proceso de crítica la bibliografía existente sobre la santería, puesto que a través de ella se caracterizaba una situación que había sufrido modificaciones» (p. 59).

Los avatares académicos, ideológicos y políticos de dicho proyecto —y de la época— marcaron los enfoques filosóficos y epistemológicos de la joven académica. Por otra parte, «el modelo de cultura asumido respondía en gran medida a los paradigmas del modelo ilustrado» (pp. 41-2). Y muchos años después, es más que una simple protagonista que, analizando críticamente la etapa, nos entrega no solo el resultado del proceso, sino el análisis de su dinámica actual. De manera que no estamos ante un libro que nos ofrece —otra vez— la descripción de cada orisha, sus vestuarios, comidas y caminos; ni ante otro acercamiento folklórico a las raíces africanas en Cuba, sino ante una mirada al tronco de esta ceiba creciente que es la cultura cubana y a sus actuales marcas religiosas, en especial a ese particular complejo socio-religioso que es la santería, definida en este libro con un renovado concepto.

La santería es un universo integrado por individuos que heredaron y heredan, que obtuvieron y obtienen amplios sistemas de conocimientos. Al momento del arribo del hombre yoruba en especial, y del africano en general, los saberes pertenecían a las culturas de procedencia del esclavo, con el tiempo y la desconexión existente entre la cultura criolla primero y cubana después, y las africanas, los núcleos originarios se fueron debilitando pero también enriqueciendo con los conocimientos que les fueron impuestos, con los adquiridos a través de su experiencia práctica, y se produjo un proceso de selección y consolidación de estereotipos, origen de lo que hoy denominamos santería o regla de ochá-ifá (p. 221).

En esta conceptualización de Lázara Menéndez se hallan los principios críticos con que abordar un proceso cultural no solo inconcluso hoy, sino aún incomprendido en los espacios que elaboran el pensamiento cultural cubano, no solo en la academia. «Un proceso constante de construcción cultural» es otra de las definiciones de la santería que pueden encontrar en este libro, de manera que se exponen y problematizan otros aspectos del universo santero, ya pertenezcan a su explicación histórica o a sus actuales dinámicas. En el primer caso, hallamos una discusión sobre el llamado sincretismo que pone en crisis centenares de páginas escritas sobre tal fenómeno cuando afirma, entre otros argumentos, que

el sincretismo, concebido como equiparación de valores y funciones considerados como equivalentes, ha servido para tratar de desprestigiar y descalificar la práctica santera, gracias a una concepción que convierte en esencial un fenómeno epidérmico, la trascendencia concedida a la equiparación ha conducido a la errónea concepción de que la santería es el resultado de la equiparación de los credos afrocatólicos, cuando realmente en el proceso transcultural no fueron los católicos quienes tuvieron el mayor peso en la configuración de lo que hoy conocemos como regla de ochá-ifá.

El proceso de reflexión que de alguna manera ha defendido la existencia del sincretismo desde la perspectiva descrita, ha desoído la voz del religioso, este sistemáticamente ha reiterado que tras la puerta del *igbodú* las prácticas realizadas poco tienen que ver con las cristianas y con la cosmovisión que de ellas se derivan (pp. 226-30).

Tales afirmaciones forman parte de un debate más amplio al cual este libro se suma, enriqueciéndolo; mas, si se observa con atención, resalta en el fragmento anterior un énfasis en la validación de la voz del religioso, que la autora reclama y comparte, pues si se trata de una cultura subalterna, marginada por el discurso letrado, parece poco probable que participe de lo que ese discurso letrado ha legitimado de esta cultura-otra. Lázara Menéndez desplaza el espacio del saber a una posición horizontal, dialógica, interactiva con sus informantes y colaboradores, en una búsqueda y construcción de ese saber. Y define tal emplazamiento con ejemplar claridad metodológica:

Cuando el sujeto portador de un saber es asumido y tratado como ente activo en el proceso de construcción del conocimiento, la posición del observador se relativiza, pierde la absoluta autoridad que confiere el poder legitimado por una instancia académica como máxima expresión de un saber formalizado, y los procesos de construcción de conocimiento pueden percibirse como un procedimiento compartido (p. 106).

Ese emplazamiento constituye una de las virtudes de este libro, pues deconstruye una mirada colonizada y colonizadora, también estática, del investigador a la hora de observar los procesos culturales; para ella es imprescindible «enfocar la valoración del espacio santero a partir de situarnos en un escenario conceptual y metodológico operacional que favorezca la proyección dinámica de los conflictos» (p. 94). Tal presupuesto no solo forma parte del emplazamiento epistemológico, sino también de la armazón del libro, del modo en que los capítulos —desde los agradecimientos— asumen el modelo y las formas rituales de eso que la autora denomina en su libro «el universo santero».

Aquí resultan significativos el testimonio de los cien santeros, santeras y *babalawos* —casi todos prestigiosas o reconocidas personalidades del mundo religioso en más de diez provincias de todo el país— entrevistados y citados, en su mayoría, junto a los teóricos —cubanos y no— que coinciden en un mismo espacio; espacio donde el saber se trenza y evalúa a través de una compleja discursividad crítica que resulta otra de las virtudes de este libro: esa manera en que el saber religioso de los practicantes y de los científicos comienza a dialogar, a veces en una misma persona —como es el caso de la autora que nos ocupa—, donde los instrumentales de la teoría y la práctica son puestos en función de explicar una racionalidad en otra,

cuestionándose mutuamente, para ofrecernos, por último, una lectura compleja de este proceso de cambio que se ha producido en la santería cubana y que le ha convertido hoy en un fenómeno transnacional.

Sobre la transmisión de este saber, se abunda aquí en la precaria dicotomía escritura/oralidad para dilucidar, junto a las libretas de santo, el papel del lenguaje yoruba o *lucumí* —tal como se conserva en Cuba— en su función ritual, supuestamente condenado solo a las ceremonias, a esa manera de un secreto compartido que, fuera del momento ritual, parece reducirse a instancias folklóricas, a formas lingüísticas desconectadas de la dinámica del habla cotidiana y, sin embargo, aún no corren peligro de desaparecer por el uso cada vez más recurrente en las ceremonias santeras y, más allá de estas, por las relaciones lingüísticas identitarias que, en términos religiosos o de cultura popular, un grupo social expresa.

La descalificación social de las lenguas africanas fue parte del proceso de desafricanización, pero las herramientas deculturativas o mecanismos empleados tanto por las autoridades coloniales como por los *sacarócratas* criollos, no pudieron impedir que la conservación y empleo de los remanentes lingüísticos africanos sirvieran como medios de protección simbólica, representativa de una identidad «otra» y rota que debía quedar lejos del alcance de la sociedad (p. 120).

Varias son las formas de abordar el fenómeno por esta autora, donde hasta el método estructuralista le permite señalar, en un objeto de estudio tan cambiante,

una homogeneidad que se hace patente en el ordenamiento funcional de los elementos rituales que componen el universo santero, porque la creencia se articula alrededor de dos núcleos básicos: el culto al *par egun-oricha* y el respeto a los sistemas predictivos tradicionalmente denominados sistemas adivinatorios. Esta peculiaridad es la que, por otra parte, favorece la heterogeneidad, el nivel de conflictividad y de tensión que se reconoce en el funcionamiento interno del universo santero, en virtud de la configuración morfosemántica de los dos núcleos mencionados (pp. 21-2).

También sobre el corpus mítico y teológico de la santería se lanzan en este libro diversos análisis antropológicos, lingüísticos y hasta semióticos, junto al de su dinámica eminentemente urbana, acompañada de una cada vez más visible producción y reproducción de bienes y servicios religiosos —ver fotos—; se hace explícito, más allá de sus relatos etnográficos, el conjunto de ceremonias que unifican la práctica religiosa, como la entrega de los guerreros, del *kofá* o mano de Orula, la iniciación o «coronación», y hasta lo que la autora denomina el modelo educativo de *orichas* y *egun*, y otras acciones o elementos, tradicionales para los religiosos, pero Lázara nos revela cómo han venido renovándose, enriqueciéndose y/o resignificándose a

partir de pérdidas y ganancias generadas por la velocidad de los cambios sociales y las variantes en la configuración de ciertos ritos de una a otra familia ritual.

El eje principal a través del cual se puede explicar la historia de la santería es la familia ritual, una familia que se afianza en la casa-templo y en la apropiación que hace del espacio cuando, mediante ciertos ritos, lo sacraliza en beneficio personal. La historia de la santería no es la del poblamiento, sino la de la supervivencia dondequiera que se esté. No hay delimitaciones territoriales porque históricamente el santero no se ha sentido dueño más que de su persona y sus santos (p. 314).

Podría pensarse que este libro solo se ocupa del universo santero, sus connotaciones teológicas y la actualización de sus prácticas, pero no puede olvidarse que está inserto en un espacio mayor donde las expresiones visuales, musicales o culinarias de la propia santería, se desplazan en el contexto de nuestra cultura popular y expanden el imaginario de una cultura mestiza. Se exponen aquí las relaciones de las prácticas artísticas cubanas con la santería y, a pesar de que las obras de Wifredo Lam, Roberto Diago o Manuel Mendive asumen el universo religioso desde sus propios códigos y fundamentos en un intenso ejercicio de apropiación y elaboración artísticas, nuestra autora observa: «Lamentablemente, la distancia que existe entre las problemáticas artísticas-estéticas contemporáneas y la vida de la mayoría de los santeros en la actualidad, continúa siendo bastante grande (p. 234).

Dicha observación, solamente explicable desde un amplio dominio del campo tratado, nos esclarece sobre la pertinencia estética de «una religión en que la artísticidad está implícita y, por supuesto, implicada en una concepción abierta del arte» (p. 263), explicándonos

la desemejante preparación estético-artística, y la casi nula proximidad a ambientes que tiendan a favorecer el enriquecimiento del capital cultural fuera del entorno religioso o de la vida doméstica y su ejercicio en el barrio de residencia, no estimulan el desarrollo de su visualidad, ni de la creatividad, ni estimulan un acrecentamiento de su conciencia y sensibilidad que los prepare para el florecimiento teórico-práctico de su creencia sin necesidad de recurrir a la construcción de paradigmas externos (p. 234).

A partir de estas ideas, la autora se adentra en la compleja dilucidación de un fenómeno no solo achacable a la población santera de nuestro país, sino a los modos como circulan los productos artísticos, la forma en que los medios los promueven y su aura de objetos para consumir solo por especialistas o letrados. Varias propuestas conceptuales del libro son de este corte, es decir, rebasan su tema principal y se articulan en una amplia discusión sobre el aquí y ahora de la cultura afrocubana y la sociedad cubana, en términos más generales.

Lázara Menéndez se inserta en un espacio de discusión donde las ideas de otros autores cubanos como Natalia Bolívar, Rogelio Martínez Furé, Tato Quiñones, Miguel Barnet, Jesús Fuentes, Rosa María Lahaye, Tomás Fernández Robaina o Adrián de Souza se complementan con los textos de Marta Moreno Vega, Erwan Dianteill, Lisa Maya Knauer o James L. Matory, entre un creciente número de especialistas—dentro y fuera de Cuba— que van construyendo una manera otra de abordar estos temas tan significativos a la hora de explicarnos las nuevas coordenadas de la religión, la cultura y la sociedad cubanas de hoy.

Me sigue resultando una curiosa bendición que entre las personas preocupadas por estos asuntos en Cuba haya un respetable número de mujeres siguiendo la senda abierta por Lidia Cabrera, entre prejuicios y fundamentalismos de un lado y de otro; quiero decir, de los intelectuales y de los religiosos, cada cual por su parte y con sus limitaciones, cada vez más sutiles y cambiantes.²

No parece muy necesario insistir en que este libro dialoga con casi toda la bibliografía que, a su vez, pretende sintetizar, si no fuera porque Lázara Menéndez es también la autora del perturbador ensayo «¿Un cake para Obbatalá?!», aparecido hace unos años en la revista Temas, y cuyas ideas aún generan opiniones encontradas. Y hay otra razón. Creo que las páginas de este libro también piden otro tipo de debate, una reflexión actualizada en los instrumentales teóricos, en las posiciones éticas y epistemológicas que asume, y en la validación de otras voces y de esa otra racionalidad que se expresa a través de la santería, pero que no termina allí, sino que viven en todas las maneras posibles de la resistencia y del goce de ser cubanos.

Notas

1. Lázara Menéndez, *Rodar el coco. Proceso de cambio en la Santería*, Colección La Fuente Viva, Fundación Fernando Ortiz-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 59. En lo adelante, se señalarán las páginas entre paréntesis.

2. Por suerte, este campo bibliográfico cuenta con Natalia Bolívar Aróstegui y Mariela A. Gutiérrez, Silvia Govín y Lourdes Martínez-Echazabal, Olga Portuondo y Mercedes Cross, Julia Cuervo Hewitt y Rosa María de Lahaye, así como en el campo de la creación cuenta con las obras plásticas de Belkis Ayón, las de la teatrológica Inés María Martiatu, la escritora para niños Teresa Cárdenas o la rapera Magia López.

El intelectual hereje. La recepción de la obra de Pierre Bourdieu en Cuba

Marlene Azor Hernández

Socióloga.

En el transcurso del año 1999, un sociólogo francés me comentó sobre Bourdieu: «Hace diez años dejó de ser un sociólogo para convertirse en un hombre de los mass media». En cambio, otra colega lo alabó por sus posiciones públicas, y lo señaló como uno de los intelectuales más positivos en la Francia de hoy. A todas luces, Pierre Bourdieu es una de las figuras más polémicas del medio intelectual y político francés.

Este texto propone una reflexión sobre el pensamiento de Bourdieu en dos vertientes: a) analizar las posturas intelectuales y políticas del sociólogo que lo afirman en un sentido polémico. Para ello nos valdremos de dos textos suyos: *Contre-feux* (abril de 1998) y *Cosas dichas* (1987); b) exponer las condiciones en las cuales se recepciona su obra en Cuba y la utilización de sus categorías centrales en las investigaciones de los intelectuales cubanos.¹

Si bien en Cuba la figura del sociólogo francés no se estudia de manera sistemática en la carrera de Sociología de las diferentes universidades, varios profesores y alumnos conocen parte de su obra y utilizan sus esquemas conceptuales en los trabajos de investigación o la docencia. Tal es el caso de los trabajos

de diploma en Sociología, Historia y Letras, realizados por los licenciados Jorge A. Núñez Vega, Héctor Veitia, Alejandro Campos, Mabel Llevat, Boris Nerey y Nivia Brismat, graduados entre 1995 y 1998. En estos textos, los estudiantes utilizaron los conceptos de campo intelectual, habitus, relaciones de autonomía y heteronomía, aplicándolos a estudios institucionales o históricos de una realidad tan diferente a la francesa como la cubana. Lograron mostrar en sus trabajos la fertilidad de tal enfoque.

La herejía política e intelectual

Al revisar *Contre-feux*, encontramos el tipo de disonancias que Bourdieu propone al debate público en su país y, en general, a nivel europeo. Se trata de un compendio de intervenciones y entrevistas ofrecidas entre los años 1991-1998, con el propósito de elaborar un análisis y una respuesta a la política y al discurso neoliberal. Aquí emerge la reflexión sobre la postura crítica del intelectual en la sociedad contemporánea. El sentido crítico del intelectual se realiza a partir de varias

estrategias que el propio Pierre Bourdieu ofrece a otros intelectuales y sectores sociales. Podrían resumirse como sigue:

- Análisis del resultado de la política neoliberal en Francia para los grupos mayoritarios en cuanto a la precariedad e inseguridad económica, social y política que genera en los trabajadores, empleados o desempleados, nacionales o inmigrantes.
- Deconstrucción del discurso neoliberal, con énfasis en las maneras en que se construye: qué omite, contra quién va dirigido, cómo circula y se convierte en discurso dominante, con su correlativo valor de violencia simbólica.
- Función de la prensa, la televisión y los periodistas en la difusión y manipulación de la opinión pública a favor de la política neoliberal.
- Propuestas de movilización discursiva y práctica para los diversos grupos sociales a escala nacional y europea.

Vale la pena detenerse en cada una de las estrategias, aun cuando todas están fuertemente interrelacionadas. Para describir la situación francesa de los años 90, Bourdieu habla de un ala izquierda y un ala derecha en el Estado francés. La izquierda la constituyen los empleados públicos que resisten la retirada del Estado de los asuntos públicos: asistentes sociales, magistrados de base, profesores y maestros de escuela.

El conjunto de los agentes de los ministerios dizque derrochadores, que son huella, en el seno del Estado, de las luchas sociales del pasado. Ellos se oponen al Estado de la mano derecha [...] los del ministerio de finanzas, de la banca pública y privada, a los gabinetes ministeriales.²

El Estado se está retirando de numerosos sectores de la vida social que antes eran de su responsabilidad: la vivienda pública, la televisión y la radio públicas, las escuelas y los hospitales públicos. Esto, afirma Bourdieu, es aún más escandaloso tratándose de un Estado socialista (el gobierno de François Mitterrand).

La crisis de la confianza en el Estado y en el bien público hacen florecer dos situaciones, según Bourdieu: a) en los dirigentes, la corrupción, correlativa al descenso en el respeto de la cosa pública; en los dominados, el crecimiento de la religiosidad personal, asociada a la desesperanza en los recursos temporales; b) los ciudadanos franceses, al sentirse rechazados por el Estado, a su vez lo rechazan y lo tratan como una fuerza extranjera que el ciudadano utiliza de la manera en que mejor sirva a sus intereses.

En relación con los políticos, apunta las consecuencias de la profesionalización de la política, al establecer poco margen a los que aspiren a hacer carrera. Para parecer serio y no pasado de moda, hay que hablar de gestión y nunca de autogestión y, en todo caso, a

nivel de lenguaje dar la apariencia de racionalidad económica. Encerrados en la lógica de la economía en sentido estrecho y de corta vista, a la manera del FMI, todos los semientendidos en materia económica omiten los costos reales —a corto y largo plazo— de la miseria material y moral, consecuencia de la política legitimada solo desde el punto de vista económico: la delincuencia, la criminalidad, el alcoholismo, los accidentes de tránsito, etcétera.

A Pierre Bourdieu se le ataca por no compartir el punto de vista «de todo el mundo»; de ahí su herejía. Defender el regreso a la cosa pública, a la responsabilidad estatal de los dominios sociales en los que se sustentaba el Estado de Bienestar, es andar contra la corriente.

Los agentes constitutivos del «punto de vista de todo el mundo» escriben en los periódicos, los «nuevos intelectuales» crean el clima favorable para la retirada del Estado y, sobre todo, destruyen la noción de responsabilidad colectiva respecto a los accidentes de trabajo, la enfermedad, la miseria. El regreso al individualismo, que deja a la víctima como única responsable de su desgracia, sirve para disminuir las cargas de la empresa.

Bourdieu toma un término de Platón. Llama a estos agentes creadores del «punto de vista de todo el mundo», los doxósofos: los «técnicos de la opinión que se creen sabios» y colocan los problemas de la política en los mismos términos de los hombres de negocios, los políticos y los periodistas, exactamente los que pueden pagarse los sondeos de opinión.³

El sociólogo, como el filósofo, se opone al doxósofo porque cuestiona las evidencias y, sobre todo, las presenta bajo la forma de preguntas, las suyas y las de los demás. El doxósofo ve un prejuicio político cuando se rechaza la sumisión profundamente política que implica aceptar inconscientemente los lugares comunes; es decir, las tesis con las que se argumenta, pero sobre las cuales no se argumenta.

A la pregunta de un periodista sobre si pretendía colocar al sociólogo en la plaza del filósofo-rey, como el único capaz de saber dónde están los verdaderos problemas, Bourdieu defendió la posibilidad y la necesidad del intelectual crítico, y la crítica a la doxa intelectual que segregan los técnicos de la opinión.

No hay una verdadera democracia sin verdadero contrapoder político; el intelectual tiene uno y de primer alcance.

Es por lo que considero que el trabajo de demolición del intelectual crítico, muerto o vivo —Marx, Nietzsche, Sartre, Foucault, y algunos que se clasifican bajo la etiqueta del «pensamiento del 68»—, es tan peligroso como la demolición de la cosa pública y se inscribe en la misma empresa global de restauración.⁴

A lo largo del libro, y frente a diferentes auditorios, el sociólogo francés toma ejemplos concretos para explicar sus estrategias. Deconstruye el discurso neoliberal, al analizar una entrevista realizada por un periódico francés al presidente de la banca alemana, M. Hans Tietmeyer. Así descubre las maneras en que se impone: la autoridad de quien habla (un presidente de la banca de uno de los países más poderosos de Europa), lo que se oculta tras el lenguaje del tecnicismo económico; o sea, la competencia y la eficacia se mide a través de la mano de obra más barata y con menos protección social.

El esfuerzo para la eficiencia se pide a los trabajadores; nada se exige a los inversionistas. Para Bourdieu, este discurso no puede circular si no es con una gran cantidad de colaboración-complicidad pasiva de simples ciudadanos, periodistas y políticos.

La crítica a quienes circulan el mensaje neoliberal en los medios de difusión hasta convertirlo en un pensamiento de «sentido común», le valió respuestas de estos, que lo cuestionaron como intelectual.

En una entrevista a Jean Claude Passeron,⁵ colaborador de Pierre Bourdieu en varias de sus obras más conocidas —por ejemplo, *El oficio del sociólogo*, *La reproducción*, entre otras—, la estrategia del entrevistador consiste en exaltar la figura de Passeron en detrimento de Bourdieu. El primero se ocupa de las investigaciones concretas, de campo, en tanto Bourdieu se concentra en «los divertimentos mediáticos de la escena parisina». Describe la ruptura de ambos intelectuales para validar la posición de aquel que se dedica a la enseñanza y a la investigación en un trabajo de análisis microsocial, al margen de la escena pública y, por contraste, cuestiona a los intelectuales que se ocupan de los asuntos generales y transgreden los límites de la academia, una clara alusión a Bourdieu.

La ideología del neoliberalismo se cubre de científicismo acudiendo a la economía matemática. La función de los intelectuales es demostrar las intencionalidades, los prejuicios y los supuestos que subyacen en esa operacionalización matemática, porque ya se reconoce que también las llamadas ciencias duras parten de posiciones axiológicas, que deben ser sometidas a evaluación.

La aspiración del sociólogo francés es que los escritores, los artistas, los filósofos y los sabios puedan hacerse escuchar directamente en todos los dominios de la vida pública. Todo el mundo tendrá más ganancias cuando la lógica de la vida intelectual, la de la argumentación y la refutación, se extienda en esos dominios.

Hoy, dice Bourdieu, está la lógica de la política, la de la denuncia y la difamación, la consigna y la falsificación del pensamiento del adversario, que se extiende también a menudo a la vida intelectual. La postura del intelectual que él defiende, nos recuerda el espíritu de la generación

de los 60, que participes o testigos del movimiento estudiantil de finales de esa época, compartían el ideal de Jean Paul Sartre: el intelectual como conciencia crítica en la Francia convulsionada de 1968. Sin embargo, Bourdieu va más allá. La implicación del intelectual en los movimientos sociales está en servir con su conocimiento a los sectores sociales movilizados contra la negación de sus derechos. No es la figura del sabio, poseedor de la única verdad, ante la cual han de plegarse quienes deben luchar por sus propios derechos. Es más bien la del legislador en el Contrato Social de Rousseau: la Asamblea General de los ciudadanos es dueña de la voluntad general. Cuando necesita de conocimientos especializados para tomar decisiones, el legislador es consultado, sin que por ello defina los objetivos o resultados. A diferencia de Weber, Bourdieu interactúa con los sectores sociales fuera del poder. No es la relación del político con el científico, sino la del intelectual con la sociedad civil.

El autor de *Cosas dichas* valida y argumenta por qué el sociólogo de hoy tiene un conocimiento y una manera de apropiarse del entorno social que lo convierte en un especialista privilegiado. Sobre la sociología, dice que su

desgracia es que descubre lo arbitrario, la contingencia allí donde se quiere ver la necesidad, la coacción social, allí donde se querría ver la elección, el libre arbitrio [...] lo que quiere decir que, al historizar, la sociología desnaturaliza, desfataliza. Pero se le reprocha entonces alentar un desencanto cínico [...] La sociología libera, al liberar de la ilusión de la libertad, o más exactamente, de la creencia mal ubicada en las libertades ilusorias [...] [es] un instrumento que permite constituirse verdaderamente —un poco más, en todo caso— como un sujeto libre, al precio de un trabajo de reapropiación.⁶

En este sentido de reapropiación de la realidad social, la perspectiva de la sociología del conocimiento deviene un punto central en la obra de Bourdieu. Se trata no solo de «desencantar al mundo», sino también, y a la vez, de someter a evaluación los propios instrumentos del conocimiento. En esa crítica reflexiva, dirá sobre sí mismo: «Si puedo decir lo que digo hoy, es sin dudas porque no he cesado de utilizar la sociología contra mis determinaciones y mis límites sociales, especialmente para transformar los humores, las simpatías y las antipatías intelectuales que son, creo, tan importantes en las elecciones intelectuales, en proposiciones conscientes y explícitas».⁷

La obra de Bourdieu y su recepción en Cuba

Instado a autoclasificar su producción intelectual, Bourdieu se declara estructuralista genético: acude al análisis de las estructuras objetivas de los diferentes «campos», unido al de la génesis de las estructuras mentales en el seno de los individuos biológicos,

resultado de la interiorización de las estructuras sociales, pero también de las luchas históricas anteriores.

Es necesario analizar sus categorías centrales de *habitus* y *campo* para entender en qué medida su obra rebasa el análisis estructuralista, en el cual el sujeto es un simple ejecutor de reglas y se convierte en «agente». Esta peculiaridad hace de su obra uno de los intentos recientes de superar algunas de las dicotomías recurrentes en los enfoques sociológicos entre estructura y acción. La guía de su trabajo ha sido trascender la falsa oposición entre objetivismo y subjetivismo, e integrar en un único enfoque la capacidad generadora y las condiciones de posibilidad de los actores y las coacciones que la estructura ejerce sobre ella. Ritzer lo clasifica como estructuralista constructivista.

El constructivismo viene dado por la capacidad de invención e improvisación de los agentes en condiciones objetivas precisas. Por este modo de concebir el carácter activo del agente en las determinaciones sociales, Bourdieu ha sido clasificado, junto a Michael Foucault y otros pensadores, dentro de la corriente posestructuralista.⁸

El origen del concepto de *habitus* de Bourdieu lo sitúa en la tradición aristotélica y tomista, tratado además por fenomenólogos como Husserl, Merleau-Ponty, Heidegger, quienes también, según él, abren la vía a un análisis ni intelectualista ni mecanicista de la relación entre el agente y el mundo.

El *habitus* es el conjunto de disposiciones, capacidades y estructuras mentales socialmente adquiridas que los agentes ponen en práctica con todas las apariencias de una acción racional, pero que no es tal. El sujeto no llega a tener nunca toda la información, todo el tiempo y toda la capacidad de reflexión, para luego actuar. Su acción es el resultado de un «sentido práctico», el conjunto de disposiciones mentales adquiridas en las luchas por una determinada posición dentro de un campo de fuerzas objetivas que son el marco de su práctica y no han sido creadas por su acción específica, sino constituidas colectivamente y en el decursar histórico.

El *habitus* sería el conjunto de prácticas validadas entre los que actúan en un mismo espacio social, dependiendo de la posición que ocupan en él. Es «el ajuste de las disposiciones a la posición, de las esperanzas a las posibilidades».⁹

El campo es el espacio social donde se realiza el *habitus*, la estructura que coacciona y limita las prácticas de los agentes pertenecientes a un mismo campo. Tanto el *habitus* como el campo son categorías sociológicas fabricadas para investigar la complejidad de las sociedades contemporáneas. Según Bourdieu, estas se reproducen en campos que funcionan con una fuerte autonomía; el análisis sociológico debe estudiar la dinámica interna de cada uno (económico, político,

científico, artístico, religioso, etc.). Sus elementos constitutivos son la existencia de un capital común y la lucha de los agentes por su apropiación. Dentro de cada campo específico, existe una relación de fuerzas en el presente, resultado de luchas históricas anteriores. Quienes monopolizan el capital específico de un campo en un momento dado —lo cual es el fundamento del poder o de la autoridad en ese espacio— se inclinan a estrategias de conservación, defienden la ortodoxia frente a los recién llegados, que se inclinarán a utilizar estrategias de subversión. Sin embargo, la lucha se desenvuelve dentro de leyes o reglas inmanentes a lo que está en juego, porque todos los agentes comparten una serie de intereses comunes, más allá de los antagonismos. La inversión de tiempo y esfuerzo para entrar al campo justifica su permanencia, aun si existen revoluciones parciales en su espacio.¹⁰

Sobre el concepto de clase social, Bourdieu dice:

quise romper con la visión realista que las personas tienen comúnmente de ellas y que conduce a preguntas de esta índole: ¿los intelectuales son burgueses o pequeños burgueses?; es decir, preguntas de límite, de frontera, que se regulan en general por actos jurídicos.¹¹

La visión de Bourdieu opera desde la producción simbólica y su consumo. De esta manera, cada agente pertenece a un determinado grupo o fracción de clase, y se podrá comprender la lógica de sus prácticas, sus percepciones sociales y el modo en que ellos mismos se piensan como pertenecientes a un grupo específico.

En la segunda mitad de los años 80, en Cuba se producen cambios facilitadores de la entrada de pensadores occidentales europeos, latinoamericanos y norteamericanos. De una parte, el impacto de la *perestroika* suscita una autorreflexión en todos los ámbitos sociales. Comienza el Proceso de rectificación, que lanza una mirada crítica hacia la década anterior. A nivel discursivo, se hace un llamado a rescatar los principios éticos, políticos y económicos de la década de los 60, etapa en la cual la experimentación, el factor conciencia y las movilizaciones masivas en la producción y la defensa constituían rasgos sobresalientes, además de la conciencia de la originalidad de la Revolución como valor específico del proceso cubano, para tomar distancia de las transformaciones que estaban ocurriendo en el antiguo campo socialista.

En el campo intelectual —filosófico, artístico, de las ciencias sociales— también ocurren cambios, pero en direcciones diferentes. La producción artística, específicamente las artes plásticas, se ve beneficiada en actualización y apertura hacia el exterior, debido a la política de las instituciones, en especial del Ministerio de Cultura, encargadas de atender el desarrollo de las artes plásticas en el país. Desde los inicios de los años 80, se verifica, de manera inusual, la inserción de

especialistas de arte y creadores en las instancias del Ministerio directamente relacionadas con su producción, validación y comercialización. Esto hace que profesionales y estudiantes del sector se interesen, informen y experimenten las técnicas de producción del arte vigentes en Europa y los Estados Unidos, sin prejuicio de sus orígenes y con la intención de asimilarlas en la cultura cubana.¹²

La legitimación, desde el Estado, de los especialistas de arte y de los creadores más informados sobre las tendencias artísticas y la teoría cultural que se debaten a nivel internacional —porque es un interés institucional que el arte cubano compita y logre un espacio fuera de Cuba—, favorece la entrada de esta reflexión en parte de la academia (Instituto Superior de Arte y Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana), donde algunos se desempeñan como profesores. Desde el punto de vista institucional, esta es la puerta de entrada a la obra de Pierre Bourdieu.

En la segunda mitad de los 80, los eventos teóricos sobre la creación artística tuvieron un amplio poder de convocatoria, un fenómeno inexistente en los años 70 y los 90. Relacionados con la temática de la cultura en sentido estrecho, se debatían problemas filosóficos y sociológicos vinculados a ella. Así entra en debate la corriente posmodernista, con sus criterios estéticos sobre el arte, pero también la producción filosófica y sociológica posestructuralista, analizando la producción simbólica y las relaciones de poder, las influencias del mercado y del tipo de consumo que alienta, como factores decisivos para la consagración de la obra de arte, temáticas todas presentes en la obra de Bourdieu.

La mayoría de los textos del sociólogo francés que circularon por esa época entre los intelectuales cubanos no se han publicado en el país. De acuerdo con la información con que contamos, solo ha sido publicado el artículo titulado «El campo literario. Requisitos críticos y principios de método», por la revista *Criterios*.¹³

Sin embargo, a fines de los años 80 e inicios de los 90, a través de especialistas y artistas plásticos que viajaron al exterior, llegaron fotocopias y libros donde se incluía algún trabajo de Bourdieu, o una obra directamente suya. Por intercambios profesionales personales o donaciones específicas a alguna biblioteca de La Habana, hoy se pueden localizar en Cuba *El oficio del sociólogo*, *Los estudiantes y la cultura*, *La reproducción*, *Sociología y cultura* (traducción de *Questions de Sociologie*), la compilación *Sociología del arte*, de Silberman y otros, con un trabajo de Pierre Bourdieu, y la compilación de Jean Pouillon *Problemas del estructuralismo*, con un artículo de Bourdieu.¹⁴ Más recientemente, *Cosas dichas* y *Contre-feux*.

En el campo de las ciencias sociales cubanas, Pierre Bourdieu comienza a utilizarse en los años 90. Como antecedente, en la primera mitad de los años 70 algunos sociólogos cubanos egresados de

FLACSO, Chile, conocen de su existencia. El retraso en su entrada a la filosofía y la sociología en Cuba se explica por el paradigma del marxismo soviético, desde la expansión de la enseñanza del marxismo a toda la educación superior en la segunda mitad de los años 70 hasta los 90.

La autorreflexión que se verifica en el ámbito de las ciencias sociales cubanas, avanzada la década de los 80, se encuentra influenciada por este tipo de marxismo; de ahí que las temáticas de debate sigan la línea de muchas de las publicaciones de la ex Unión Soviética, de amplia difusión en el país.¹⁵ Esta es la tendencia mayoritaria, aunque no única.

En 1990, se abre la carrera de Sociología y en ella, a través de las asignaturas Teoría sociológica y Sociología de la cultura, se incluye la obra de Pierre Bourdieu. Los primeros trabajos de investigación que utilizan los conceptos del pensador francés se dedican al estudio del campo intelectual o de las artes plásticas, en sentido estricto. Todos se comprometen a historiar momentos precisos de estos campos antes del triunfo de la Revolución o posterior a 1959. En el primer caso, el trabajo de Jorge A. Núñez Vega «Apocalípticos e integrados, en torno a la decadencia cubana», las categorías de campo, habitus y autonomía, se aplican al estudio del pensamiento cubano de alrededor de 1923, que condensa un proyecto de cambios para la sociedad cubana. A partir de 1925, surge una vanguardia intelectual militante que produce una ruptura radial con el proyecto anterior. El autor utiliza la concepción de Bourdieu para evidenciar la correlación de fuerzas en el campo intelectual de la época y revelar no solo la discontinuidad, sino la continuidad y el consenso en ese espacio social.

El trabajo de Héctor Veitía, «El pensamiento hereje: institucionalización y crisis», se dedica a incursionar en el campo intelectual de la década de los 60 con el objetivo de ubicar las diferentes corrientes de la época y su relación con la dirección política. La intención es historiar el surgimiento, desarrollo y fin de una de las revistas más importantes de las ciencias sociales cubanas: *Pensamiento Crítico* y el grupo de profesores nucleados alrededor de esta. Empleando las categorías de Bourdieu, describe la correlación de fuerzas en el campo de las ciencias sociales y, en una aplicación muy original del concepto de heteronomía, habla de una «doble heteronomía» respecto a la producción intelectual: la de las instancias políticas nacionales —en un país sumido en un proceso revolucionario—, y la influencia de la política de los Estados Unidos hacia Cuba, lo cual nos llevaría a pensar en la geopolítica de la producción intelectual.

Alejandro Campos¹⁶ investiga los antecedentes de la institucionalización de las artes plásticas y el funcionamiento de ese campo desde 1976 hasta la segunda mitad de los

años 80. El período escogido permite también una reflexión de contrastes, rupturas y continuidades en el campo de las artes plásticas. Se describe la heteronomía política para mostrar las diferencias en la autonomía relativa del campo de las artes plásticas a finales de los años 70 e inicios de los 80, así como los cambios en la legitimidad del capital simbólico de los agentes comprometidos en ese espacio social.

Siguiendo esta línea de análisis, en «Mercado de arte en Cuba en la década de los 80», Mabel Llevat Soy también describe el campo de las artes plásticas y las relaciones de autonomía relativa o de heteronomía (política) para entender la influencia del mercado en la producción y la consagración artística en esa década.

A partir de la investigación realizada por los graduados de Sociología Boris Nerey y Nivia Brismat sobre el suplemento cultural del periódico Revolución en los tres primeros años del proceso revolucionario cubano,¹⁷ los autores utilizan las categorías de Bourdieu para estudiar el campo literario de esos momentos, la correlación de fuerzas internas y el proceso mediante el cual la heteronomía es una demanda de los propios agentes para hacer valer la legitimidad del capital simbólico. Resulta una aguda visión del momento en que se están definiendo las nuevas legitimidades como correlato de los cambios radicales de los primeros años de la Revolución cubana.

En el prólogo a la edición de Sociología y cultura, Néstor García Canclini señalaba el desajuste que podía producirse si se aplicaba la concepción de Bourdieu a realidades tan diferentes a las europeas como las latinoamericanas, tan poco «modernas» en el sentido clásico, donde las estructuras sociales están menos enmarcadas, las fronteras más diluidas, el mercado simbólico menos unificado y la convivencia multicultural dificulta conformar conceptos que den cuenta de espacios sociales más o menos homogéneos y autónomos. Sin embargo, los ejemplos que comenta,¹⁸ de aplicación de los conceptos de Pierre Bourdieu por sociólogos latinoamericanos, refuerzan más bien la utilidad del enfoque. Los resultados de esas investigaciones plantean, por contraste, las similitudes y diferencias con los procesos de la sociedad francesa descrita por Bourdieu. ¿No es precisamente esa la fertilidad de un esquema conceptual?

Los jóvenes investigadores cubanos utilizaron los instrumentos de análisis de Bourdieu sin pretender llegar a las conclusiones de su autor. Al emplear el marco teórico del sociólogo francés, mostraron las especificidades de la historia y la sociedad cubanas contemporáneas con la capacidad inventiva de asimilar y apropiarse de los mejores aportes de la sociología actual. Esta tendencia al cosmopolitismo es, en definitiva, el signo de la mejor tradición de la intelectualidad cubana.

Notas

1. En los primeros meses del año 2000, asistí a un seminario que Bourdieu impartió en el Colegio de Francia. Escuchándole en vivo, constaté la lucidez de un pensamiento muy elaborado y maduro, que solo es posible hallar en los grandes maestros. En la sesión final tuve la osadía de entregarle este mismo artículo. El Maestro lo leyó en español, y en breve tiempo recibí una cálida nota de agradecimiento. Pierre Bourdieu supo antes de morir que su obra ya se conocía en Cuba. Ese hecho resultó una agradable sorpresa para el sociólogo francés.
2. «La main gauche et la main droite de l'Etat», Contre-feux, Editions Liber-Raisons d'AGIR, París, 1998.
3. Ibidem, p. 15.
4. Ibidem, p. 16.
5. Liberation, París, 16 de febrero de 1999, p. 27.
6. Pierre Bourdieu, Cosas dichas, Gedisa, Barcelona, 1988, pp. 26, 27.
7. Ibidem, p. 36.
8. George Ritzer, Teoría sociológica contemporánea, 3ª ed., McGraw Hill/Interamericana de España, Madrid, 1996, pp. 500-1.
9. Pierre Bourdieu, Cosas dichas, ob. cit., p. 23.
10. Pierre Bourdieu, «Algunas propiedades de los campos», Sociología y cultura, Grijalbo, México DF, 1991, pp. 137-8.
11. Pierre Bourdieu, Cosas dichas, cit., p. 58.
12. Véase Alejandro Campos García, «Viaje a la semilla: institucionalización del campo de las artes plásticas en Cuba 1976-1986», Trabajo de diploma, Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, 1997, pp. 83-116.
13. Criterios, nn. 25-28, Casa de las Américas-UNEAC, La Habana, enero de 1989-diciembre de 1990. (Tomado de la revista Lendenmains, n. 36, París, 1985).
14. Véase Pierre Bourdieu, «Elementos de una teoría sociológica de la percepción artística», en A. Silberman et al., Sociología del arte, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971; y Pierre Bourdieu, «Campo intelectual y proyecto creador», en Jean Poullon, comp., Problemas del posestructuralismo, Siglo XXI Editores, México DF, 1967.
15. Temáticas como la burocratización, los problemas de gestión económica y de la propiedad socialista, la función de los medios de comunicación, la visión de la crítica y el debate públicos como mecanismo de autorregulación social, etcétera.
16. Alejandro Campos García, ob. cit.
17. Boris Nerey Obregón y Nivia María Brismat, «El proyecto intelectual de Lunes de Revolución. La historia interminable», Trabajo de diploma, Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, 1995.
18. Canclini se refiere a los estudios del sociólogo brasileño Sergio Micele y a los investigadores argentinos Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Véase «Prólogo», en Pierre Bourdieu, Sociología y cultura, ob. cit., pp. 30, 31, 46 y 47.

¿Quiénes somos?

Jorge I. Domínguez

Profesor. Universidad de Harvard.

¿Quiénes somos? La pregunta que formula Samuel Huntington en el título de su más reciente libro es de interés universal.¹ Se escucha en cualquier país al instante de su independencia, en particular en nuestros tiempos, en aquellos que sucedieron a la antigua Unión Soviética y a Yugoslavia. Es pertinente de igual manera en países como Cuba que, por poderosas razones, hayan visto conmovida su razón de ser mediante la relación entre nación y revolución durante el último medio siglo. Y es la pregunta clave en un país como los Estados Unidos, cuyas bases demográficas se ven poderosamente transformadas por la inmigración. El libro de Huntington intenta contestar esa pregunta para el caso de los Estados Unidos.

Desde 1990, aproximadamente un millón de personas por año emigran legalmente a los Estados Unidos de todas partes del planeta, y un número menor lo hace sin los documentos que lo autoricen. La acumulación migratoria de estos años, contando exclusivamente la inmigración legal, ya excedió con creces el total de la población de Cuba. Los Estados Unidos viven, por tanto, una notable y veloz transformación demográfica. No en balde Huntington, y muchos otros se preguntan: ¿quiénes somos?

Podría formar parte de esa respuesta el teniente general Ricardo Sánchez, quien, entre 2003 y 2004, fue comandante supremo de las fuerzas norteamericanas en Iraq, donde a veces se comunicaba en español con algunos de sus soldados. Podría serlo igualmente Jennifer López, artista puertorriqueña de amplia fama por sus películas de Hollywood, y cantante trilingüe (inglés, español y spanglish). También incluiría a mi nieta Ana, nacida la semana pasada en Chicago, hija de mi hija menor y de mi yerno, médico dominicano que ejerce en esa ciudad, aunque por el momento para Ana la única forma de expresarse es la bulla universal de un bebé sin consonantes ni vocales. Pero para Huntington, Sánchez, López y mi nieta son parte del «desafío» que plantea la inmigración latinoamericana —desafío que puede resolverse satisfactoriamente o no, según la actitud que cada uno adopte frente a la cultura predominante en los Estados Unidos.

¿Quiénes fuimos?, Huntington insiste, es una necesaria pregunta previa para reflexionar sobre el presente y el futuro del ser colectivo de los Estados Unidos. En sus comienzos, los Estados Unidos fueron una abstracción. La «nación» de Thomas Jefferson era

probablemente el estado de Virginia. Durante la guerra civil, Lincoln manifiesta su elocuencia defendiendo la «Unión», todavía no la «nación». El nacionalismo estadounidense —esa englobadora afirmación de «americanos»— se desarrolla más bien después de concluida la Guerra civil, y se nutre de la reconstrucción nacional y la expansión económica del último tercio del siglo XIX, la guerra contra España en 1898 y las dos grandes guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX. Ese americanismo circunscrito a los Estados Unidos logra su clímax a mediados del siglo XX, cuando el presidente John Kennedy, en su discurso inaugural, insta a todos los ciudadanos a preguntar no lo que los Estados Unidos puede hacer por ellos, sino lo que ellos pueden hacer por los Estados Unidos.

Esta interpretación subraya que las guerras fraguan los sentimientos fundacionales de la nación. No hay mejor promotor del nacionalismo que un aguerrido enemigo. Frente al ataque contra las torres gemelas en Nueva York y el Pentágono en Washington el 11 de septiembre de 2001, mis vecinos enarbolaban múltiples banderitas orgullosas de las cincuenta estrellas de los estados de la Unión y desafiantes contra cualquier enemigo nacional, internacional o transnacional.

La respuesta de Huntington no excluye esta, pero la suya es otra. Su argumento fundamental es que la identidad patriótica de los Estados Unidos nace de la cultura anglo-protestante que engendra, nutre y define el credo americano. La cultura y el credo caracterizan a esta nación angloparlante, cristiana, comprometida con la práctica religiosa, respetuosa del Estado de derecho, defensora de los derechos individuales, exigente de la responsabilidad de los gobernantes hacia los gobernados, que encarna valores del protestantismo radical tales como el individualismo, la ética del trabajo y la convicción que todos los seres humanos poseen la capacidad y la obligación de construir el cielo sobre la tierra.

La historia nacional de los Estados Unidos fue exitosa, según Huntington, porque vinculó siempre el credo americano con la cultura anglo-protestante. Pero el credo, de por sí, es insuficiente. La nación no depende exclusivamente de una convicción intelectual, no es un mero acto mental. Ese credo incorpóreo, por importante que indiscutiblemente sea, se debilita, diluye, corrompe y desmorona sin su encarnación cultural. Los Estados Unidos no constituyen un país de inmigrantes, según él, que fervorosamente recitan el credo, sino uno que recibe inmigrantes que, con independencia de sus orígenes nacionales o teológicos, se convierten en anglo-protestantes. La asimilación total es la llave mágica que abre las puertas de esta interpretación histórica. Aprenden y deben aprender inglés los inmigrantes. Es más, insiste Huntington, deben «soñar en inglés» (p. 256)

sobre sus esperanzas, deseos y aspiraciones. Aprenden a ser protestantes, sí, aun los católicos, que insertan un individualismo en sus creencias y sus cultos que a veces enfurecen a Roma. Esa Iglesia católica en los Estados Unidos se americaniza en la manera de ser y pensar de sus miembros. Como buenos «protestantes», estos católicos estadounidenses participan activamente en su iglesia, asistiendo a misa con más frecuencia en los Estados Unidos que en otros países —supuestamente, aunque de hecho solo de manera nominal— más católicos, como España o Italia.

Huntington celebra, aplaude y alaba a estos inmigrantes que se asimilan a la cultura anglo-protestante, y a la nación que los recibe e incorpora. Subraya que la evolución del nacionalismo estadounidense puede ser, y de hecho cada vez más es y debe ser, anglo-protestante, pero sin anglos ni protestantes. La cultura es la clave. Los grupos étnicos desaparecen en el nuevo y renovado crisol nacional. Fueron armenios, húngaros, alemanes y polacos; pero ya hablan inglés. El racismo también pasa gradualmente a la historia. La intensa religiosidad caracteriza a ese pueblo —una religiosidad participativa, individualizada, antijerárquica, que puede llamarse católica o judía— es heredera de los valores protestantes, aunque sin necesidad de protestantes. Los valores culturales son más importantes que las gentes. Las gentes han sido muy variadas en el proceso de inmigración, pero la cultura anglo-protestante, abarcadora y receptora, ha sido una sola.

Frente a ese ideal de asimilación lingüística y cultural, aparece la inmigración latinoamericana, particularmente la mexicana. Huntington teme que no aprendan inglés porque son tantos que crean comunidades en las cuales pueden vivir y trabajar sin incentivos ni necesidad de aprender inglés. Proviene de países de un catolicismo tradicional, de baja intensidad en la práctica religiosa, de sistemas políticos y teológicos jerárquicos y autoritarios. Priorizan la vida familiar frente al individualismo.

Si bien para Huntington la posibilidad de una reconquista demográfica mexicana del suroeste de los Estados Unidos es más bien una hipótesis, él ya encuentra en ese país un lugar con todas las características que deplora, una ciudad donde ni quienes la gobiernan quieren hablar inglés: Miami. Critica duramente a Miami, por diversas razones: desde la prevalencia del crimen hasta la violación de las leyes federales de los Estados Unidos en el caso de Elián González. La llama una «república bananera» donde se viola el Estado de derecho. Fustiga al difunto Jorge Más Canosa por su asalto a la libertad de prensa debido a un intento de intimidación al periódico Miami Herald

—ejemplo fidedigno del antiamericanismo de esa autoritaria subcultura inmigrante (pp. 250-251).

No son los inmigrantes latinoamericanos los únicos desafíos que enfrenta el nacionalismo estadounidense. Huntington critica con igual energía a una élite cosmopolita, tanto en el mundo político como académico o empresarial, que rechaza los valores de la nación y se distancia cada vez más, antidemocráticamente, de un pueblo que sigue siendo patriota y cree en los elementos fundacionales de la cultura anglo-protestante y el credo americano. Se pelea Huntington con brío con los multiculturalistas. Ataca con virulencia e ironía la política de preferencias étnicas y raciales impulsada por la izquierda estadounidense de los últimos treinta años, cuyas ideas quedan plasmadas en las leyes que gobiernan empleos y contratos porque, según Huntington, violan las premisas fundamentales de la igualdad, el individualismo y los méritos por esfuerzo propio, claves del credo americano.

Los argumentos de Huntington irrumpen en la vida pública de los Estados Unidos, sin embargo, no por su erudición histórica, su crítica intelectual, la lucidez de su prosa o sus novedosas hipótesis religiosas. A partir de la publicación de una versión del capítulo sobre la inmigración mexicana, en la revista *Foreign Policy*, en la primavera de 2004, se le acusa de xenofobia antinmigrante y en particular antilatinoamericana. Hay, sin embargo, diversos tipos de críticas posibles sin caer en un ataque ad hominem.

Una crítica es que Huntington distorsiona la historia de los Estados Unidos, privilegiando sus raíces anglo-protestantes sin tomar en cuenta otros elementos que forjaron esa nacionalidad, precisamente esa polifacética y plurinacional inmigración. Lafayette, Einstein, Nabokov, Baryshnikov, Fermi, y muchos otros que no fueron ni anglos ni protestantes, son también artífices de la nación. Se olvida, además, de elementos de esa historia anglo-protestante hostiles a cualquier versión contemporánea del credo americano, como la esclavitud o la hostigación de quienes no eran anglo-protestantes.

Otra crítica es que Huntington subestima procesos que no requieren una interpretación culturalista del «nacionalismo americano,» tales como el ya mencionado ciclo de guerras desde la Guerra civil hasta la Segunda guerra mundial, que fraguaron la nacionalidad y sirvieron para incorporar inmigrantes del alfa y omega mundial. Otra objeción es que fustiga innecesariamente al multiculturalismo, que promete una sociedad más deseable y abierta a un arco iris de posibilidades y perspectivas. Los valores que le atraen de la evolución de la historia de los Estados Unidos, tales como la eliminación del racismo o la vocación individualista y

liberal, pueden florecer también en una visión multicultural.

La crítica más fácil —no carente de importancia sin embargo—, es que Huntington, simplemente, se equivoca en el uso de la información empírica porque no ha leído bien su propio libro. El argumento de Huntington exige distinguir a la inmigración mexicana de las anteriores. Para que sea válido ese argumento, tiene que demostrar la indisposición e incapacidad de asimilación de la nueva oleada migratoria. Solamente uno de los diversos argumentos de Huntington es cierto. Se trata, en efecto, de un gran volumen de mexicanos, de manera desproporcionada concentrado geográficamente en la región de los Estados Unidos próxima a la frontera con México, zona que fue mexicana hasta 1848. La cercanía geográfica y el gran avance del transporte internacional y las comunicaciones permiten que parientes y amigos retengan una relación transnacional en los Estados Unidos y México, reduciendo así la probabilidad de que estos inmigrantes mexicanos se enraícen lo suficiente en la cultura estadounidense.

Pero el mismo Huntington informa que el retorno de una fracción de inmigrantes a sus países de origen no es una innovación latinoamericana. Era ya parte de la historia migratoria de los Estados Unidos, donde 32% de los inmigrantes que arribaron entre 1908 y 1910 —años pico de esa ola migratoria— regresaron a sus países de origen en Europa, proporción similar o superior a la contemporánea (pp. 186, 192). Es cierto que el nivel de educación de muchos inmigrantes mexicanos es inferior al de los Estados Unidos, pero es igualmente cierto que muchos inmigrantes del sur y del este de Europa de fines de siglo XIX eran analfabetos (p. 187), condición ya no común en los Estados Unidos de aquel entonces.

Más importante aún: los padres de niños mexicanos quieren abrumadoramente que sus hijos aprendan inglés (p. 170). Y, además, aprenden inglés muy rápido. Ya en la segunda generación, más de 90% de los nacidos de padres mexicanos hablan perfectamente el inglés. Entre todos los de origen mexicano nacidos en los Estados Unidos y miembros de la segunda generación, la tercera parte ya son incapaces de expresarse en español. Demuestran así los mexicanos tanto la disposición como la capacidad de asimilación que Huntington considera indispensable. Coinciden también los latinos con algunos criterios claves para Huntington: las dos terceras partes de los de origen mexicano, cubano, o puertorriqueño consideran que ya hay demasiados inmigrantes en los Estados Unidos (p. 331). Es importante, según Huntington, que los inmigrantes que llegan a los Estados Unidos hayan tenido que esforzarse para

lograrlo —por ejemplo, una larga y difícil travesía marítima. En otra parte del libro, él reconoce que los riesgos vitales en los que incurren los indocumentados mexicanos demuestran su gran deseo de entrar a los Estados Unidos (p. 190), exactamente como ocurría un siglo antes con las travesías transoceánicas. La intensidad de la religiosidad de los mexicanos también resulta ser muy similar a la intensidad de la religiosidad en los Estados Unidos, y en ambos casos alrededor del doble de la intensidad de la religiosidad en Gran Bretaña. Los mexicanos parecen ser más anglo-protestantes en la intensidad de su religiosidad que los descendientes de los anglo-protestantes británicos (p. 91).

Samuel Huntington es uno de los politólogos más importantes de los Estados Unidos de los últimos cuarenta años. Maestro, amigo y colega por muchos años, presidió la comisión de mi tesis doctoral. Sus obras sobre las relaciones entre las fuerzas armadas y el Estado, el orden público en los países en desarrollo y la ola democratizadora en el ámbito mundial de los años 70 y los 80, entre otras, son clásicos académicos cuyo notable y merecido valor persisten a través del tiempo. Fue presidente de la Asociación de ciencias políticas de los Estados Unidos. Es también una influyente figura pública, más allá de los círculos académicos. Su obra más reciente sobre un supuesto choque de civilizaciones tuvo un valor más polémico y amplió el círculo de sus lectores. *Who Are We?* será muy discutido. Podrá quizás incidir en el actual debate en los Estados Unidos sobre política migratoria.

Este libro le recuerda a cualquier lector la gran capacidad de Huntington de plantear excelentes preguntas y proceder con erudición y claridad a contestarlas. Pero aportará poco a su fama de académico. Un libro mejor habría hurgado más y mejor en la historia del anglo-protestantismo estadounidense, se habría replanteado hipótesis no culturalistas e intentado pensar con mayor apertura mental y de espíritu sobre un futuro más abierto. Sería un mejor y más generoso libro si reconociese los muy diversos valores humanos que han ayudado a forjar, construir, fortalecer y diversificar esa «nación americana», en pro de ese credo americano enarbolado por la Declaración de Independencia —igualdad gracias a la acción de un Creador, que otorga derechos inalienables tales como la libertad y la búsqueda de la felicidad, en un país de ciudadanos gobernados solamente por su consentimiento y mediante leyes consideradas justas.

Notas

1. Samuel P. Huntington, *Who are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, Nueva York, 2004, 428 pp.

© **TEMAS**, 2005.